



Balzac

LA COMEDIA HUMANA

HISTORIA DE LOS TRECE



TOMO XIII

Lectulandia

«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana».

Balzac

Lectulandia

Honoré de Balzac

Historia de los trece

La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - XIII

ePub r1.0

Titivillus 18.09.15

Título original: *Histoire des Treize (Ferragus, La Duchesse de Langeais, La fille aux yeux d'or)*
Honoré de Balzac, 1835
Traducción: Antonio Ribera
Edición: Augusto Escarpizo
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



HISTORIA DE LOS TRECE

1.— Ferragus



PREFACIO

Existieron en París, durante la época del Imperio, trece hombres animados por igual de un mismo sentimiento, todos dotados de una energía lo bastante grande como para ser fieles a la misma idea, lo bastante probos entre ellos para no traicionarse, ni siquiera cuando había oposición entre sus intereses, y lo bastante políticos y profundos para disimular los vínculos sagrados que los unían, lo bastante fuertes para ponerse por encima de todas las leyes, lo bastante afortunados para haber triunfado casi siempre en sus designios; que corrieron los mayores peligros, pero ocultaron sus derrotas; inaccesibles al miedo y que no temblaron ante príncipes, verdugos..., ni ante la inocencia; que se aceptaron tales cuales eran, sin tener en cuenta los prejuicios sociales; sin duda criminales, pero ciertamente notables por algunas de las cualidades que hacen a los grandes hombres, y que sólo se cosechan entre los hombres escogidos. Y finalmente, para que nada faltase al sombrío y misterioso encanto de esta historia, aquellos trece hombres permanecieron en el anonimato, aunque todos cumpliesen los más extraordinarios ideales que pueda sugerir a la imaginación el poder fantástico falsamente atribuido a un Manfredo, a un Fausto, a un Melmoth; y todos ellos hoy desvinculados o dispersos. Han vuelto a someterse apaciblemente al yugo de las leyes divinas, del mismo modo que Morgan, el Aquiles de los piratas, dejó de ser un merodeador para convertirse en un tranquilo colono, y gastó sin remordimientos, a la lumbre del hogar doméstico, los millones amasados con sangre a la roja claridad de los incendios.

Después de la muerte de Napoleón, un azar, que el autor todavía no puede revelar, disolvió los lazos de aquella vida secreta y tan curiosa como pueda serlo la más negra de las novelas escritas por *madame* Radcliffe.

El permiso, harto extraño, para contar a su manera algunas de las aventuras sucedidas a estos hombres, respetando ciertas conveniencias, sólo le fue concedido recientemente por uno de esos héroes anónimos a los que la sociedad entera estuvo ocultamente sometida, y en el que cree haber sorprendido un vago deseo de celebridad.

Este hombre, en apariencia joven aún, de cabellos rubios y ojos azules, cuya voz dulce y clara parecía anunciar un alma femenina, era pálido de rostro y misterioso en sus maneras, hablaba con amabilidad, pretendía no tener más de cuarenta años y podía pertenecer a las más altas clases sociales. El nombre que había adoptado parecía supuesto; en la vida mundana, era un desconocido. ¿Qué es? No lo sabemos.

Quizás al confiar al autor las cosas extraordinarias que le ha revelado, el desconocido quería verlas en cierto modo reproducidas, y gozar de las emociones que harían nacer en el corazón de la multitud, sentimientos análogos al que inspiraba a Macpherson cuando el nombre de Ossian, su criatura, se incorporaba a todos los idiomas. Esto fue, ciertamente, para el abogado escocés, una de las situaciones más vivas o, al menos, más raras, que el hombre puede experimentar. ¿No es, acaso, la

incógnita del genio? Escribir el *Itinerario de París a Jerusalén* es participar en la gloria humana de un siglo; pero dar un Homero a la propia patria, ¿no es usurpar la acción de Dios?

El autor conoce demasiado bien las leyes de la narración para ignorar los compromisos que este breve prefacio le hace contraer; pero conoce lo bastante la Historia de los Trece para estar seguro de no encontrarse nunca por debajo del interés que debe inspirar este programa. Le han sido confiados dramas que rezuman sangre, comedias llenas de terror, novelas en las que ruedan cabezas cortadas en secreto. Si algún lector aún no estuviese saciado de los horrores que se sirven fríamente al público de un tiempo a esta parte, podría revelarle plácidas atrocidades, sorprendentes tragedias de familia, por poco deseo de saberlas que manifestase. Pero escogió, de preferencia, las aventuras más suaves: aquéllas en que las escenas puras suceden a la tempestad de las pasiones; en que la mujer irradia virtudes y belleza. En honor de los Trece, es preciso afirmar que se encuentran aventuras, entre las citadas en su historia, que quizá se juzguen dignas de figurar entre las de los filibusteros: ese pueblo aparte, tan curiosamente enérgico, tan atractivo, a pesar de sus crímenes.

Un autor debe evitar convertir su relato, cuando se trata de un relato auténtico, en una especie de juguete de sorpresa, y pasear al lector, como hacen algunos novelistas, durante cuatro volúmenes, de subterráneo en subterráneo, para mostrarle un cadáver reseco, y decirle, a guisa de conclusión, que ha estado despertado constantemente su miedo por una puerta oculta tras un tapiz, o por un muerto dejado por negligencia bajo el entarimado. A pesar de su aversión por los prefacios, el autor se ha visto obligado a poner estas palabras frente a esta narración. *Ferragus* es un primer episodio sujeto por lazos invisibles a la Historia de los Trece, cuyo poder, naturalmente adquirido, puede por sí solo explicar ciertos efectos, en apariencia sobrenaturales. Aunque se permita a los cuentistas una especie de coquetería literaria, al hacerse historiadores deben renunciar a los beneficios que procura la extravagancia de los títulos sobre los que hoy se fundan éxitos ligeros. Así, el autor explicará sucintamente en este prefacio las razones que le obligaron a aceptar unos títulos que, a primera vista, parecen poco naturales.

Ferragus es, según una antigua costumbre, el nombre adoptado por un jefe de Devoradores. El día de su elección, estos jefes continúan la dinastía devorantesca con aquel de entre sus nombres más de su agrado, como hacen los Papas, al ser elegidos, con las relaciones pontificales. Así, los Devoradores tienen *Vierte-el-Caldo IX*, *Ferragus XXII*, *Tutanus XIII* y *Máscara de Hierro IV*, del mismo modo que la Iglesia tiene sus Clemente XIV, Gregorio IX, Julio II, Alejandro VI, etc. ¿Pero qué son los Devoradores, se preguntará el lector? Devoradores es el nombre que llevaba una de las asociaciones de cofrades que, en otros tiempos, dependían de la gran asociación mística formada entre los obreros de la Cristiandad para edificar el templo de Jerusalén. Estas cofradías de obreros aún tienen vida en Francia entre el pueblo. Sus potentes tradiciones, al ejercerse sobre cabezas dotadas de pocas luces y gentes cuya

escasa instrucción les impide faltar a sus juramentos, podrían servir para empresas formidables, si un malévolo ingenio quisiera apoderarse de estas sociedades diversas. En efecto, en ellas todos los instrumentos son casi ciegos; de ciudad en ciudad, existe, para los compañeros, desde tiempos inmemoriales, una *obada*: especie de parador que cuida una *comadre*, una vieja bohemia, que no tiene nada que perder, que sabe todo lo que ocurre en la región, y fiel, por miedo o por una larga costumbre, al clan al que da alojamiento y comida esmerada. Esta agregación cambiante, en fin, pero sometida a costumbres inmutables, puede tener ojos en todas partes y ejecutar una orden doquiera sea, sin juzgarla, pues el más viejo de los compañeros aún está en edad de tener fe en algo. Por otra parte, todo el cuerpo viene a profesar doctrinas lo bastante verdaderas y misteriosas como para electrizar patrióticamente a los adeptos, todos por poca iniciación que recibiesen. Además, la adhesión de los compañeros a sus leyes es tan apasionada, que los diversos clanes libran sangrientos combates entre sí, para defender cualquier cuestión de principios. Afortunadamente para el orden público actual, cuando un Devorador es ambicioso, construye casas, hace su fortuna y abandona la cofradía.

Habría muchas cosas curiosas que decir sobre los *compañeros del Deber*, los rivales de los Devoradores, y sobre las distintas agrupaciones de obreros, sobre sus usos y confraternidad, sobre las relaciones entre ellos y los francmasones; pero aquí estos detalles estarían fuera de lugar. El autor añadirá únicamente que, bajo la antigua Monarquía, no era raro encontrar a un Vierte-el-Caldo al servicio del rey, condenado a cien años y un día en sus galeras; pero dirigiendo igualmente a su clan desde allí y consultado religiosamente por él; después, si abandonaba los galeotes, podía estar seguro de encontrar ayuda, socorro y respeto en todas partes. Ver a su jefe en galeras no era para la fiel cofradía más que una de esas desdichas de las que se hace responsable a la Providencia, pero que no dispensaba a los Devoradores de la obediencia al poder creado por ellos y por encima de ellos. Era el exilio momentáneo de su rey legítimo, quien para ellos seguía siendo rey.

He aquí, pues, el novelesco prestigio que envuelve el nombre de Ferragus y el de los Devoradores, completamente perdidos. En cuanto a los Trece, el autor se siente fuertemente apoyado por los detalles de esta historia, casi novelesca, y esto le exige renunciar a uno de los más bellos temas novelísticos que se han dado y que, en el «Châtelet» de la literatura, podría adjudicarse a buen precio, e imponer al público tantos volúmenes como le ha dado LA CONTEMPORÁNEA.

Los Trece eran todos hombres de un temple parecido al de Trelawy, el que fue amigo de Lord Byron y, según se dice, inspirador del *Corsario*; todos ellos fatalistas, hombres de corazón y de poesía, pero hastiados de la vida gris que llevaban, arrastrados hacia placeres asiáticos por fuerzas tanto más excesivas cuanto que, adormecidas desde hacía mucho tiempo, se revelaban aún más furiosas.

Uno de ellos, un día, después de haber releído la *Venecia Salvada*, después de haber admirado la unión sublime de Pierre y Jaffier, se puso a pensar en las virtudes

particulares de las gentes proscritas del orden social, en la probidad de las prisiones, en la mutua fidelidad de los ladrones, en los privilegios de poder exorbitante que estos hombres saben conquistar, confundiendo todas las ideas en una sola voluntad. Encontró que el hombre era más grande que los hombres. Tuvo la presunción de que la sociedad debía pertenecer enteramente a hombres distinguidos que, a su inteligencia natural, a sus luces adquiridas, a su fortuna, añadiesen un fanatismo lo bastante ardiente como para fundir en un solo chorro estas fuerzas distintas. A partir de entonces, su poder oculto, infinito en acción e intensidad y contra el que el orden social se hallaría indefenso, derribaría los obstáculos, fulminaría las voluntades y daría a cada uno de ellos el poder diabólico de todos.

Este mundo aparte en el mundo, hostil al mundo, que no admitía ninguna de las ideas del mundo, que no reconocía ninguna de sus leyes, que sólo se sometía a la conciencia de su necesidad, que sólo obedecía a su espíritu de abnegación, que actuaba todo entero por uno solo de sus asociados, cuando uno de ellos reclamaba la asistencia de todos; aquella villa de filibusteros de guante amarillo y carroza; la unión íntima de hombres superiores, fríos e irónicos, que sonreían y maldecían en el seno de una sociedad falsa y mezquina; la certidumbre de plegarlo todo a su capricho, de urdir con habilidad una venganza, de vivir en trece corazones; junto con la continuada dicha de poseer un secreto de odio, a despecho de los hombres, de estar siempre armados contra ellos y de poder replegarse a su interior con una idea más sobre la que pudiesen tener las personas más notables: aquella religión de placer y egoísmo fanatizó a trece hombres, que recomenzaron la Compañía de Jesús en beneficio del diablo. Fue algo horrible y sublime. Después vino el pacto; y duró; precisamente porque parecía imposible.

Hubo, pues, en París, trece hermanos que se pertenecían y evitaban reconocerse en público; pero que se reunían, por la noche, como conspiradores, sin ocultarse ningún pensamiento, utilizando sucesivamente de un poder comparable al del Viejo de la Montaña; que tenían los pies en todos los salones, las manos en todas las cajas de caudales, los codos en la calle, las cabezas sobre todas las almohadas y que, sin escrúpulos, lo ponían todo al servicio de su fantasía. Ningún jefe los mandaba, nadie pudo arrogarse aquel poder; solamente tenía primacía la pasión más viva, la circunstancia más exigente. Fueron trece reyes desconocidos, pero verdaderamente reyes y, más que reyes, jueces y verdugos que, habiéndose dado alas con que sobrevolar la sociedad, de arriba abajo, desdeñaron ser vulgares en ella; porque lo podían todo. Si el autor llega a conocer las causas de su abandono os las dirá.

Ahora ya le está permitido comenzar el relato de los tres episodios que, de esta historia, le sedujeron más particularmente por el parisino trascender de sus detalles y por lo acusado de los contrastes.

A Héctor Berlioz

FERRAGUS, JEFE DE LOS DEVORADORES

I

MADAME JULES

Hay en París ciertas calles tan deshonradas como pueda serlo un hombre convicto de infamia; después existen calles nobles, calles simplemente honradas, calles jóvenes sobre cuya moralidad el público aún no ha formado una opinión; calles asesinas, calles más viejas que las más viejas viudas de solemnidad, calles estimables, calles siempre limpias, calles siempre sucias, calles obreras, trabajadoras, mercantiles. Las calles de París, en fin, tienen cualidad humana, y por su fisonomía, nos infunden determinada impresión contra la que estamos del todo indefensos. Hay calles de mala nota donde no desearíamos habitar, y calles donde nos estableceríamos con mucho gusto. Algunas calles, como la rue Montmartre, tienen una hermosa entrada, pero terminan mal. La rue de la Paix es una calle grande y espaciosa; pero no despierta ninguno de los pensamientos, deliciosamente encantadores, que asaltan a las almas impresionables en el centro de la rue Royale; y le falta, ciertamente, la majestad que reina en la plaza Vendôme. Si vais a pasear por las calles de la isla de Saint-Louis, no preguntéis la causa de la tristeza nerviosa que se apoderará de vosotros: se debe a la soledad, al aspecto lúgubre de las casas y de las grandes mansiones desiertas. Esta isla, cadáver de los recaudadores generales, es como la Venecia de París. La plaza de la Bolsa es parlanchina, activa y está prostituida; sólo es bella al claro de luna, a las dos de la madrugada: de día es como un compendio de París; durante la noche, un sueño de Grecia. La calle Traversière-Saint-Honoré, ¿no es una calle infame? Hay en ella malas casuchas, de dos ventanas, en las que, en cada piso, hallamos diferentes vicios, crímenes y miseria. Las estrechas callejuelas orientadas al norte —que el sol no visita más que tres o cuatro veces al año— son calles asesinas que matan impunemente, sin que la justicia se meta con ellas; pero quizás en otros tiempos, el Parlamento hubiera enviado al teniente de policía para inculparlo *en sus causas*, y hubiera promulgado, al menos, algún decreto contra la calle, como antaño lo promulgó contra las pelucas de la asamblea de Beauvais. Sin embargo, M. Benoiston de Chateauneuf demostró que la mortalidad de estas calles era doble a la de las restantes. Para resumir estas ideas con un solo ejemplo, ¿no es cierto que la rue Fromenteau es, simultáneamente, asesina y de mala vida?

Estas observaciones, incomprensibles fuera de París, serán comprendidas sin duda por esos hombres, de estudio y pensamiento, de poesía y placer, que saben cosechar,

vagando por París, la masa de flotantes goces que discurren, a cualquier hora, entre sus murallas; por aquéllos, para quienes París es el más delicioso de los monstruos: aquí, bella mujer; más allá, viejo y pobre; en otra parte, como moneda de un nuevo reinado; en aquel rincón, elegante, como una dama a la última moda. ¡Monstruo completo, en verdad! Sus desvanes vienen a ser cabeza llena de ciencia e ingenio; los primeros pisos, estómagos satisfechos; sus tiendas, verdaderos pies: de allí parten los trotamundos, todos los atareados. ¡Y qué activa la vida del monstruo! Apenas cesa en su corazón el postrer bullicio de los coches que vuelven del baile, cuando ya sus brazos se mueven ante sus puertas, y se despabila con lentitud. Todas las puertas bostezan, giran sobre sus goznes, como los miembros de una gran langosta, maniobradas de manera invisible por treinta mil hombres y mujeres, cada uno de los cuales habita seis pies cuadrados, donde posee una cocina, taller, cama, niños, un jardín; donde no hay apenas luz pero debe verse todo. Las articulaciones crujen insensiblemente, se comunica el movimiento, la calle habla. Al mediodía todo vive, las chimeneas humean, el monstruo come; después ruge y sus mil patas se agitan. ¡Hermoso espectáculo! ¡Pero, oh París, quién no ha admirado tus sombríos pasajes, tus luminosos contraluces entre dos casas, tus callejones sin salida, profundos y silenciosos; quien no ha oído tus murmullos, entre medianoche y las dos de la madrugada, aún nada conoce de tu auténtica poesía ni de tus extraordinarias y grandes contrastes!

Existe un pequeño número de amantes de París, de personas que nunca caminan con aturdimiento, que degustan su querida ciudad, cuya fisonomía conocen tan a fondo que son capaces de distinguir en ella una verruga, un grano, un rubor. Para los demás, París es siempre una monstruosa maravilla, un sorprendente conjunto de movimientos, de máquinas y de pensamientos: la ciudad de las cien mil novelas, la cabeza del mundo. Mas para ellos, París es triste o alegre, feo o hermoso, vivo o muerto; París es una criatura; todos los hombres, todos los bloques de casas son un lóbulo del tejido celular de esta gran cortesana, cuya cabeza, cuyo corazón y cuyas costumbres caprichosas conocen ellos perfectamente. ¡Y éstos son los amantes de París!: levantan la cabeza al llegar a determinada esquina, seguros de encontrar la esfera de un reloj; dicen a un amigo cuya tabaquera está vacía: «Toma por este pasaje y encontrarás un estanco a la izquierda, al lado de un pastelero que tiene una mujer muy bonita». Viajar por París es, para estos poetas, un lujo costoso. Cómo no perder unos minutos ante los dramas, los desastres, las caras, los pintorescos accidentes que asaltan al transeúnte en esta bulliciosa reina de las ciudades, vestida de anuncios y que, sin embargo, no tiene un rincón limpio: ¡hasta tal punto es complaciente con los vicios de la nación francesa! ¿A quién no le ha sucedido salir por la mañana de su casa para ir a los barrios extremos de París, sin que, a la hora de la comida, no haya aún podido abandonar el centro? Ellos sabrán excusar este preámbulo vagabundo, que sin embargo, se resume en una observación eminentemente útil y nueva..., hasta allí donde pueda ser nueva una observación en París, donde no hay nada nuevo: ni

siquiera la estatua inaugurada ayer y sobre la que un golfillo ha escrito ya su nombre.

Sí, en efecto, existen calles, o extremos de calle, existen ciertas casas, desconocidas, en su mayoría, a las personas del gran mundo, en las que una mujer perteneciente a este mundo no podría ir sin dar motivos de pensar de ella las cosas más cruelmente ofensivas. Si esta mujer es rica, si tiene coche, si se encuentra, a pie o disfrazada, en uno de estos desfiladeros del sector parisino, pone en entredicho su reputación de mujer honrada. Mas si, por acaso, fuese allí a las nueve de la noche, las conjeturas que podría permitirse un observador serían espantosas por sus consecuencias. Y si esta mujer, en fin, es joven y bonita, si entra en una casa de una de esas calles; si la casa tiene un pasillo de entrada largo y sombrío, húmedo y hediondo; si al fondo del pasillo brilla, pálida y temblorosa, una lámpara, y a su luz se dibuja un rostro horrible de vieja de dedos descarnados: en verdad, digámoslo en interés de las mujeres jóvenes y bonitas, en verdad, esta mujer está perdida. Se encuentra a la merced del primero de sus conocidos que se dé, de manos a boca, con ella, en esas ciénagas parisienses. Pero hay una calle de París en que tal encuentro puede convertirse en el drama más espantosamente terrible, drama de sangre y de amor, un drama de la escuela moderna. Por desgracia, esta convicción y este dramatismo serán comprendidos por muy pocas personas, como ocurre con el drama moderno; y es verdaderamente lamentable tener que referir una historia a un público incapaz de apreciar todo su *sabor local*. ¿Pero quién puede preciarse de ser comprendido? Todos morimos desconocidos. Esto es lo que dicen las mujeres y los autores.

A las ocho y media de la noche y en la rue Pagevin, en una época en que la rue Pagevin no tenía un muro que no repitiese palabras infames, y en dirección a la rue Soly, la más angosta e impracticable de todas las calles de París, sin exceptuar la esquina más frecuentada de la calle más desierta; a principios del mes de febrero — esta aventura sucedió hará cosa de trece años—, un joven, por una de esas casualidades que no suceden dos veces en la vida, doblaba a pie la esquina de la rue Pagevin para tomar por la rue des Vieux-Augustins, por el lado derecho, donde se encuentra, precisamente, la rue Soly.

Una vez allí, aquel joven, que vivía en la rue de Bourbon, encontró, en la mujer a unos pasos de la cual andaba con despreocupación, un vago parecido con la más linda mujer de París, una persona casta y deliciosa de la que estaba apasionadamente enamorado en secreto, con un amor sin esperanzas, pues era casada.

El corazón le dio un brinco en el pecho, un ardor intolerable nació de su diafragma y se esparció por todas sus venas, tuvo frío en la espalda y sintió un estremecimiento superficial en la cabeza. Amaba, era joven, conocía París; y su perspicacia no le permitía ignorar todo cuanto había de infamia posible en el acto de que una mujer elegante, rica, joven y bonita se pasease por allí, con paso furtivo y criminal. ¡Ella, en aquella ciénaga, y a aquellas horas!

El amor que aquel joven sentía por aquella mujer podrá parecer muy novelesco, y,

en especial, teniendo en cuenta que era oficial de la Guardia Real. Si hubiese estado en la infantería, el hecho aún sería verosímil; pero, en su calidad de oficial superior de caballería, pertenecía al arma francesa de que se exige una mayor rapidez en las conquistas, que se envanece tanto de sus lances amorosos como de su atavío. Sin embargo, la pasión de aquel oficial era auténtica, y a muchos corazones jóvenes parecerá grande. Amaba a aquella mujer porque era virtuosa; amaba su virtud, su decente atractivo, su atrayente santidad: los más caros tesoros de su oculta pasión. Aquella mujer era, verdaderamente, digna de inspirar uno de esos amores platónicos que se encuentran, como otras tantas flores, en medio de las ruinas ensangrentadas de la historia medieval: digna de ser, en secreto, el principio rector de todas las acciones de un joven; un amor tan alto y tan puro como el cielo cuando es azul; un amor sin esperanzas, pero al que era imposible renunciar, porque era de los que nunca engañan; un amor pródigo en gozos desenfrenados, especialmente a una edad en que el corazón es ardiente, la imaginación procaz y los ojos del hombre ven muy claro.

La noche produce en París efectos singulares, extraños, inconcebibles. Solamente aquellos que se han entretenido observándolos saben hasta qué punto las mujeres adquieren un aire fantástico al atardecer. A esa hora, la criatura que uno sigue, por casualidad o adrede, tan pronto se esbeltece que como sus medias, si son muy blancas, crean la ilusión de unas piernas finas y elegantes; luego, el talle, aunque esté envuelto en un chal o una pelliza, aparece joven y voluptuoso en la penumbra; y por último, el resplandor incierto de una tienda o de un farol, prestan a la desconocida un esplendor fugitivo, casi siempre engañoso, que despierta y enciende la imaginación y la lanza más allá de la realidad. Los sentidos se excitan entonces, todo se colorea y anima; la mujer adquiere un aspecto totalmente nuevo; su cuerpo se embellece; hay momentos en que ya no es una mujer, sino un demonio, un fuego fatuo que nos arrastra, con ardiente magnetismo, hasta una casa decente, donde, la pobre burguesita, asustada por nuestros pasos amenazadores o nuestras botas resonantes, nos da con la puerta cochera en las narices, sin ni siquiera mirarnos.

El resplandor vacilante que proyectaba el escaparate de un zapatero iluminó de pronto, precisamente por la parte inferior de la espalda, el talle de la mujer que se encontraba delante del joven. ¡Ah, ciertamente, sólo *ella* tenía aquellas formas suaves! Solamente ella tenía el secreto de aquel andar casto, que ponía inocentemente de relieve la belleza de unas formas soberanamente atractivas. Llevaba su chal de mañana y el sombrerito de terciopelo. Sus medias de seda gris no presentaban ni una mancha; sus zapatos ni una salpicadura de lodo. Llevaba el chal bien ceñido al busto, cuyo delicioso contorno dibujaba vagamente y el joven, que había visto sus blancos hombros en el baile, conocía todos los tesoros que aquel chal ocultaba. Por la manera como una parisiense se envuelve en su chal, por su manera de andar por la calle, el hombre avisado adivina qué secreto encierra su misterioso paseo. Hay un no sé qué de tembloroso, de ligero, en la persona y en su manera de andar; parece pesar menos, camina la mujer y se desplaza, o mejor dicho, corre como una estrella, y vuela

impulsada por un pensamiento que traicionan los pliegues de su ropa.

El joven apresuró el paso, adelantó a la mujer, se volvió para verla y... ¡Pst!, había desaparecido en un pasillo que crujía y resonaba con portal de claraboya, provisto de una campanilla. El joven volvió sobre sus pasos y vio cómo la mujer ascendía, ya al fondo del pasillo, después de recibir el obsequioso saludo de la vieja portera, por una tortuosa escalera cuyos primeros peldaños estaban poderosamente iluminados; subía la dama con presteza y vivacidad, como subiría una mujer impaciente.

«¿Impaciente por qué?», se dijo el joven, retrocediendo para pegarse, como una espaldera, a la pared del lado opuesto de la calle.

Y el desgraciado miró todos los pisos de la casa, con la atención de un agente de policía que buscase a un conspirador.

Era una de esas casas como las hay a millares en París: una casa innoble, vulgar, estrecha, de tono amarillento, de cuatro pisos y dos ventanas. La tienda y el entresuelo pertenecían al zapatero. Las persianas del primer piso estaban cerradas. ¿Dónde iba la dama? El joven creyó oír el tintineo de un timbre en el segundo piso. Efectivamente, una luz se movió en una pieza que tenía dos ventanas muy iluminadas, y la luz pasó de pronto a la tercera, cuya oscuridad indicaba una primera habitación, sin duda el salón o el corredor del piso. Acto seguido se dibujó vagamente la silueta de un sombrero femenino, la puerta se cerró, la primera pieza volvió a sumirse en la oscuridad y luego las dos últimas ventanas readquirieron sus tonalidades rojizas.

En aquel instante el joven oyó que decían: «¡Cuidado!». Y recibió un golpe en el hombro.

—¿Qué hacéis aquí como un pasmarote? —dijo una voz gruesa. Era la voz de un obrero que llevaba un largo tablón al hombro.

El obrero se alejó. Aquel obrero era un hombre enviado por la Providencia, que decía a aquel curioso: «¿Por qué te metes en eso? Piensa en tu servicio, y deja que los parisienses resuelvan sus asuntos».

El joven se cruzó de brazos y después, como nadie lo veía, dejó que por sus mejillas rodasen lágrimas de rabia, sin intentar secarlas. La vista de las sombras que se dibujaban sobre aquellas dos ventanas iluminadas le hacía daño; miró al azar hacia la parte superior de la rue des Vieux-Augustins y vio un *fiacre* parado frente a un muro, en un sitio donde no había puerta de casa ni luz de tienda alguna.

¿Será ella? ¿No será ella? La vida o la muerte para un amante. Y el amante esperaba. Allí permaneció, durante veinte minutos que fueron un siglo. Cuando la mujer volvió a bajar, reconoció entonces a la que amaba en secreto. Sin embargo, aún quería dudar. La desconocida se dirigió al *fiacre* y subió a él.

«La casa seguirá ahí, y siempre podré registrarla», se dijo el joven, que echó a correr para seguir el coche a fin de disipar sus últimas dudas. Pronto no tuvo ya ninguna.

El *fiacre* se detuvo en la rue de Richelieu, ante la tienda de una florista, cerca de la rue de Ménars. La dama se apeó, entró en la tienda, hizo enviar el importe del viaje al cochero, y salió después de elegir unas cintas de gasa fina.

¡Cintas de gasa para sus cabellos negros! Aquella joven trigueña acercó las cintas a la cabeza para ver el efecto que producían. El oficial creyó oír la conversación de la dama con las floristas.

—Señora, nada va mejor a las morenas; las morenas tienen algo excesivamente preciso en sus contornos, y las cintas de gasa prestan a su tocado un aire que las favorece. La señora duquesa de Blangeais dice que esto da a las mujeres algo de vago, de *osiánico* y que es muy *comme il faut*.

—Bien, enviádmelas lo antes posible.

Después la dama torció con presteza hacia la rae de Ménars y entró en su casa.

Cuando la puerta del hotel donde vivía se cerró, el joven enamorado, que había perdido todas sus esperanzas y, para doble desdicha, sus creencias más queridas, cruzó París como un hombre ebrio y no tardó en encontrarse en su casa, sin saber cómo había llegado allí.

Se dejó caer en una butaca, puso los pies sobre el morillo de la chimenea, la cabeza entre las manos, y dejó secar sus botas mojadas, quemándolas casi. Fue un momento terrible, uno de aquellos momentos de la vida humana en que el carácter se modifica y en que la conducta del mejor de los hombres depende de la dicha o la desdicha de su primera acción. Providencia o fatalidad, llamadlo como queráis.

Aquel joven pertenecía a una buena familia, cuya nobleza, sin embargo, no se remontaba a tiempos muy antiguos; pero existen tan pocas familias antiguas hoy en día, que todos los jóvenes son antiguos sin discusión. Su abuelo adquirió un cargo de consejero en el Parlamento de París, del que llegó a ser presidente. Sus hijos, provistos, cada uno de ellos, de una buena fortuna, ingresaron en el servicio militar y, merced a sus enlaces, llegaron a la Corte. La Revolución barrió a aquella familia; pero de ella quedó una vieja viuda, acomodada y testaruda que no quiso emigrar. Encarcelada, condenada a muerte y salvada el 9 de Termidor, recuperó todos sus bienes. Hizo volver, así que fue posible, en 1804, a su nieto, Auguste de Maulincour, único vástago de Carbonne de Maulincour, que fue criado, por la buena viuda, con triple cuidado de madre, de mujer noble y de viuda obstinada. Después, cuando vino la Restauración, el joven, que entonces tenía dieciocho años, ingresó en la Casa Roja, siguió a los príncipes a Gante, fue nombrado oficial en los Guardias de Corps, salió de ellos para servir en la línea, fue llamado de nuevo a la Guardia Real, donde entonces se encontraba, a sus veintitrés años, en calidad de comandante de un regimiento de caballería, situación soberbia, debido a su abuela que, pese a sus años, continuaba siendo una mujer de mundo.

Esta doble biografía es el resumen de la historia general y particular, salvo las variantes, de todas las familias que emigraron, que tenían deudas y bienes, viudas ricas y don de gentes. La señora baronesa de Maulincour tenía por amigo al viejo

vidame^[1] de Pamiers, antiguo comendador de la orden de Malta. Era una de esas amistades eternas, fundadas en vínculos sexagenarios y que nada puede destruir, porque en el fondo de estas uniones hay siempre secretos del corazón humano, admirables de adivinar cuando se tiene tiempo para ello, pero insípidos para explicarlos en veinte líneas, y que constituirían el texto de una obra en cuatro volúmenes, divertida como pueda serlo *El Decano de Killerine*; una de esas obras de que hablan los jóvenes y que juzgan sin haberlas leído.

Así, pues, Auguste de Maulincour tenía apego al barrio de Saint Germain, a causa de su abuela y del *vidame*, y le bastaba con datar de dos siglos, para darse los aires y exhibir las opiniones de los que pretenden remontarse a Clodoveo. Aquel joven pálido, esbelto y fino, delicado en apariencia, hombre de honor y dotado de auténtico valor, que se batía en duelo sin vacilar por un quítame allá esas pajas, aún no se había encontrado en ningún campo de batalla, pero ya lucía en su hojal la cruz de la Legión de Honor. Ésta era una de las más flagrantes faltas de la Restauración, aunque quizá la más perdonable. La juventud de aquel tiempo no fue la juventud de ninguna época: se encontró entre los recuerdos del Imperio y los recuerdos de la emigración, entre las viejas tradiciones de la Corte y los estudios conscientes de la burguesía, entre la religión y los bailes de máscaras; entre dos leyes políticas, entre Luis XVIII, que no veía más que el presente, y Carlos X, que veía demasiado lejos; y además, obligada a respetar la voluntad del rey, aunque la Monarquía se equivocase.

Aquella juventud, indecisa en todo, ciega y clarividente, no fue tenida en cuenta para nada por los viejos, celosos de conservar las riendas del Estado en sus manos débiles, mientras que la Monarquía hubiera podido salvarse con su retirada y con la entrada en escena de aquella joven Francia, de la que aún hoy se ríen estos viejos doctrinarios, estos emigrados de la Restauración. Auguste de Maulincour era una víctima de las ideas que entonces pesaban sobre esta juventud. Vamos a ver cómo.

El *vidame* aún era hombre muy agudo que, a sus sesenta y siete años, había visto muchas cosas, había vivido mucho, gran conservador, hombre de honor y galante pero que, en lo tocante a mujeres, sustentaba las opiniones más detestables: las amaba y despreciaba al propio tiempo. ¿El honor de las mujeres, sus sentimientos? ¡Simples fingimientos y mojigangas! A su lado, veía en ellas al *monstruo* adicto al antiguo régimen; no las contradecía nunca y realzaba su valor. Pero cuando se hablaba de ellas entre amigos, el canónigo sentaba el principio de que, engañar a las mujeres, tejer varias intrigas simultáneamente, debía ser la única ocupación de los jóvenes, que se equivocaban al querer ampararse en otro menester dentro del Estado. Resulta fastidioso tener que bosquejar un retrato tan anticuado y manido. ¿No está más sobado que el de un granadero del Imperio? Pero el *vidame* ejerció una influencia sobre el destino de M. de Maulincour que era necesario acusar; lo moralizaba según sus gustos y quería convertirlo a las doctrinas del gran siglo de la galantería.

La viuda, mujer tierna y piadosa, sentada entre su canónigo y Dios, modelo de gracia y dulzura, pero dotada de un buen gusto persistente que triunfaba de todo a la

larga, quiso conservar a su nieto las más bellas ilusiones de la vida, y lo educó en los principios más elevados; le infundió todas sus delicadezas e hizo de él un hombre tímido, un verdadero bobo en apariencia. La sensibilidad de aquel joven, que se había conservado pura, no se malgastó en lo exterior, permaneciendo tan púdica, tan susceptible, que se sentía vivamente ofendido por acciones y palabras a las que el mundo no daba ninguna importancia. Avergonzado de su susceptibilidad, el joven la ocultaba bajo una seguridad falsa, y sufría en silencio: pero se burlaba, como los demás, de cosas que sólo él admiraba. Así, quedó burlado porque, siguiendo un capricho bastante común del destino, encontró en el objeto de su primera pasión, él, que era un hombre de dulce melancolía y espiritualista en amor, a una mujer que sentía horror por la sensibilidad alemana. El joven dudó de sí mismo, se convirtió en un soñador y se revolcó en sus penas, mientras se quejaba de no ser comprendido. Después, como el hombre desea tanto más vivamente las cosas cuanto más difícil le resulta tenerlas, continuó adorando a las mujeres con aquella ingeniosa ternura y felina delicadeza, cuyo secreto les pertenece y cuyo monopolio sin duda ellas desean conservar. En efecto, aunque las mujeres se quejan de no ser amadas lo suficiente por los hombres, sin embargo, se sienten poco atraídas por los que tienen el alma medio femenina. Toda su superioridad consiste en hacer creer a los hombres que éstos les son inferiores en amor; así, abandonan de buen grado a un amante cuando es lo bastante experimentado para despojarlas de los temores con que ellas quieren adornarse, aquellos deliciosos tormentos de los falsos celos, aquella turbación de la esperanza engañada, las vanas esperas, todo el cortejo, en fin, de sus encantadoras miserias femeninas; sienten horror por los Grandissons. ¿Qué hay de más opuesto a su naturaleza que un amor perfecto y tranquilo? Ellas quieren emociones, y la dicha sin tempestades deja de ser dicha para ellas. Las almas femeninas lo bastante poderosas para introducir lo infinito en el amor, constituyen excepciones angélicas y son, entre las mujeres, lo que los grandes genios entre los hombres. Las pasiones volcánicas son tan raras como las obras maestras. Fuera de esta clase de amor, no hay más que arreglos e irritaciones pasajeras, despreciables como todo lo que es pequeño.

En medio de los secretos desastres de su corazón, mientras buscaba una mujer que lo comprendiese, búsqueda que, dicho sea de paso, es la gran locura amorosa de nuestra época, Auguste encontró en la sociedad más alejada de la suya, en la segunda esfera del mundo del dinero, en el que la alta banca ocupa la primera fila, a una criatura perfecta, una de esas mujeres que tienen un no sé qué de santo y de sagrado y que inspiran tanto respeto, que el amor requiere de los socorros todos de una larga familiaridad para llegar a declararse.

Auguste, pues, se entregó, en cuerpo y alma, a las delicias de la más conmovedora y profunda de las pasiones, al amor puramente admirativo. Experimentó innumerables deseos reprimidos, matices de pasión tan vagos y tan profundos, tan fugitivos y tan sorprendentes, que no sabríamos a qué compararlos; recuerdan perfumes, nubes, rayos de sol, sombras, todo cuanto, en la naturaleza,

puede brillar y desaparecer en un momento, reavivarse y morir, dejando en el corazón emociones perdurables. En el momento en que el alma aún es lo bastante joven para concebir la melancolía, las esperanzas lejanas y sabe hallar en la mujer, algo más que una mujer. La mayor felicidad que puede experimentar un hombre es amar tanto que sienta más gozo al tocar un guante blanco, al acariciar unos cabellos, al escuchar una frase, al dirigir una mirada, que el que la posesión más acariciada pueda dar al amor satisfecho. A causa de ello los seres rechazados, los feos, los desgraciados, los amantes anónimos, las mujeres o los hombres tímidos, son los únicos que conocen los tesoros que encierra la voz de la persona amada. Al tener su fuente y su principio en la propia alma, las vibraciones del aire, cargado de fuego, ponen los corazones en contacto con tal violencia, comunicánles el pensamiento con tal lucidez y son tan poco mentirosas que una sola inflexión es, a menudo, todo un desenlace. ¡Qué encantos prodiga al corazón de un poeta el timbre armonioso de una voz dulce! ¡Qué ideas despierta en él! ¡Qué fresca derrama! El amor está en la voz antes de revelarse por la mirada. Auguste, poeta a la manera de los amantes (hay los poetas que sienten y los poetas que expresan; los primeros son los más dichosos), Auguste, pues, saboreó todas estas primeras alegrías, tan amplias y fecundas. *Ella* poseía la inflexión de voz más halagadora que la mujer más artificiosa haya podido desear jamás para poder engañar a sus anchas; tenía una de esas voces argentinas que, dulces al oído, sólo son radiantes al corazón, que turban y remueven, que acarician y trastornan.

Y aquella mujer iba, por la noche, a la rue Soly, cerca de la rue Pagevin; y su furtiva aparición, en una casa infame, acababa de destrozar la más magnífica de las pasiones.

La lógica del *vidame* se impuso.

—Si traiciona a su marido, nos vengaremos —dijo Auguste.

En aquel *si* aún había amor... La duda filosófica de Descartes es una cortesía, por medio de la cual hay que rendir siempre culto a la virtud. Dieron las diez. En aquel momento, el barón de Maulincour se acordó de que aquella mujer debía ir a un baile que se celebraba en una mansión a la que tenía acceso. Se vistió inmediatamente, partió, llegó y *la* buscó disimuladamente por los salones. *Madame* de Nucingen, viéndolo tan atareado, le dijo:

—¿No veis a *madame* Jules? Todavía no ha venido.

—Buenos días, querida —dijo una voz.

Augusto y *madame* de Nucingen se volvieron. *Madame* Jules llegaba vestida de blanco, sencilla y noble, tocada precisamente con las cintas de gasa que el joven barón le había visto escoger en la tienda de la florista. Aquella voz amorosa traspasó el corazón de Auguste. Si hubiese sabido conquistar el menor derecho, que le permitiera mostrarse celoso de aquella mujer, hubiera podido petrificarla diciéndole: «¡Rue Soly!».

Pero si él, un simple extraño, hubiese repetido, aunque hubiese sido mil veces,

aquel nombre al oído de *madame* Jules, ella le hubiera preguntado con asombro qué quería decir: el joven se limitó a mirarla con aire estúpido.

Para las personas malvadas y que se ríen de todo, quizá resulte muy divertido conocer el secreto de una mujer: saber que su castidad miente, que su rostro tranquilo oculta profundos pensamientos, que se esconde un espantoso drama tras una frente pura. Pero hay almas que se entristecen, de verdad, ante tal espectáculo, y muchos de los que ríen, de regreso a sus casas, a solas con su conciencia, maldicen al mundo y desprecian a semejantes mujeres. ¡Así se encontraba Auguste de Maulincour en presencia de *madame* Jules! ¡Curiosa situación, en verdad! No existían, entre ambos, más relaciones que aquellas que se establecen en el gran mundo entre personas que cambian algunas palabras siete u ocho veces cada invierno; él pedía cuentas de una felicidad que ella ignoraba, la juzgaba sin hacerle conocer la acusación.

Muchos jóvenes se han encontrado así al regresar a su casa, desesperados de haber roto para siempre con una mujer que adoraban en secreto; condenada y despreciada en secreto. Son monólogos desconocidos, dichos entre paredes de un solitario reducto, tempestades que nacen y se calman sin salir del fondo del corazón; admirables escenas del mundo moral que necesitarían un pintor.

Madame Jules fue a sentarse, separándose de su marido, que dio la vuelta al salón. Cuando estuvo sentada, demostró cierto embarazo y, sin dejar de hablar con su vecina, dirigió una furtiva mirada a M. Jules Desmarests, su marido, agente de bolsa del barón de Nucingen. Vamos a referir la historia de este matrimonio:

Cinco años antes de contraer matrimonio *monsieur* Desmarests estaba empleado en casa de un agente de Cambio y Bolsa y toda su fortuna se reducía entonces a su mísero sueldo. Pero era uno de esos hombres a quienes la desgracia enseña rápidamente las cosas de la vida y que siguen la línea recta con la tenacidad de un insecto que quiere llegar al nido; uno de esos jóvenes obstinados que se hacen el muerto ante los obstáculos y agotan todas las impaciencias mediante una paciencia de cochinilla. Así, joven aún, poseía todas las virtudes republicanas de los pueblos pobres: era sobrio, frugal, económico y enemigo de los placeres. Sabía esperar. La naturaleza, además, le había proporcionado la inmensa ventaja de un exterior agradable. Su frente tranquila y pura; las líneas de su semblante plácido pero expresivo; sus modales sencillos, todo revelaba en él una existencia laboriosa y resignada, aquella elevada dignidad personal que impone, y la nobleza secreta del corazón que resiste a todas las situaciones. Su modestia inspiraba una especie de respeto a todos cuantos lo conocían. Solitario, además, en el centro de París, sólo veía el mundo a escapadas, durante los pocos momentos que pasaba en el salón de su jefe, en los días festivos.

Había en aquel joven, como en la mayoría de los seres que viven así, pasiones de una sorprendente profundidad; pasiones demasiado vastas para comprometerse en pequeños incidentes. Su reducida fortuna obligábale a una vida austera, y domaba sus fantasías mediante agotadores trabajos. Después de quemarse las cejas sobre los

números, se solazaba esforzándose con obstinación por adquirir aquel conjunto de conocimientos que hoy son tan necesarios a todo aquel que quiera destacar en la vida social, en el comercio, en el foro, en la política o en las letras. El único escollo que encuentran estas bellas almas es su propia rectitud. Cuando ven a una joven pobre se prendan de ella, la llevan al altar y consumen su existencia debatiéndose entre la miseria y el amor. Las más bellas ambiciones naufragan en el libro de gastos del matrimonio. Jules Desmarets tropezó de lleno con este escollo.

Una noche vio, en casa de su jefe, a una joven de rarísima belleza. Los desdichados privados de afecto, y que consumen las horas más hermosas de la juventud en largas y tediosas tareas, son los únicos que poseen el secreto de los rápidos destrozos que causa una pasión en sus corazones desiertos, desconocidos. Están tan seguros de amar bien, todas sus fuerzas se concentran con tal prontitud sobre la mujer de que están enamorados que, a su lado, experimentan deliciosas sensaciones, sin dar muy frecuentemente otras a cambio. Esta aparente inmovilidad de la pasión y estas crisis tan profundas constituyen el más lisonjero de todos los egoísmos para la mujer que sabe adivinarlos: pues necesitan algún tiempo para reaparecer en la superficie humana. Estos pobres seres, anacoretas en el corazón de París, poseen todos los goces de los anacoretas y, a veces, pueden sucumbir a sus tentaciones; pero, engañados con más frecuencia, traicionados, incomprendidos, raramente les está permitido recoger los dulces frutos de este amor que, para ellos, siempre es como una flor caída del cielo. Una sonrisa de su mujer, una sola inflexión de voz, bastaron a Jules Desmarets para concebir una pasión avasalladora. Por fortuna, el juego concentrado de aquella pasión secreta se reveló ingenuamente a la que lo inspiraba. Aquellos dos seres se amaron entonces de una manera verdaderamente religiosa. Para resumirlo todo en una frase, diremos que no se avergonzaron de darse la mano, en medio del mundo, como dos hermanitos, niño y niña, que quisieran atravesar una muchedumbre, que se apartase, a su paso, para admirarlos.

La joven estaba en una de esas circunstancias terribles en que el egoísmo coloca a algunas criaturas. No poseía estado civil y su nombre de pila, de *Clémence*, y su edad, constaban en un acta notarial. En cuanto a su fortuna, apenas si nada. Jules Desmarets se sintió el hombre más dichoso del mundo al enterarse de este infortunio. Si Clémence hubiese pertenecido a una familia opulenta, hubiera desesperado de obtener su mano; pero era una pobre hija del amor, fruto de una terrible pasión adulterina: ambos se unieron en matrimonio.

Esto marcó para Jules Desmarets el comienzo de una serie de acontecimientos dichosos. Todos envidiaban su felicidad y los que tenían celos de él lo acusaron a partir de entonces de no tener más que felicidad, sin importarle las virtudes ni el valor. Pocos días después de la boda de su hija, la madre de Clémence, que en el mundo pasaba por ser su madrina, dijo a Jules Desmarets que adquiriese un empleo de agente de Cambio y Bolsa, prometiendo procurarle todos los capitales necesarios.

En aquellos momentos, estos empleos aún se encontraban a precios moderados.

Por la noche, en el propio salón de su agente de Cambio y Bolsa, un rico capitalista propuso a Jules Desmarets, por recomendación de aquella dama, el trato más ventajoso que fuese posible cerrar, dándole todos los fondos que le hacían falta para explotar su privilegio, y, al día siguiente, el afortunado dependiente había comprado el cargo de su jefe. En cuatro años, Jules Desmarets se convirtió en uno de los más ricos miembros de su compañía; un número considerable de clientes vino a aumentar el de aquellos que le había legado su predecesor. Inspiraba una confianza ilimitada y le era imposible no reconocer, por la manera como se le presentaban los negocios, cierta influencia oculta debida a su madre política o a una protección secreta que atribuía a la Providencia. Al cabo del tercer año. Clémence perdió a su madrina.

En aquel momento, M. Jules, llamado así para distinguirlo de su hermano mayor, que él había establecido como notario en París, poseía alrededor de doscientas mil libras de renta. En todo París no existía un segundo ejemplo de la felicidad de que disfrutaba aquel matrimonio. Desde hacía cinco años, aquel amor excepcional sólo fue turbado por una calumnia, de la que M. Jules supo vengarse cumplidamente. Uno de sus antiguos camaradas atribuía la fortuna de su marido a *madame* Jules, explicándola por una elevada protección pagada a muy buen precio. El vil calumniador fue muerto en duelo.

La profunda pasión que experimentaban mutuamente los dos esposos, y que resistía al matrimonio, alcanzaba el mayor éxito en el gran mundo, aunque contrariase a bastantes mujeres. La apuesta pareja era respetada y todos la festejaban. Aquel matrimonio despertaba un afecto sincero, quizá porque no hay nada más dulce que ver personas felices; pero ellos no se quedaban hasta muy tarde en los salones y se iban de ellos, impacientes por regresar a su nido con vuelo rápido, como dos palomas extraviadas. Este nido era en realidad un bello y espacioso hotel de la rue de Ménars, donde el sentimiento del arte templaba aquel lujo que el mundo de las finanzas continúa exhibiendo de manera tradicional, y donde ambos esposos recibían magníficamente, aunque las obligaciones de la vida mundana les convenciesen poco. Sin embargo, Jules soportaba las visitas, sabiendo que, tarde o temprano, una familia tiene necesidad de alternar; pero su esposa y él se encontraban siempre, cuando tenían invitados, como plantas de invernadero en medio de una tempestad.

A causa de una delicadeza bien natural, Jules ocultó cuidadosamente a su esposa la calumnia y la muerte del calumniador, que estuvo a punto de empañar su felicidad. *Madame* Jules se sentía impulsada a amar el lujo, a causa de su naturaleza delicada de artista. Pese a la terrible lección del duelo, algunas mujeres insolentes se decían al oído que *madame* Jules debía encontrarse incómoda con frecuencia. Los veinte mil francos que le entregaba su marido para alfileres y para sus caprichos no podían, según sus cálculos, bastar para sus gastos. En efecto, a menudo la encontraban mucho más elegante en su casa que cuando asistía a reuniones de sociedad. Le gustaba

acicalarse únicamente para su marido, queriendo así demostrarle que, para ella, él era lo más importante del mundo. Amor verdadero, amor puro, sobre todo dichoso, tanto como puede serlo un amor públicamente clandestino. Así, M. Jules, siempre amante, más enamorado cada día, totalmente feliz junto a su esposa, contento de todo, incluso de sus caprichos, se sentía inquieto, cuando no se los veía, como si eso hubiese sido síntoma de una enfermedad.

Auguste de Maulincour tuvo la desgracia de chocar contra esta pasión y de prendarse de aquella mujer hasta perder la cabeza. Sin embargo, aunque abrigaba en su corazón un amor tan sublime, no se ponía en evidencia. Cumplía todas las exigencias de la vida militar; pero, constantemente, incluso cuando bebía un vaso de champaña, mostraba aquel aire soñador, aquel silencioso desdén de la existencia, aquella expresión nebulosa que muestran, por diversos motivos, los seres hastiados de todo, los seres poco satisfechos de una vida vacía, y aquellos que se creen tísicos o se complacen en una enfermedad de corazón. Amar sin esperanza, estar cansado de la vida, constituyen hoy en día actitudes sociales. Es posible que la tentativa de violar el corazón de una soberana proporcionase mayores esperanzas que un amor locamente concebido por una mujer dichosa. Así, Maulincour tenía razones más que suficientes para permanecer grave y taciturno. Una reina posee aún la vanidad de su poderío, tiene contra ella su propia elevación; pero una burguesita religiosa es como un erizo, como una ostra, encerrados en sus rudos envoltorios.

En aquellos momentos el joven oficial se encontraba cerca de su amante anónima, que, ciertamente, no sabía que era doblemente infiel. *Madame Jules* estaba allí, con semblante ingenuo, como la mujer menos artificiosa del mundo, dulce, rebosando una serenidad majestuosa. ¿Qué abismo es la naturaleza humana, pues? Antes de iniciar la conversación, el barón contempló atentamente a aquella mujer y a su marido. ¡Cuántas reflexiones llegó a hacer! Recompuso todas las *Noches* de Young en un momento. Entretanto, la música resonaba en las habitaciones, bañadas por el resplandor de mil bujías... Era el baile de un banquero, una de esas fiestas insolentes por medio de las cuales aquel mundo de oro mate trataba de burlarse despectivamente de los salones de oro molido donde reía la buena compañía del arrabal de Saint-Germain, sin prever que un día la banca invadiría el Luxemburgo y se sentaría en el trono. Era la época en que danzaban las conspiraciones, tan indiferentes ante las futuras quiebras del poder, como ante las futuras quiebras de la banca.

Los salones dorados del señor barón de Nucingen mostraban aquella animación particular que la sociedad parisién, alegre, al menos en apariencia, presta a las fiestas de París. En ellas, los hombres de talento infunden su ingenio a los necios y los necios les infunden este aire feliz que los caracteriza. Gracias a este intercambio, todo se anima. Pero una fiesta en París siempre se parece un poco a los fuegos de artificio: agudeza, coquetería, placer: todo brilla en ella y se extingue como los cohetes. Al día siguiente, todos han olvidado las agudezas, las coqueterías y el placer.

«¡Desde luego! —se dijo Auguste a guisa de conclusión—. ¡Las mujeres son tal

cual las ve el canónigo! Todas las que aquí bailan, ciertamente, son menos irreprochables que lo que parece serlo *madame Jules*, y *madame Jules* frecuenta la rue Soly».

La rue Soly era su obsesión; aquella sola palabra le crispaba el corazón y los nervios.

—¿Así, señora, no bailáis nunca? —le preguntó.

—Es la tercera vez que me hacéis esta pregunta desde que ha comenzado el invierno —repuso ella sonriendo.

—Pero quizá no me habéis respondido nunca.

—Esto es verdad.

—Ya sabía yo que sois falsa, como todas las mujeres.

Y *madame Jules* continuó sonriendo.

—Escuchad, señor, si os dijese la verdadera razón os parecería ridícula. No creo que haya cometido una falsedad no diciendo unos secretos de que el mundo acostumbra a burlarse.

—Todo secreto requiere, para ser dicho, una amistad de la que yo sin duda no soy digno, señora. Pero vos sólo podéis tener nobles secretos. Decidme, ¿me creéis capaz de bromear sobre cosas respetables?

—Sí —dijo ella—; vos, como todos los demás, os reís de nuestros sentimientos más puros y los calumniáis. Además, no tengo secretos. Tengo el derecho de amar a mi marido a la faz del mundo; lo digo y me enorgullezco de ello, y, si os burláis de mí al saber que sólo bailo con él, me formaré muy mala opinión de vuestros sentimientos.

—¿No habéis bailado con nadie más que con vuestro marido, desde vuestro casamiento?

—Con nadie más, señor. Su brazo es el único sobre el que me he apoyado, y no he notado jamás el contacto de otro hombre.

—¿Vuestro médico ni siquiera os ha tomado el pulso?

—¿Veis cómo os burláis?

—No, señora, os admiro porque os comprendo. Pero dejáis oír vuestra voz, os dejáis ver..., en fin, permitís a nuestros ojos que os admiren...

—¡Ah, ésta es mi pena! —dijo ella, interrumpiéndole—. Sí, yo hubiera querido que fuese posible para una mujer casada vivir con su marido como una entretenida vive con su amante, pues entonces...

—Entonces, ¿por qué estabais, hace unas horas, a pie y disfrazada, en la rue Soly?

—¿Qué es la rue Soly? —le preguntó la joven.

Y su voz, tan pura, no dejó traslucir la menor emoción, ningún rasgo de su semblante vaciló, no se sonrojó y permaneció tranquila.

—¿Cómo? ¿No habéis subido al segundo piso de una casa situada en la rue des Vieux-Augustins, en la esquina de la rue Soly? ¿No teníais un *fiacre* a diez pasos, y no habéis regresado por la rue de Richelieu, deteniándoos en la florista, donde habéis

elegido las cintas que ahora adornan vuestro tocado?

—Esta noche no he salido de casa.

Mentía así, impasible y risueña, abanicándose; pero quien hubiese tenido el derecho de pasarle la mano por la cintura, hacia la espalda, quizá la hubiera encontrado húmeda. En aquel momento, Auguste se acordó de las lecciones del canónigo.

—Entonces, era una persona que se os parece extraordinariamente —añadió con aspecto crédulo.

—Señor —dijo ella—, si sois capaz de seguir a una mujer y sorprender sus secretos, me permitiréis que os diga que esto está mal, muy mal, y os hago el honor de no creerlos.

El barón se alejó, se detuvo ante la chimenea y adoptó una expresión pensativa. Incluyó la cabeza, pero miraba furtivamente a *madame* Jules quien, al no pensar en el juego de los espejos, le dirigió dos o tres miradas llenas de terror. *Madame* Jules hizo una seña a su marido, que le ofreció el brazo para que se levantase e ir a pasear por los salones. Cuando pasó cerca de M. de Maulincour, éste, que conversaba con uno de sus amigos, dijo en voz alta, como si respondiese a una pregunta:

—Es una mujer que, ciertamente, esta noche no dormirá tranquila...

Madame Jules se detuvo, le dirigió una imponente mirada llena de desdén y continuó su paseo sin saber que una mirada de más, si fuese sorprendida por su marido, podía comprometer su felicidad y la vida de dos hombres... Auguste, presa de una rabia que ahogó en las profundidades de su alma, no tardó en salir, jurando que penetraría hasta el corazón de aquella intriga. Antes de partir, buscó a *madame* Jules para verla una vez más, pero había desaparecido.

¡Qué drama el que fue lanzado en aquella joven cabeza, eminentemente novelesca, como todas las que no han conocido el amor en toda la extensión que le atribuyen! Adoraba a *madame* Jules bajo una nueva forma, la amaba con la rabia de los celos, con las delirantes angustias de la esperanza. Infiel a su marido, aquella mujer se convertía en un ser vulgar. Auguste podía entregarse a todas las felicidades del amor feliz y su imaginación le abría entonces la inmensa cantera de los placeres de la posesión. En fin, si había perdido al ángel, encontraba al más delicioso de los demonios.

Se acostó, haciendo mil castillos en el aire, justificando a *madame* Jules, por alguna novelesca buena acción en la que no creía. Después resolvió consagrarse enteramente, a partir del día siguiente, a la averiguación de las causas y de los intereses del nudo que ocultaba aquel misterio. Era una novela para leer; o mejor, un drama para representar, en el que él tenía su papel.

II

FERRAGUS

Bella cosa es el oficio de espía, cuando se ejerce por cuenta propia y en aras de una pasión. ¿No consiste en concederse los placeres del ladrón sin dejar de ser un hombre honrado? Pero hay que resignarse a hervir de cólera, rugir de impaciencia, a helarse los pies en el barro, a tiritar y a quemarse, a devorar falsas esperanzas. Hay que ir, siguiendo un indicio, hacia un objetivo ignorado, errar el golpe, echar pestes, improvisarse elegías y ditirambos, proferir necias exclamaciones ante un transeúnte inofensivo que contempla atónito a quien las lanza; después, derribar algunas buenas comadres y sus cestos de manzanas, correr, descansar, apostarse ante una ventana, hacer mil suposiciones... ¡Es la caza: la caza en París; la caza con todos sus accidentes, menos los perros, el fusil y los gritos de los cazadores! Estas escenas son sólo comparables con las de la vida de los jugadores. Además, hace falta tener un corazón rebosante de amor y de venganza para emboscarse en París, como un tigre que quiere saltar sobre su presa, y para gozar, entonces, de todos los accidentes de París y de un barrio, prestándoles un interés superior al que ya poseen en abundancia. Y si es así, ¿no hay que tener un alma múltiple? ¿No es esto vivir con mil pasiones, con mil sentimientos juntos?

Auguste de Maulincour se lanzó a aquella ardiente existencia con amor, porque experimentó todas sus desdichas y todos sus placeres. Iba disfrazado por París. Vigilaba en todas las esquinas de la rue Pegevin o de la rue des Vieux-Augustins. Corría como un cazador de la rue de Ménars a la rue Soly, de la rue Soly a la rue de Ménars, sin conocer ni la venganza ni el precio con que serían castigados o recompensados tantos cuidados, tantas idas y venidas y tantas astucias. Sin embargo, aún no había experimentado aquella impaciencia que retuerce las entrañas y provoca el sudor; vagaba con esperanza, pensando que *madame* Jules no se atrevería, durante los primeros días, a volver al lugar donde fue sorprendida. Así, consagró estos primeros días a iniciarse en todos los secretos de la calle. Principiante en aquel oficio, no se atrevía a interrogar al portero ni al zapatero de la casa frecuentada por *madame* Jules, pero confiaba en poder crearse un observatorio en la casa situada enfrente del piso misterioso. Estudiaba el terreno, quería conciliar la prudencia y la impaciencia, su amor y el secreto.

En los primeros días del mes de marzo, en medio de los planes que acariciaba para hacer una gran jugada, y al abandonar su tablero de ajedrez, después de una de sus asiduas partidas —que aún no le habían enseñado nada— volvía, alrededor de las cuatro, a su hotel, llamado por un asunto de servicio, cuando lo atrapó, en la rae Coquillère, uno de esos chaparrones que engrasan de repente los arroyos, y cuyas

gotas tintinean al caer sobre los charcos de agua de la vía pública. El peatón de París se ve obligado entonces a detenerse inmediatamente, para refugiarse en una tienda o en un café, si es lo bastante rico como para pagar su hospitalidad forzada; o, según la urgencia del caso, bajo un portal, asilo de la gente pobre o desaseada. ¿Cómo es posible que ninguno de nuestros pintores haya intentado reproducir las fisonomías de un enjambre de parisienses agrupados, en tiempo tormentoso, bajo el húmedo portal de una casa? ¿Dónde podría verse cuadro más soñado?

¿No existe, en primer lugar, el peatón soñador o filósofo que observa con placer las líneas trazadas por la lluvia sobre el fondo grisáceo de la atmósfera, como un cincelado parecido a los chorros caprichosos que forman los hilillos de vidrio; o bien los torbellinos de agua blanca que el viento empuja, como un polvo luminoso, bajo los techos; o bien las caprichosas cascadas que surgen de las tuberías espumosas y centelleantes; otras mil naderías admirables, en sí, estudiadas con delicia por los ociosos que callejean, a pesar de los golpes de escoba con que los obsequia el portero?

Hay después el peatón hablador, que se queja y conversa con la portera, cuando ésta se apoya en su escoba como un granadero en su fusil; el peatón indigente, fantásticamente pegado a la pared, sin preocuparse en absoluto por sus harapos acostumbrados al contacto de las calles; el peatón sabio, que estudia, deletrea o lee los carteles sin terminarlos, el peatón risueño, que se burla de las personas a quienes les duele una desgracia en la calle, que se ríe de las mujeres manchadas de barro y hace muecas y visajes a los que están asomados en las ventanas; el peatón silencioso que mira las ventanas de todos los pisos; el peatón industrioso, provisto de una cartera o cargado con un paquete, para quien la lluvia se traduce por pérdidas y ganancias; el peatón amable, que llega como un obús diciendo: «¡Ah, qué tiempo, señores!», y que saluda a todo el mundo; y por último, el verdadero burgués de París, que gasta paraguas, experto en chaparrones, que previo el de marras, salió, a pesar de los consejos de su mujer, y que se sentó en la silla del portero.

Todos los miembros de esta sociedad fortuita contemplan el cielo según su carácter, se van dando saltitos para no llenarse de barro, porque tienen prisa, o porque ven a otros ciudadanos que circulan contra viento y marea, o porque, teniendo en cuenta que el patio de su casa es húmedo y mortal para los que sufren de catarro, como dice el proverbio, escogen el mal menor. Todos y cada uno tienen sus motivos. No queda más que el peatón prudente, el hombre que, para seguir andando, espera a ver algunos espacios azules a través de las nubes desgarradas.

Monsieur de Maulincour se refugió, pues, con toda una familia de peatones, bajo el pórtico de una vieja mansión cuyo patio parecía un enorme tubo de chimenea. A lo largo de aquellos muros enyesados, llenos de salitre y de color verdoso, había tantos plomos y tuberías, y tantos pisos en los cuatro cuerpos del inmueble, que hubiérase dicho que eran las cascadas de Saint-Cloud. El agua chorreaba por todas partes; borboteaba, saltaba, murmuraba; era negra, blanca, azul, verde; gritaba, aumentaba de

volumen bajo la escoba de la portera, vieja desdentada, acostumbrada a las tempestades, que parecía bendecirlas y que arrojaba a la calle mil desechos cuyo curioso inventario revelaba la vida y costumbres de cada inquilino de la casa. Había allí recortes de indiana, hojas de té, pétalos de flores artificiales, descoloridos e incompletos; mondaduras de cocina, papeles, fragmentos de metal. A cada escobazo, la vieja descubría el alma del arroyo, aquella hendidura negra, ajedrezada, junto a la cual se afanan los porteros.

El pobre amante examinaba aquel cuadro, uno de los millares de cuadros que el bullicioso París ofrece todos los días, pero lo examinaba maquinalmente, como hombre absorto en sus pensamientos, cuando, al levantar la vista, se encontró, cara a cara, con un hombre que acababa de entrar.

Era, al menos en apariencia, un mendigo, pero no el mendigo de París, engendro que no tiene nombre en los lenguajes humanos; no, aquel hombre constituía un tipo nuevo hecho al margen de todas las ideas que despierta en nosotros la palabra mendigo.

El desconocido no se distinguía en absoluto por aquel carácter genuinamente parisién que, con mucha frecuencia, nos impresiona en los infelices que Charlet ha representado, a veces, con un raro acierto de observación: esas groseras figuras que ruedan por el fango, de voz ronca, nariz enrojecida y bulbosa, boca desprovista de dientes, aunque amenazadora; humildes y terribles y en los que la inteligencia profunda, que brilla en la mirada, parece ser un contrasentido. Algunos de esos vagabundos desvergonzados tienen la tez marmórea, agrietada, veteada; la frente cubierta de rugosidades; los cabellos ralos y sucios, como los de una peluca tirada sobre un mojon. Alegres en su degradación y degradados en sus alegrías, marcados por el sello del libertinaje, lanzan su silencio como un reproche y su actitud revela espantosos pensamientos. Situados entre el crimen y la limosna ya no tienen remordimientos y vagan prudentemente alrededor del patíbulo sin caer en él, inocentes en medio del vicio, y viciosos en medio de su inocencia. A menudo hacen sonreír, pero siempre hacen pensar. Uno de ellos representa a nuestros ojos la civilización encanijada, y lo comprende todo: el honor del presidio, la patria, la virtud; y además la malicia del crimen vulgar y la finura de las fechorías elegantes. El de más allá es resignado, mimo profundo, pero estúpido. Todos tienen sus veleidades de orden y de trabajo, pero se ven relegados al barro por una sociedad que no desea averiguar si puede haber poetas, grandes hombres, gentes intrépidas y organizaciones magníficas entre los mendigos, esos mendigos de París; gente soberanamente buena y soberanamente mala, como todas las masas que han sufrido; habituado a soportar males inauditos, y al que un poder fatal mantiene siempre en el fango. Todos acarician un sueño, una esperanza o una dicha: el juego, la lotería o el vino.

No había nada de esta vida extraña en el personaje pegado con harta despreocupación al muro, ante *monsieur* de Maulincour, como una fantasía dibujada por un hábil artista detrás de una tela de su taller. Aquel hombre, larguirucho y flaco,

cuyo rostro plomizo revelaba un pensamiento profundo y glacial, ahogaba la piedad en el corazón de los curiosos por su actitud llena de ironía y por una torva mirada que denunciaban su pretensión de tratar con ellos de igual a igual. Su cara era de un blanco sucio, y su cráneo arrugado, desprovisto de cabellos, tenía un vago parecido con una porción de granito. Algunos mechones aplanados y grises, situados a ambos lados de la cabeza, caían sobre el cuello de su traje mugriento y abrochado hasta el pescuezo. Se parecía a Voltaire y a Don Quijote; era burlón y melancólico, lleno de desdén y de filosofía, pero medio alienado. Parecía no tener camisa. Gastaba larga barba. Su mala corbata negra, pringosa y desgarrada, dejaba ver un cuello protuberante, muy arrugado, cruzado por venas gruesas como cuerdas. Un gran círculo cárdeno y pardusco se dibujaba bajo cada uno de sus ojos. Parecía tener al menos sesenta años. Sus manos eran blancas y limpias. Calzaba botas destaconadas y agujereadas. Sus pantalones azules, remendados en muchos lugares estaban blanqueados por una especie de pelusilla que les confería un mísero aspecto.

Ya fuese porque sus ropas mojadas exhalasen un olor fétido, o porque aquél fuese su olor en estado normal, aquel hálito de miseria, propio de los tugurios parisinos, del mismo modo como los despachos, las sacristías y los hospicios tienen su olor propio e inconfundible, aroma fétido y rancio, del que nada podría dar idea, lo cierto es que los vecinos de aquel hombre abandonaron sus sitios y lo dejaron solo; él les dirigió, y después al oficial, aquella mirada tranquila y sin expresión, la célebre mirada de M. de Talleyrand, ojeada apagada y sin calor, velo impenetrable, bajo el cual, un alma fuerte oculta profundas emociones y los cálculos más exactos sobre los hombres, las cosas y los acontecimientos. Ningún pliegue de su rostro se hundió. La boca y la frente permanecieron impassibles, pero bajó los ojos con un movimiento de noble lentitud, casi trágica. Todo un drama en el movimiento de sus marchitos párpados.

El aspecto de aquella figura estoica hizo nacer en M. de Maulincour uno de esos ensueños vagabundos que comienzan con una vulgar interrogación y terminan en la comprensión de todo un mundo de ideas.

La tempestad había pasado. *Monsieur* de Maulincour sólo vio, entonces, de aquel hombre, el faldón de la levita que rozaba el guardacantón; pero, al abandonar aquel sitio, para irse, encontró a sus pies una carta que acababa de caer, y adivinó que pertenecía al desconocido, al ver como volvía a meterse en el bolsillo un pañuelo que acababa de utilizar. El oficial, que recogió la carta para devolvérsela, leyó involuntariamente las señas, escritas con pésima ortografía:

A Mosieur

Mosieur Ferragusse,

Rue des Grans-Augustains, hesquina a la calle Soly.

PARÍS.

La carta no llevaba sello alguno, y la dirección impidió a M. de Maulincour

devolverla a su portador; pues son pocas las pasiones que no se vuelven reprobables a la larga. El barón tuvo el presentimiento de la oportunidad de aquel hallazgo y quiso, al conservar la misiva, conquistar el derecho de entrar en la casa misteriosa para ir a devolvérsela a aquel hombre, no dudando que habitaba la sospechosa mansión. Algunos indicios, vagos, como los primeros resplandores del día, ya le hacían establecer una relación entre aquel hombre y *madame Jules*. Los amantes celosos son capaces de suponerlo todo; y suponiéndolo todo, escogiendo las conjeturas más probables, es como los jueces, los espías, los amantes y los observadores, adivinan la verdad que les interesa.

«¿Será de él la carta? ¿Será de *madame Jules*?».

Su imaginación inquieta lo asaeteó con mil y una preguntas, pero, al leer las primeras palabras, sonrió.

He aquí, textualmente, en el esplendor de su ingenua sintaxis, en su mala ortografía, el texto de aquella carta, a la que nada se podía añadir y de la que nada había que quitar, como no fuese la propia carta; sin embargo, al transcribirla, hemos creído necesario puntuarla. En el original no existían puntos ni comas ni siquiera signos de admiración; hecho que destruiría el sistema de puntuación por medio del cual los autores modernos han intentado pintar los grandes desastres de todas las pasiones:

Henry:

Entre el número de sacrificios que me he impuesto hasía vos se encuentra el de no daros noticias mías; pero una voz irresistible me hordena haceros conocer buestros crímenes hacía mi. Se de antemano que buestra alma en durecida en el bicio no se dignara compadeserse de mi. Buestro corason está sordo a la censibilidad. ¿No lo está también a los gritos de la naturaleza? Pero poco importa: devo comunicaros hasta que punto os haveis echo culpable y el orror de la posición en que me habéis ponido. Henry, sabéis todo lo que he sufrido a causa de mi primera falta y abéis podido sumirme en la misma desdicha y abandonarme a mi desesperación y a mi dolor. Sí, digo que, la crencia que tenía de ser amada y estimada por vos, me había dado el balor conque soportar mi suerte. ¿Pero qué me queda oy? ¿No me abéis echo perder todo cuanto tenia de mas cerido, todo cuanto me atraía a la vida: padres, amigos, onor, reputación, todo os le he sacrificao y no me queda más que el oprobio, la vergenza y, lo digo sin enrogecer, la miseria? Solo faltaba ha mi desdicha la sertidumbre de vuetro desdés y vuetro hodio; haora que ya lo tengo, tendré el balor que mi proyesto exige. He tomado mi desisión y el onor de mi familia lo ordena: así, pues, boy a poner fin a mis sufrimientos. No agais ninguna reflexion sobre mi proyesto, Henry. Es terrible, ya lo sé pero mi estado me obliga a helio. Sin socorros, sin ayuda, sin un amigo conque consolarme, ¿puedo vivir? No. La suerte lo ha desidido así por esto, dentro de dos dias, Henry, dentro de dos dias, Ida ya no será digna de vuestra estima; pero aseptad el juramento que os ago de tener la consciencia

tranquila, pues no he sesado de ser digna de vuestra amistad. O Henry, amigo mío, pues yo no cambiaré nunca para vos, prometezme que vos me perdonareis la carrera que voy abrasá. Mi amor me ha dado balor y me sostendrá en la virtud. Mi corazón, llenó de tu imagen, será para mí un preserbativo contra la seduición.

No olvidéis jamás que mi suerte es obra vuestra, y jusgaos. Ojalás el sielo no os castigue por buestrs crímenes, le pido buestro perdón de rrodillas, pues comprendo que solo faltaría a mis desdichas el dolor de saveros desgrasiado. Apesar de la miseria en geme encuentro, me niego ha resibir cualquier especia de socorro de vos. Si vos me hubieseis amado yo abría podido recibirlos como pruebas de a mistad pero mi alma rechasa un favor probocado por la piedad, y yo sería más covarde resibiendo que el ce me lo propusiese. Tengo que pedirós un favor. No se el tiempo que devo permanecer en casa de *madame* Merinardie, sed lo bastante jeneroso para no haparecer ante mi. Buestras dos últimas bisitas mean echo un daño del ce me resentiré mucho tiempo; no ciero entrar en detayes sobre vuestra condusta sobre el particulás. Vos me hodiais; esta palabra está gravada en mi corasón y loha elado defrio. ¡Ay!, todas mis facultades mea bandonan en el momento en ce tengo mas nesisidas de todo mi balor, Henry, hamigo mió, antes de que aya puesto una barrera entrenosotros, dame una última prueba de tu hestima: escíbeme, responde me dime que tú aun me cieres, aunque no me ames. Apesar de que mis ojos continuan siendo disnos de mirar a los tullós yo no solicito una entrebista: lo temo todo de mi devilidad y de mi hamor, mas por favor escíbeme en ceguida unas palabras, me darán el balor ce nesesito para soportás mi adeversidades. Adiós hautor de tos mismales pero el solo hamigo que mi corazon a escojido y ce no olvidará jamas.

IDA.

Aquella vida de joven engañada, cuyo amor burlado, cuyas funestas alegrías, dolores, miseria y espantosa resignación quedaban resumidos en tan pocas palabras; aquel poema anónimo, pero esencialmente parisién, escrito en aquella mugrienta carta, ejercieron durante un momento su acción sobre M. de Maulincour, quien terminó por preguntarse si aquella Ida no sería acaso una pariente de *madame* Jules, y si la cita de la noche de la que él fue fortuitamente testigo, no había sido impuesta por un intento caritativo, ¿sería posible que aquel viejo pobre y miserable hubiese seducido a Ida?... Tal seduición hubiera tenido algo de prodigioso.

Mientras se perdía en el laberinto de sus reflexiones, que se entrecruzaban y destruían mutuamente, el barón, llegó cerca de la rue Pegevin y vio un *fiacre* parado al extremo de la rue des Vieux-Augustins, casi en la esquina de la rue Montmartre. Todos los *fiacres* parados le decían algo.

«¿Estará *ella* en su interior?», pensó.

Y el corazón le latió con movimientos cálidos y febriles. Empujó la portezuela provista de cascabel, pero bajando la cabeza y obedeciendo, presa de una especie de vergüenza, pues oyó una voz secreta que le decía: «¿Por qué metes las narices en este

interior?».

Subió algunos peldaños y se dio de manos a boca con la vieja portera.

—¿*Monsieur* Ferragus?

—No sé quién es.

—¡Cómo! ¿No vive aquí *monsieur* Ferragus?

—En esta casa no hay nadie de este nombre.

—Pero escuchad, buena mujer...

—Yo no soy una buena mujer, señor, soy la portera.

—Pero, señora —prosiguió el barón—, tengo una carta para entregar a *monsieur* Ferragus.

—¡Ah, si el señor tiene una carta —dijo la portera, cambiando de tono—, la cosa es diferente! ¿Quiere dejármela ver, esa carta?

Auguste le mostró la misiva doblada. La vieja meneó la cabeza con aire de duda, vaciló, pareció como si quisiera abandonar la portería para ir a informar al misterioso Ferragus de aquel incidente imprevisto; después dijo:

—Bien, subid, señor. Ya debéis de saber dónde es...

Sin responder a estas palabras, con las cuales la astuta vieja podía tenderle una celada, el oficial ascendió rápidamente por la escalera e hizo sonar con impaciencia la campanilla de la puerta del segundo piso. Su instinto de amante le decía: «*Ella* está aquí».

El desconocido del portal, Ferragus o el *hautor* de los males de Ida, le abrió en persona. Vestía una bata floreada, unos pantalones de muletón blanco, llevaba los pies metidos en unas lindas zapatillas de cañamazo y la cabeza recién lavada. *Madame* Jules, cuyo rostro se asomaba por la puerta de la segunda pieza, palideció y se dejó caer sobre una silla.

—¿Qué tenéis, señora? —exclamó el oficial abalanzándose hacia ella.

Pero Ferragus extendió el brazo y rechazó vivamente al oficial con un movimiento tan seco, que Auguste creyó haber recibido el golpe de una barra de hierro en el pecho.

—¡Atrás, señor! —dijo aquel hombre—. ¿Qué queréis de nosotros? Vagáis por el barrio desde hace cinco o seis días. ¿No seréis un espía?

—¿Sois vos *monsieur* Ferragus? —dijo el barón.

—No, señor.

—Sin embargo —repuso Auguste—, debo entregaros este papel, que habéis perdido en la puerta de la casa donde ambos nos hemos refugiado durante la lluvia.

Mientras hablaba y tendía la carta a aquel sujeto, el barón echó disimuladamente un vistazo a la pieza en que lo recibía Ferragus y que le pareció muy bien decorada, aunque con sencillez. Había fuego en la chimenea; junto a ella estaba una mesa servida con mayor suntuosidad de lo que admitían la aparente situación de aquel hombre y lo exiguo del alquiler que pagaba. Después, sobre un confidente de la segunda pieza, que le fue posible ver, distinguió un montón de monedas de oro y oyó

un ruido que sólo podía causar el llanto de una mujer.

—Este papel me pertenece y os doy las gracias —dijo el desconocido, volviéndose como para dar a entender al barón que deseaba que se fuese al instante.

Demasiado curioso para prestar atención al profundo examen de que era objeto, Auguste no vio las miradas medio magnéticas por medio de las cuales el desconocido parecía devorarlo; pero si hubiese visto aquel ojo de basilisco, hubiera comprendido lo peligroso de su situación. Demasiado apasionado para pensar en sí mismo, Auguste saludó, descendió y volvió a su casa, tratando de hallar un sentido a la reunión de aquellas tres personas: Ida, Ferragus y *madame Jules*; ocupación que, moralmente, equivalía a intentar el arreglo de los trozos irregulares de madera de los rompecabezas chinos, sin tener la clave del juego. Pero *madame Jules* lo había visto, *madame Jules* frecuentaba aquella casa, y *madame Jules* le había mentado. Maulincour se propuso ir a visitar a aquella dama, al día siguiente, pues no podía negarse a verlo después de convertirse en su cómplice y estar metido en aquella tenebrosa intriga; ya se las echaba de sultán y pensaba en exigir imperiosamente a *madame Jules* que le revelase todos sus secretos.

Por aquella época, París sufría la fiebre de la construcción. Si París es un monstruo, seguramente es el monstruo más maniático. Se encapricha de mil fantasías: tan pronto construye como un gran señor, amante de la paleta, como deja la paleta para hacerse militar, vestirse de pies a cabeza de guardia nacional, hacer la instrucción y fumar; de pronto abandona los ejercicios militares y tira el cigarro; después se aflige, hace quiebra, vende sus muebles en la plaza del Châtelet, hace suspensión de pagos; pero, días después, arregla sus asuntos, se pone de fiesta y baila. Un día come azúcar de cebada a manos llenas y a dos carrillos; ayer compraba papel Weynen; hoy, el monstruo tiene dolor de muelas y se aplica un alexifármaco para la tos. Tiene sus manías para el mes, para la estación y para el año, como sus manías para sólo un día.

En aquellos momentos, pues, todo el mundo construía o derribaba algo, aún no sabemos exactamente qué. Había muy pocas calles que no mostrasen andamiajes de largas pértigas, provistos de tablas colocadas sobre travesaños y fijas, de piso en piso, en mechinales; construcción frágil, que se estremece al paso de las berlinas, pero sujeta por cordajes, enteramente blanca de yeso, raras veces a salvo de los choques del vehículo transeúnte por este muro de tablas, cerco obligado de los monumentos que no se construyen. Hay algo de marítimo en estos mástiles, en estas escalas, en estos cordajes y en los gritos de los albañiles.

Pues debe saber el lector que, a doce pasos del hotel Maulincour, se alzaba una de esas efímeras estructuras, ante una casa de piedra tallada en vías de construcción. Al día siguiente, en el momento en que el barón de Maulincour pasaba en cabriolé ante el andamio, dirigiéndose a casa de *madame Jules*, una piedra de dos pies cuadrados, que había llegado a la parte alta de las pértigas, se soltó de las cuerdas que la ataban, y, girando sobre sí misma, cayó sobre el doméstico, situado en la parte posterior del

cabriolé, aplastándolo. Un grito de espanto hizo temblar el andamiaje y a los albañiles; uno de ellos, en peligro de muerte, se sujetaba penosamente a las largas pértigas, como si hubiese sido alcanzado por el sillar desprendido.

La multitud no tardó en congregarse. Todos los albañiles descendieron, gritando, jurando y afirmando que el cabriolé de *monsieur* de Maulincour había hecho temblar la grúa. Dos pulgadas de diferencia, y la piedra hubiera caído sobre la cabeza del oficial. El ayuda de cámara estaba muerto y el coche medio destrozado. Este suceso fue un acontecimiento para el barrio y los periódicos lo publicaron. *Monsieur* de Maulincour, seguro de no haber sido el causante del accidente, se querelló. Intervino la justicia. Una vez abierto el sumario, se demostró que un muchacho, armado de una tabla, montaba guardia y gritaba a los transeúntes que se alejasen. Así quedó el asunto. *Monsieur* de Maulincour perdió a su criado, se llevó un buen susto y tuvo que guardar cama durante unos días, pues la trasera del coche, al romperse, le produjo contusiones; a éstas se añadió la impresión nerviosa causada por la sorpresa, que le dio fiebre.

El resultado fue que no visitó a *madame* Jules.

Diez días después de este incidente, y durante su primera salida, se dirigía al bosque de Bolonia en su cabriolé restaurado, cuando, al descender por la rue de Bourgogne, en el lugar donde se encuentra la cloaca, frente a la Cámara de los Diputados, el eje se partió por la mitad, y el barón iba con tal rapidez, que de aquello podía haber resultado que, impulsadas las dos ruedas al juntarse con bastante violencia, le aplastasen la cabeza; pero se salvó de ello gracias a la resistencia que opuso la capota. Sin embargo, recibió una grave herida en el costado. Por segunda vez, en diez días, lo llevaron medio muerto a casa de la compungida viuda.

Este segundo accidente le inspiró cierto recelo y pensó vagamente en Ferragus y *madame* Jules. A fin de aclarar sus sospechas, guardó el eje roto en su habitación e hizo venir a su carrocerero. Cuando éste vino, examinó el eje roto y demostró dos cosas a *monsieur* de Maulincour:

En primer lugar, que el eje en cuestión no había salido de sus talleres; él no entregaba ningún eje sin grabar toscamente en él sus iniciales, y no podía explicarse por qué medios aquel eje había sustituido al otro; además, la rotura de aquel eje sospechoso se había provocado mediante una cavidad hueca interior, veteaduras y grietas habilísimamente practicadas.

—Señor barón —dijo—, hay que ser muy astuto para preparar un eje de este modelo; se diría que es natural...

Monsieur de Maulincour suplicó al carrocerero que no dijese nada a nadie de esta aventura, y se tuvo por debidamente advertido. Aquellas dos tentativas de asesinato fueron urdidas con una habilidad que indicaba la enemistad de personas superiores.

—Es una guerra a muerte —se dijo, dando vueltas en la cama—, una guerra de salvajes, una guerra de sorpresas, de emboscadas, de traiciones, declarada en nombre de *madame* Jules. ¿A qué hombre pertenece, pues? ¿De qué poder se halla investido

ese Ferragus?

Y por último, *monsieur* de Maulincour, pese a ser un valiente militar, no pudo evitar un estremecimiento: entre todos los pensamientos que lo asaltaron, hubo uno contra el cual se halló sin defensa y sin valor: ¿No intentarían pronto el veneno, sus enemigos secretos?

Dominado por unos temores que su momentánea debilidad, la dieta y la fiebre aumentaban aún más, hizo venir inmediatamente a una vieja, afecta desde hacía muchos años a su abuela; era una mujer que experimentaba hacia él uno de esos sentimientos medio maternales, que son lo sublime de lo vulgar. Sin confiarse enteramente a ella, le encargó comprar en secreto y diariamente, siempre en lugares distintos, los alimentos que le eran necesarios, recomendándole que los guardase bajo llave y se los trajese ella misma, sin permitir a nadie que se acercase a ellos cuando fuese a servírselos.

Adoptó, por fin, las más minuciosas precauciones para evitarse aquel género de muerte. Se hallaba en cama, solo y enfermo; así, pues, tenía tiempo de sobra para pensar en su propia defensa: la única necesidad que es lo bastante clarividente para permitir al egoísmo humano no olvidar absolutamente nada. Pero el desdichado enfermo había envenenado su vida con el temor, y, a pesar suyo, la sospecha teñía todas las horas con sus sombrías tonalidades.

Sin embargo, aquellos dos intentos de asesinato le enseñaron una de las virtudes más necesarias a los hombres políticos: comprendió el alto grado de disimulo que hay que mostrar en el juego de los grandes intereses vitales. Callar un secreto no es nada; pero callarse de antemano, saber olvidar un hecho durante treinta años, si es necesario, a la manera de Alí Pachá, para asegurar una venganza acariciada durante treinta años, es un bello propósito en un país donde existen pocos hombres que sepan disimular durante treinta días.

Monsieur de Maulincour sólo vivía para *madame* Jules. Estaba perpetuamente ocupado examinando los medios que podía emplear en esta lucha desconocida para triunfar de adversarios desconocidos. Su pasión anónima por aquella mujer se engrandecía con todos aquellos obstáculos. *Madame* Jules estaba siempre de pie en el centro de sus pensamientos y de su corazón, más atractiva entonces por sus vicios presumidos que por las virtudes seguras que hicieron de ella su ídolo.

El enfermo, deseoso de reconocer las posiciones del enemigo, creyó poder iniciar sin peligro al viejo *vidame* en los secretos de su situación. El comendador quería a Auguste como quiere un padre a los hijos de su mujer; era hombre fino, hábil y tenía espíritu diplomático. Fue, pues, a escuchar al barón; meneó la cabeza y ambos celebraron consejo de guerra.

El buen *vidame* no compartió la confianza de su joven amigo, cuando Auguste le dijo que en la época en que vivía, la policía y las autoridades tenían la obligación de conocer todos los misterios y que, si no había más remedio que acudir a ella, se convertirían en valiosísimos auxiliares.

El anciano le respondió:

—La policía, mi querido hijo, es lo más inhábil del mundo, y las autoridades lo más falto de autoridad que existe, en cuestiones privadas. Ni la policía ni las autoridades saben leer en el fondo de los corazones. Lo que se debe pedirles es que, dentro de límites razonables, investiguen las causas de un hecho. Pero las autoridades y la policía son eminentemente inadecuadas para esta misión, pues les falta, esencialmente, aquel interés personal que todo lo revela a quien tiene necesidad de saberlo todo. Ningún poder humano puede impedir a un asesino o un envenenador que lleguen al corazón de un príncipe o al estómago de un hombre honrado. Las pasiones desarman toda policía.

El comendador aconsejó porfiadamente al barón que se fuese a Italia, de Italia a Grecia, de Grecia a Siria, de Siria al Asia, y que no volviese hasta haber convencido a sus enemigos secretos de su arrepentimiento, para firmar así tácitamente la paz con ellos; de lo contrario, debía permanecer en su casa, e incluso en su habitación, donde estaba a salvo de los ataques de Ferragus, sin salir de ellas más que para aplastarlo impunemente.

—Sólo hay que tocar al enemigo cuando se le puede cortar la cabeza —le dijo con gravedad.

Sin embargo, el anciano prometió a su protegido que apelaría a toda la astucia, que el cielo le había dado, para efectuar reconocimientos en terreno enemigo, sin comprometer a nadie, darle buena cuenta de ellos y allanarle el camino de la victoria.

El comendador tenía un viejo Fígaro retirado, un individuo feo y muy ladino, que había sido astuto como un demonio, capaz de hacerlo todo con su cuerpo, como un forzado, alerta como un ladrón, astuto como una mujer, pero hundido en la decadencia del genio por falta de ocasiones, dada la constitución de la sociedad parisién, que ha jubilado a los criados de comedia. Aquel Escapin emérito admiraba a su amo como a un ser superior; pero el astuto *vidame* añadía, todos los años, una suma bastante elevada al salario de su antiguo ayudante en lances galantes; atención que corroboraba su amistad natural, mediante los vínculos del interés, y que valía al anciano unos cuidados y atenciones que ni la más amable de las queridas hubiera inventado para su amigo enfermo. Fue esta perla de los viejos criados de comedia, resto del siglo anterior, ministro incorruptible, a falta de pasiones que satisfacer, en quien confiaron el comendador y *monsieur* de Maulincour.

—El señor barón lo echaría todo a rodar —dijo aquel gran hombre de librea convocado a consejo—. Que el señor coma, beba y duerma tranquilamente. Yo me encargo de todo.

En efecto, ocho días después de la conferencia, en el momento en que *monsieur* de Maulincour, completamente restablecido de su indisposición, almorzaba con su abuela y el *vidame*, Justin entró para rendir su informe. Después, con esa falsa modestia que afectan las personas de talento, dijo, cuando la viuda regresó a sus habitaciones:

—Ferragus no es el nombre del enemigo que persigue al señor barón. Este hombre, este diablo, se llama Gratien-Henri Víctor-Jean-Joseph Bourignard. Maese Gratien Bourignard es un antiguo maestro de obras, que había sido muy rico y sobre todo uno de los mozos más apuestos de París, un Lovelace capaz de seducir a Grandisson. Aquí terminan mis informes. Empezó como simple obrero y los compañeros de la orden de los Devoradores lo eligieron en otro tiempo como jefe bajo el nombre de Ferragus XXIII. La policía debería saberlo, si la policía hubiese sido creada para saber algo. Este hombre se ha mudado, ya no vive en la rue des Vieux-Augustins, y ahora se aloja en la rue Joquelet; *madame* Jules Desmarets va a verlo a menudo; su marido, al ir a la Bolsa, la lleva con bastante frecuencia a la rue Vivienne, o bien ella es quien acompaña a su marido a la Bolsa. El señor *vidame* conoce demasiado bien esas cosas para exigirme que yo le diga si es el marido quien acompaña a la mujer o la mujer quien acompaña al marido; pero *madame* Jules es tan bonita, que yo apostarí por ella. Todo esto es verdadero y seguro. Nuestro amigo Bourignard juega con frecuencia al número 129. Con vuestro permiso, señor, os diré que es un pícaro a quien gustan las mujeres, y que sabe presentarse como hombre de condición. Además, gana con frecuencia, se disfraza como un actor, se maquilla como quiere y lleva la vida más original del mundo. Yo no dudo que tenga numerosos domicilios, pues casi siempre escapa a lo que el señor comendador llama las *investigaciones parlamentarias*. Si el señor lo desea, podemos deshacernos honorablemente de él, teniendo en cuenta sus costumbres. Siempre es fácil librarse de un hombre mujeriego. Sin embargo, este capitalista sigue hablando de mudarse. ¿Tienen algo que encargarme ahora el señor *vidame* y el señor barón?

—Justin, estoy contento de ti y no continúes sin orden mía; pero vela aquí por todo, de manera que el señor barón no tenga nada que temer. Hijo mío —prosiguió el *vidame* dirigiéndose a Maulincour—, reanuda tu vida y olvida a *madame* Jules.

—No, no —dijo Auguste—, no cederé el sitio a Gracien Bourignard; quiero tenerlo atado de pies y manos, lo mismo que *madame* Jules.

Por la noche, el barón Auguste de Maulincour, que había sido ascendido a un grado superior en una compañía de los guardias de corps, fue al baile que la señora duquesa de Berri daba en el Elíseo-Borbón. Allí, ciertamente, no había de temer ningún peligro.

Sin embargo, el barón de Maulincour salió del baile con un lance de honor a ventilar, un asunto que no tenía arreglo posible. Su adversario, el marqués de Ronquerolles, tenía motivos más que suficientes para estar quejoso de Auguste, y éste le había dado motivos de queja por sus antiguas relaciones con la hermana de *monsieur* de Ronquerolles, la condesa de Sérizy. Aquella dama, a quien no gustaba la sensiblería alemana, era muy exigente en los menores detalles de su gazmoño atavío. Por una de esas fatalidades inexplicables, Auguste hizo una broma inocente que sentó muy mal a *madame* de Sérizy y que ofendió a su hermano. Las explicaciones tuvieron lugar en un rincón y en voz baja. Como correspondía a personas del gran mundo, los

dos adversarios se mostraron muy discretos y no alborotaron.

A la mañana siguiente, la buena sociedad del barrio de Saint-Honoré, del barrio de Saint-Germain y del Chateau comentaron esta aventura. Todos defendieron calurosamente a *madame* de Sérizy, echando la culpa de todo sobre Maulincour. Intervinieron augustos personajes. Se impusieron padrinos distinguidísimos a los señores de Maulincour y de Ronquerolles, y se adoptaron todas las precauciones posibles para que nadie resultase muerto en el campo del honor.

Cuando Auguste se encontró ante su adversario, hombre entregado a los placeres, pero a quien nadie negaba sentimientos de honor, no pudo ver en él al instrumento de Ferragus, jefe de los Devoradores, pero experimentó el secreto deseo de obedecer a inexplicables presentimientos, interrogando al marqués.

—Señores —dijo a los padrinos—, yo no me niego, desde luego, a lavar la afrenta recibida por *monsieur* de Ronquerolles; pero declaro de antemano que la culpa fue mía y le presento las excusas que exigirá de mí, incluso en público, si lo desea, porque cuando se trata de una dama, nada puede deshonar a un hombre galante, según creo. Apelo, pues, a su razón y a su generosidad. ¿No resulta un poco necio batirse cuando el buen sentido puede sucumbir...?

Monsieur de Ronquerolles no admitió esta forma de terminar aquel lance de honor y entonces el barón, que había entrado en sospechas, se aproximó a su adversario.

—Pues bien, señor marqués —le dijo—, ¿podéis asegurarme ante estos caballeros, por vuestro honor de gentilhombre, que no os impulsan a este duelo más motivos de venganza que los expuestos públicamente?

—Señor mío, esta pregunta está fuera de lugar.

Y *monsieur* de Ronquerolles fue a colocarse en su sitio. Se había convenido, de antemano, que ambos adversarios se contentarían con cambiar un disparo de pistola. *Monsieur* de Ronquerolles, pese a la distancia fijada, que parecía convertir en algo muy problemático, por no decir imposible, la muerte de *monsieur* de Maulincour, hizo caer al barón. La bala le atravesó las costillas, a dos dedos por encima del corazón, pero sin provocar, felizmente, lesiones graves.

—Apuntáis demasiado bien, señor —dijo el oficial de los guardias— para haber querido vengar muertas pasiones.

Monsieur de Ronquerolles creyó a Auguste muerto, y no pudo contener una sonrisa sardónica al escuchar estas palabras:

—La hermana de Julio César, señor mío, debe estar fuera de toda sospecha.

—¡Siempre *madame* Jules! —respondió Auguste.

Y se desmayó sin poder terminar una broma mordaz que expiró en sus labios; pero, aunque perdió mucha sangre, la herida no era peligrosa. Después de un par de semanas durante las cuales la viuda y el *vidame* le prodigaron esos cuidados de anciano, cuyo secreto descansa en una larga experiencia de la vida, una mañana, su abuela le asestó un rudo golpe. Le reveló las mortales inquietudes que había tenido

que experimentar en sus días de vejez, en sus últimos días. Había recibido una carta firmada con una F, en la que se refería, sin faltar detalle, la historia del espionaje indigno a que se había entregado su nieto. En aquella misiva, se reprochaban a *monsieur* de Maulincour acciones indignas de un hombre honrado. Se le acusaba de haber apostado a una vieja en la rue de Ménars, en la parada de coches de punto que allí se encuentra, una vieja espía ocupada, en apariencia, en vender agua a los cocheros, pero, en realidad, encargada de espiar las idas y venidas de *madame* Jules Desmarets. Había espiado al hombre más inofensivo del mundo para descubrir todos sus secretos, pese a que de ellos dependían la vida o la muerte de tres personas. Era él y sólo él, quien había querido la lucha implacable en la que, ya herido tres veces, sucumbiría inevitablemente, porque su muerte había sido jurada y sería buscada por todos los medios humanos. *Monsieur* de Maulincour no podría evitar siquiera su suerte prometiendo que respetaría la vida misteriosa de aquellas tres personas, porque no se podía creer en la palabra de un gentilhomme capaz de caer tan bajo como un agente de policía. ¿Y para qué? Para molestar sin motivo la vida de una mujer inocente y de un anciano respetable.

La carta no fue nada para Auguste, en comparación con los tiernos reproches que le dirigió la baronesa de Maulincour. ¡Faltar al respeto y a la confianza que se deben a una mujer, espiarla sin tener derecho a hacerlo! ¿Se debe espiar a la mujer amada? La baronesa le lanzó un torrente de esas excelentes razones que nunca demuestran nada y que hicieron montar al joven barón, por primera vez en su vida, en una de esas grandes cóleras humanas en las que germinan y de las que nacen las acciones más capitales de la vida.

—Puesto que se trata de un duelo a muerte —dijo, a guisa de conclusión—, debo matar a mi enemigo por todos los medios de que dispongo.

Inmediatamente el comendador fue a visitar, de parte de *monsieur* de Maulincour, al jefe de la policía particular de París, y, sin mencionar el nombre ni la persona de *madame* Jules, para no mezclarla en aquella aventura, le comunicó los temores que inspiraba a la familia de Maulincour aquel personaje desconocido, que tenía el atrevimiento de jurar la muerte de un oficial de la guardia, en abierto desacato a las leyes y a la policía.

El jefe de policía, sorprendido, alzó sus antiparras verdes, se sonó varias veces y ofreció tabaco al *vidame*, quien, por dignidad, pretendió no utilizarlo, a pesar de que tenía la nariz embadurnada de tabaco. Después el jefe tomó algunas notas y prometió que, con la ayuda de Vidocq y sus sabuesos, tardaría muy pocos días en inutilizar a aquel enemigo de la familia Maulincour, alegando que no existían misterios para la policía de París.

Pocos días después, el jefe de policía fue a visitar al *vidame* en la mansión. Maulincour, y encontró al joven barón totalmente repuesto de su última herida. Entonces les dio las gracias, al estilo administrativo, por las indicaciones que habían tenido la bondad de hacerle, y les informó de que, aquel Bourignard, había sido

condenado a veinte años de trabajos forzados, pero que había conseguido escapar milagrosamente durante el transporte del pelotón de presos de Bizerta a Tolón. La policía lo buscaba infructuosamente desde hacía trece años, después de averiguar que vino con la mayor despreocupación a vivir en París, donde evitó las más activas pesquisas, a pesar de hallarse constantemente mezclado en tenebrosas intrigas. En una palabra, aquel hombre, cuya vida ofrecía las más curiosas particularidades, sería ciertamente detenido en uno de sus domicilios, y entregado a la justicia. El burócrata terminó su informe oficioso diciendo a *monsieur* de Maulincour que, si consideraba este asunto lo suficientemente importante como para desear ser testigo de la captura de Bourignard, podía ir, al día siguiente, a las ocho de la mañana, a la rue Sainte-Foi, a una casa cuyo número le facilitó. *Monsieur* de Maulincour se excusó de ir en busca de esta certidumbre, fiándose, con el santo respeto que la policía inspira en París, en la diligencia de la administración.

Tres días después, no habiendo leído nada en el diario sobre esta detención, que hubiera debido que proporcionar materia para más de un artículo curioso, M. de Maulincour empezó a concebir inquietudes, que dispuso la carta siguiente:

Señor barón:

Tengo el honor de anunciaros que ya no debéis conservar ningún temor por lo que respecta al asunto que nos preocupaba. El llamado Gratien Bourignard, alias Ferragus, falleció ayer en su domicilio de la rue Joquelet, n.º 7. Las sospechas que concebimos sobre su identidad fueron plenamente destruidas por los hechos. El médico de la prefectura de policía colaboró con el de la alcaldía, y el jefe de la policía de seguridad ha efectuado todas las comprobaciones necesarias para alcanzar plena certidumbre. Además, la solvencia de los testigos que han firmado la partida de defunción y las deposiciones de las personas que atendieron a Bourignard en sus últimos momentos, entre otras la del respetable vicario de la iglesia de la Bonne-Nouvelle, con quien confesó y comulgó, pues murió como un cristiano, no nos permite conservar la menor duda.

Sírvase aceptar, señor barón, etc.

Monsieur de Maulincour, la viuda y el *vidame* respiraron con placer indecible. La buena mujer abrazó a su nieto, dejando escapar una lágrima, y lo abandonó para dar las gracias a Dios con una oración. La buena viuda, que hacía una novena para la salvación de Auguste, creyó que sus ruegos habían sido atendidos.

—Bien —dijo el comendador—, ahora ya puedes ir al baile de que me hablabas; ya no tengo ninguna objeción que hacerte.

Monsieur de Maulincour no ocultaba los deseos que sentía de ir a aquel baile, seguro de encontrar allí a *madame* Jules. Era una fiesta ofrecida por el prefecto del Sena, en cuya mansión las dos sociedades de París se hallan como en terreno neutral. Auguste recorría los salones sin ver a la mujer que ejercía tan gran influencia en su

vida. Entró en un camarín, todavía desierto, en el que algunas mesas de juego esperaban a los jugadores, y se sentó en un diván, entregado a los pensamientos más contradictorios sobre *madame Jules*. Un hombre tomó entonces al joven oficial por el brazo, y el barón quedó estupefacto al ver al pobre de la rue Coquillière, el Ferragus de Ida, el habitante de la rue Soly, el Bourignard de Justin, el presidiario de la policía, el muerto de la víspera.

—Señor, ni un grito, ni una palabra —le dijo Bourignard, cuya voz reconoció, pese a que nadie más la hubiera podido reconocer.

Iba elegantemente vestido y lucía las insignias de la orden del Toisón de Oro y una placa.

—Señor —prosiguió con una voz sibilante como la de una hiena—, al poner de vuestra parte a la policía, autorizáis todas mis tentativas. Moriréis, señor. Tenéis que morir. ¿Amáis a *madame Jules*? ¿Os ama ella? ¿Con qué derecho queréis turbar su reposo y ensombrecer su virtud?

Llegó un invitado. Ferragus se levantó para salir.

—¿Conocéis a este hombre? —preguntó *monsieur* de Maulincour al recién llegado, agarrando a Ferragus por la solapa.

Pero Ferragus se desasíó con presteza, tomó a *monsieur* de Maulincour por los cabellos y le sacudió despectivamente la cabeza varias veces.

—¿Hay que acudir al plomo, pues, para hacerla prudente? —dijo.

—No, no lo conozco personalmente, señor —respondió De Marsay, testigo de esta escena—, pero sé que es *monsieur* de Funcal, un portugués riquísimo.

Monsieur de Funcal había desaparecido. El barón corrió en su seguimiento sin poder darle alcance, y, cuando llegó al peristilo, vio que Ferragus, en un magnífico coche de lujo, lo miraba riendo, antes de partir al trote largo.

—Señor, por favor os lo pido —dijo Auguste, volviendo al salón y dirigiéndose a De Marsay, que resultaba ser conocido suyo—. ¿Dónde vive *monsieur* de Funcal?

—Lo ignoro, pero sin duda aquí os lo dirán.

Después de interrogar al prefecto, el barón supo que el conde de Funcal habitaba en la Embajada de Portugal. En aquel momento, cuando aún creía sentir los dedos helados de Ferragus en sus cabellos, vio a *madame Jules* en todo el esplendor de su belleza: fresca, graciosa, ingenua, resplandeciente, con aquella santidad femenina de la que él estaba prendado. Aquella criatura infernal para él, ya sólo excitaba odio en Auguste, y aquel odio desbordó sangriento, terrible, en sus miradas; aguardó el momento de hablarle, sin que nadie les oyese, y entonces le dijo:

—Señora, con ésta ya son tres las veces que vuestros sicarios yerran el golpe contra mí...

—¿Qué queréis decir, señor? —respondió ella enrojeciendo—. Sé que os han sucedido varios incidentes desagradables, en los que he tenido mucha parte; pero... ¿Cómo osáis hacerme responsable de ellos?

—¿Así, no sabéis que hay sicarios dirigidos contra mí por el hombre de la rue

Soly?

—¡Señor mío!

—Señora mía, ahora ya no os pediré únicamente cuentas de mi felicidad, sino también de mi sangre...

En aquel momento se aproximó Jules Desmarets.

—¿Qué decís a mi esposa, señor?

—Venid a preguntármelo a mi casa, si eso os interesa, señor.

Y Maulincour salió, dejando a *madame* Jules pálida y a punto de desfallecer.

III

LA MUJER ACUSADA

Son muy pocas las mujeres que no se han encontrado, al menos una vez en su vida y a causa de un hecho incontestable, frente a una interrogación aguda, precisa, tajante, una de esas preguntas hechas despiadadamente por sus maridos y que, de sólo oírlas, producen un escalofrío y cuya primera palabra penetra en el corazón como lo haría el acero de un puñal. De ahí viene este axioma: *Todas las mujeres mienten*. Mentira oficiosa, mentira venial, mentira sublime, mentira horrible; pero es obligación mentir. Admitiendo esta obligación, ¿no hay que saber mentir bien? Las mujeres mienten admirablemente en Francia. ¡Nuestras costumbres les enseñan tan bien la impostura! La mujer, en sí, es tan ingenuamente impertinente, tan bonita, tan graciosa, tan sincera en la mentira... reconoce hasta tal punto su utilidad para evitar, en la vida social, los choques violentos que no resistiría la felicidad, que les es necesario como la guata en que acolchan sus joyas. Así, la mentira se convierte para ellas en el fondo del idioma, y la verdad no es más que una excepción; la dicen, del mismo modo que son virtuosas; por capricho o por especulación.

Hay también algunas mujeres que, según cual sea su carácter, mienten riendo; otras mienten llorando; las hay que asumen una expresión grave y unas cuantas se enfadan.

Después de haber empezado por fingir insensibilidad ante los homenajes que más les halagan, con frecuencia terminan mintiéndose a ellas mismas. ¿Quién no ha admirado su apariencia de superioridad en el momento en que tiemblan por los misteriosos tesoros de su amor? ¿Quién no ha estudiado su desparpajo, su facilidad de palabra, su libertad de espíritu en las más graves coyunturas de la vida? En ellas no hay nada de falso: en tales momentos, el engaño fluye del mismo modo en que la nieve cae del cielo. ¡Después, con qué arte descubren la verdad ajena! ¡Con qué finura emplean la lógica más irreprochable, respecto a la pregunta apasionada que les proporciona siempre algún secreto del corazón de un hombre lo bastante ingenuo como para proceder a interrogarlas! Hacer preguntas a una mujer, ¿no equivale a entregarse a ellas? ¿No se enterará de todo lo que se desea ocultarle, y no sabrá callar sin dejar de hablar? ¡Y aún hay hombres que tienen la pretensión de luchar con la mujer parisién! Con una mujer que sabe esquivar las puñaladas, diciendo: «¡No seáis curioso! ¿Y qué os importa eso? ¿Para qué queríais saberlo? ¡Ah, estáis celoso! ¿Y si no quisiera responderos?». Se trata, en fin, de una mujer que posee ciento treinta y siete mil maneras de decir que NO, e inconmensurables variaciones para decir SÍ.

El tratado del *no* y del *sí* es una de las más bellas obras diplomáticas, filosóficas, logográficas y morales que nos quedan por hacer. Pero para dar cima a esta obra

diabólica, acaso haría falta tener ingenio andrógino. Así, nunca será intentada. Además, de entre todas las obras inéditas, ¿no es ésta la más conocida, la mejor practicada por las mujeres? ¿Habéis estudiado jamás el porte, el aplomo, la desenvoltura de una mentira? Examinadlos.

Madame Desmarests estaba sentada en el rincón derecho de su coche, y su marido en el rincón izquierdo. Habiendo conseguido reponerse de su emoción a la salida del baile, *madame Jules* fingía una actitud tranquila. Su marido no le había dicho nada, ni nada le decía aún. Jules miraba por la ventanilla los negros lienzos de pared de las casas silenciosas, ante las que pasaban; pero de pronto, como impulsado por un pensamiento acuciante, al doblar una esquina, examinó a su mujer, que parecía tener frío, a pesar de la gruesa pelliza con que se envolvía; encontró que tenía un aspecto pensativo, y quizás estuviese verdaderamente pensativa. De todas las cosas que se comunican, la reflexión y la gravedad son las más contagiosas.

—¿Qué te ha dicho, pues, *monsieur* de Maulincour para afectarte tan vivamente? —le preguntó Jules—. ¿Y qué quiere que vaya yo a saber a su casa?

—Nada podrá decirte en su casa que yo no pueda decirte ahora —respondió ella.

Después, con esa finura femenina que siempre deshonra un poco a la virtud, *madame Jules* esperó otra pregunta. El marido volvió la cabeza hacia las casas y continuó estudiando las puertas cocheras. ¿No revelaría sospecha, desconfianza, una nueva interrogación? Sospechar de una mujer es un crimen en amor; Jules ya había dado muerte a un hombre sin haber dudado un solo instante de su mujer. Clémence no sabía todo cuánto había de auténtica pasión, de reflexión profunda, en el silencio de su marido, del mismo modo como Jules ignoraba el drama admirable que oprimía el corazón de su Clémence. Entretanto, el coche continuaba cruzando el París silencioso, transportando a dos esposos, a dos amantes que se idolatraban y que, dulcemente reclinados, juntos sobre cojines de seda, estaban sin embargo separados por un abismo. En esos elegantes cupés que vuelven del baile entre medianoche y las dos de la madrugada, cuántas escenas curiosas se desarrollan, limitándonos únicamente a los cupés cuyas linternas iluminan la calle y el coche, aquellos que tienen los vidrios transparentes, los cupés, en sí, del amor legítimo, en los que las parejas pueden pelearse sin temor a que los transeúntes las vean, porque el estado civil da derecho a enfurruñarse, a pegarse y a abrazar a una mujer yendo en coche y en todas partes. ¡Así, cuántos secretos se revelan a los ojos de los peatones nocturnos, de esos jóvenes que han ido al baile en coche pero que, por la razón que sea, han tenido que regresar a pie!

Era la primera vez que Jules y Clémence se sentaban cada uno en su rincón. El marido, generalmente, solía arrimarse a su mujer.

—Hace mucho frío —dijo *madame Jules*.

Pero su marido no la oyó. Se dedicaba a estudiar los oscuros carteles que figuraban sobre las tiendas.

—Clémence —le dijo por fin—. Perdóname la pregunta que voy a hacerte.

Se acercó a ella, la enlazó por el talle y la atrajo hacia sí.

«¡Dios mío, ya estamos!», pensó la pobre mujer.

—Bien —dijo entonces en voz alta, saliendo al paso de la pregunta—, tú quieres saber lo que me decía *monsieur* de Maulincour. Te lo diré, Jules, pero no lo haré sin terror. Dios mío, ¿es posible que tengamos secretos el uno para el otro? Desde hace un momento te veo luchando entre la conciencia de nuestro amor y unos vagos temores; pero nuestra conciencia está clara y sus sospechas deben de parecerte tenebrosas, ¿no es cierto? ¿Por qué no permanecer en la claridad que tanto amas? Cuando te lo haya contado todo, tú desearás saber más; y, sin embargo, ni siquiera yo misma sé lo que ocultan las extrañas palabras de ese hombre. Además, quizás habrá entonces, entre vosotros, un lance fatal. Preferiría que ambos olvidásemos este mal momento. Pero, de todos modos, júrame que esperarás a que esta singular aventura se explique de manera natural. *Monsieur* de Maulincour me ha declarado que los tres accidentes de los que tú ya has oído hablar: la piedra que cayó sobre su criado, el eje roto de su cabriolé y su duelo a causa de *madame* de Sérizy, fueron el resultado de una conjuración que yo tramé contra él. Después me amenazó con explicarte el interés que yo tengo en asesinarlo. ¿Comprendes algo de todo esto? Mi inquietud y mi emoción fueron causadas por la impresión que me produjo la vista de su cara, que mostraba una expresión de locura, de sus ojos extraviados y sus palabras violentamente entrecortadas por la emoción íntima. Lo tomé por loco. Esto es todo. Ahora, debo decirte que no sería mujer si no me hubiese dado cuenta de que, desde hace un año me he convertido, como se dice, en la pasión de *monsieur* de Maulincour. Él solamente me ha visto en el baile y las cosas que me decía eran insignificantes, como todas esas frases que se dicen en los bailes. Quizá quiere desunirnos para que me encuentre un día sola e indefensa. ¿Ves?, ya frunces el ceño. ¡Oh, odio cordialmente al mundo! ¡Somos tan felices sin él! ¿Por qué tenemos que ir en busca de la gente? Jules, te lo suplico, prométeme olvidar todo esto. Mañana sabremos, sin duda, que *monsieur* de Maulincour ha enloquecido.

—¡Qué cosa tan singular! —murmuró Jules al apearse del coche, bajo el peristilo de su escalinata.

Ofreció la mano a su esposa y ambos subieron a sus habitaciones.

Para desarrollar el hilo de esta historia en toda la verdad de sus detalles, para seguir el curso de todas sus sinuosidades, conviene, al llegar aquí, divulgar ciertos secretos del amor, deslizarse bajo el artesonado de un dormitorio, no desvergonzadamente, sino a la manera de Trilby, para no espantar a Dougal ni a Jeannie, para no asustar a nadie, conservando la castidad que corresponde a nuestra noble lengua francesa, sin ser más atrevido que lo fuera el pincel de Gérard en su cuadro de *Dafnis y Cloe*.

El dormitorio de *madame* Jules era un lugar sagrado, en el que sólo podían penetrar ella, su marido y la doncella. La opulencia tiene hermosos privilegios y los más envidiables son los que permiten desarrollar los sentimientos en toda su

amplitud, fecundarlos mediante la realización de sus infinitos caprichos, rodearlos de aquel esplendor que los engrandece, de aquellas búsquedas que los purifican, de aquellas delicadezas que aún los hace más atractivos.

Si el lector detesta las comidas sobre la hierba y los ágapes mal servidos, si experimenta placer viendo un mantel adamascado, de blancura deslumbradora, unos cubiertos de plata sobredorada, unas porcelanas de pureza exquisita, una mesa recamada de oro, con magníficos cincelados, iluminada por bujías diáfanas, y después, bajo unos globos de plata blasonados, los milagros de la cocina más exquisita; para ser consecuente, deberá abandonar entonces la buhardilla bajo tejado y las modistillas de las calles; abandonar las buhardillas, las modistillas, los paraguas, los chanclos articulados, las gentes que pagan sus comidas con tarjetas de abono; y luego debe comprender el amor como un príncipe que sólo alcanza la plenitud de su gracia sobre las alfombras de la Savonnerie, bajo la claridad opalina de una lámpara marmórea, entre paredes discretas y cubiertas de seda, ante una chimenea dorada, en una estancia aislada del ruido de los vecinos, de la calle y de todo, por medio de persianas, de postigos, de ondulantes cortinas. Necesitará espejos en los que bailan las formas, y que repiten hasta el infinito a la mujer que querríamos que fuese múltiple, y que el amor multiplica a menudo; luego, divanes bien bajos; luego un lecho que, parecido a un secreto, se deja adivinar sin revelar su presencia; luego, en aquella coquetona estancia, pieles para los pies desnudos, bujías bajo vidrio entre muselinas colgantes, para leer a cualquier hora de la noche, y flores que no marean y telas cuya finura hubiera satisfecho a la propia Ana de Austria.

Madame Jules habría realizado aquel delicioso programa, pero esto no era nada; cualquier mujer de gusto hubiera podido hacer otro tanto, pese a que, en la disposición de aquellos objetos había un sello personal que daba a este adorno o a aquel detalle caracteres inimitables. Hoy, más que nunca, reina el fanatismo de la personalidad, de la individualidad. Cuanto más tiendan nuestras leyes a una imposible igualdad, más nos alejaremos de ellas por las costumbres. Así, las personas ricas ya comienzan, en Francia, a mostrarse más exclusivas en sus gustos y en las cosas que les pertenecen, que lo fueran hace treinta años.

Madame Jules sabía a lo que este programa la comprometía y en su casa todo armonizaba con un lujo que tanto se avenía con el amor. El *contigo pan y cebolla*, o el *pasión y barraca*, son frases propias de hambrientos que, de momento, se conforman con el pan moreno, pero que, convertidos en sibaritas, se aman de verdad y terminan por echar de menos las riquezas de la gastronomía. El amor siente horror por el trabajo y la miseria. Prefiere morir a vivir con estrechez.

La mayoría de las mujeres, al regreso del baile, impacientes por acostarse, tiran a su alrededor sus ropas, sus flores marchitas, sus ramilletes, cuyo aroma ya se ha apagado. Dejan sus zapatitos bajo una butaca, andan sobre los coturnos flotantes, se quitan los peines y deshacen sus trenzas sin el menor cuidado. Poco les importa que sus maridos vean corchetes, alfileres dobles, artificiosos botones que sostenían

elegantes edificios del tocado o el aderezo.

¡Ya no hay misterio!: todo cae entonces ante el marido, para el que desaparecen los afeites. El corsé, casi siempre objeto de precauciones, allí se queda, y la doncella, medio dormida, olvida llevárselo. Los huecos de ballena, en fin, las sisas provistas de tafetán engomado, los trapos mentirosos, los bisonés vendidos por el peluquero, toda la mujer falsa completa está allí desperdigada. *Disjecta membra poetae*: la poesía artificial, tan admirada por aquéllos para quienes fue concebida y elaborada, la bella mujer, está esparcida por todos los rincones. Al amor de un marido que bosteza, se presenta entonces una mujer auténtica que también bosteza, que aparece en un desorden falta de elegancia, tocada con un gorro de dormir arrugado, el mismo de la víspera, el mismo del día siguiente.

—Porque, en resumidas cuentas, mi señor marido, si queréis que arrugue todas las noches un bonito gorro de dormir, dadme más dinero para mis gastos.

Así es la vida. Una mujer será siempre vieja y desagradable para su marido, pero siempre linda, elegante y bien vestida para el otro, para el rival de todos los maridos, para la sociedad que calumnia o hace trizas a todas las mujeres.

Inspirada por un auténtico amor, pues el amor, como todos los demás seres, posee instinto de conservación, *madame Jules* obraba de manera muy distinta, encontrando, en los constantes beneficios de su dicha, la fuerza necesaria para realizar sus minuciosos deberes, que no hay que rehuir jamás, pues perpetúan el amor. Estas atenciones, estos deberes, proceden, sin duda, de una dignidad personal que sienta maravillosamente bien. ¿No son halagos? ¿No es esto respetar en sí mismo al ser amado? Así, pues, *madame Jules* prohibió a su marido la entrada en el tocador donde se despojaba de su atavío de baile, y de donde salía vestida para la noche, misteriosamente ataviada para las secretas fiestas de su corazón.

Al entrar en aquella habitación, siempre elegante y graciosa, Jules encontraba a una mujer coquetonamente envuelta en un elegante peinador, con los cabellos sencillamente recogidos en gruesas trenzas sobre la cabeza; pues, al no temer el desorden, ella no privaba al amor la vista ni el tacto. Una mujer mucho más sencilla y más bella entonces que lo fuera a los ojos del mundo; una mujer que se había reanimado en el agua y cuyo artificio consistía, únicamente, en ser más blanca que sus muselinas, más fresca que el más fresco de los perfumes, más seductora que la más hábil de las cortesanas, siempre tierna en sí y por lo tanto, siempre amada. Esta admirable comprensión del oficio de mujer fue el gran secreto de Josefina para agradar a Napoleón, como antaño lo fuera el de Cesonia para agradar a Cayo Caligula y el de Diana de Poitiers para agradar a Enrique II. Pero si este secreto fue remunerador, con creces, para mujeres que ya contaban siete u ocho lustros, ¡qué arma no había de ser en manos de mujeres jóvenes! Los maridos experimentan entonces con delicia la dicha de su felicidad.

Al volver a su casa, después de aquella conversación que la dejó helada de espanto y que aún suscitaba en ella las más vivas inquietudes, *madame Jules* puso un

cuidado particular en su aseo para la noche. Quiso ponerse encantadora, y lo consiguió. Se ajustó al talle la batista del peinador, entreabrió el corsé, dejó caer sus cabellos negros sobre sus hombros torneados; el baño perfumado que tomó le dio un perfume embriagador; metió los pies desnudos en zapatillas de terciopelo. Segura de sus atractivos, se acercó con paso menudito y cubrió con las manos los ojos de Jules, que encontró pensativo, en batín, con el codo apoyado en la chimenea y un pie en la barra. Le dijo entonces al oído, calentándolo con su aliento y mordisqueándole la oreja:

—¿En qué pensáis, señor?

Después, abrazándolo diestramente, lo rodeó con sus brazos para arrancarlo a sus malos pensamientos. La mujer que ama posee toda la inteligencia de su poder; y cuanto más virtuosa es, más eficaz en su coquetería.

—En ti —respondió él.

—¿Sólo en mí?

—¡Sí!

—¡Oh, vaya *sí* tan arriesgado!

Fueron a acostarse. Antes de dormirse, *madame* Jules pensó:

«Decididamente, *monsieur* de Maulincour será causa de alguna desgracia. Jules está preocupado, distraído y abriga pensamientos que no me revela».

Alrededor de las tres de la madrugada, *madame* Jules se despertó a causa de un presentimiento que se apoderó de ella durante el sueño. Tuvo la percepción a la vez física y moral de la ausencia de su marido. No notaba el brazo que Jules le pasaba bajo la cabeza, aquel brazo en el que dormía dichosa, apacible, desde hacía cinco años, y que no fatigaba jamás. Hasta que de pronto una voz le dijo: «Jules sufre, Jules llora...».

Levantó la cabeza, se incorporó, encontró frío el sitio de su marido y lo distinguió sentado ante el fuego, con los pies sobre la pantalla de la chimenea, con la cabeza apoyada en el respaldo de un butacón. Jules tenía las mejillas húmedas de llanto.

La pobre mujer saltó con presteza de la cama y corrió a sentarse sobre las rodillas de su marido.

—¿Qué tienes, Jules? ¿Por qué sufres? ¡Habla, dímelo! Háblame, si de veras me quieres.

En un momento le dirigió un diluvio de frases, que expresaban la más profunda ternura.

Jules se puso a los pies de su esposa, le besó las rodillas y las manos, y le respondió, vertiendo nuevas lágrimas:

—¡Mi querida Clémence, soy muy desgraciado! Amar no consiste en desconfiar de nuestra amante, y tú eres mi amante. Te adoro y al propio tiempo siento sospechas... Las palabras que ese hombre me ha dicho esta noche se me han clavado en el corazón; han quedado clavadas en él, a pesar mío, trastornándome. Veo aquí algún misterio. En fin, y te lo digo con sonrojo, tus explicaciones no me han

satisfecho. Mi razón me arroja una luz que mi amor me hace rechazar. Es un combate terrible. ¿Podía permanecer allí, sosteniéndote la cabeza y sospechando que abrigaba unos pensamientos desconocidos para mí?... ¡Oh, te creo, te creo! —exclamó vivamente, viéndola sonreír con tristeza y abrir la boca para hablar—. No me digas nada, no me reproches nada. La menor palabra de reproche me mataría, viniendo de ti. Además, ¿podrías decirme una sola cosa que ya no me hubiese dicho yo desde hace tres horas? Sí, desde hace tres horas te veo dormir, tan bella, y admiro tu frente tan pura y serena. ¡Oh, sí, tú siempre me has dicho todo lo que piensas! ¿No es verdad? Sólo yo existo en tu alma. Al contemplarte, al hundir la mirada en tus ojos, lo veo todo. Tu vida es tan pura como tu mirada. No, no hay secretos tras de esos ojos tan transparentes.

Se levantó para besarla en los ojos.

—Déjame decirte, amor mío, que desde hace cinco años, lo que aumentaba cada día mi felicidad era saber que no abrigabas ninguno de esos afectos naturales que, a veces, arrinconan un poco el amor. No tenías hermana, padre, madre ni compañía, y así, yo no estaba por encima ni por debajo de nadie en tu corazón: remaba en él como único amo y señor. Clémence, repítame todas las dulzuras que me has dicho tan a menudo; no me regañes y consuélame, pues soy desdichado. Sí, efectivamente, tengo que reprocharme una odiosa sospecha, pero tú no tienes nada en el corazón que te queme. Dime, amada mía, ¿podía continuar así junto a ti? ¿Cómo es posible que dos cabezas que se hallan tan perfectamente unidas puedan permanecer sobre la misma almohada, cuando una de ellas sufre y la otra está tranquila?... ¿En qué piensas? —exclamó bruscamente, al ver a Clémence soñadora, abstraída y sin poder contener el llanto.

—Pienso en mi madre —respondió ella con tono grave—. Tú no sabrías conocer, Jules, el dolor de tu Clémence, obligada a recordar el último adiós de su madre, oyendo su voz, la más dulce de las músicas; y al pensar en la solemne presión de las manos heladas de una moribunda, al sentir la caricia de las tuyas en un momento en que me abrumas con las pruebas de tu delicioso amor.

Levantó a su marido, lo tomó entre sus brazos, lo estrechó contra su pecho con una fuerza nerviosa muy superior a la de un hombre, le besó los cabellos y lo regó con sus lágrimas.

—¡Ah, quisiera que me destrozaran por ti! Dime, repítame que te hago feliz, que soy para ti la más bella de las mujeres, que soy mil mujeres para ti. Eres amado como ningún hombre lo será jamás. No sé qué quieren decir las palabras *deber* y *virtud*. Jules, te amo por ti mismo, soy dichosa al amarte, y te amaré cada vez más hasta exhalar mi último suspiro. Siento orgullo de mi amor, me creo destinada a no experimentar más que un sentimiento en mi vida. Lo que voy a decirte es espantoso, tal vez: estoy contenta de no tener hijos y no los deseo. Me siento más esposa que madre. ¿Dices que sientes temores? Escúchame, amor mío, prométeme que olvidarás, no esta hora en que se mezclan la ternura y las dudas, sino las palabras de ese loco.

Jules, lo quiero así. Prométeme que no lo verás más, que no irás a su casa. Tengo la convicción de que, si das un paso más en este dédalo, rodaremos en un abismo en el que yo pereceré, pero con tu nombre en los labios y tu corazón en mi corazón. ¿Por qué me pones tan alta en tu alma y tan baja en realidad? ¡Cómo, tú que otorgas crédito a tantos de su fortuna, no querrás hacerme la limosna de una sospecha; y en la primera ocasión de tu vida en que puedes demostrarme una fe sin límites, me destronas de tu corazón! ¡Puesto a elegir entre un loco y yo, crees al loco!... ¡Oh, Jules!...

Se interrumpió, apartó los cabellos que le caían sobre la frente y el cuello y después, con tono desgarrador, añadió:

—He hablado demasiado; bastaba con una palabra. ¡Si tu alma y tu frente conservan una nube, por curiosa que sea, debes saberlo bien: moriría a causa de ello!

No pudo contener un estremecimiento y palideció.

—¡Oh, mataré a ese hombre! —se dijo Jules tomando en brazos a su esposa y llevándola al lecho conyugal—. Durmamos en paz, ángel mío —agregó en voz alta—. Lo he olvidado todo, te lo juro.

Clémence se durmió, consolada por estas dulces palabras, repetidas aún con mayor dulzura. Después Jules, viéndola dormida, se dijo:

«Ella tiene razón: cuando el amor es tan puro, una simple sospecha lo mancilla. Para esta alma tan fresca, para esta flor tan tierna, una mancha, en efecto, debe de ser la muerte».

Cuando entre dos seres que experimentan un mutuo afecto y cuya vida se intercambia en todo momento, se interpone una nube, aunque luego se disipe, deja en el alma trazas de su paso. O bien la ternura se hace más viva, como la tierra es más bella después de la lluvia, o bien la sacudida sigue resonando, como un trueno lejano en un cielo puro; pero es imposible volver a la vida anterior, y es necesario que el amor crezca o disminuya. A la hora del desayuno, los esposos se tuvieron aquellas mutuas atenciones en las que entra un poco de afectación. Eran esas miradas que rebosan una alegría casi forzada, y que parecen el resultado del esfuerzo hecho por personas que se afanan en engañarse mutuamente. Jules abrigaba dudas involuntarias y su mujer experimentaba temores ciertos. Sin embargo, seguros uno del otro, habían conseguido dormir. ¿Aquella situación violenta se debía a una falta de fe, al recuerdo de su escena nocturna? Ni ellos mismos lo sabían. Pero se habían amado y se amaban con demasiada pureza para que la impresión, cruel y bienhechora a la vez, de aquella noche no dejase algunas trazas en sus almas; ansiosos ambos por hacerlas desaparecer y deseosos de ser *el primero* en arrojarle en brazos del otro, no podían evitar pensar en la causa primera de su primera desavenencia.

Para unas almas amantes no existen penas, el dolor aún está lejos; pero puede haber una especie de aflicción difícil de describir. Si existen relaciones entre los colores y las agitaciones del alma; sí, como dijo el ciego de Locke, el escarlata debe de producir a la vista los efectos que le produce una charanga al oído, resulta

permisible comparar esta melancolía, de rechazo, con las tonalidades grises. Pero el amor entristecido, el amor al que le resta un verdadero sentimiento de su dicha momentáneamente turbada, produce reacciones que, aunque tienen que ver a la vez con el dolor y la alegría, son totalmente nuevas. Jules estudiaba la voz de su esposa, espiaba sus miradas con el sentimiento joven que lo animaba en los primeros días de su pasión por ella. Los recuerdos de cinco años de felicidad ininterrumpida, la belleza de Clémence, la ingenuidad de su amor, borraron prontamente los últimos vestigios de un dolor intolerable.

Al día siguiente era domingo, día en que no había Bolsa ni negocios; los dos esposos pasaron el día juntos, profundizando más que nunca en sus corazones, parecidos a dos niños que, en un momento de miedo, se aprietan uno contra el otro y se abrazan, juntándose por instinto. En la vida conyugal existen estos días completamente dichosos, debidos al azar y que no tienen relación con la víspera ni con el día siguiente; son flores efímeras... Jules y Clémence disfrutaron deliciosamente de aquel día, como si hubiesen sentido que era el último de su vida amorosa.

¿Qué nombre dar a ese poder desconocido que apresura el paso del viajero sin que la tempestad se haya manifestado aún; que hace resplandecer de vida y belleza a un moribundo pocos días antes de su muerte y le inspira los más risueños proyectos; que aconseja al sabio atizar la lámpara nocturna cuando le iluminaba perfectamente; que hace temer a una madre ante la mirada demasiado profunda dirigida a su hijo por un hombre perspicaz? Todos sufrimos esta influencia en las grandes catástrofes de nuestra vida pese a no haberle dado nombre ni haberla estudiado: es más que el presentimiento pero aún no es la visión.

Todo fue bien hasta el día siguiente. El lunes, Jules Desmarests, obligado a ir a la Bolsa a la hora acostumbrada, no salió de casa sin ir antes a preguntar a su esposa, de acuerdo con su costumbre, si deseaba utilizar el coche.

—No —repuso ella—. El tiempo es demasiado malo para salir a pasear.

En efecto, llovía a cántaros. *Monsieur* Desmarests se dirigió a la Bolsa y a la Tesorería, alrededor de las dos y media. A las cuatro, al salir de la Bolsa, se dio de manos a boca con *monsieur* de Maulincour, que lo esperaba con la perspicacia febril que inspiran el odio y la venganza.

—Señor, tengo informes importantes que comunicaros —dijo el oficial tomando al agente de Cambio y Bolsa por el brazo—. Escuchad, soy un hombre demasiado leal para recurrir a los anónimos, que turbarían vuestra paz, y prefiero hablaros. En fin, podéis creer que, si no se tratase de mi propia vida, de ningún modo me inmiscuiría en la vida privada de un matrimonio ni me creería con derecho a hacerlo.

—Si lo que tenéis que decirme concierne a *madame* Desmarests —respondió Jules—, os ruego, señor, que os calléis.

—Si me callase, señor, podríais ver dentro de poco a *madame* Jules sentada en el banquillo de la audiencia de lo criminal al lado de un presidiario. ¿Queréis ahora que

me calle?

Jules palideció, pero su bello semblante recuperó prontamente una calma aparente; después, llevándose al oficial bajo uno de los colgadizos de la Bolsa provisional donde entonces se encontraban, le dijo con una voz que velaba una profunda emoción interior:

—Señor mío, os escucharé, pero habrá entre nosotros un duelo a muerte si...

—Consiento en ello —exclamó *monsieur* de Maulincour—. Tengo por vos la mayor estima. Habláis de muerte, señor, y sin duda ignoráis que vuestra esposa quizá me hizo envenenar el sábado por la noche. Sí, señor mío, desde antes de ayer ocurre en mí algo extraordinario: los cabellos me destilan interiormente, a través del cráneo, una fiebre y una languidez mortales, y sé perfectamente qué hombre tocó mis cabellos durante el baile.

Monsieur de Maulincour refirió entonces, sin omitir detalle, el amor platónico que sentía hacia *madame* Jules y los pormenores de la aventura con que comienza este relato.

Cualquiera lo hubiera escuchado con tanta atención como el agente de Cambio y Bolsa; pero el marido de *madame* Jules estaba en su pleno derecho de mostrarse más sorprendido que otro cualquiera. Entonces demostró su temple, experimentando más sorpresa que abatimiento. Convertido en juez, y juez de la mujer adorada, halló en su alma la rectitud del juez, lo mismo que su inflexibilidad. Amante todavía, pensó menos en su vida destrozada que en la de aquella mujer: escuchó, no su propio dolor, sino la voz lejana que le gritaba: «¡Clémence no sabe mentir! ¿Por qué habría de traicionarte?».

—Señor —dijo el oficial de la guardia al terminar su relato—. Seguro de haber reconocido el sábado por la noche al Ferragus que la policía cree muerto, en el pretendido *monsieur* de Funcal, puse inmediatamente sobre su pista a un hombre inteligente. Al regresar a mi casa me acordé, por una feliz casualidad, del nombre de *madame* Meynardie, citada en la carta de esa Ida, la presunta amante de mi perseguidor. Provisto de este único informe, mi emisario pronto me dará cuenta de esta espantosa aventura, pues tiene mayor habilidad para descubrir la verdad que la propia policía.

—Señor —respondió el agente de Cambio y Bolsa—, no sé como agradeceros esta confianza. Me habláis de pruebas, de testigos; bien, los esperaré. Trataré valientemente de descubrir la verdad de este extraño asunto, pero me permitiréis que dude hasta que me haya sido demostrada evidencia de los hechos. De todos modos, recibiréis una satisfacción, pues debéis comprender que la necesitamos.

Jules regresó a su casa.

—¿Qué tienes? —le preguntó su esposa—. ¡Tienes una palidez que espanta!

—Hace un tiempo frío —repuso él, penetrando con paso lento en aquella habitación donde todo hablaba de dicha y de amor, aquella estancia tan tranquila donde se preparaba una mortífera tempestad.

—¿No has salido, hoy? —prosiguió maquinalmente en apariencia.

Se sintió impulsado sin duda a hacer esta pregunta por el último de los mil pensamientos que se habían enrollado secretamente en una meditación lúcida, aunque activada precipitadamente por los celos.

—No —contestó ella con falso acento de candor.

En aquel momento, Jules entró en el tocador de su esposa y distinguió unas gotas de agua en el sombrero de terciopelo que ella se ponía por las mañanas. Jules era hombre violento, pero también lleno de delicadeza, y le repugnaba poner a su esposa frente a un mentís. En tal situación, todo ha terminado para siempre entre ciertos seres. Sin embargo, aquellas gotas de agua fueron como un fulgor que le rasgó el cerebro.

Salió de su habitación, descendió a la portería y dijo al portero, después de cerciorarse de que estaban solos:

—Fouquereau, cien escudos de renta si dices la verdad; el despido si me engañas, y nada si, habiéndome dicho la verdad, hablas de mi pregunta y de tu respuesta.

Se interrumpió para ver bien al portero, que puso bajo la luz de la ventana y prosiguió:

—¿Ha salido la señora esta mañana?

—La señora ha salido a las tres menos cuarto, y creo haberla visto volver hará cosa así como media hora.

—¿Juras que esto es cierto, por tu honor?

—Sí, señor.

—Tendrás la renta que te he prometido; pero si hablas, acuérdate de mi promesa: entonces lo perderás todo.

Jules volvió junto a su esposa.

—Clémence —le dijo—, deseo poner un poco en orden la contabilidad de la casa, así es que no te ofendas por lo que voy a preguntarte: ¿No te he entregado cuarenta mil francos desde principio de año?

—Más —dijo ella—. Cuarenta y siete.

—¿Y recuerdas bien en qué los has empleado?

—Desde luego —repuso ella—. En primer lugar, tenía que pagar muchas facturas pendientes del año pasado...

«Así no sabré nada —dijo Jules para su capote—. Enfoco mal el asunto».

En aquel instante entró el ayuda de cámara de Jules para entregar una carta a su amo, que éste abrió para aparentar serenidad; pero la leyó con avidez así que vio la firma.

Muy señor mío:

En interés de vuestra paz y de la nuestra, me tomo la libertad de escribiros sin tener el gusto de conoceros; pero mi situación, mi edad y el temor de alguna desgracia me obliga a rogaros que tengáis indulgencia en la enojosa coyuntura en que

se encuentra nuestra desolada familia. *Monsieur* Auguste de Maulincour nos da pruebas, desde ha unos días, de alienación mental, y tememos que turbe nuestra felicidad con las quimeras que ha expuesto al señor comendador de Pamiers y a mí, durante un primer acceso, de fiebre. Queremos preveniros, pues, de su enfermedad, que sin duda aún es curable, pero que tiene efectos tan graves e importantes para el honor de vuestra familia y el porvenir de mi nieto, que cuento con vuestra total discreción. Si el señor comendador o yo, señor, hubiésemos podido trasladarnos a vuestra casa, nos hubiéramos visto dispensados de escribiros; pero no dudo de que tendréis en cuenta el ruego que os hace una madre, de quemar esta carta.

Recibir la seguridad de mi perfecta consideración.

Madame Rieux, baronesa de Maulincour.

—¡Cuántas torturas! —exclamó Jules.

—¿Pero qué te pasa hoy? —le preguntó su esposa, demostrando viva ansiedad.

—He llegado ha preguntarme —respondió Jules— si eres tú quien me ha hecho llegar este aviso para disipar mis sospechas —repuso, arrojándole la carta—. ¡Juzga, pues, cuáles serán mis sufrimientos!

—¡Desdichado! —dijo *madame* Jules, dejando caer la misiva—. Lo compadezco, pese al mal que me ha causado.

—¿Sabes que me ha hablado?

—¡Ah, has ido a verlo a pesar de tu promesa! —dijo ella, llena de terror.

—Clémence, nuestro amor está en trance de perecer y estamos más allá de todas las leyes ordinarias de la vida; dejemos, pues, las pequeñas consideraciones en medio de los grandes peligros. Escucha, dime por qué has salido esta mañana. Las mujeres se creen a veces con derecho a decirnos pequeñas mentiras. ¿No es cierto que a veces se complacen ocultándonos los placeres que nos preparan? Hace un momento, sin duda me has dicho una palabra por otra, un no por un sí.

Entró en el tocador y salió de él con el sombrero en la mano.

—¡Aquí tienes! Sin que pretenda hacer de Bartolo, tu sombrero te ha traicionado. ¿Me negarás que estas manchas son gotas de lluvia? Eso quiere decir que has salido en *fiacre* y que has recibido estas gotas de agua al ir en busca de un coche, al entrar en la casa donde has ido, o al salir de ella. Pero una mujer puede salir de su casa por motivos harto inocentes, incluso después de haber dicho a su marido que no saldría. ¡Hay tantas razones para cambiar de parecer! ¿No es uno de vuestros derechos el de tener caprichos y antojos? No estáis obligadas a ser consecuentes con vosotras mismas. Puedes haber olvidado algo, un favor que hacer, una visita, o una buena acción. Pero nada impide a una mujer decir a su marido lo que ha hecho. ¿Quién puede enrojecer en el seno de un amigo? Pues bien, no es el marido celoso quien te habla, Clémence mía, sino el amante, el amigo, el hermano.

Se arrojó apasionadamente a sus pies.

—Habla, no para justificarte, sino para calmar mis horribles sufrimientos. Sé muy

bien que has salido. Dime, pues: ¿qué has hecho? ¿Adónde has ido?

—Sí, he salido, Jules —respondió ella con voz alterada, aunque con semblante tranquilo—. Pero no me preguntes nada más. Espera con confianza; sin ella, te crearías remordimientos eternos. Jules, Jules mío, la confianza es la virtud del amor. Te lo confieso, en estos momentos me siento demasiado turbada para contestarte; pero no soy una mujer artificiosa y te amo, como tú sabes.

—¿En medio de todo lo que puede quebrantar la fe de un hombre y despertar sus celos, entonces ya no soy el primero en tu corazón, yo no soy como tú misma?... ¡Pues bien, Clémence, aún prefiero creerte, creer en tu voz, creer en tus ojos! Si me engañases, merecerías...

—¡Oh, mil muertes! —dijo ella, interrumpiéndole.

—Yo no te oculto ninguno de mis pensamientos, y tú, tú...

—¡Silencio! —dijo ella—. Nuestra felicidad depende de nuestro mutuo silencio.

—¡Ah, quiero saberlo todo! —exclamó él en un violento acceso de rabia.

En aquellos momentos se oyeron gritos de mujer y los chillidos de una vocecilla agria llegaron desde la antecámara a oídos de ambos esposos.

—¡Entraré, os digo! —decía la voz—. ¡Sí, entraré, quiero verla y la veré!

Jules y Clémence se precipitaron en el salón y vieron que la puerta se abría de pronto con violencia. Apareció una joven, seguida por dos criados que dijeron a su amo:

—Señor, esta mujer quiere entrar aquí a pesar de que se lo hemos prohibido. Le hemos dicho que la señora no estaba en casa. Ella ha contestado que sabía muy bien que la señora había salido, pero que acababa de verla regresar. Nos amenaza con quedarse a la puerta de la casa hasta que la dejemos hablar con la señora.

—Retiraos —dijo *monsieur* Desmarets a los criados.

—¿Qué queréis, señorita? —dijo después, volviéndose hacia la desconocida.

Dicha *señorita* era un tipo de mujer que solamente se encuentra en París. Se hace en París, como el barro, como el adoquinado de París, como el agua del Sena que se fabrica en París en grandes depósitos, a través de los cuales la industria la filtra diez veces antes de servirla en garrafas provistas de etiqueta, en las que brilla clara y pura, de fangosa que era. La criatura en cuestión también es verdaderamente original. Captada veinte veces por el pincel del pintor, por el lápiz del caricaturista, por la plombagina del dibujante, escapa a todos los análisis, porque es inaprensible en todas sus facetas, como lo es la naturaleza, como lo es el fantástico París. En efecto, se presenta sujeta al vicio por un radio, y se aleja de él por los otros mil puntos de la circunferencia social. Además, sólo deja adivinar un rasgo de su carácter, el único que la hace censurable: oculta sus bellas virtudes y se jacta de su ingenuo libertinaje desvergonzado. Incompletamente traducida en los dramas y los libros en que ha sido puesta en escena con toda su poesía, nunca será auténtica más que en su desván, porque siempre será calumniada o alabada en cualquier otra parte. Cuando es rica, se la envidia; cuando es pobre, es incomprendida. Y no podría ser de otro modo. El

número de sus vicios es excesivo, lo mismo que el de sus buenas cualidades; está demasiado cerca de una asfixia sublime o de la risa deshonrosa; es demasiado bella y demasiado fea; personifica demasiado bien a París, al que proporciona porteras desdentadas, lavanderas, barrenderas, mendigas, a veces condesas impertinentes, actrices admiradas y cantantes aplaudidas; incluso dio en otros tiempos dos casi reinas a la monarquía. ¿Quién sería capaz de apresar a semejante Proteo? Es toda la mujer, menos que la mujer y más que la mujer. Un pintor de costumbres sólo puede captar ciertos detalles de este vasto retrato, el conjunto y el infinito.

Era una *griseta* de París, pero la modistilla en todo su esplendor; la *griseta* en *fiacre*, joven, feliz, bella, fresca, pero *griseta* al fin y modistilla con uñas y tijeras, atrevida como una española, huraña como una inglesa gazmoña que reclamase sus derechos conyugales, coqueta como una gran dama, pero franca y dispuesta a todo; una verdadera leona surgida del pisito cuyos visillos de calicó rojo, su mueble de terciopelo de Utrecht, la mesita del té, su servicio de porcelana pintada, su confidente, su alfombrita de moqueta, su reloj de péndola de alabastro y sus bujías bajo campana de vidrio, su habitación amarilla, su muelle edredón había soñado tantas veces, en una palabra: las alegrías que colman la vida de las *grisetas*: la sirvienta (que en su juventud también ha sido *griseta*, pero de bigote y galones); los espectáculos, las castañas a discreción, los vestidos de seda y los sombreros que estropear; en fin, todas las felicidades calculadas en el taller de la modistilla, menos el ajuar (que sólo aparece en las imaginaciones del taller como el bastón de mariscal en los sueños de un soldado). Sí, aquella *griseta* sentía un afecto verdadero por todo aquello, o a pesar de un afecto verdadero; del mismo modo como otras lo obtienen a menudo mediante una hora al día, como una especie de impuesto pagado, con despreocupación, bajo las garras de un viejo.

La joven que se hallaba en presencia de los esposos Desmarets llevaba el pie tan descubierto por su calzado, que apenas se veía una ligera línea negra entre la alfombra y su media blanca. Este calzado, cuyo diseño ha sabido trazar tan bien la caricatura parisién, es una gracia exclusiva de la *griseta* de París; pero, aún se revela mejor a los ojos del observador por el cuidado con que sus vestiduras se adhieren a sus formas, que dibujan netamente. La desconocida vestía un traje verde, con camisolín, que dejaba adivinar la belleza de su corsé, entonces perfectamente visible, pues su chal de casimir de Ternaux, que caía hasta el suelo, sólo estaba sujeto por los dos extremos, que ella retorcía, inquieta, en los puños. Tenía el rostro fino, mejillas sonrosadas, tez blanca, ojos chispeantes, frente abombada, muy prominente, cabellos cuidadosamente alisados, que escapaban de su sombrerito en gruesos bucles que le caían sobre el cuello.

—Me llamo Ida, señor. Y si ésa es la *madame* Jules con quien deseo hablar, aprovecho la ocasión para decirle todo lo que tengo contra ella. Está muy mal hecho, cuando todo va bien y se vive en una casa tan bien puesta como ésta, querer quitar a una pobre chica como yo un hombre con el que he contraído matrimonio moral, y que

habla de reparar sus faltas casándose conmigo por lo civil. Hay bastantes hombres jóvenes y apuestos en el mundo, ¿no es verdad, señor?, para divertirse sin tener que venir a quitarme un hombre de edad, que es toda mi felicidad. ¡Yo no tengo una casa lujosa como ésta, pero tengo mi amor! Detesto a los hombres guapos y al dinero, soy toda corazón, y...

Madame Jules se volvió hacia su marido:

—Permitidme, señor, que no siga oyendo a esta mujer —dijo, volviendo a su habitación.

—Si esta dama está con vos, me he tirado una plancha, por lo que veo; pero me importa un pepino —prosiguió *Ida*—. ¿Por qué va a ver a *monsieur Ferragus* todos los días?

—Os equivocáis, señorita —dijo Jules, estupefacto—. Mi esposa es incapaz...

—¡Ah, con que ahora resulta que estáis casados! —dijo la modistilla manifestando cierta sorpresa—. Entonces aún es mucho peor, señor, ¿no es verdad?, que una mujer que tiene la dicha de estar casada en legítimo matrimonio, sostenga relaciones con un hombre como *Henri*...

—¿Pero qué *Henri*? —dijo Jules, agarrando a *Ida* por un brazo y arrastrándola a la pieza contigua, para que su mujer no oyese nada.

—Pues, *monsieur Ferragus*, naturalmente...

—¡Pero si ha muerto! —dijo Jules.

—¡Qué va a haber muerto! Anoche fui con él a *Franconi*, y después me acompañó a casa, como era su obligación. Además, vuestra señora podrá daros noticias frescas de él. ¿No ha ido a verlo a las tres? Lo sé perfectamente: la he esperado en la calle, gracias al soplo que me ha dado un hombre muy amable, un tal *monsieur Justin*, que usted quizá conoce, un vejete que lleva dijes y corsé, y que me previno, diciéndome que tenía a una tal *madame Jules* por rival. Este nombre, señor, es muy conocido entre los nombres de guerra. Disculpadme, puesto que es el vuestro, pero aunque *madame Jules* fuese una duquesa de la Corte, *Henri* es tan rico, que podría satisfacer todos sus caprichos. A mí sólo me interesa defender lo mío y tengo derecho a hacerlo, pues yo amo a *Henri* de verdad. Fue mi primer amor y me juego mi dicha y mi felicidad futura. No tengo miedo a nada, señor; soy una chica honrada y nunca he mentado ni robado nada a nadie. Aunque mi rival fuese una emperatriz, iría a verla bien de cara; y si me quitaba a mi futuro marido, sería capaz de matarla, por emperatriz que fuese, porque todas las mujeres guapas son iguales, señor...

—¡Basta, basta! —dijo Jules—. ¿Dónde vivís?

—En la rue de la Corderie-du-Temple, n.º 14, señor. *Ida Gruget*, corsetera, para serviros, pues hacemos muchos para caballero.

—¿Y dónde vive el hombre que llamáis *Ferragus*?

—Pero, señor —repuso ella, pellizcándose los labios—, sabed que no es un hombre así, a secas. Es un señor quizá más rico que vos mismo. ¿Mas por qué me pedís sus señas, si vuestra mujer las sabe? Me ha prohibido que las dé a nadie.

¿Tengo acaso la obligación de responderos?... No estoy, gracias a Dios, ni en el confesionario ni en la comisaría, y no dependo más que de mí.

—¿Y si yo os ofreciese veinte, treinta, cuarenta mil francos para que me dijeseis dónde vive *monsieur* Ferragus?

—¡No, no amiguito, asunto concluido! —dijo la joven, añadiendo un gesto popular a esta singular respuesta—. No existe cantidad que me pueda obligar a decirlo. He tenido mucho gusto en saludaros. ¿Por dónde se sale de aquí?

Jules, aterrado, dejó partir a Ida, sin pensar en detenerla. El mundo entero parecía haberle caído encima, y, sobre su cabeza, los cielos se rasgaban y se hundían.

—El señor está servido —le dijo su ayuda de cámara.

El ayuda de cámara y el secretario esperaron en el comedor durante un cuarto de hora, sin que viesan llegar a los señores de la casa.

—La señora no comerá hoy —fue a decirles la doncella.

—¿Qué le pasa, Josefina? —le preguntó el ayuda de cámara.

—No lo sé —le respondió la interpelada—. La señora no hace más que llorar y va a acostarse. Parece ser que el señor tenía un asuntillo en París, y se ha descubierto en muy mal momento, ¿entendéis? Yo no respondería de la vida de la señora. ¡Todos los hombres son tan torpes! Siempre le hacen escenas a una sin tomar ninguna precaución.

—Nada de eso —repuso el ayuda de cámara en voz baja—. Al contrario, es la señora quien... en fin, ya me comprendéis. ¿Qué tiempo tendría libre el señor para esas aventuras, si desde hace cinco años no ha dormido una sola noche fuera de la habitación de la señora, que baja a su gabinete a las diez y sólo sale de él al mediodía, para almorzar? Su vida, en fin, es conocida, es regular, mientras que la señora sale casi todos los días, a las tres, nadie sabe dónde.

—Y el señor también —dijo la doncella, saliendo en defensa de su señora.

—Pero va a la Bolsa, señora mía.

—Le he dicho ya tres veces que la comida está en la mesa —prosiguió el ayuda de cámara después de una pausa—, y es como si hablara con la pared.

Entró Jules.

—¿Dónde está la señora? —preguntó.

—La señora va a acostarse, tiene migraña —respondió la doncella adoptando un aire importante.

Jules dijo entonces, dirigiéndose al servicio con mucha sangre fría:

—Podéis quitar la mesa; voy a hacer compañía a la señora.

Y entró de nuevo en la habitación de su mujer, a la que encontró llorando, pero ahogando sus sollozos con el pañuelo.

—¿Por qué lloráis? —le dijo Jules—. No tenéis que esperar de mí ni violencias ni reproches. ¿Por qué habría de vengarme? Si no habéis sido fiel a mi amor, eso quiere decir que no habéis sido digna de él...

—¡Qué no he sido digna!

Estas palabras, repetidas, se oyeron a través de los sollozos, y el acento con que fueron pronunciadas hubiera enternecido a cualquier otro hombre que no hubiese sido Jules.

—Para mataros, quizás haría falta amaros más de lo que os amo —prosiguió él—, pero no tendría valor para ello, antes me mataría, dejándoos con vuestra felicidad y con... ¿con quién?

No terminó la frase.

—¡No habléis de mataros! —exclamó Clémence, tirándose a los pies de Jules para abrazárselos.

Pero él quiso librarse de aquel abrazo y sacudió a su mujer, arrastrándola hasta la cama.

—Soltadme —le dijo.

—¡No, no, Jules! —gritaba ella—. Si no me amas, moriré. ¿Quieres saberlo todo?

—Sí.

La levantó, la abrazó violentamente, se sentó en el borde del lecho y la retuvo entre sus piernas; después dijo, mirando con ojos secos aquella hermosa cabeza que había adquirido el color del fuego, pero surcada por las lágrimas:

—Vamos, dímelo.

Los sollozos de Clémence recomenzaron.

—No, es un secreto de vida o muerte. Si lo dijese, yo... No, no puedo. ¡Piedad, Jules!

—Tú me engañas siempre...

—¡Ya no me tratas de vos! —exclamó la joven—. Sí, Jules, puedes creer que te engañó, pero pronto lo sabrás todo.

—Pero ese Ferragus, ese presidiario que vas a ver, ese hombre enriquecido por el crimen, si no te pertenece y tú tampoco le perteneces...

—¡Oh, Jules!...

—¿Es tu bienhechor desconocido, el hombre al que debemos nuestra fortuna, como ya se ha dicho?

—¿Quién lo ha dicho?

—Un hombre al que maté en duelo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Una muerte ya!

—Si no es tu protector, si no te da oro, si eres tú quien se lo lleva, vamos a ver, ¿es acaso tu hermano?

—Bien —dijo ella—. ¿Y si así fuese?

Monsieur Desmarets cruzó los brazos.

—¿Por qué me lo habríais ocultado? —repuso—. ¿Así, tu madre y tú me engañasteis? Además, ¿se va a visitar a un hermano todos los días, o casi todos los días, eh?

Su esposa se había desvanecido a sus pies.

—Ha muerto —dijo Jules—. ¿Y si me hubiese equivocado?

Se avalanzó al cordón de la campanilla, llamó a Josefina y tendió a Clémence sobre la cama.

—Esto será mi muerte —dijo *madame* Jules, recuperando el conocimiento.

—Josefina —exclamó *monsieur* Desmarests—, id a buscar al doctor Desplein. Después iréis a casa de mi hermano, para rogarle que venga lo antes posible.

—¿Por qué vuestro hermano? —preguntó Clémence.

Jules ya había salido.

Por primera vez después de cinco años, *madame* Jules se acostó sola en su cama, y se vio obligada a dejar entrar a un médico en su sacrosanta habitación. Fueron dos dolores muy vivos. Desplein encontró muy mal a *madame* Jules; jamás emoción violenta alguna había sido tan intempestiva. No quiso hacer juicios prematuros, dejando su diagnóstico para el día siguiente, después de recetar algunos medicamentos que nadie fue a buscar, pues los intereses del corazón habían echado al olvido todos los cuidados físicos.

De madrugada, Clémence aún no había podido conciliar el sueño. Se hallaba absorta por el sordo murmullo de una conversación que ya duraba desde hacia varias horas entre ambos hermanos; pero el espesor de las paredes no permitía que llegasen a su oído las palabras que hubiesen podido revelar el objeto de aquella larga conferencia.

Monsieur Desmarests, el notario, se fue al poco rato. La calma de la noche unida a la singular actividad de los sentidos que infunde la pasión, permitieron entonces a Clémence oír el rasgar de una pluma y los movimientos involuntarios de un hombre ocupado en la tarea de escribir. Los que suelen pasar las noches en vela y observan los distintos efectos de la acústica en medio de un profundo silencio, saben que, a menudo, es fácil percibir un leve rumor en el mismo sitio donde un murmullo igual y continuado era imposible de discernir. A las cuatro de la madrugada, el rumor cesó. Clémence se levantó inquieta y temblorosa. Después, descalza, sin peinador, sin pensar en el frío sudor que la cubría ni el estado en que se encontraba, la pobre mujer consiguió abrir la puerta intermedia sin que chirriase. Vio a su marido profundamente dormido, con una pluma en la mano. Las bujías brillaban sobre las arandelas de los candeleros. Clémence avanzó lentamente y leyó en un sobre ya sellado:

MI TESTAMENTO.

Se arrodilló como ante una tumba y besó la mano de su marido, que inmediatamente despertó.

—Jules, amigo mío, suelen concederse algunos días a los criminales condenados a muerte —dijo, mirándolo con ojos encendidos por la fiebre y el amor—. Tu mujer inocente únicamente te pide dos. ¡Déjame libre durante dos días y... espera! Después, moriré dichosa y al menos tú llorarás mi muerte.

—Te los concedo, Clémence.

Y mientras ella besaba las manos de su marido en una conmovedora efusión amorosa, Jules, fascinado por aquel brillo de la inocencia, tomó su cabeza entre sus manos y la besó en la frente, avergonzado de sufrir aún los efectos de aquella noble belleza.

Al día siguiente, después de tomarse una hora de reposo, Jules entró en la habitación de su esposa, obedeciendo maquinalmente a su costumbre de no salir de casa sin antes verla. Clémence dormía. Un rayo de luz pasaba por las rendijas más elevadas de las ventanas, para caer sobre el rostro de aquella mujer abrumada por el pesar. El dolor ya había alterado su frente y la roja lozanía de sus labios. La mirada de un amante no podía equivocarse ante el aspecto de algunas manchas de la piel, amoratadas, y ante la palidez enfermiza que sustituía la tonalidad regular de las mejillas y la blancura mate de la tez, dos fondos puros sobre los que se reproducían ingenuamente los sentimientos de aquel alma tan bella.

«Cómo sufre —se dijo Jules—. ¡Pobre Clémence, que Dios nos proteja!».

La besó dulcemente en la frente. Ella se despertó, vio a su marido y lo comprendió todo; pero como no podía hablar, le tomó la mano y sus ojos se bañaron en llanto.

—Soy inocente —dijo, terminando su sueño.

—¿No saldrás? —le preguntó Jules.

—No, me siento demasiado débil para abandonar la cama.

—Si cambias de parecer, espera a que regrese —le dijo Jules.

Y bajó a la portería.

—Fouquereau, vigilaréis la puerta con la mayor atención; quiero saber qué personas entran y salen de mi casa.

Después Jules tomó un *fiacre*, se hizo conducir al hotel de Maulincour y preguntó por el barón.

—El señor está enfermo —le dijeron.

Jules insistió en verlo, dio su nombre y, a falta de *monsieur* de Maulincour, quiso ver al *vidame* o a la viuda. Esperó unos instantes en el salón de la vieja baronesa, que fue a su encuentro para decirle que su nieto estaba demasiado indispuesto para recibirlo.

—Conozco la naturaleza de su enfermedad, señora —respondió Jules—, por la carta que me habéis hecho el honor de escribirme, y os ruego que creáis...

—¿Yo, escribiros una carta, señor? —exclamó la viuda interrumpiéndole—. Yo no os he escrito ninguna carta. ¿Y que me hacen decir, señor mío, en esa carta?

—Señora —contestó Jules—, como tenía intención de visitar hoy mismo a *monsieur* de Maulincour y devolveros esa carta, he creído que podía conservarla pese a la petición que contiene al final. Hela aquí.

La viuda tocó la campanilla para que le trajesen sus antiparras, y, cuando hubo echado una ojeada al papel, manifestó la mayor sorpresa.

—Señor —dijo—, mi escritura está tan perfectamente imitada que, si no se tratase

de un asunto reciente, yo misma me engañaría. Mi nieto está enfermo, en efecto, señor; pero su razón *no se ha alterado en ningún momento*. Somos juguete de algunos individuos perversos; sin embargo, no consigo adivinar qué finalidad tiene esta impertinencia... Vais a ver a mi nieto, señor, y comprobaréis que se halla en pleno uso de sus facultades mentales.

Y llamó de nuevo para que preguntasen al barón si podía recibir a *monsieur* Desmarets. El ayuda de cámara volvió con una respuesta afirmativa. Jules subió a ver a Auguste de Maulincour, a quien encontró sentado en una butaca junto a la chimenea y que, demasiado débil para levantarse, lo saludó con un gesto melancólico; el *vidame* de Pamiers le hacía compañía.

—Señor barón —dijo Jules—, tengo que deciros algo muy particular y desearía hacerlo a solas.

—Señor —respondió Auguste—, el comendador está enterado de todo el asunto y podéis hablar ante él sin temor.

—Señor barón —prosiguió Jules con voz grave—, habéis turbado, habéis casi destruido mi dicha, sin tener derecho a ello. Hasta el momento en que sepamos quién de nosotros puede exigir o debe conceder una reparación al otro, tenéis la obligación de ayudarme a avanzar por el camino tenebroso en que me habéis metido. Vengo, pues, para que me digáis cuál es la morada actual del ser misterioso que ejerce tan fatal influencia sobre nuestro destino, y que parece tener a sus órdenes poderes sobrenaturales. He aquí la carta que recibí ayer, después de hablar con vos.

Y Jules le mostró la carta apócrifa.

—¡Ese Ferragus, ese Bourignard o ese *monsieur* de Funcal es un demonio! —exclamó Maulincour después de haberla leído—. ¿En qué espantoso laberinto me he metido? ¿Adónde iré a parar? Cometí un error, señor —dijo, mirando a Jules—, pero la muerte es ciertamente la mayor de las expiaciones, y mi muerte se aproxima. Así, pues, podéis pedirme lo que deseéis; estoy a vuestras órdenes.

—Señor barón, debéis de saber dónde vive el desconocido; aunque me costase toda mi fortuna actual, estoy absolutamente decidido a penetrar este misterio; y, en presencia de un enemigo tan cruel e inteligente, los momentos son preciosos.

—Justin os lo dirá todo —respondió el barón.

Al oír estas palabras, el comendador se agitó en su silla.

Auguste tocó la campanilla.

—Justin no está en casa —exclamó el *vidame* con una precipitación que decía muchas cosas.

—Bien —dijo Auguste con vivacidad—, nuestros criados saben dónde está; un hombre montará inmediatamente a caballo para ir en su busca. Vuestro ayuda de cámara está en París, ¿no es verdad? Pues lo encontraremos.

El comendador parecía visiblemente turbado.

—Justin no vendrá, amigo mío —dijo el anciano—. Ha muerto. Quería ocultarte este accidente, pero...

—¿Ha muerto? —exclamó *monsieur* de Maulincour—. ¿Ha muerto? ¿Cuándo? ¿Y cómo?

—Sucedió anoche. Había ido a cenar con antiguos amigos, sin duda se embriagó y sus amigos, ebrios como él, lo dejaron tendido en la calle, y un enorme carruaje lo atropelló...

—El presidiario no lo ha dejado escapar. Lo ha matado al primer intento —dijo Auguste—. Conmigo no ha tenido tanta suerte; ha tenido que intentarlo cuatro veces.

Jules se puso sombrío y pensativo.

—Así, no sabré nada —dijo el agente de Cambio y Bolsa después de una larga pausa—. ¡El castigo de vuestro ayuda de cámara quizás ha sido merecido! ¿No se ha excedido en su cometido al calumniar a *madame* Desmarets ante esa Ida, cuyos celos despertó para lanzarlos sobre nosotros?

—¡Ah, señor, en la cólera que me dominaba, le entregué a *madame* Jules!

—¡Señor mío! —exclamó el marido, vivamente irritado.

—¡Oh, ahora, señor —respondió el oficial reclamando silencio con un gesto—, estoy dispuesto a todo! Lo hecho ya no tiene remedio, y no me digáis nada que mi conciencia ya no me haya dicho. Esta mañana espero a uno de los más célebres profesores de toxicología para saber cual será mi suerte. Si estoy destinado a experimentar mayores sufrimientos, mi resolución ya está tomada: me saltaré la tapa de los sesos.

—¡Habláis como un niño! —exclamó el comendador, asustado por la sangre fría con que el barón pronunció aquellas palabras—. Vuestra abuela moriría de pena.

—Así, señor —dijo Jules—, ¿no existe ningún medio de saber en qué lugar de París habita ese hombre extraordinario?

—Creo, señor —respondió el anciano—, que oí decir al pobre Justin que *monsieur* de Juncal residía en la Embajada de Portugal o en la del Brasil. *Monsieur* de Juncal es un gentilhomme que pertenece a ambos países. En cuanto al presidiario, está muerto y enterrado. Vuestro perseguidor, sea quien sea, me parece lo bastante poderoso para que lo aceptéis bajo su nueva forma hasta el momento en que tengáis el medio de confundirlo y aplastarlo; pero actuad con prudencia, mi querido señor. Si *monsieur* de Maulincour hubiese seguido mis consejos, nada de todo esto se hubiera producido.

Jules se retiró fríamente, pero con cortesía, sin saber qué partido tomar para dar con el paradero de Ferragus.

En el momento de entrar, el portero le dijo que la señora había salido para ir a echar una carta en el buzón situado frente a la rue de Ménars.

Jules se sintió humillado al percatarse de la prodigiosa inteligencia con que el portero abrazaba su causa, y la destreza con que adivinaba los medios de servirlo. El celo de los inferiores y su habilidad particular para comprometer a los amos que se comprometían ya le eran conocidos, y se daba cuenta del peligro que representaba tenerlos por cómplices en lo que fuese; pero sólo pudo pensar en su dignidad personal

en el momento en que se encontró tan súbitamente envilecido. ¡Qué triunfo para el esclavo, incapaz de elevarse hasta su amo, hacer caer al amo hasta él! Jules se mostró brusco y duro. Otro error. ¡Pero sufría tanto! Su vida, hasta entonces tan recta y tan pura, habíase vuelto tortuosa; a la sazón tenía que mentir y mostrarse solapado. Y Clémence también mentía y obraba con doblez. Aquellos instantes fueron de momentáneo disgusto y repugnancia. Perdido en un abismo de pensamientos amargos, Jules permaneció maquinalmente inmóvil a la puerta de su casa. Tan pronto quería huir, abandonar Francia, entregándose a ideas desesperadas, para dejar su amor bajo las ilusiones aún de la incertidumbre, tan pronto buscaba el medio de sorprender la respuesta que aquel ser misterioso daría a la carta que Clémence había echado al correo, y que no dudaba estuviese dirigida a Ferragus. Después se ponía a analizar los singulares avatares por que pasó su vida, desde su matrimonio, preguntándose si la calumnia que había lavado con sangre no sería acaso una verdad. Por último, volviendo a la respuesta de Ferragus, se decía:

«Pero este hombre tan profundamente hábil, tan lógico en sus menores actos, que ve, que presiente, que calcula y que incluso adivina nuestros pensamientos, ¿responderá a la carta? ¿No es más lógico que Ferragus emplee medios en armonía con su poder? ¿No enviará su respuesta por medio de un hábil bellaco, o quizás en un joyero traído por un hombre honrado que ignorará lo que transporta, o en el envoltorio de unos zapatos que una empleada entregará inocentemente a mi mujer? ¿Y si Clémence y él se entienden?».

Y así desconfiaba de todo y recorría los campos inmensos, el mar sin riberas de las suposiciones hasta que, después de haber flotado algún tiempo entre mil decisiones contradictorias, se encontró más fuerte en su casa que en ningún otro lugar, y resolvió vigilar en su casa, como una hormiga león en el fondo de su embudo de arena.

—Fouquereau —dijo al portero—, he salido, si alguien viene a verme. Si alguien quiere hablar con la señora o entregarle algo, tú darás dos campanillazos. Después me mostrarás todas las cartas que lleguen, sean para quien sean.

«Así —pensó al subir a su gabinete, que se encontraba en el entresuelo— saldré al paso de las finuras de maese Ferragus. Si envía a un emisario astuto, que pregunta si estoy en casa a fin de saber si la señora está sola, al menos no se burlará de mí como si fuese un necio».

Se pegó a los cristales de su gabinete, que daban a la calle, y, apelando a una última estratagema inspirada por los celos, resolvió hacer subir a su secretario a su coche para enviarlo a la Bolsa en su lugar, con una carta para un agente amigo suyo, al que explicaba sus compras y sus ventas, rogándole que lo reemplazase. Aplazó sus más delicadas transacciones para el día siguiente, riéndose de alzas y bajas y de todas las deudas europeas. ¡Gracioso privilegio del amor! Todo lo aplasta, todo lo hace palidecer: el altar, el trono y el libro mayor.

A las tres y media, en el momento en que la Bolsa se halla en plena actividad,

Jules vio entrar en su gabinete a Fouquereau, radiante.

—Señor, acaba de venir una vieja, pero muy atildada y compuesta. Ha preguntado por el señor, ha parecido contrariada de no encontrarlo en casa y me ha entregado esta carta para la señora.

Presa de febril angustia, Jules rasgó el sello de la carta, pero acto seguido cayó en su butaca, agotado. La carta era un galimatías; era imposible leerla sin poseer la clave. Se trataba de una carta cifrada.

—Vete, Fouquereau.

El portero salió.

—Es un misterio más profundo que el de la mar, en el lugar donde la sonda se pierde. ¡Ah, esto es amor! Sólo el amor es tan sagaz y tan ingenioso como el hombre que ha escrito esta carta. ¡Dios mío, mataré a Clémence!

En aquel instante una feliz idea brotó en su cerebro con tanta fuerza que casi lo iluminó físicamente.

En los días de su laboriosa miseria, antes de contraer matrimonio, Jules había tenido un verdadero amigo. La excesiva delicadeza con que supo tratar la susceptibilidad de un amigo pobre y modesto, el respeto con que lo rodeó, la ingeniosa destreza con que lo obligó noblemente a participar de su opulencia sin hacerlo enrojecer, aumentaron su amistad. Jacquet permaneció fiel a Desmarests, pese a la fortuna de éste.

Jacquet, hombre probo e íntegro, trabajador de costumbres austeras, había ascendido lentamente en el Ministerio que consume mayor cantidad de bribonería y probidad a la vez. Empleado en el Ministerio de Asuntos Exteriores, estaba encargado de la parte más delicada de los archivos. Jacquet era en el Ministerio una especie de luciérnaga que iluminaba durante sus horas de trabajo las correspondencias secretas, descifrando y clasificando los despachos. Ocupaba una situación más elevada que un simple burgués y en el Ministerio convivía con los más altos funcionarios subalternos. Su existencia transcurría en la oscuridad, en una oscuridad que lo hacía feliz y lo ponía a salvo de los reveses, satisfecho de pagar en óbolos su deuda con la patria. Teniente de alcalde de su distrito, gozaba, como dicen los periódicos, de todas las consideraciones debidas a su cargo. Gracias a Jules su posición mejoró mediante un buen enlace matrimonial. Patriota anónimo, ministerial de hecho, se contentaba con lamentarse, al amor de la lumbre, sobre la marcha del Gobierno. Por lo demás, Jacquet era, en su casa, rey bonachón, un hombre de paraguas, que pagaba a su mujer una comisión de la que él nunca se aprovechaba. En fin, para terminar el retrato de este *filósofo sin saberlo*, diremos que aún no había sospechado, ni debía sospecharlo jamás, todo el partido que podía sacar de su posición, al tener por amigo íntimo a un agente de Cambio y Bolsa y al conocer todas las mañanas los secretos de Estado. Aquel hombre, sublime a la manera del soldado desconocido que muere salvando a Napoleón por un *¿quién vive?*, seguía en el Ministerio.

A los diez minutos, Jules se encontraba en el despacho del archivero. Jacquet le ofreció una silla, puso metódicamente sobre la mesa su visera de tafetán verde, se frotó las manos, tomó su tabaquera, se levantó haciendo crujir sus omoplatos, abombó el pecho y dijo:

—¿Qué casualidad os trae por aquí, *monsieur* Desmarets? ¿Qué queréis de mí?

—Jacquet, tengo necesidad de ti para adivinar un secreto, un secreto de vida y muerte.

—¿No tiene que ver con la política?

—De ser así, no es a ti a quien se lo preguntaría —dijo Jules—. No, es un asunto conyugal sobre el que te exijo el silencio más profundo.

—Claude-Joseph Jacquet, mudo de profesión. ¿Es que no me conoces? —dijo su amigo, riendo—. Mi método es la discreción.

Jules le mostró la misiva, diciéndole:

—Debes leerme este billete dirigido a mi mujer...

—¡Diablo, diablo, mal asunto! —dijo Jacquet examinando la carta, como un usurero hubiera examinado un efecto negociable—, ¡Ah, es una carta de cuadrícula! Espera un momento.

Dejó a Jules solo en el gabinete, para regresar a los pocos instantes.

—¡Esto es una bobería, amigo mío! Está escrito con una vieja cuadrícula que utilizaba el embajador de Portugal durante el ministerio de *monsieur* de Choiseul, cuando fueron expulsados los jesuitas. Aquí tienes.

Jacques sobrepuso un papel agujereado, cortado regularmente como uno de esos encajes que los confiteros ponen sobre sus peladillas, y Jules pudo leer entonces con facilidad las frases que quedaban al descubierto:

No tengas más inquietudes, mi querida Clémence; nadie turbará ya nuestra dicha, y tu marido depondrá sus sospechas. No puedo ir a verte. Por enferma que estés, debes hallar fuerzas y valor para venir a verme, encontrarás las fuerzas necesarias en tu amor. Mi afecto por ti me ha obligado a someterme a una cruel operación, y me es imposible moverme de la cama. Ayer me cauterizaron varios puntos de la nuca y los hombros, y la cauterización ha sido larga y dolorosa. ¿Comprendes? Pero pensando en ti, el sufrimiento me ha sido leve. Para desbaratar todas las pesquisas de Maulincour, que ya no nos perseguirá por mucho tiempo, he abandonado el techo protector de la Embajada y estoy al abrigo de toda sospecha en la rue des Enfants-Rouges, número 12, en casa de una anciana señora llamada *madame* Etienne Gruget, la madre de esa Ida que pagará muy cara la locura que ha cometido. Ven mañana, a las nueve de la mañana. Estoy en una habitación a la que sólo se entra por una escalera interior. Pregunta por *monsieur* Camuset. Hasta mañana. Te beso la frente, querida mía.

Jacquet miró a Jules con una especie de terror honrado, que encerraba una

auténtica compasión, y profirió su exclamación favorita:

—¡Diablo, diablo! —en dos tonos diferentes.

—La cosa está clara, ¿verdad? —dijo Jules—. Y a pesar de todo, en el fondo de mi corazón hay una voz que aboga por mi mujer, y que domina a la de todos los dolores que me producen los celos. Sufriré hasta mañana el más horrible de los suplicios; pero finalmente, mañana, entre nueve y diez, lo sabré todo, y seré feliz o desgraciado para siempre. Piensa en mí, Jacquet.

—Mañana a las ocho estaré en tu casa. Iremos juntos allí y yo te esperaré, si quieres, en la calle. Puedes correr algún peligro y es necesario que esté a tu lado un amigo fiel que te comprenda con media palabra y de quien puedas fiarte. Cuenta conmigo.

—¿Incluso para ayudarme a matar a alguien?

—¡Diablo, diablo! —dijo Jacquet vivamente, repitiendo, por así decir, la misma nota musical—. Tengo mujer y dos hijos...

Jules estrechó la mano de Claude Jacquet y salió. Pero regresó precipitadamente.

—Olvidaba la carta —dijo—. Además, esto no es todo: hay que sellarla de nuevo.

—¡Diablo, diablo! La has abierto sin sacar la impresión del sello, pero éste, por fortuna, se ha partido muy bien. Vamos, déjamela, te la llevaré *secundum scripturam*.

—¿A qué hora?

—A las cinco y media...

—Si yo aún no hubiese vuelto, entrégala al portero, diciendo que es para la señora.

—¿Me necesitarás mañana?

—No. Adiós.

Jules no tardó en llegar a la plaza de la Rotonde-du-Temple, donde dejó su cabriolé y siguió a pie la rue des Enfants-Rouges, donde examinó la casa de *madame* Etienne Gruget. Allí debía aclararse el misterio del que dependía la suerte de tantas preguntas; allí estaba Ferragus, y en Ferragus desembocaban todos los hilos de aquella intriga. La reunión de *madame* Jules, de su marido y de aquel hombre, sería sin duda el nudo gordiano de aquel drama que ya había hecho correr la sangre y en el que no debía faltar la espada que desata los vínculos más fuertemente apretados.

Aquella casa pertenecía al género de las llamadas en París *cabajoutis*. Este nombre, muy significativo, es el que el pueblo parisién da a esas casas compuestas, por así decir, de incrustaciones de taracea. Casi siempre son habitaciones primitivamente separadas, pero reunidas por la fantasía de los diferentes propietarios, que las han agrandado sucesivamente; o casas comenzadas, abandonadas, vueltas a construir y terminadas; casas desgraciadas que han soportado, como algunos pueblos, diversas dinastías de amos caprichosos. Ni los pisos ni las ventanas *tienen estilo*, como suele decirse; todo casa mal, incluso los adornos exteriores. Este tipo de construcción es a la arquitectura parisién lo que la *leonera* a la habitación, o sea: un verdadero revoltillo en el que se arrojan en mescolanza los objetos más heterogéneos.

—¿*Madame Étienne*? —preguntó Jules a la portera.

Dicha portera estaba instalada al amparo del gran portal, en uno de esos gallineros que parecen cajitas de madera montadas sobre ruedas y bastante parecidos a las garitas que la policía ha construido en todas las paradas de coches de punto.

—¿Cómo? —dijo la portera dejando su labor de calceta.

En París, los diferentes temas que concurren para formar la fisonomía de una parte cualquiera de la monstruosa ciudad armonizan admirablemente con el carácter del conjunto. Así, ya se llame portero, conserje o suizo, nombres por los que se conoce ese músculo esencial del monstruo parisién, siempre será conforme al barrio del que forma parte, y a menudo lo resumirá. Bordado en todas sus costuras, ocioso, el portero tiene aire de rentista en el barrio de Saint-Germain, se muestra contento en la Chaussée-d'Antin, lee los periódicos en el barrio de la Bolsa y tiene una profesión en el barrio de Montmartre. La portera es una antigua prostituta en el barrio de la prostitución; en el Marais, es de costumbres irreprochables, desabrida y caprichosa.

Al ver a Jules, aquella portera tomó un cuchillo para remover la ceniza del brasero, que estaba casi apagado; después le dijo:

—¿Pide usted por *madame Etienne*, o sea *madame Etienne Gruget*?

—Sí —dijo Jules, adoptando un aspecto casi de enojo.

—¿Qué hace trabajos de pasamanería?

—Sí.

—Bien, señor —dijo, saliendo de su jaula, poniendo la mano sobre el brazo de Jules y conduciéndolo al fondo de un largo y angosto pasillo, abovedado como una bodega—, subid por la segunda escalera del fondo del patio. ¿Veis las ventanas donde hay alhelíes? Allí está *madame Etienne*.

—Gracias, señora. ¿Creéis que está sola?

—¿Por qué no habría de esta sola? Es viuda.

Jules subió con presteza por una escalera muy oscura, cuyos peldaños tenían callosidades formadas por el barro endurecido que dejaban los inquilinos al ir y venir. En el segundo piso, vio tres puertas, pero ningún alhelí. Afortunadamente, sobre una de aquellas puertas, la más aceitosa y negra de las tres, leyó estas palabras, trazadas con tiza: *Ida vendrá esta noche a las nueve*.

—Aquí es —se dijo Jules.

Tiró de un viejo cordón de campanilla ennegrecido, oyó el ruido ahogado de una campanilla resquebrajada y los ladridos de un perrillo asmático. La manera como los sonidos resonaban en el interior denunciaba un piso abarrotado de cosas que no dejaban subsistir el menor eco, rasgo característico de las viviendas ocupadas por obreros y por pequeñas familias, faltas de sitio y de aire. Jules buscó maquinalmente los alhelíes y acabó por descubrirlos en el apoyo exterior de una ventana corredera, entre dos molduras. Flores: un jardincito de dos pies de largo y de seis pulgadas de ancho; y trigo: toda la vida resumida, pero también todas las miserias de la vida. Frente a aquellas flores raquílicas y los soberbios tallos de trigo, un rayo de luz, que

caía del cielo, como por gracia divina, hacía resaltar el polvo, la grasa y el extraño color propio de los tugurios parisienses: mil y una suciedades que encuadraban, envejecían y manchaban las paredes húmedas, las barandillas carcomidas de la escalera, los bastidores desvencijados de las ventanas y las puertas que en otro tiempo fueron rojas.

A los pocos instantes, una tos de vieja y los pesados pasos de una mujer que arrastraba penosamente unas zapatillas de orillo anunciaron a la madre de Ida Gruget. La anciana abrió la puerta, salió al descansillo, levantó la cabeza y dijo:

—¡Ah, es *monsieur* Bocquillon! ¡Vaya, pues no lo es! ¡Cómo os parecéis a *monsieur* Bocquillon! ¿Sois su hermano, quizá? Hacedme el favor de entrar, señor.

Jules siguió a la mujer a una primera pieza, donde vio, pero todo hacinado, jaulas, utensilios domésticos, fogones, muebles, platillos de barro llenos de comida para el perro y los gatos, un reloj de madera, mantas, grabados de Eisen, hierros viejos amontonados, mezclados, confundidos hasta formar un cuadro verdaderamente grotesco, la verdadera leonera parisién, a la que ni siquiera faltaban algunos números del *Constitutionnel*.

Jules, dominado por un pensamiento de prudencia, no escuchó a la viuda Gruget cuando ésta le dijo:

—Entrad aquí señor, os calentaréis.

Temiendo que Ferragus le oyese, Jules se preguntó si no valdría más concluir en aquella primera pieza el trato que venía a proponer a la vieja. Una gallina que salió cacareando de un camaranchón lo arrancó a sus secretas meditaciones. Jules había adoptado una resolución. Siguió entonces a la madre de Ida a la habitación caldeada, donde les hizo compañía el perrillo asmático, personaje mudo que trepó sobre un viejo taburete. *Madame* Gruget habló con la fatuidad propia de una «media miseria» al decir que su visitante se calentaría. Su puchero ocultaba completamente dos tizones casi apagados. La espumadera estaba tirada por el suelo, con el mango entre las cenizas. La repisa de la chimenea, adornada con un Niño Jesús de cera, encerrado en una caja cuadrada de vidrio con una orla de papel azulado, estaba abarrotada de lanas, de bobinas y de útiles necesarios para la pasamanería. Jules examinó todos los muebles del piso con una curiosidad llena de interés, manifestando, a pesar suyo, una secreta satisfacción.

—Bien, señor, ¿así, queréis encargarnos de la venta de mis muebles? —le dijo la viuda sentándose en la butaca amarilla con asiento de rejilla que parecía ser su cuartel general.

En aquella butaca guardaba simultáneamente, el pañuelo, la tabaquera, la labor, las legumbres a medio limpiar, las antiparras, un calendario, galones de librea empezados, un juego de naipes grasientos y dos noveluchas, todo ello metido en un hueco. Aquel mueble sobre el que aquella vieja *bajaba por el río de la vida*, se parecía al bolso enciclopédico que llevan las mujeres cuando van de viaje, y que contienen un compendio de su casa, desde el retrato del marido hasta el agua de

melisa para los mareos, peladillas para los niños y tafetán inglés para los cortes.

Jules lo examinó todo. Miró con mucha atención la cara amarillenta de *madame* Gruget, sus ojos grises, sin cejas y desprovistos de pestañas, su boca desdentada, sus arrugas de negras tonalidades, su cofia de tul rojizo, con adornos de encaje, plegados, más rojos aún, y sus faldas de indiana, agujereadas, sus gastadas zapatillas, el brasero quemado, la mesa sobrecargada de platos y sederías, de labores de algodón y lana, en medio de las cuales se elevaba una botella de vino. Después dijo para sus adentros:

«Esta mujer tiene alguna pasión, algún vicio secreto. Ya es mía».

—Señora —le dijo en voz alta, haciéndole un signo de inteligencia—. Vengo a encargaros unos galones...

Después bajó la voz y prosiguió:

—Sé que tenéis en vuestra casa a un desconocido que ha tomado el nombre de Camuset.

La vieja lo miró de pronto, sin demostrar el menor asombro.

—Decidme, ¿puede oírnos? Sabed que se trata de vuestra fortuna.

—Señor —respondió ella—, podéis hablar sin temor, porque aquí no hay nadie. Pero aunque tuviese a alguien allá arriba, le sería imposible oírlos.

«¡Ah, esa vieja astuta sabe responder perfectamente! —se dijo Jules—. Será fácil ponemos de acuerdo».

Y prosiguió:

—Ahorraos el trabajo de mentir, señora. En primer lugar, sabed muy bien que yo no deseo haceros el menor daño, ni a vuestro inquilino que aún sufre los efectos de la cauterización, ni a vuestra hija Ida, corsetera y amiga de Ferragus. Como veis, estoy al corriente de todo. Tranquilizaos, no soy de la policía y no deseo nada que pueda ofender vuestra conciencia. Una señora joven vendrá mañana aquí, entre nueve y diez, para hablar con el amigo de vuestra hija. Yo quiero verlo y oírlo todo, sin ser visto ni oído por ellos. Vos me proporcionaréis el medio de conseguirlo y yo recompensaré este servicio mediante la suma de dos mil francos en efectivo y seiscientos francos de renta vitalicia. Mi notario preparará la escritura ante vos esta misma tarde; yo depositaré este dinero en sus manos y él os lo entregará mañana, después de la entrevista a la que deseo asistir, y durante la cual adquiriré las pruebas de vuestra buena fe.

—¿No podría esto perjudicar a mi hija, mi querido señor? —preguntó ella, dirigiéndole miradas de gata inquieta.

—En lo más mínimo, señora. Aunque, por otra parte, parece ser que vuestra hija no se porta nada bien con vos. Amada por un hombre tan rico y tan poderoso como Ferragus, debería disponer de los medios de haceros más feliz de lo que parecéis ser.

—¡Ah, mi querido señor! Ni siquiera me da un mísero billete para ir al Ambigú o a la Gaieté, adonde ella va siempre que quiere. ¡No hay derecho! Y pensar que vendí para ella mis cubiertos de plata y ahora tengo que comer, a mi edad, en cubiertos de metal alemán, y todo para pagarle el aprendizaje y darle un oficio con el que se haría

de oro, si quisiera. Pues en esto se parece a mí: tiene unas manos de plata, es de justicia declararlo. Al menos podría darme sus vestidos viejos de seda, sabiendo que a mí la seda me gusta tanto. Pues no, señor; va al *Cadran Bleu*, donde se pagan cincuenta francos por cabeza, pasea en coche como una princesa, y se burla de su madre, que en realidad le importa un bledo. ¡Dios mío, qué juventud tan casquivana nos ha salido! Si es obra nuestra, no merecemos ningún elogio. Pero cuando una es madre no tiene más remedio que ocultar las locuras de una hija, y yo la he tenido siempre pegada a mis faldas, quitándome el pan de la boca para darle siempre lo mejor. Hasta que un día una se cansa, pues ella sólo sabe venir, hacerme cuatro carantoñas y decirme: «Buenos días, madre». Con esto considera que ha cumplido todos sus deberes hacia la autora de sus días. Pero cuando tenga hijos ya verá lo que es esa mala mercancía, que una quiere de todos modos.

—¿Cómo? ¿No hace nada por vos?

—Tanto como nada, no señor, yo no digo esto; si no hiciese nada, ya no podría hablar de que hace poco. Me paga el alquiler, me da leña y me pasa treinta y seis francos al mes... ¿Pero usted cree, señor, que a mis cincuenta y dos años de edad, con la vista cansada, debería trabajar aún? ¿Además, por qué no quiere saber nada de mí? ¿Se avergüenza de tenerme por madre? ¡Pues que lo diga, caramba! A decir verdad, no se merecen nada esas criaturas que os olvidan así que han cerrado la puerta.

Se sacó un pañuelo del bolsillo y un billete de la lotería cayó al suelo, pero ella lo recogió al instante, diciendo:

—¡Es el recibo de mis imposiciones!

Jules adivinó en seguida la causa de la prudente parsimonia de que se quejaba la madre de Ida, y estuvo más que seguro de que la viuda Gruget daría su aquiescencia al trato propuesto.

—Bien, señora; ¿aceptáis, pues, mi oferta?

—¿Habéis dicho, señor, dos mil francos al contado y seiscientos de renta?

—Señora, he cambiado de parecer, y sólo puedo prometeros trescientos francos de reata vitalicia. Esto me parece más conveniente para mis intereses. Pero os daré cinco mil francos en dinero contante y sonante. ¿No lo preferís así?

—¡Vaya, señor, claro que sí!

—Viviréis con mayor desahogo y podréis ir al *Ambigu-Comique*, a *Franconi* y adonde deseéis, en *fiacre*.

—¡Ah, *Franconi* no me gusta; además, allí no se puede hablar! Pero, señor, si acepto, lo hago porque esto será muy ventajoso para mi hija. Así no tendré que depender más de ella. ¡Pobrecilla! Después de todo, no me disgusta que se divierta. ¡La juventud tiene que divertirse, señor mío! Así, pues, si me aseguráis que esto no perjudicará a nadie...

—A nadie —repitió Jules—. Pero, vamos a ver. ¿Cómo pensáis hacerlo?

—Esta noche, señor, daré a *monsieur Ferragus* una pequeña infusión de adormidera, para que duerma como un bendito, el pobre hombre, bien lo necesita,

teniendo en cuenta sus sufrimientos, pues sufre de un modo que da pena. ¿Pero queréis explicarme a qué viene eso de que un hombre sano se queme la espalda para quitarse un tic doloroso que sólo le atormenta cada dos años? Volviendo al asunto que nos ocupa, os diré que tengo la llave de mi vecina, cuyo piso está encima del mío y que tiene una pieza cuya pared es medianera con la del dormitorio de *monsieur* Ferragus. Mi vecina se ha ido a pasar diez días al campo. Si hacemos un agujero, durante la noche, en este muro medianero, los oiréis y los veréis a vuestro gusto. Soy amiga íntima de un cerrajero, un hombre muy amable que habla como un ángel y que me hará ese trabajillo, sin rechistar ni decir nada a nadie.

—Decidle que se ganará cien francos; id esta misma tarde al bufete de *monsieur* Desmarets, notario... Aquí tenéis sus señas. A las nueve la escritura estará preparada, pero... ¡ni media palabra a nadie!

—Estad tranquilo. Seré una tumba. Hasta la vista, señor.

Jules volvió a su casa, casi calmado por la certidumbre que tenía de que, a la mañana siguiente, lo sabría todo. Al llegar a su casa, encontró en la portería la carta con el sello perfectamente reparado.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó a su mujer, a pesar del hielo que los separaba.

¡Es tan difícil renunciar a las costumbres del corazón!

—Bastante bien, Jules —contestó ella con coquetería—. ¿Quieres comer conmigo?

—Sí —respondió él, entregándole la carta—. Toma, Fouquereau me ha entregado esto para ti.

Clémence, que estaba pálida, se ruborizó extraordinariamente al ver la carta, y aquel súbito sonrojo causó el más vivo dolor a su marido.

—¿Es la alegría —dijo, riendo—, o es un efecto de la espera?

—¡Oh, son muchas cosas! —dijo ella, mirando el sello.

—Os dejo, señora.

Y bajó a su gabinete para escribir a su hermano sus intenciones acerca de la constitución de la renta vitalicia destinada a la viuda Gruget. Cuando volvió, encontró su cena preparada en una mesita, junto a la cama de Clémence, y Josefina, dispuesta a servir.

—¡Si estuviese levantada, con qué placer te serviría la cena! —dijo su esposa, cuando Josefina los dejó solos—. ¡Oh, incluso de rodillas! —prosiguió, mesando los cabellos de Jules con sus manos marfileñas—. Noble y querido corazón mío, has sido muy bueno y generoso conmigo hace un momento. Me has hecho más bien, con tu confianza, que el que me podrían hacer todos los médicos de la tierra con sus recetas. Tu delicadeza femenina, pues sabes amar como una mujer, ha vertido en mi alma un bálsamo desconocido, que ya casi me ha curado. Hay una tregua. Jules, acércame la cabeza para que te dé un beso.

Jules no pudo negarse al placer de abrazar a Clémence. Pero no lo hizo sin una

especie de remordimiento íntimo: se encontraba pequeño ante aquella mujer, a quien siempre se sentía tentado de creer inocente. Ella mostraba una especie de alegría triste. Una casta esperanza brillaba en su rostro apenado. Ambos parecían igualmente afligidos por verse obligados a engañarse y hubiera bastado una caricia más para confesárselo todo, incapaces de resistir a sus dolores.

—¿Mañana por la noche, Clémence?

—No, señor, mañana al mediodía lo sabréis todo y os postraréis de hinojos ante vuestra esposa. Oh, no, no te humillarás, no, te lo perdono todo, porque no eres culpable de nada. Escucha, ayer me diste un golpe terrible, pero mi vida tal vez no hubiera sido completa sin esta angustia; será una sombra que aún realzará más los días celestiales que nos esperan.

—Me estás embrujando —exclamó Jules— y me causarás remordimientos.

—Mi pobre amigo, el destino es más alto que nosotros y yo no soy cómplice de mi destino. Mañana saldré.

—¿A qué hora? —preguntó Jules.

—A las nueve y media.

—Clémence —prosiguió *monsieur* Desmarets—, toma todas las precauciones posibles, consulta al doctor Desplein y al viejo Haudry.

—Sólo consultaré a mi corazón y a mi valor.

—Te dejo libre y vendré a verte al mediodía.

—¿No me harás un poco de compañía esta noche? Mis sufrimientos han cesado...

Después de terminar sus asuntos volvió junto a su esposa, impulsado por una atracción irresistible. Su pasión era más fuerte que todos sus dolores.

IV

¿DÓNDE SE PUEDE MORIR?

Al día siguiente, alrededor de las nueve, Jules se escapó de su casa, corrió a la rue des Enfants-Rouges, subió y llamó a la puerta de la viuda Gruget.

—¡Ah, veo que tenéis palabra! Sois puntual como la aurora. Pasad, señor —le dijo la vieja pasamanera al reconocerlo—. Os he preparado una taza de café a la crema, para el caso de que... —prosiguió cuando hubo cerrado la puerta—. Crema de verdad, ¿eh?, una jarrita que yo misma he visto ordeñar en la vaquería que tenemos en el mercado de los Enfants-Rouges.

—Gracias, señora, pero no quiero nada. Llevadme a...

—Bien, bien, mi querido señor. Venid por aquí.

La viuda condujo a Jules a una habitación situada encima de la suya, y donde le mostró triunfalmente una abertura grande como una moneda de cuarenta sueldos, practicada durante la noche en un lugar que correspondía a los rosetones más altos y más oscuros del papel que revestía las paredes de la habitación de Ferragus.

Dicha abertura se encontraba, en ambas piezas, encima de un armario. Los ligeros desperfectos causados por el cerrajero no dejaron trazas en ningún lado del muro medianero, y era difícilísimo distinguir en la oscuridad aquella especie de aspillera. Pero Jules se vio obligado, para mantenerse allí y para ver bien, a adoptar una posición muy fatigosa, inclinado sobre una escalerilla que la viuda Cruget colocó en el lugar conveniente.

—Ahora está con un señor —dijo la vieja, retirándose.

Jules distinguió, en efecto, a un hombre ocupado en curar un rosario de llagas causadas por varias quemaduras practicadas en los hombros de Ferragus, cuya cabeza reconoció, según la descripción que le había facilitado *monsieur* de Maulincour.

—¿Cuándo crees que estaré curado? —le oyó preguntar.

—No lo sé —respondió el desconocido—, pero en opinión de los médicos, aún harán falta siete u ocho curas.

—Bien, hasta esta noche —dijo Ferragus tendiendo la mano al desconocido, que acababa de colocarle la última venda.

—Hasta esta noche —respondió el interpelado, estrechando cordialmente la mano de Ferragus—. Deseo verte pronto libre de tus sufrimientos.

—En fin, los papeles de *monsieur* de Funcal nos serán entregados mañana, y Henri Bourignard ya está muerto y bien muerto —repuso Ferragus—. Las dos cartas fatales que nos han costado tan caras ya no existen. Volveré a ser un hombre entre los hombres, un ser social, y valgo muy bien el marino que se han comido los peces. ¡Dios sabe si es por mí por lo que me hago conde!

—Pobre Gratien, nuestra cabeza más firme, nuestro hermano querido; tú eres el benjamín de la banda, y lo sabes.

—¡Adiós! Vigilad bien a Maulincour.

—Estate tranquilo sobre ese punto.

—¡Eh, marqués! —gritó el viejo presidiario.

—¿Qué?

—Ida es capaz de todo, después de la escena de anoche. Si se ha tirado al agua, te aseguro que no la pescaré, pues así guardará mejor el secreto de mi nombre, el único que posee; pero vigíla, porque al fin y al cabo es una buena muchacha.

—Bien.

El desconocido se retiró. Diez minutos después, Jules oyó, no sin un estremecimiento febril, el susurro peculiar producido por unas ropas de seda y reconoció los pasos de su mujer.

—Hola, padre —dijo Clémence—, mi pobre padre, ¿cómo estáis? ¡Qué valor el vuestro!

—Acércate, hija mía —respondió Ferragus tendiéndole la mano.

Y Clémence le presentó la frente, que él besó.

—Vamos a ver, ¿qué tienes, mi pobre pequeña? ¿Qué nuevas penas?...

—¿Penas, padre mío? Esto será la muerte de vuestra hija, que tanto amáis. Como os escribí ayer es absolutamente necesario que vuestra cabeza, tan fértil en ideas, encuentre el medio de ver hoy mismo a mi pobre Jules. ¡Si supieseis lo bueno que ha sido conmigo, a pesar de sus sospechas, tan legítimas en apariencia! Padre mío, este amor es mi vida. ¿Queréis verme morir? ¡Ah, cuanto he sufrido ya! Y tengo el presentimiento de que mi vida está en peligro.

—¿Perderte, hija mía —dijo Ferragus—, perderte por la curiosidad de un miserable parisién? Pegaría fuego a París. ¡Ah, tú sabes lo que es un amante, pero no sabes lo que es un padre!

—Padre mío, me asustáis cuando me miráis así. No pongáis en la balanza dos sentimientos tan distintos. Yo tenía un esposo antes de saber que mi padre vivía.

—Si tu marido fue el primero que depositó besos en tu frente —respondió Ferragus—, yo fui el primero que depositó lágrimas en ella... Tranquilízate, Clémence, ábreme tu corazón. Te quiero tanto que me basta saber que eres dichosa para que yo también me sienta dichoso, aunque tu padre no sea casi nada en tu corazón, mientras que tú llenas el suyo.

—¡Dios mío, cuánto bien me hacen estas palabras! Aún os amo más y siento como si robara algo a Jules. Pero, mi buen padre, pensad en lo que es la desesperación. ¿Qué le diré dentro de dos horas?

—Criatura, ¿he esperado acaso tu carta para salvarte de la desdicha que te amenaza? ¿Y qué ha sido de aquellos que quieren destruir tu felicidad o interponerse entre nosotros? ¿No has reconocido nunca la segunda providencia que vela por ti? ¿No sabes que doce hombres rebosantes de fuerza e inteligencia forman un cortejo

alrededor de tu amor y de tu vida, dispuestos a todo para salvaros? ¿Existe un padre capaz de jugarse la vida para ir a verte durante el paseo, para ir a admirarte en tu cunita cuando estabas en casa de tu madre, durante la noche? ¿Este padre, que sólo ha encontrado fuerzas para vivir en el recuerdo de tus caricias infantiles, en unos momentos en que un hombre de honor hubiera debido matarse para escapar a la infamia? Este padre soy yo, en fin, yo que sólo respiro por tu boca, yo que sólo veo por tus ojos, yo que sólo siento por tu corazón, yo que sería capaz de defender con las garras de un león y con el alma de un padre a mi único bien, mi vida, mi hija... Pero desde que murió aquel ángel que era tu madre, yo sólo he soñado con una cosa, con la felicidad de presentarte como hija mía, de estrecharte en mis brazos ante la faz del cielo y de la tierra, con dar muerte al *presidiario*... (Se produjo una ligera pausa). De darte un padre —prosiguió—, de poder estrechar sin avergonzarme la mano de tu marido, de vivir sin temor en vuestros corazones, de decir a todo el mundo, al verte: «¡Esta es mi hija!». ¡La dicha, en fin, de ser padre plenamente!

—¡Oh, padre mío, padre mío!

—Después de muchas penalidades, después de registrar medio mundo —continuó Ferragus—, mis amigos me han encontrado una nueva piel de hombre, que voy a ponerme. Dentro de pocos días seré *monsieur* de Funcal, un conde portugués. Te aseguro, mi querida hija que a mi edad muy pocos tendrían la paciencia de aprender el portugués y el inglés, que ese diablo de marino sabía a la perfección.

—¡Padre mío querido!

—Todo está previsto y dentro de algunos días, Su Majestad Juan VI, rey de Portugal, será mi cómplice. Así, sólo debes tener un poco de paciencia, pensando que tu padre ha tenido mucha. Mas para mí era muy sencillo. ¿Qué no haría yo para recompensar tu abnegación durante tres años? ¡Venir a consolar tan religiosamente a tu anciano padre, arriesgando tu felicidad!

—¡Padre mío!

Y Clémence tomó las manos de Ferragus para besarlas.

—Vamos, ten aún un poco de valor, mi Clémence; guardemos el fatal secreto hasta el final. Jules no es un hombre ordinario; sin embargo, no podemos asegurar si su gran temple y su amor extremado determinarán cierto menosprecio por la hija de un...

—¡Oh! —exclamó Clémence—, habéis leído en el corazón de vuestra hija; es el único temor que tengo —agregó con un tono desgarrador—. Este pensamiento me deja helada. Pero, padre mío, pensad que he prometido decirle la verdad dentro de dos horas.

—Pues bien, hija mía; dile que vaya a la Embajada de Portugal, a ver al conde de Funcal, tu padre: yo le esperaré allí.

—¿Y *monsieur* de Maulincour, que le ha hablado de Ferragus? ¡Dios mío, padre; siempre engañar, siempre... qué suplicio!

—¿A mí me lo dices? Pero esperemos aún unos días, y ya no existirá un solo

hombre que pueda desmentirme. Además, *monsieur* de Maulincour ya no se encuentra sin duda en estado de recordar nada... vamos, locuela, seca tus lágrimas y piensa que...

En aquellos momentos un grito terrible resonó en la estancia en que se hallaba *monsieur* Jules Desmarets:

—¡Mi hija, mi pobre hija!

El clamor atravesó la diminuta abertura practicada encima del armario, y llenó de terror a Ferragus y *madame* Jules.

—Vete a ver que ocurre, Clémence.

Clémence descendió con rapidez por la escalerilla, encontró abierta de par en par la puerta del piso de *madame* Gruget, oyó los gritos que resonaban en el piso superior, subió por la escalera y se dirigió, atraída por los sollozos, a la habitación fatal, oyendo estas palabras, antes de penetrar en ella.

—¡Habéis sido vos, señor, con vuestras imaginaciones, el causante de su muerte!

—¡Callaos, miserable! —decía Jules, tapando con el pañuelo la boca de la viuda Gruget, quien se puso a gritar:

—¡Al asesino! ¡Socorro!

En aquel instante entró Clémence, vio a su marido, lanzó un grito y huyó.

—¿Quién salvará a mi hija? —preguntó la viuda Gruget tras de una larga pausa. ¡Vos la habéis asesinado!

—¿Y cómo? —preguntó maquinalmente Jules, estupefacto al haberse visto reconocido por su mujer.

—Leed, señor —exclamó la vieja, deshecha en llanto—. ¿Qué renta puede consolarme de esto?

Y tendió la siguiente misiva a Jules:

¡Adiós, madre mía! Te dego cuanto tengo. Te pido perdón por mis culpas y por el último dolor que te causo al poner fin a mis días. Henry, a quien hamo más que a mí misma, mea dicho que yo era la causa de su desgrasia, y puesto que me rechasa y que e perdido todas mis esperanzas de establecerme, e disidido aogarme. Iré más abajo de Neully para que no me pongan en la Morgue. Si Henry lla no me odia después de aberme dado muerte, ruegale que aga enterrar a una pobre chica cuyo corasón solo ha pal pitado por él, y ce me perdone, pues e y echo mal de meterme en lo que no meimporta. Cuídale bien sus ceaduras. Como a sufrido el pobresillo. Pero yo tendré el valor que el a tenido para caute rizarse. As que lleven los corsés terminados a mis dientas. Y ruega a Dios por tu ija.

IDA.

—Llevad esta carta a *monsieur* de Funcal, en esa habitación. Si aún hay tiempo, es el único que puede salvar a vuestra hija.

Y Jules desapareció, huyendo como el hombre que ha cometido un crimen. Le

temblaban las piernas. Su corazón, dilatado, recibía oleadas de sangre, más cálidas y copiosas que en ningún otro momento de su vida, expulsándolas con fuerza desusada. Las ideas más contradictorias combatían entre sí en su espíritu, y, sin embargo, un solo pensamiento las dominaba. No había sido leal con la persona que más amaba, y le era imposible transigir con su conciencia, cuya voz, que aumentaba a causa de la iniquidad cometida, correspondía a los gritos íntimos de su pasión, durante las cruelísimas horas de duda que antes lo habían agitado. Durante gran parte del día, erró por París, sin atreverse a volver a su casa. Aquel hombre, íntegro y honesto, temblaba ante la perspectiva de encontrarse de nuevo ante el rostro irreprochable de aquella mujer calumniada injustamente. Los crímenes lo son con relación a la pureza de las conciencias, y el hecho que, para un corazón determinado, no pasa apenas de ser una falta baladí, adquiere las proporciones de un crimen para algunas almas cándidas. ¿El término candor, en efecto, no tiene un alcance celestial? ¿Y la más ligera mancha que mancille las blancas vestiduras de una virgen no hace de ellas algo innoble, como lo son los harapos de un mendigo? Entre estas dos cosas, la única diferencia es sólo la que separa la desdicha de la falta. Dios no mide nunca el arrepentimiento, no lo olvida y es necesario, tanto para borrar una mancha como para hacerla olvidar toda una vida.

Estas reflexiones abrumaban a Jules con todo su peso, pues las pasiones, como las leyes humanas, no perdonan, y su razonamiento es más justo, al apoyarse sobre una conciencia sensible como un instinto.

Desesperado, Jules regresó a su casa; pálido, abrumado por la sensación de su culpabilidad, pero sin poder ocultar, a pesar suyo, la alegría que le causaba la inocencia de su mujer. Entró en su habitación con el corazón palpitante, la encontró acostada y con fiebre. Sentándose junto a ella le tomó la mano, la besó y la bañó con sus lágrimas.

—Ángel mío —le dijo, cuando estuvieron solos—, lloro de arrepentimiento.

—¿Y de qué? —repuso ella.

Al decir estas palabras, inclinó la cabeza sobre la almohada cerró los ojos y permaneció inmóvil, conservando el secreto de sus sufrimientos para no asustar a su marido: delicadeza de madre, delicadeza de ángel. En aquella frase estaba toda la mujer. El silencio fue muy largo. Jules, creyendo que Clémence dormía, fue a interrogar a Josefina acerca del estado de su señora.

—*Madame* volvió medio muerta, señor. Fuimos a buscar al doctor Haudry.

—¿Ha venido? ¿Y qué ha dicho?

—Nada. Señor, no pareció muy contento; ordenó que no se quedase nadie junto a la señora, salvo la veladora, y ha dicho que volvería esta noche.

Jules volvió a entrar de puntillas en la habitación de su esposa, se sentó en un sillón y permaneció ante la cama, inmóvil, sin quitar la vista de los ojos de Clémence; cuando ella alzaba los párpados, lo veía inmediatamente, y entre sus pestañas dolorosas se escapaba una tierna mirada, llena de pasión, exenta de reproches y de

amargura, una mirada que caía como una ráfaga de fuego sobre el corazón de aquel marido noblemente absuelto y a quien seguía amando la criatura que él mataba. La muerte era, entre ambos, un presentimiento que se hundía igualmente en sus corazones. Sus miradas se unían en una misma angustia, de igual modo como antes sus corazones se unieran en un mismo amor, igualmente sentido, igualmente compartido. Ya no había interrogantes sino horribles certidumbres. En la mujer, generosidad perfecta; en el marido, espantosos remordimientos; en el alma de ambos, finalmente, la misma visión del desenlace, un idéntico sentimiento de la fatalidad.

Hubo un momento en que, creyendo a su mujer dormida, Jules la besó dulcemente sobre la frente y dijo, después de contemplarla largo rato:

—Dios mío, déjame a este ángel el tiempo suficiente para que yo pueda redimirme de mis culpas mediante una larga adoración... Como hija ha sido sublime; como esposa, no hay palabras para calificarla.

Clémence levantó la mirada y Jules vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Me haces daño —dijo ella, con voz débil.

Al anochecer llegó el doctor Haudry y rogó al marido que se retirase durante su visita. Cuando el médico salió, Jules no le hizo ni una sola pregunta; le bastó con un gesto.

—Llamad a consulta a aquellos de mis colegas en quienes tengáis más confianza; puedo haberme equivocado.

—Pero, doctor, decidme la verdad. Soy un hombre y sabré escucharla; además, tengo el mayor interés en saberla, para ajustar unas cuentas...

—*Madame* Jules está herida de muerte —respondió el galeno—. Tiene una enfermedad moral que ha hecho grandes progresos y que complica su situación física, ya tan peligrosa, pero aún más agravada por las imprudencias que ha cometido: levantarse descalza de noche; salir cuando yo se lo había prohibido, como ayer, a pie, y hoy, en coche: como si hubiera querido matarse. Sin embargo, mi diagnóstico no es irrevocable; cuenta con su juventud y una energía nerviosa sorprendente... Habría que jugarse el todo por el todo, utilizando un reactivo violento; pero yo no quiero asumir la responsabilidad de prescribírsele y ni siquiera quiero aconsejárselo; y, durante la consulta, me opondré a su empleo.

Jules volvió a la habitación de la enferma. Durante once días, con sus noches, permaneció junto al lecho de su esposa, durmiendo únicamente de día, con la cabeza apoyada a los pies de la cama. Nunca hubo hombre que llevara más lejos que Jules el celo de sus cuidados y la abnegación. No toleraba que nadie hiciese el más pequeño servicio a su esposa; le sujetaba constantemente la mano entre las suyas, como si así quisiera infundirle la vida. Hubo incertidumbres, falsas alegrías, días buenos, una mejoría transitoria, crisis y por último las horribles mutaciones de la muerte que vacila, que duda, pero que ataca.

Madame Jules encontró siempre las fuerzas necesarias para sonreír a su marido; lo compadecía, al saber que pronto estaría solo. Fue una doble agonía: la de la vida y

la del amor, pero la vida se debilitaba y el amor se acrecía. Hubo una noche espantosa, en que Clémence sufrió el delirio que siempre precede a la muerte, en quienes son jóvenes. Habló de su feliz amor, habló de su padre, contó lo que le había revelado su madre en el lecho de muerte y las obligaciones que aquélla le había impuesto. Entretanto se debatía, no con la vida, sino con su pasión, que no quería abandonar.

—Dios mío —decía—, haced que él no sepa que quisiera verlo morir conmigo.

Jules, incapaz de resistir aquel espectáculo, estaba en aquel momento en el salón contiguo, y no pudo oír una súplica a la que hubiera obedecido.

Cuando la crisis hubo pasado, *madame* Jules recuperó en parte sus fuerzas. Al día siguiente aparecía de nuevo bella y tranquila; conversó y demostró cierta animación, mostrándose arreglada y compuesta como suelen arreglarse las enfermas. Después manifestó deseos de estar sola durante todo el día, y alejó a su marido de su lado, con uno de esos ruegos hechos con tanta insistencia, que se atienden como los de los niños. Además, Jules tenía necesidad de aquel día. Fue a visitar a *monsieur* de Maulincour, para reclamarle el duelo a muerte que ambos habían convenido. Tuvo grandes dificultades en llegar hasta el causante de sus desdichas; pero, al saber que se trataba de un lance de amor, el *vidame* se inclinó ante los prejuicios que siempre habían regido sus acciones, e introdujo a Jules en las habitaciones del barón. *Monsieur* Desmarets buscó con la vista al barón de Malincour.

—¡Sí, ahí está! —dijo el comendador, indicándole a un hombre sentado en un sillón cabe la chimenea.

—¿Quién es, Jules? —dijo el moribundo con voz cascada.

Auguste había perdido la única cualidad que nos hace vivir: la memoria. Ante su aspecto, Desmarets retrocedió horrorizado. Le era imposible reconocer al elegante pisaverde en aquel ser sin nombre en ningún idioma, según dijera Bossuet. Se trataba, en efecto, de un cadáver de cabellos blancos; de huesos apenas recubiertos por una piel arrugada, marchita y reseca; de ojos blancos y sin movimiento; la boca espantosamente entreabierta, como la de los locos o de los libertinos víctimas de sus propios excesos. Ya no existía el menor rastro de inteligencia en la frente ni en sus rasgos; y en sus flácidas carnes, ni rubor, ni apariencia de circulación sanguínea. Era, en fin, un hombre disminuido, efímero, en el estado ya de esos monstruos que se conservan en el Museo, en frascos de alcohol. Jules creyó entrever sobre aquella cabeza el terrible rostro de Ferragus, y tan cumplida venganza sorprendió su propio odio. El marido de Clémence halló piedad en su corazón para los tristes restos de lo que antaño fuera un apuesto joven.

—El duelo ya ha tenido lugar —dijo el comendador.

—¡Habéis matado a mucha gente! —exclamó Jules con tono desgarrador.

—Y a seres muy queridos —agregó el anciano—. Su abuela se muere de pena y probablemente yo la seguiré a la tumba.

Al día siguiente, el estado de *madame* Jules empeoró de hora en hora. Aprovechó

un momento en que recuperó las fuerzas para tomar una carta que tenía bajo la cabecera, la ofreció vivamente a Jules y le hizo una seña fácil de comprender: quería darle, con un beso, su último aliento; él lo recibió y ella murió en sus brazos. Jules se desplomó medio muerto, y lo llevaron seguidamente a casa de su hermano. Cuando su hermano le oyó deplorar, en medio de las lágrimas y el delirio, su ausencia de la víspera, le dijo que, aquella separación, había sido vivamente deseada por Clémence, quien no quiso que fuese testigo del aparato religioso, tan terrible para las imaginaciones tiernas, que despliega la Iglesia al administrar los últimos sacramentos a los moribundos.

—No hubieras podido resistirlo —le dijo su hermano—. Ni siquiera yo pude soportar aquel espectáculo; en tu casa todos lloraban. Parecía una santa. Sacó fuerzas de flaqueza para despedirse de todos nosotros y aquella voz, que oíamos por última vez, nos desgarraba el corazón. Cuando pidió perdón por los disgustos involuntarios que podía haber dado a los que la sirvieron, se escuchó un grito mezclado con sollozos, un grito que...

—¡Basta! —exclamó Jules—. ¡Basta!

Quiso estar solo para leer los últimos pensamientos de aquella mujer que el mundo había admirado y que había pasado como una flor:

Amado mío, este es mi testamento. ¿Por qué no se hace testamento para los tesoros del corazón, como para los de los demás bienes? ¿No era mi corazón todo mi bien? Aquí no quiero ocuparme más que de mi corazón: él fue toda la fortuna de tu Clémence, y todo lo que ella puede dejarte al morir. Jules, aún me amas y esto me hace morir dichosa. Los médicos explican mi muerte a su manera, pero sólo yo conozco su verdadera causa. Te la diré, por pena que esto te produzca. No querría llevarme, en un corazón que te pertenece totalmente, un secreto que te hubiese ocultado, cuando muero víctima de una discreción necesaria.

Jules, he sido criada y educada en la más profunda soledad, lejos de los vicios y las mentiras del mundo, por la amable mujer que tú conociste. La sociedad hizo justicia a estas cualidades convencionales, gracias a las cuales una mujer agrada en sociedad; pero yo gocé, en secreto, de un alma celeste y pude amar a la madre que convirtió mi infancia en una alegría sin sombra de amargura, sabiendo muy bien por qué la quería. ¿No era esto amar doblemente? Sí, yo la amaba, la temía, la respetaba y nada pesaba en mi corazón, ni el respeto, ni el temor. Yo lo era todo para ella y ella lo era todo para mí. Durante diecinueve años plenamente dichosos y despreocupados, mi alma, solitaria en medio del mundo que bullía a mi alrededor, sólo reflejó la imagen más pura, que era la de mi madre, y mi corazón sólo palpité para ella y por ella. Era de una piedad escrupulosa y me complacía en permanecer pura ante Dios. Mi madre cultivaba en mí todos los sentimientos nobles y altos. ¡Ah, cuanto me place manifestártelo, Jules! Ahora sé que he sido joven y que vine a ti virgen de corazón.

Cuando salí de aquella profunda soledad, cuando por primera vez alisé mis

cabellos, adornándolos con una corona de flores de azahar; cuando añadí con complacencia algunos nudos de raso a mi vestido blanco, pensando en el mundo que iba a descubrir y que tenía curiosidad por ver; entonces, Jules, reservé exclusivamente para ti esta inocente y modesta coquetería, pues, a mi entrada en el mundo, tú fuiste el primero a quien vi. Tu rostro se destacaba sobre todos los demás; quedé prendada de tu persona; tu voz y tus maneras me inspiraron favorables presentimientos; y cuando acudiste, cuando me hablaste, con el rubor en el rostro, y con voz temblorosa, aquel momento me inspiró sensaciones que aún me hacen palpar al escribirte, hoy que pienso en ellas por última vez. Nuestro amor fue al principio la más viva de las simpatías, para ser pronto mutuamente adivinado y luego compartido, del mismo modo que, después, hemos experimentado de igual manera sus innumerables placeres. A partir de entonces, mi madre ocupó sólo un segundo lugar en mi corazón. ¡Yo se lo decía y aquella adorable mujer, sonreía! Después fui tuya, toda tuya. Esta fue mi vida, toda mi vida, mi querido esposo. Y he aquí lo que me queda por decirte.

Una noche, pocos días antes de morir, mi madre me reveló el secreto de su vida, no sin derramar ardientes lágrimas. Te amé aún mucho más cuando supe, antes que el sacerdote encargado de dar la absolución a mi madre, que existían pasiones condenadas por el mundo y por la Iglesia. Mas, ciertamente, Dios no debe mostrarse severo al juzgar el pecado de almas tan tiernas como la de mi madre; sólo que aquel ángel no podía decidir su corazón por el arrepentimiento. Amaba mucho, Jules, era todo amor. Así, yo recé todos los días por ella, sin atreverme a juzgarla.

Entonces supe la causa de su viva ternura maternal; supe entonces que había en París un hombre para quien yo era toda la vida y todo el amor; que tu fortuna era obra suya y que también te amaba; que vivía al margen de la sociedad, que llevaba un nombre maldito y que esto lo apenaba más por mí y por nosotros, que por sí mismo. Mi madre era todo su consuelo y, cuando mi madre murió, yo prometí sustituirla. Con todo el ardor de un alma cuyos sentimientos nada había falseado aún, sólo vi la felicidad de endulzar la amargura que llenaba de dolor los últimos momentos de mi madre, y me comprometí a continuar aquella obra secreta de caridad, de caridad de corazón.

La primera vez que vi a mi padre fue junto al lecho donde mi madre acababa de expirar; cuando él alzó sus ojos llenos de lágrimas, halló de nuevo en mí todas sus esperanzas muertas. Yo había jurado que no mentiría pero que guardaría silencio, y este silencio, ¿qué mujer hubiera sido capaz de romperlo? Esta ha sido mi falta, Jules, una falta que expió con la muerte. Dudé de ti. Pero el temor es algo tan natural en la mujer y en especial en la mujer que sabe todo lo que puede perder... Temblé por mi amor. Me pareció que el secreto de mi padre sería la muerte de mi felicidad, y cuanto más amaba, más miedo tenía. No me atrevía a manifestar este sentimiento a mi padre, para no herirlo, y, en su situación, cualquier herida resultaba dolorosa. Pero él, sin decírmelo, compartía mis temores. Aquel corazón tan paternal temblaba por mi dicha

tanto como yo temblaba, y no se atrevía a hablar, obedeciendo a la misma delicadeza que me hacía muda. Sí, Jules, creí que un día quizá no podrías amar a la hija de Gratien tanto como amabas a tu Clémence. De no haber sido por aquel profundo terror, ¿te hubiera ocultado algo, a ti, que estabas totalmente en mi corazón? El día en que aquel odioso, aquel desdichado oficial, te habló, me vi obligada a mentir. Aquel día, conocí el dolor por segunda vez en mi vida, y aquel dolor fue en aumento, hasta este instante, en que hablo contigo por última vez. ¿Qué importa ahora la situación de mi padre? Ya lo sabes todo. Con ayuda de mi amor, hubiera vencido la enfermedad y soportado todos los sufrimientos, pero no sabría ahogar la voz de la duda. ¿No será posible que mi origen altere la pureza de tu amor, lo debilite, lo disminuya? Este temor, nada puede destruirlo en mí.

Esta es, Jules, la causa de mi muerte. No sabría vivir temiendo una palabra o una mirada; una palabra que quizá no dirás nunca, una mirada que no me dirigirás jamás; pero ¿qué vamos a hacerle?, la temo. Mi consuelo es saber que muero amada. Sé que desde hace cuatro años, mi padre y sus amigos han removido cielo y tierra para mentir al mundo. A fin de darme un nombre honorable, han comprado un muerto, un nombre, una fortuna; y todo para resucitar a un vivo; todo para ti, para nosotros. Nosotros debíamos ignorarlo todo. Pero mi muerte evitará, sin duda, esta mentira a mi padre, pues morirá cuando sepa que he muerto. Adiós, pues, Jules, mi corazón está aquí intacto. ¿No es ya dejarte toda mi alma, el hecho de expresarte mi amor en la inocencia de su terror? No hubiera tenido fuerzas suficientes para hablarte, y las tengo para escribirte. Acabo de confesar a Dios las faltas de mi vida; he hecho promesa solemne de ocuparme únicamente del Rey de los Cielos, de ahora en adelante; pero no he podido resistir al placer de confesarme con aquél que, para mí, lo es todo sobre la tierra, ¿Quién podrá perdonarme este último suspiro, entre la vida que fue y la vida que será?

Adiós, pues, Jules, amado mío; me presento ante Dios, cuyo amor es siempre sin nubes y ante quien tú también comparecerás un día. Allí, bajo su trono, juntos para siempre, podremos amarnos por los siglos de los siglos. Esta es la única esperanza que puede consolarte. Si soy digna de precederte, te seguiré desde allí por la vida, mi alma te acompañará y te rodeará, pues tú aún permanecerás en este bajo mundo. Que tu vida sea santa, pues, para que no dejes de venir a mi lado. ¡Puedes hacer tanto bien sobre la tierra! ¿No crees que es una misión angélica, para un ser que sufre, la de derramar la alegría a su alrededor, dando lo que no tiene? Te dejo a los desgraciados, únicamente de su sonrisa y de sus lágrimas no he de sentirme celosa. Hallaremos un gran encanto ejerciendo estas dulces y buenas acciones. ¿No crees que podremos vivir aún juntos si quieres mezclar mi nombre, mezclar a tu Clémence, en estas buenas acciones?

Después de haber amado como nos hemos amado, no hay más que Dios, Jules. Dios no miente, Dios no engaña. Adora a Dios únicamente, este es mi deseo. Cuídale bien en todos cuantos sufren, alivia las ovejas doloridas de su Iglesia. Adiós, alma

querida que yo llené: te conozco y sé que no amarás dos veces. Así, pues, voy a expirar feliz, consolada por el pensamiento que hace dichosas a todas las mujeres. Sí, mi tumba será tu corazón. ¡Después de la infancia que te he contado, mi vida ha transcurrido en tu corazón! Una vez muerta, tú ya no me sacarás nunca de él. ¡Qué orgullosa me siento de esta vida única! ¡Sólo me habrás conocido en la flor de la juventud y te dejo una añoranza sin desencantos! ¡Qué muerte tan dichosa, Jules!

Tú que me has comprendido tan bien, permíteme que te pida, aunque sin duda esto es superfluo, que cumplas una fantasía de mujer, la promesa de unos celos cuyo objeto somos. Te ruego que quemes todo cuanto nos perteneció, que destruyas nuestra habitación, que aniquiles todo cuanto pudiera ser un recuerdo de nuestro amor.

Una vez más, adiós, el último adiós, lleno de amor, como lo será mi último pensamiento y mi postrer aliento.

Cuando Jules hubo terminado de leer esta carta, experimentó uno de esos frenesís cuyas espantosas crisis es imposible describir. Todos los dolores son individuales y sus efectos, no se someten a regla fija alguna: hay hombres que se tapan los oídos para no oír nada; mujeres que cierran los ojos para no ver nada; existen también almas grandes y magníficas que se lanzan al dolor como a un abismo. En materia de desesperación, todo es auténtico. Jules huyó de casa de su hermano y volvió a la suya, pues deseaba pasar la noche junto a su esposa y ver hasta el último instante a aquella celestial criatura.

Mientras andaba con la falta de interés por la vida propia de las personas que han alcanzado el último grado de la desdicha, comprendió aquellas leyes del Asia que ordenan que los esposos no deben sobrevivirse. Quiso morir. Aún no estaba abrumado; le dominaba la fiebre del dolor. Llegó sin impedimento y subió a aquel aposento sagrado; vio a su Clémence en el lecho de muerte, bella como una santa, con los cabellos partidos sobre la frente y aplastados sobre los lados, con las manos juntas, envuelta ya en la mortaja. Los cirios iluminaban a un sacerdote que rezaba, a Josefina llorando en un rincón, arrodillada y, después, junto a la cama, a dos hombres. Uno de ellos era Ferragus. Permanecía de pie, inmóvil, contemplando a su hija con los ojos secos; hubiérase dicho que su cabeza era de bronce: no vio a Jules. El otro era Jacquet, Jacquet, para quien *madame* Jules había sido constantemente buena. Jacquet experimentaba hacia ella una de esas respetuosas amistades que regocijan el corazón sin perturbarlo, que son una pasión dulce, el amor sin sus deseos y sus tempestades; y había venido para pagar religiosamente su deuda de lágrimas, decir largos adioses a la mujer casada, besar por primera vez la frente helada de aquella criatura que convirtió, tácitamente, en hermana suya.

Todo estaba silencioso en la estancia. No había allí ni la terrible muerte de la Iglesia, ni la pomposa muerte que cruza las calles; no, era la muerte deslizada bajo el techo doméstico, la muerte conmovedora; eran las pompas del corazón, el llanto

hurtado a todos los ojos.

Jules se sentó al lado de Jacquet, oprimiéndole la mano y, sin pronunciar palabra, todos los personajes de esta escena así permanecieron hasta la madrugada. Cuando el alba hizo palidecer la luz de los cirios, Jacquet, previendo las escenas dolorosas que iban a sucederse, se llevó a Jules a la habitación contigua. En aquel instante, el marido miró al padre y Ferragus miró a Jules. Aquellos dos dolores se interrogaron, se sondearon y se comprendieron con aquella mirada. Un destello de furor pasajero brilló en los ojos de Ferragus.

«¡Tú la has matado!», pensó.

«¿Por qué desconfiasteis de mí?», parecía responderle el esposo.

Aquella escena fue parecida a la que tendría lugar entre dos tigres que reconociesen la inutilidad de una lucha, después de haberse examinado tras una momentánea vacilación, sin ni siquiera rugir.

—Jacquet —dijo Jules—, ¿te has ocupado de todo?

—De todo —respondió el jefe de negociado— pero en todas partes se me anticipaba un hombre, que daba órdenes y lo pagaba todo.

—¡Me arranca a su hija! —exclamó el marido en un violento acceso de desesperación.

Se lanzó a la habitación de su esposa, pero el padre ya no estaba en ella. Habían puesto a Clémence en un ataúd de plomo y unos obreros se aprestaban a soldar la tapa. Jules volvió impresionadísimo por aquel espectáculo y los golpes del martillo que manejaban aquellos hombres le hicieron romper en llanto sin que se diese cuenta.

—Jacquet —dijo—, de esta noche terrible me ha quedado una sola idea, pero es una idea que quiero realizar a cualquier precio. No quiero tener a Clémence en un cementerio de París. Quiero incinerar sus restos, recoger las cenizas y guardarlas. No me digas nada sobre lo que te pido, pero haz lo que sea para convertirlo en realidad. Voy a encerrarme en *su* habitación y permaneceré en ella hasta el momento de mi partida. Únicamente tú entrarás aquí para darme cuenta de tus gestiones... Vete, no regatees esfuerzos.

En el transcurso de la mañana, *madame* Jules, después de haber sido expuesta en una capilla ardiente a la puerta de su mansión, fue llevada a Saint-Roch. La iglesia estaba totalmente cubierta de negros crespones. El lujo funerario que acompañaba a aquel entierro atrajo a mucha gente, pues en París todo es espectáculo, incluso el dolor más sincero. Hay personas que salen a la ventana para ver llorar a un hijo que sigue los restos mortales de su madre, y hay otras que buscan un buen lugar para ver cómo rueda una cabeza sobre el patíbulo. Ningún pueblo del mundo tiene ojos más voraces. Pero los curiosos se sorprendieron particularmente al ver las seis capillas laterales de Saint-Roch cubiertas también de negro. Dos hombres enlutados asistían a un oficio de difuntos en cada una de las capillas.

En el coro, únicamente se observó la presencia de *monsieur* Desmarets, el notario, y Jacquet; y fuera del recinto, los domésticos. Los fisgones acostumbrados a

curiosear en las iglesias, no sabían explicarse semejante pompa y tan escasa parentela. Jules no quiso que a la ceremonia asistiesen personas indiferentes.

El oficio de difuntos se celebró con la sombría magnificencia de las misas fúnebres. Además de los celebrantes ordinarios de Saint-Roch, se reunieron en el templo trece sacerdotes procedentes de diversas parroquias. Es posible que el *Dies irae* no hubiese producido jamás en aquellos cristianos, por casualidad reunidos para curiosear, pero ávidos de emociones, un efecto más profundo, más nerviosamente glacial, que la impresión que les causó aquel himno, en el momento en que ocho voces de chantres acompañadas por las de los sacerdotes y las voces de los niños del coro lo entonaron alternativamente. De las seis capillas laterales, otras doce voces infantiles se elevaron, dolorosas y desgarradoras, para mezclarse tristemente a aquel canto. De todas partes de la iglesia surgía el terror. Por doquier los gritos de angustia respondían a los gritos de espanto. Aquella música espeluznante acusaba dolores desconocidos al mundo y amistades secretas que lloraban a la muerta. Jamás, en ninguna religión humana, los terrores del alma, violentamente sustraída al cuerpo y tempestuosamente arrebatada a presencia de la fulmínea majestad de Dios, fueron expresados con tanto vigor. Ante aquel clamor de los clamores deberían humillarse los músicos y sus más apasionadas composiciones. No, nada puede competir con este canto que resume las facciones humanas y les imprime una vida galvánica más allá de la tumba; llevándolas, aún palpitantes, a presencia del Dios vivo y vengador. Aquellos clamores infantiles, unidos al renovar de las voces graves, compendiando en aquel cántico de la muerte la vida humana en sus aspectos todos; recordando los sufrimientos de la cuna, acrecidos con todos los dolores de otras edades, con los graves acentos de la madurez, con la voz temblona de los viejos y de los sacerdotes; tan estridente armonía, llena de relámpagos y de rayos, ¿no hablaba a las imaginaciones más osadas, a los corazones más inertes e incluso a los filósofos? Al oírla, parecía que Dios hiciera tronar los ámbitos. No hay bóveda ninguna de iglesia que sea fría; todas tiemblan, todas hablan, todas derraman miedo con la potencia de sus ecos. Los fieles creen ver cómo se alzan innumerables muertos, tendiéndoles las manos. Ya no es un padre, una mujer, ni un niño quienes yacen bajo el negro paño; es la humanidad surgiendo del polvo. Es imposible juzgar a la religión Católica, Apostólica y Romana, mientras no se ha experimentado el dolor más profundo al llorar a la persona añorada, que yace bajo el cenotafio; mientras no se han experimentado todas las emociones que rebosan entonces del corazón, traducidas en aquel himno de la desesperación, por aquellos gritos que abruma el alma, por aquel espanto religioso que se engrandece de estrofa en estrofa, que asciende, girando, hacia el cielo y que espanta, empequeñece, transporta el alma y deja un sentimiento de eternidad en la conciencia, en el momento en que expira el último verso. Nos hemos enfrentado con la gran idea del infinito y, entonces, todo calla en la iglesia. Nadie dice una palabra; ni siquiera los propios incrédulos *saben lo que tienen*. Solamente el genio español ha podido inventar estas majestades inauditas para el más

inaudito de los dolores.

Terminada la suprema ceremonia, doce hombres enlutados salieron de las seis capillas y fueron a escuchar en torno al féretro el canto de esperanza que la Iglesia hace oír a las almas cristianas antes de ir a inhumar la forma humana. Después, cada uno de aquellos hombres subió a un coche negro; Jacquet y Desmarets subieron en el decimotercero; los servidores siguieron a pie.

Una hora después, los doce desconocidos estaban en la parte alta del cementerio que el pueblo llama del Pere-Lachaise, todos en círculo alrededor de una losa a la que se hizo descender el féretro, ante una multitud de curiosos que acudieron de todos los rincones de aquel jardín público. Luego, después de unas breves oraciones, el sacerdote tiró unos puñados de tierra sobre los restos mortales de la joven; y los sepultureros, después de solicitar su propina, se apresuraron a colmar la fosa antes de ir a otra...

Aquí parece terminar el hilo de esta historia, pero quizá sería incompleta si, después de dar un ligero croquis de la vida parisién, si, después de haber seguido sus caprichosas ondulaciones, diésemos al olvido los efectos de aquella muerte. La muerte, en París, no se parece a la muerte en ninguna otra capital, y muy pocas personas conocen el calvario por que tiene que pasar el auténtico dolor, al enfrentarse con la civilización y la administración parisién. Por otra parte, es posible que Jules y Ferragus XXIII interesen lo bastante al lector para que encuentre el desenlace de su vida teñido de frialdad. Muchas personas, en fin, desean enterarse de todo y querrían, como dijo el más ingenioso de nuestros críticos, saber incluso por qué procesos químicos arde el aceite en la lámpara de Aladino.

Jacquet, hombre administrativo, se dirigió naturalmente a las autoridades para obtener el permiso de exhumar el cuerpo de *madame* Jules a fin de proceder a su incineración. Fue a visitar al prefecto de policía, bajo cuya protección duermen los muertos. Aquel funcionario quiso una petición, una instancia. Hubo que comprar una hoja de papel sellado, dar una forma administrativa al dolor; hubo que servirse del argot burocrático para expresar los deseos de un hombre abrumado, al que le faltaban palabras; hubo que traducir fríamente y exponer al margen, el objeto de la petición:

El peticionario
solicita la incineración
de su esposa.

Ante esto, el jefe encargado de elevar un informe al consejero de Estado, prefecto de policía, dijo, al leer aquel apostilla en la que se expresaba claramente, como él había requerido, el *objeto* de la demanda:

—¡Pero esta cuestión es muy grave! No podré terminar mi informe antes de ocho días.

Jules, al que Jacquet se vio obligado a mencionar esta demora, comprendió lo que

había querido decir Ferragus cuando dijo que pegaría fuego a París. Nada le parecía más natural que aniquilar aquel receptáculo de monstruosidades.

—Hay que acudir al ministro del Interior —dijo a Jacquet— y hacer que tu ministro le hable.

Jacquet se dirigió al Ministerio del Interior y solicitó una audiencia que le fue concedida, pero a quince días fecha. Jacquet era un hombre obstinado. Pasó de negociado en negociado y llegó hasta el secretario particular del ministro, al que hizo visitar por el secretario particular del ministro de Asuntos Exteriores. Gracias a estas altas protecciones, consiguió una audiencia furtiva para el día siguiente, a la que se presentó con una tarjeta de presentación del autócrata de los Asuntos Exteriores dirigido al bajá del Interior, y que en opinión de Jacquet le permitiría abordar el asunto directamente. Preparó razonamientos, respuestas perentorias, sofismas; pero todo fue en vano.

—Esto no me concierne —dijo el ministro—. Este asunto concierne al prefecto de policía. Por otra parte, no existe una ley que dé al marido la propiedad del cuerpo de su esposa, ni a los padres la de los cuerpos de sus hijos. ¡Esto es muy grave! Además, las consideraciones de utilidad pública exigen que no se proceda a la ligera. Esto podría perjudicar a los intereses de la ciudad de París. En fin, aunque el asunto dependiese directamente de mí, tampoco podría decidirme *hic et nunc*, necesitaría un informe.

El *informe* es en la administración actual lo que es el limbo en el Cristianismo. Jacquet conocía la manía de los informes y no esperó aquella ocasión para lamentarse por aquella ridiculez burocrática. Sabía que desde que la cosa pública se vio invadida por el informe, revolución administrativa que fue consumada en 1804, no había existido un solo ministro capaz de tener una opinión, de decidir el asunto más insignificante, sin que esta opinión o este asunto hubiesen sido aechados, cribados y expulgados por los emborronadores de papel, los chupatintas y las sublimes inteligencias de sus negociados.

Jacquet (hombre digno de tener a un Plutarco por biógrafo) reconoció que se había equivocado en la manera de llevar aquel asunto, haciendo lo imposible al haber querido proceder legalmente. Bastaba sencillamente, con trasladar los restos de *madame Jules* a una de las tierras de Desmarets y allí, bajo la complaciente autoridad de un alcalde pueblerino, satisfacer el dolor de su amigo. La legalidad constitucional y administrativa no puede parar nada; es un monstruo estéril para los pueblos, para los reyes y para los intereses particulares; pero los pueblos únicamente saben deletrear los principios escritos con sangre; en cambio, las desdichas de la legalidad serán siempre pacíficas, pues se limita a aplanar una nación.

Jacquet, hombre amigo de la libertad, regresó de la entrevista pensando en los beneficios de la arbitrariedad, pues el hombre sólo juzga las leyes a la luz de sus pasiones. Después, cuando se vio en presencia de Jules, se vio obligado a engañarlo, y el desgraciado, presa de una fiebre violenta, guardó cama durante dos días.

El ministro habló, aquella misma noche, durante un banquete ministerial, de la fantasía de un parisién, que quería quemar a su mujer al estilo de los romanos. Los círculos de París se ocuparon entonces por un momento de los funerales antiguos. Como las cosas antiguas estaban de moda, algunos opinaron que sería bonito restablecer la pira funeraria para los grandes personajes. Este parecer tuvo sus detractores y sus defensores. Unos decían que había un número excesivo de grandes hombres y que esta costumbre encarecería la leña de la calefacción; que dado un pueblo tan inconstante en sus gustos como el francés, sería ridículo ver cada trimestre un Longchamp de antepasados paseados por las calles en sus urnas. Y además, si las urnas tenían valor, había la probabilidad de encontrarlas en el rastro, llenas de venerables cenizas, donde las habrían llevado los acreedores, gente acostumbrada a no respetar nada. A esto, otros respondían diciendo que los antepasados estarían allí más seguros que en el Péro-Lachaise, pues tarde o temprano, la villa de París tendría que decretar una noche de San Bartolomé contra sus muertos, que ya invadían el campo y amenazaban con hacerse, un día, amos de las tierras de la Brie. Todo se limitó, en fin, a una de esas fútiles e ingeniosas controversias de París, que con demasiada frecuencia abren heridas muy profundas. Afortunadamente para Jules, él ignoró las conversaciones, las frases ingeniosas y los chistes que su dolor proporcionaba a París.

El prefecto de policía se sorprendió de que *monsieur* Jacquet hubiese acudido al ministro para evitar la lentitud y la prudencia policíacas. La exhumación de *madame* Jules era una cuestión policíaca, y por lo tanto, la administración de policía trataba de responder lo antes posible a la petición, pues bastaba una demanda para que la administración se hiciese cargo de un asunto; y una vez así sucedía, las cosas iban muy lejos. La administración puede elevar cualquier asunto hasta el consejo de Estado, otra máquina muy difícil de poner en movimiento.

Al segundo día, Jacquet hizo comprender a su amigo que debía renunciar a su proyecto; que, en una ciudad en que el número de lágrimas bordadas en los paños negros se halla sujeto a tarifa, en que las leyes admitían hasta siete clases de entierros, en que se vendía a peso de oro la tierra de los muertos, en que el dolor se explotaba y se retenía por partida doble, en que las plegarias de la Iglesia costaban caras, en que la parroquia intervenía para reclamar el precio de algunos hilillos de voz añadidos al *Dies irae*, todo cuanto se salía de los carriles administrativos señalados para el dolor, resultaba imposible.

—Esto hubiera sido —dijo Jules— uña alegría dentro de mi desgracia; había acariciado el proyecto de ir a morir lejos de aquí, y deseaba tener a Clémence entre mis brazos en la tumba. No sabía que la burocracia pudiese meter sus uñas incluso dentro de nuestros féretros.

Los dos amigos se dirigieron al cementerio. Una vez llegados a él, encontraron, como a la puerta de los espectáculos o en la entrada de los museos, o como en el patio de las diligencias, unos cicerones que se ofrecieron a guiarlos por el laberinto del

Père-Lachaise. Les era imposible saber donde yacía Clémence. ¡Terrible angustia!

Fueron a consultar al portero del cementerio. Los muertos tienen su portero y hay horas en que no están visibles. Habría que resolver de arriba abajo todas las ordenanzas municipales para obtener el derecho de venir a llorar de noche, en el silencio y la soledad, sobre la tumba donde reposan los restos de un ser amado. Hay horas de invierno y horas de verano.

De todos los porteros de París, el de Père-Lachaise es sin duda el más afortunado. En primer lugar, no tiene que tirar de ningún cordón; luego, en vez de una portería, dispone de toda una casa, de un establecimiento que no llega a ser un Ministerio, aunque tenga un gran número de administrados y numerosos empleados, aunque este gobernador de los muertos cobre un buen sueldo y disponga de un poder inmenso del que nadie puede quejarse, cometa o no arbitrariedades a su antojo. Su casa no es tampoco una empresa comercial, aunque disponga de oficinas, lleve una contabilidad, extienda recibos y calcule gastos y beneficios. Tal hombre no es portero, ni suizo ni conserje; la puerta que recibe a los muertos está siempre abierta de par en par; y aunque haya monumentos que conservar, tampoco es un conservador; se trata, en fin, de una anomalía indefinible, de una autoridad que participa de todo y que no es nada, una autoridad situada, como la muerte que la hace vivir, al margen de todo. Sin embargo, este hombre excepcional depende de la ciudad de París, ser quimérico como la nave que le sirve de emblema, criatura o ente de razón movido por mil patas raramente unánimes en sus movimientos, de manera que, sus empleados, son casi inamovibles. Este guarda de cementerio es, pues, el portero que ha llegado al estado de funcionario, insoluble por la disolución.

Sin embargo, su puesto no es una sinecura: no deja inhumar a nadie sin un permiso, debe presentar cuentas de sus muertos, indica en aquel vasto cenotafio los seis pies cuadrados donde los ciudadanos depositarán un día todo cuanto aman, todo cuanto odian, desde un amante a un primo. Sí, desde luego, todos los sentimientos de París terminan tras de aquella puerta, donde fórmanse administrativos. Este hombre lleva registros para enterrar a sus muertos, que se encuentran, simultáneamente, en sus tumbas y en sus listas. De él dependen celadores, jardineros, sepultureros, ayudantes. Es todo un personaje. Los llorosos parientes no le hablan, de momento. Sólo comparece en los casos graves: un muerto tomado por otro, un muerto asesinado, una exhumación, un difunto que renace. El busto del rey reinante preside su sala, y quizá guarda en un armario los antiguos bustos reales, imperiales y casi reales, en un armario que es una especie de pequeño Père-Lachaise para las revoluciones. Es un hombre público, en fin, un hombre excelente, buen padre y buen esposo, epitafio aparte, Pero... ¡cuántos sentimientos diversos han desfilado ante él bajo la forma de coche fúnebre; cuántas lágrimas ha visto, auténticas o falsas; cuanto dolor ha visto bajo tantas caras y sobre tantas caras; ha visto seis millones de dolores eternos! Para él, el dolor no es más que una lápida de once líneas de grosor y cuatro pies de alto por veintidós pulgadas de ancho. En cuanto a los *pésames*, son los gajes

de su oficio; no almuerza ni cena jamás sin enjugar la lluvia de una inconsolable aflicción. Es bueno y tierno para todos los demás afectos: es capaz de llorar por algún héroe de melodrama, por *monsieur* Germeuil, el del *Mesón de los Adrets*, el hombre de los pantalones color mantequilla clara, asesinado por Robert Macaire; pero tiene el corazón osificado cuando se trata de muertos auténticos. Los muertos son cifras para él; su profesión consiste en organizar la muerte. Y por último, tres veces por siglo se encuentra con una situación en que su papel se convierte en algo sublime, y entonces él es sublime en todo momento: en tiempos de peste.

Cuando Jacquet lo abordó, aquel monarca absoluto regresaba encolerizado.

—¡Había ordenado —gritaba— que se regasen las flores desde la rue Masséna hasta la plaza Regnaud-de-Saint-Jean-d'Angély! ¡Os habéis burlado de mí! ¡Voto a sanes, si a los parientes se les ocurre venir hoy que hace buen tiempo, la emprenderán conmigo; gritarán como energúmenos, dirán horrores de nosotros y nos calumniarán!

...

—Señor —le dijo Jacquet—, desearíamos saber dónde está enterrada *madame* Jules.

—¿*Madame* Jules, qué? —preguntó el imponente personaje—. En ocho días hemos tenido a tres *madame* Jules... ¡Ah! —exclamó, interrumpiéndose y mirando hacia la puerta—. Aquí está el cortejo del coronel de Maulincour; id a buscar el permiso... ¡Un entierro de primera, pardiez! —prosiguió—. Hace pocos días llegó el de su abuela. Hay familias en que parece que se produce una liquidación por fin de temporada. ¡Qué enclenques son estos parisienses!

—Caballero —le dijo Jacquet, dándole un golpecito en el brazo— la persona de quien os hable es *madame* Jules Desmarests, la esposa del agente de Cambio y Bolsa.

—¡Ah, ya lo sé! —replicó él, mirando a Jacquet—. ¿No era un entierro en el que había trece coches de luto, y un solo pariente en cada uno de los doce primeros? Fue algo tan raro, que nos sorprendió...

—¡Señor mío, tened cuidado! *Monsieur* Jules está aquí conmigo, puede oíros y lo que decís me parece algo inconveniente.

—Perdón, señor, tenéis razón. Disculpadme, os tomaba por herederos... Señor —prosiguió, consultando un plano del cementerio—, *madame* Jules está en la calle del Mariscal Lefevre, bloque número 4, entre *mademoiselle* Raucourt, de la Comedia Francesa, y *monsieur* Moreau-Malvin, un carnicero muy rico, para el que hemos encargado un panteón de mármol blanco, que verdaderamente será uno de los más hermosos de nuestro cementerio.

—Señor mío —dijo Jacquet, interrumpiendo al portero—, estamos como antes...

—Es verdad —respondió él, mirando a su alrededor—. ¡Jean! —gritó a un hombre que estaba cerca— acompañad a estos caballeros a la fosa de *madame* Jules, la esposa de un agente de Cambio y Bolsa. Ya sabéis, al lado de *mademoiselle* Raucourt, la tumba donde hay un busto.

Y los dos amigos partieron, acompañados por uno de los celadores, pero no

llegaron al camino escarpado que conducía a la avenida superior del cementerio sin haber rechazado más de veinte proposiciones que diversos contratistas de talleres de marmolistas, de cerrajeros y de escultura fueron a hacerles con una gracia melosa.

—Si el señor desea construir *algo*, podríamos hacérselo muy barato...

Jacquet se las arregló para evitar que su amigo escuchase aquellas palabras, muy dolorosas para un corazón sangrante, y así llegaron a aquel lugar de reposo eterno.

Al ver aquella tierra recién removida y en la que los albañiles habían hundido piquetes para señalar el sitio de los bloques de piedra necesarios al cerrajero para instalar la verja. Jules se apoyó en el hombro de Jacquet, incorporándose de vez en cuando para dirigir largas miradas a aquel rincón de tierra donde tenía que dejar los restos del ser por quien aún vivía.

—¡Qué mal está aquí! —dijo.

—Pero si no está aquí —le respondió Jacquet—; está en tu recuerdo. Anda, vamos, deja este odioso cementerio, donde los muertos están engalanados como las mujeres para ir al baile.

—¿Y si la sacásemos de aquí?

—¿Crees que es posible?

—Todo es posible —exclamó Jules—. Vendré aquí con ella —dijo, después de una pausa—. Hay sitio.

Jacquet consiguió apartarlo de aquel recinto, dividido como un tablero de ajedrez por verjas de bronce, por elegantes compartimientos que encerraban tumbas engalanadas con palmas, inscripciones, lágrimas, tan frías como la piedra que emplean los desolados parientes para esculpir su dolor y sus armas. Había frases afectuosas grabadas en negro, epigramas contra los curiosos, *concetti*, adioses espirituales, citas señaladas a las que sólo asistiría una persona, biografías altisonantes, adornos de oropel, andrajos, lentejuelas. Aquí tirsos, allá, hierros de lanza; más lejos, urnas egipcias; acullá, algunos cañones; por doquier, los emblemas de mil profesiones; todos los estilos, en fin: árabe, griego, gótico; frisos, óvalos, pinturas, urnas, genios, templos, infinidad de siemprevivas marchitas y de rosales muertos. ¡Es una infame comedia! Es aún todo París con sus calles, sus rótulos, sus industrias, sus hoteles; pero visto a través de unos gemelos invertidos: un París microscópico, reducido a las pequeñas dimensiones de las sombras, de las larvas de los muertos: un género humano al que sólo resta de grande su vanidad.

Después Jules distinguió a sus pies, en el valle alargado del Sena, entre los ribazos de Vaugirard y de Meudon entre los de Belleville y Montmartre, el verdadero París, envuelto en el velo azulado de su humareda, y al que la luz del sol volvía diáfano entonces. Abarcó con una mirada furtiva aquellas cuarenta mil casas y dijo, señalando el espacio comprendido entre la columna de la plaza Vendôme y la cúpula dorada de los Inválidos:

—Me ha sido arrebatada por la funesta curiosidad de esa gente que se agita y se empuja para empujarse y agitarse.

A cuatro leguas de allí, a orillas del Sena, en una modesta aldea asentada en la ladera de una de las colinas dependientes del largo cinturón montañoso, en el centro del cual se agita el gran París, como un niño en su cuna, tenía lugar una escena de muerte y de dolor, pero exenta de todas las pompas parisienses, sin acompañamiento de hachones ni de cirios, sin coches enlutados, sin rezos católicos, la muerte pura y simple. He aquí los hechos. El cuerpo de una joven encalló aquella mañana en el margen escarpado del río, entre el limo y los juncos del Sena. Unos obreros que iban a sacar arena la descubrieron al subir a su frágil embarcación.

—¡Toma! Nos hemos ganado cincuenta francos —dijo uno de ellos.

—Es verdad —dijo el otro.

Y se acercaron a la muerta.

—Es una joven muy hermosa.

—Vamos a hacer la declaración.

Y los dos obreros, después de cubrir el cadáver con sus chaquetas, fueron en busca del alcalde del pueblo, quien se sintió harto incomodado por tener que escribir la declaración, exigida por la ley, para casos parecidos.

La noticia del hecho se difundió con prontitud telegráfica, tal como sucede en los lugares donde las comunicaciones sociales no tienen ningún obstáculo, y donde las maledicencias, los chismes, las calumnias y los cuentos sociales, que son la comidilla de todos, no dejan lagunas de un hito al siguiente. Pero las personas que no tardaron en llegar a la alcaldía, sacaron al alcalde de su confusión, convirtiendo el atestado en una simple partida de defunción. Gracias a estas personas, el cadáver de la joven fue identificado como de *mademoiselle* Ida Gruget, corsetera, que vivía en la rue de la Corderie-du-Temple, número 14. Intervino la policía judicial; llegó la viuda Gruget, madre de la difunta, provista de la última carta de su hija. Mientras la madre gemía desconsoladamente, un médico certificó la muerte debida a asfixia por inmersión, y asunto concluido.

Una vez terminada la encuesta, concluido el atestado, las autoridades permitieron que se diese sepultura a la modistilla aquel mismo día, a las seis de la tarde. El cura del lugar se negó a recibirla en la iglesia y a rezar un responso por ella. Entonces Ida Gruget fue amortajada por una vieja campesina, colocada en un vulgar ataúd de tablas de pino, y transportada después al cementerio a hombros de cuatro mozos, seguida por algunas lugareñas furiosas, que se contaban los detalles de aquella muerte, comentándolos con una sorpresa a la que se mezclaba la conmiseración. La viuda Gruget fue caritativamente retenida por una vieja señora, que la impidió reunirse al triste acompañamiento de su hija.

Un hombre que cumplía una función triple, pues era campanero, bedel y sepulturero de la parroquia, cavó una fosa en el camposanto de la aldea, de muy reducidas dimensiones y situado a espaldas de la iglesia; una iglesia muy conocida, una iglesia clásica, adornada por un campanario cuadrado de techo puntiagudo recubierto de pizarra, sostenido exteriormente por angulosos arbotantes. Detrás del

ábside se encontraba el camposanto rodeado de paredes en ruinas y lleno de montículos; en él no había mármoles ni visitantes pero había, ciertamente, en cada surco, llantos y nostalgias verdaderas que no tuvo la pobre Ida Gruget, enterrada en un rincón, entre zarzas y hierbajos. Cuando el ataúd descendió a aquel camposanto tan poético por su simplicidad, el sepulturero no tardó en quedarse solo, cuando caía la noche. Mientras llenaba de tierra la fosa, descansaba de vez en cuando, para mirar el camino por encima del muro; con la mano apoyada en la azada, contempló el Sena, que le había traído aquel cuerpo.

—¡Pobrecilla! —exclamó un hombre que apareció de pronto.

—¡Me habéis asustado, señor! —dijo el sepulturero.

—¿Han dicho una misa por la que enterráis?

—No, señor. El señor cura no ha querido. Es la primera persona enterrada aquí que no es de la parroquia. Aquí todos nos conocemos. ¿Tal vez el señor?... ¡Toma, ya se ha ido!

Habían transcurrido algunos días cuando un hombre vestido de negro se presentó en casa de Jules y, sin mediar palabra, depositó en la habitación de su esposa una gran urna de pórfido, sobre la que Desmarets leyó estas palabras:

INVITA LEGE,
CONJUGI MOERENTI
FILIOLAE CINERES
RESTITUIT
AMICIS XII JUVANTIBUS,
MORIBUNDUS *PATER*.

—¡Qué hombre! —dijo Jules, sin poder contener el llanto.

Bastaron ocho días al agente de Cambio y Bolsa para dar cumplimiento a todas las últimas voluntades de su esposa, y para poner en orden sus asuntos; vendió su cartera al hermano de Martín Falleix y partió de París mientras la administración aún seguía discutiendo si era lícito que un ciudadano dispusiera del cuerpo de su esposa.

V

CONCLUSIÓN

¿Quién no ha encontrado en los bulevares de París, al doblar una esquina o bajo las arcadas del Palais-Royal, donde quiera que sea, en fin, que la casualidad quiera presentarlo, a un ser, hombre o mujer, cuyo aspecto provoca mil pensamientos confusos en el ánimo? Ante su aspecto, sentimos un súbito interés por unos rasgos cuya curiosa conformación denuncia una vida agitada, por el extraño conjunto que ofrecen gestos, corte, apostura, vestidos o por una mirada profunda, o por otros *no sé qué* que producen, repentinamente, una profunda impresión, sin que sepamos explicar bien la causa de nuestra emoción. Luego, al día siguiente, otros pensamientos, otras imágenes parisienses borran aquella turbación pasajera. Pero si volvemos a encontrar al mismo personaje, pasando a hora fija, como un empleado de la alcaldía que trabaja en ella durante ocho horas, o bien errando por los paseos, como esas personas que parecen ser muebles adquiridos para adornar las calles de París y que se encuentran en los lugares públicos, en los estrenos teatrales o en los restaurantes, de los que son su más bello adorno, entonces este ser se graba en nuestra memoria, permaneciendo en ella como el primer volumen de una novela cuyo fin ignoramos. Sentimos la tentación de interrogar a este desconocido y decirle: «¿Quién sois? ¿Por qué vagáis así? ¿Con qué derecho lleváis un cuello plisado, un bastón con puño de marfil, un chaleco pasado de moda? ¿Por qué lleváis esas antiparras azules de vidrios dobles?». O bien: «¿Por qué conserváis la corbata de los antiguos petrimetros?». Entre estos seres errantes los hay que pertenecen a la especie de los dioses Término; no dicen nada al alma, *están ahí*, eso es todo: ¿Por qué? Nadie lo sabe; son figuras como las que sirven de modelo a los escultores para las cuatro Estaciones, para el Comercio, para la Abundancia. Otros, antiguos abogados, viejos negociantes, generales retirados, van y vienen pero parecen siempre parados. Semejantes a árboles medio desarraigados a orillas de un río, nunca parecen formar parte del torrente de París ni de su multitud joven y activa. Es imposible saber si han olvidado enterrarlos y si han escapado de la tumba; han llegado a un estado de fosilización casi completa.

Uno de estos *Melmoths* parisienses había venido a mezclarse, desde hacía algunos días, con la población apacible y recoleta que, cuando el cielo está despejado, se instala infaliblemente en el espacio comprendido entre la verja sur del Luxemburgo y la verja norte del Observatorio, espacio desprovisto de género, espacio neutro en París. Allí, en efecto, París no existe, pero al propio tiempo, París aún existe. Este lugar tiene algo de plaza, de calle, de bulevar, de fortificación, de jardín, de avenida, de carretera, de provincia y de capital, todo a la vez; de todo ello hay, ciertamente, pero no es nada de todo eso: es un desierto. Alrededor de este lugar sin nombre, se

elevan la Inclusa, la Bourbe, el hospital Cochin, los Capuchinos, el hospicio de la Rochefoucauld, los Sordomudos, el hospital del Val-de-Grâce; todos los vicios y todas las desdichas de París, en fin, tienen allí su asilo; y, para que nada falte a aquel recinto filantrópico, allí la ciencia estudia las mareas y las longitudes; Chateaubriand colocó allí la enfermería de María Teresa, y los Carmelitas fundaron un convento. Las grandes situaciones de la vida están representadas por las campanas que tañen incesantemente en este desierto, por la madre que da a luz, por el niño que nace, por el vicio que sucumbe, por el obrero que muere, por la virgen que reza, por el anciano que tiene frío, y por el genio que se equivoca. Después, a dos pasos, está el cementerio del Montparnasse, que atrae, hora tras hora, los pobres entierros del arrabal de Saint-Marceau.

Esta explanada, desde la que se domina París, es terreno conquistado para los jugadores de bolos, viejas figuras grises, llenas de bondad, buenas gentes que continúan la tradición de nuestros antepasados, y cuyas fisonomías sólo pueden compararse con las de su público, con la galería móvil que los sigue. El hombre, que se había convertido desde hacía unos días en habitante de aquel barrio desierto, asistía asiduamente a las partidas de bochas, y hubiera podido muy bien pasar por el ser más llamativo de aquellos grupos que, si fuese permitido asimilar los parisienses a los distintos órdenes de la zoología, pertenecerían al género de los moluscos. El recién llegado seguía con simpatía el *cochinillo*, bolita que sirve de punto de mira y que presta interés a la partida; se apoyaba en un árbol cuando el *cochinillo* se paraba y después, con la misma atención con que un perro sigue los gestos de su amo, miraba volar las bolas por el aire o rodar por el suelo. Se le hubiera tomado por el genio fantástico del *cochinillo*. No decía nada y los jugadores de bolos, que son los hombres más fanáticos que existen entre los sectarios de cualquier religión, no le preguntaron jamás las razones de aquel silencio obstinado; solamente algunos valientes lo creían sordomudo. En las ocasiones en que había que determinar las diferentes distancias existentes entre las bolas y el *cochinillo*, el bastón del desconocido se convertía en la medida infalible y los jugadores iban entonces a buscarlo a las manos heladas de aquel anciano, sin pronunciar una sola palabra para pedirselo, sin hacerle siquiera un signo de amistad. La acción de prestar su bastón era como una servidumbre a la que había consentido negativamente.

Cuando se producía un chaparrón, permanecía al lado del *cochinillo*, esclavo de las bolas, guardián de la partida comenzada. La lluvia no le sorprendía más que el buen tiempo, y era, como los jugadores, una especie intermedia entre el parisién dotado de menor inteligencia y el animal más inteligente. Además, pálido y ajado, descuidado en su apariencia personal, distraído, iba, a menudo, descubierto, mostrando sus cabellos canosos y su cráneo cuadrado, amarillento, medio calvo, semejante a las rodillas que horada el pantalón de un pobre. Permanecía boquiabierto, con una mirada inexpresiva, andando con paso vacilante; no sonreía nunca, no alzaba jamás los ojos al cielo y los tenía habitualmente bajos, como si buscara algo en el

suelo. A las cuatro, venía una vieja a buscarlo para llevárselo nadie sabe dónde, arrastrándolo por el brazo, como una moza campesina que arrastrara una cabra caprichosa, que aún quisiera ramonear cuando era hora de volver al establo. En aquel viejo, había algo horrible de ver.

Una tarde, Jules, solo en una calesa de viaje que avanzaba rápidamente por la rue de l'Est, desembocó en la explanada del Observatorio en el momento en que, aquel viejo, recostado en un árbol, se dejaba arrebatarse el bastón en medio de las vociferaciones de algunos jugadores pacíficamente irritados. Jules, creyendo reconocer aquella figura, quiso detenerse y en aquel preciso instante el coche se detuvo. El postillón, en efecto, al hallar el paso obstruido por unas carretas, no quiso pedírselo a los soliviantados jugadores de bolos: tenía demasiado respeto por las revueltas.

—¡Es él! —dijo Jules, al descubrir finalmente en aquella ruina humana a Ferragus XXIII, jefe de los Devoradores—. ¡Cómo la amaba! —añadió después de una pausa—. ¡Continuad, postillón! —exclamó.

París, febrero de 1833.

Ferragus, jefe de los Devoradores, es el primer episodio de la *Historia de los Trece*. Esta narración se publicó por primera vez, en 1834, en el tomo II de las *Escenas de la vida parisién*, figurando, en 1845, en el tomo IX de la *Comedia Humana*.

NOTA DE LA PRIMERA EDICION DE FERRAGUS, JEFE DE LOS DEVORADORES

Esta aventura en la que se apretujan numerosas fisonomías parisienses y en cuya narración las digresiones eran, en cierto modo, el tema principal para el autor, muestra la fría y poderosa figura del único personaje que, en la gran asociación de los Trece, sucumbió bajo la mano de la justicia, durante el duelo empeñado en secreto por estos hombres con la Sociedad.

Si el autor ha conseguido pintar París en algunas de sus caras, recorriéndolo a todo lo alto y todo lo ancho; yendo del suburbio de Saint-Germain al Marais; de la calle al tocador; del hotel a la buhardilla; de la prostituta al tipo de mujer que encontró su amor en el matrimonio, y del agitarse de la vida al reposo de la muerte, quizá tendrá valor para continuar esta empresa y acabarla ofreciendo otras dos historias, que revelan las aventuras de dos nuevos Treces.

La segunda tendrá por título: *No toquéis el hacha* y la tercera: *La mujer de los ojos rojos*^[2].

Estos tres episodios de la *Historia de los Trece* son los únicos que el autor puede publicar. En cuanto a los demás dramas de esta historia, tan pródiga en ellos, pueden contarse entre las once y la medianoche, pero es imposible escribirlos.

Abril de 1833.



HISTORIA DE LOS TRECE
2.-La duquesa de Langeais



LA DUQUESA DE LANGEAIS

(NO TOQUÉIS EL HACHA)

I

LA HERMANA TERESA

Existe, en una población española situada en una isla del Mediterráneo, un convento de Carmelitas Descalzas en el que la Regla de la Orden, instituida por Santa Teresa, se conserva en el rigor primitivo de la reforma introducida por aquella hembra ilustre. Este hecho es cierto, por extraordinario que pueda parecer, aunque casi todas las casas religiosas de la península y las del continente hayan sido destruidas o afectadas por los estallidos de la Revolución Francesa y de las guerras napoleónicas. Pero esta isla, estuvo constantemente protegida por la Marina inglesa, su rico convento y sus apacibles habitantes se hallaron a salvo de los trastornos y las expoliaciones generales. Las tempestades de todo género que agitaron los quince primeros años del siglo XIX se deshicieron al chocar contra esta roca, poco distante de las costas de Andalucía. Si bien el nombre del Emperador llegó a susurrarse incluso en estas playas, es dudoso que su fantástico cortejo de gloria y la llameante majestad de su vida meteórica fuesen comprendidos por las santas doncellas arrodilladas en aquel claustro.

Una rigidez conventual que nada había alterado, recomendaba aquel asilo a todas las conciencias del mundo católico. Asimismo, la pureza de su regla atraía a él, desde los puntos más alejados de Europa, a tristes mujeres cuya alma, después de haber renunciado a todo vínculo humano, suspiraba después de aquel largo suicidio realizado en el seno de Dios.

Por otra parte, no había ningún convento que fuese más favorable para el total desapego de las cosas de este mundo que exige la vida religiosa. Sin embargo, en el continente pueden verse gran número de estas mansiones, magníficamente construidas, de acuerdo con su destino. Algunas están enterradas en el fondo de los valles más solitarios; otras están suspendidas en lo alto de las montañas más escarpadas, o se asoman al borde de los precipicios; el hombre ha buscado por doquier la poesía del infinito, el solemne horror del silencio; por doquier ha querido ponerse cerca de Dios: lo ha buscado en las cumbres, en el fondo de los abismos, al borde de los acantilados, y en todas partes lo ha encontrado. Pero en parte alguna

como en aquel peñasco, medio europeo, medio africano, podían encontrarse tantas armonías distintas que concurriesen a elevar de tal modo el alma, a igualar sus impresiones más dolorosas, a entibiar las más vivas, a abrir un profundo lecho a las penas de la vida.

Este monasterio fue construido en la extremidad de la isla, en el punto culminante del peñasco, que, por un efecto de la gran revolución del globo, está cortado limpiamente por el lado del mar, en el que presenta, por todos sus puntos, las aristas vivas de sus rocas planas, ligeramente corroídas al nivel del agua, pero infranqueables. El peñasco está protegido de cualquier incursión por peligrosos escollos, que se prolongan a lo lejos, entre los que cabrillean las brillantes ondas del Mediterráneo. Por lo tanto, hay que situarse en el mar para distinguir los cuatro cuerpos de la edificación cuadrada, cuya forma, altura y aberturas fueron minuciosamente prescritas por las leyes monásticas. Hacia el lado de la población, la iglesia oculta por completo las sólidas construcciones del claustro, cuya techumbre está cubierta de grandes losas que la hacen invulnerable a las ráfagas de viento, a las tempestades y a la acción del sol.

La iglesia, debida a la munificencia de una familia española, corona la población. La fachada, atrevida, elegante, presta una fisonomía grandiosa y bella a la pequeña ciudad marítima. ¿No es un espectáculo que participa de todas las sublimidades terrestres el aspecto que ofrece una villa, cuyos tejados apiñados, dispuestos casi todos en anfiteatro ante un lindo puerto, están dominados por un magnífico portal con un triglifo gótico, con campaniles, con torres menudas, de agujas recortadas? ¡La religión dominando la vida, ofreciendo sin cesar al hombre el fin y los medios, imagen bien española, en verdad! Poned este paisaje en medio del Mediterráneo, bajo un cielo ardiente; acompañadlo por unas palmeras, con numerosos árboles desmedrados, pero vivaces, que mezclan sus verdes frondas agitadas con el follaje esculpido de la arquitectura inmóvil; ved las franjas del mar, blanqueando los arrecifes y contrastando con el azul zafiro de las aguas; admirad las galerías, las terrazas edificadas en lo alto de cada casa y a las que los habitantes salen a respirar el aire del atardecer entre las flores, bajo las copas de los árboles de sus jardincitos. Después, en el puerto, unas cuantas velas. Y por último, en medio de la serenidad de una noche que comienza, escuchad la música de los órganos, el canto de vísperas y los sonidos admirables de las campanas en pleno mar. Ruido y calma por doquier, pero más frecuentemente sólo calma.

Interiormente, la iglesia estaba dividida en tres naves sombrías y misteriosas. Como sin duda la furia del viento impidió al arquitecto construir a los lados esos arbotantes que adornan casi todas las catedrales, y entre los que se colocan capillas, los muros que flanqueaban las dos navecillas y sostenían la nave principal no derramaban ninguna luz al interior. Aquellas fuertes murallas ofrecían al exterior la fisonomía de sus masas grisáceas, apoyadas, de trecho en trecho, en enormes contrafuertes. La gran nave y sus dos pequeñas galerías laterales, estaban únicamente

iluminadas, pues, por el rosetón de vitrales coloreados, colocado con arte milagroso encima del portal, y cuya situación favorable había permitido desplegar el lujo de los encajes pétreos y las bellezas particulares del orden impropriamente llamado gótico. La mayor parte de aquellas tres naves estaban a disposición de los habitantes de la villa, que iban al templo para oír la misa y oficios divinos.

Ante el coro se alzaba una verja, detrás de la cual colgaba una cortina parda de numerosos pliegues, ligeramente entreabierta por el medio, a fin de dejar ver únicamente al celebrante y el altar. La verja estaba separada, a intervalos iguales, por pilares que sostenían una tribuna interior y los órganos. Esta construcción, que armonizaba con los ornamentos de la iglesia, reproducía exteriormente, y en madera tallada, las columnitas de las galerías, sostenidas por los pilares de la nave principal. Así, pues, le hubiera sido imposible, a un curioso lo bastante atrevido para encaramarse a la estrecha balaustrada de dichas galerías, ver algo más, en el coro, que las largas ventanas octogonales y coloreadas que se elevaban por lienzos iguales alrededor del altar mayor.

Durante la expedición francesa a España, para restablecer la autoridad del rey Fernando VII, y después de la toma de Cádiz, un general francés que llegó a esta isla para conseguir el reconocimiento del Gobierno Real, prolongó su estancia con objeto de ver dicho convento, y halló el medio de introducirse en él.

La empresa era ciertamente delicada. Pero un hombre apasionado, un hombre cuya vida no fue más que una serie de poesías en acción, por así decirlo, y que siempre había hecho novelas en vez de escribirlas, un hombre ante todo dinámico, había de verse tentado por algo que en apariencia parecía imposible. ¡Hacerse abrir legalmente las puertas de un convento de clausura! Era muy difícil que el Papa o el arzobispo metropolitano lo hubiesen permitido. ¡Emplear la astucia o la fuerza! ¿Si alguien cometía una indiscreción, no sería esto perder su graduación, su ascendiente militar y fallar su objetivo? El duque de Angulema aún estaba en España, y, entre todas las faltas que pudiese cometer impunemente un hombre querido por el generalísimo, solamente ésta no hubiera merecido su disculpa.

El general en cuestión había solicitado aquella misión a fin de satisfacer una secreta curiosidad, aunque nunca hubo curiosidad más desesperada. Pero esta última tentativa era un caso de conciencia. La morada de aquellas religiosas carmelitas era el único convento español que se había hurtado a sus pesquisas. Durante la travesía, que no duró ni una hora, surgió en su alma un presentimiento favorable a sus esperanzas. Después, a pesar de no haber visto más que los muros del convento, de no haber distinguido siquiera los hábitos de aquellas religiosas y de haber escuchado únicamente los cantos de la liturgia, encontró al pie de aquellos muros y en aquellos cantos ligeros indicios que justificaban su endeble esperanza. Por ligeras que fuesen aquellas sospechas despertadas de manera tan curiosa, jamás pasión humana mostró un interés más violento que la curiosidad que sentía entonces el general. Mas para el corazón no hay acontecimientos pequeños: todo lo engrandece y pone en las mismas

balanzas la caída de un imperio de catorce años y la caída de un guante femenino, y casi siempre el guante pesa más que el imperio. Pero vamos a exponer los hechos en toda su simplicidad positiva. Después de los hechos vendrán las emociones.

Una hora después de la arribada del general al islote, la autoridad real quedó restablecida en el peñasco. Algunos españoles constitucionales, que se recogieron allí de noche, después de la toma de Cádiz, se embarcaron en un navío que el general les permitió fletar para irse a Londres. Así, pues, no hubo allí resistencia ni reacción.

Esta pequeña restauración insular fue seguida de una misa, a la que debieron asistir las dos compañías que participaron en la expedición. Al no conocer el rigor de la clausura en la Orden de las Carmelitas Descalzas, el general esperaba poder obtener algunos informes, en la iglesia, acerca de las religiosas encerradas en el convento, una de las cuales quizá le era más cara que la propia vida y más preciosa que el honor. De momento, sus esperanzas se vieron cruelmente burladas.

La misa, justo es decirlo, se celebró con pompa. Con motivo de la solemnidad, las cortinas que solían ocultar el coro se descorrieron, dejando ver su riqueza, los retablos preciosos y los relicarios adornados de pedrería, cuyo esplendor hacía palidecer el de los numerosos ex votos de oro y plata colgados por los marinos de aquel puerto en las columnas de la nave principal. Todas las religiosas se habían refugiado en la tribuna del órgano.

Sin embargo, pese a este primer fracaso, durante la misa de acción de gracias se desarrolló extensamente el drama secreto más interesante que nunca haya hecho latir el corazón de un hombre. La hermana que tocaba el órgano despertó un entusiasmo tan vivo, que ninguno de los militares lamentó haber asistido al oficio. Incluso los propios soldados se deleitaron escuchándolo y todos los oficiales se hallaban complacidos. En cuanto al general, permaneció tranquilo y frío en apariencia. Las sensaciones que le produjeron las distintas piezas ejecutadas por la religiosa pertenecen a ese reducido número de cosas que resulta imposible expresar de palabra y la hacen impotente pero que, semejantes a la muerte, a Dios y a la eternidad, sólo pueden apreciarse en el leve punto de contacto que tienen con los hombres.

Por una singular casualidad, la música interpretada por el órgano parecía pertenecer a la escuela de Rossini, el compositor que ha infundido mayor pasión humana en el arte musical y cuyas obras inspirarán algún día, tanto por su número como por su extensión, un respeto homérico. Entre las partituras debidas a este genio maravilloso, la religiosa parecía haber estudiado más particularmente la del *Moisés*, sin duda porque en ella el sentimiento de la música sacra se halla expresado en el grado más alto. Quizás aquellos dos espíritus, uno tan gloriosamente europeo, el otro desconocido, se encontraron en la intuición de una misma poesía.

Esta opinión era la que compartían dos oficiales, verdaderos diletantes, que en España echaban, sin duda, de menos el teatro Favart. En fin, al llegar al *Te Deum*, fue imposible no reconocer un alma francesa en el carácter que la música adquirió de pronto. El triunfo de su cristianísima majestad despertaba evidentemente la más viva

alegría en el fondo del corazón de aquella monja. Sí, desde luego, era francesa. El sentimiento de la patria no tardó en estallar, en elevarse como un haz luminoso en una réplica del órgano, en la que la religiosa introdujo unos motivos que transpiraban toda la delicadeza de un gusto parisién, y a los que se mezclaron vagamente los motivos de nuestras tonadas nacionales más bellas. Unas manos españolas no hubieran podido infundir, a aquel gracioso homenaje hecho a las armas victoriosas, el calor que terminó de revelar el origen de la organista.

—¿Está Francia en todas partes? —dijo un soldado.

El general salió durante el *Te Deum*, pues le era imposible escucharlo. La interpretación de la organista le reveló a una mujer amada con embriaguez y que se enterró tan profundamente en el seno de la religión, para hurtarse con tanto cuidado a las miradas del mundo, que hasta entonces había logrado escapar a las obstinadas pesquisas, hábilmente realizadas, por hombres que disponían de gran poder y de inteligencia superior.

La sospecha que se había despertado en el corazón del general quedó casi confirmada al recordar vagamente una tonadilla de deliciosa melancolía, la música de *Aguas del Tajo*, romanza francesa, cuyo preludio había oído interpretar a menudo en un gabinete de París por la persona que amaba y que aquella religiosa acababa de utilizar entonces para expresar, en medio del júbilo de los triunfadores, la nostalgia de una desterrada. ¡Terrible sensación! ¡Esperar la resurrección de un amor perdido, reencontrarlo en lo imposible, entreverlo misteriosamente, después de cinco años durante los cuales la pasión se irritó en el vacío y se engrandeció a causa de la inutilidad de las tentativas hechas para satisfacerla!

¿Quién es el que, durante su vida, al menos una vez, no ha revuelto toda la casa, todos sus papeles, toda su morada, no ha rebuscado en su memoria con impaciencia, tras la pista del objeto precioso, para experimentar el placer inefable de encontrarlo, después de un día o dos consumidos en inútiles indagaciones; después de haber esperado, desesperando hallarlo; después de haberse entregado a la más viva irritación por esa importante nadería que casi motivaba una pasión? Pues bien: extienda el lector esta especie de rabia durante cinco años; ponga una mujer, un corazón, un amor en el lugar de esa nadería; traslade la pasión a las regiones más elevadas del sentimiento; suponga después que hay un hombre ardiente, un hombre de corazón y de rostro de león, unos de esos hombres provistos de melena que imponen y comunican a quienes los miran un respetuoso terror. Y quizá comprenderá entonces la brusca salida del general durante el *Te Deum*, en el momento en que, bajo la nave de aquella iglesia mediterránea, vibró el preludio de una romanza que antes había escuchado con deleite bajo el techo de una suntuosa morada.

Descendió por la calle empinada que conducía a la iglesia, y sólo se detuvo cuando las notas graves del órgano ya no llegaron a sus oídos.

Incapaz de pensar en otra cosa que no fuese su amor, cuya erupción volcánica le quemaba el corazón, el general francés sólo se dio cuenta de que el oficio había

terminado cuando vio descender en oleadas a los fieles españoles. Sentía que su conducta podía parecer ridícula, y volvió a ocupar su puesto a la cabeza del cortejo, diciendo al alcalde y al gobernador de la plaza que una súbita indisposición le había obligado a ir a tomar el aire. Luego, a fin de poder quedarse en la isla, trató súbitamente de sacar partido de este pretexto, que de momento vio con despreocupación. Pretextando un empeoramiento de su malestar, se negó a presidir el banquete ofrecido por las autoridades insulares a los oficiales franceses; se metió en cama e hizo escribir al Mayor general para anunciarle la enfermedad pasajera que le obligaba a poner el mando de las tropas en manos de un coronel. Esta estratagema tan vulgar, pero tan natural, lo dejó completamente libre de cuidados durante el tiempo necesario para la realización de sus proyectos. Como hombre esencialmente católico y monárquico, se informó de las horas de los servicios religiosos y mostró el mayor apego a aquellas prácticas, muestra de piedad que en España no había de sorprender a nadie.

A la mañana siguiente, durante la partida de sus soldados, el general se dirigió al convento para asistir a las vísperas. Encontró la iglesia desierta, pues los habitantes de la villa, pese a su devoción, se habían ido al puerto para presenciar el embarque de las tropas. El francés, contento de encontrarse solo en el templo, hizo resonar las bóvedas con el eco de sus espuelas; anduvo ruidosamente, tosió, habló solo en voz alta para que las religiosas supiesen, y en especial la organista, que aunque los franceses se iban, uno se había quedado. ¿Fue oído y comprendido este aviso singular?... El general así lo creyó. Al llegar al *Magnificat*, el órgano pareció darle una respuesta que le fue transmitida por las vibraciones del aire. El alma de la religiosa voló hacia él sobre las alas de sus notas, y el pulsar de las notas le emocionó. La música estalló en todo su poder: hubiérase dicho que infundía calor a la iglesia. Aquel canto de júbilo, consagrado por la sublime liturgia de la cristiandad romana, para expresar la exaltación del alma en presencia de los esplendores divinos, de un Dios siempre vivo, se convirtió en la expresión de un corazón casi temeroso de su felicidad, en presencia de los esplendores del amor percedero que aún duraba y lo agitaba más allá de la tumba religiosa donde se enterraban las mujeres para renacer como esposas de Cristo.

Ciertamente, el órgano es el más grande, el más audaz, el más magnífico entre los instrumentos creados por el genio humano. Es una orquesta entera, con la que, manos hábiles, pueden pedir todo y expresar todo. ¿No es, en cierto modo, pedestal sobre el que el alma posa para lanzarse a los espacios, para luego, en su vuelo, intentar descubrir mil cuadros, pintar la vida, recorrer el infinito que separa el cielo de la tierra? Cuanto más escucha un poeta sus gigantescas armonías, mejor concibe que entre los hombres arrodillados y el Dios oculto por los rayos cegadores del santuario, solamente las cien voces de aquel coro terrestre pueden colmar las distancias, y son el único intermediario lo bastante fuerte para transmitir al Cielo las plegarias humanas en la omnipotencia de sus modos, en la diversidad de sus sentimientos, con los tintes

de sus éxtasis mediatubundos, con los chorros impetuosos de su arrepentimiento y las mil fantasías de sus afirmaciones. Sí, bajo aquellas largas bóvedas, las melodías engendradas por el hálito de lo santo hallan grandezas inauditas, con las que se adornan y robustecen. Allí, la luz mortecina, el profundo silencio, los cantos que alternan con el tronar del órgano, rodean a Dios como de un velo, a través del cual irradian sus luminosos atributos.

Aquellas sagradas riquezas parecían como un grano de incienso sobre el frágil altar del amor, frente al trono eterno de Dios, celoso y vengador. Efectivamente, la alegría de la religiosa no tenía aquel carácter de grandeza y gravedad que debe armonizar con las solemnidades del *Magnificat*: ella le infundió ricos y graciosos arabescos, cuyos diferentes ritmos acusaban humana alegría. Sus motivos tenían la luminosidad de los arpegios de una soprano en un paseo de amor, y sus cantos brincaban como el pájaro junto a su compañera.

Después, poco a poco, avanzó, a saltos, hacia el pasado, para retozar en él, para llorar también. Su estilo cambiante tenía algo de desordenado, como la agitación de la mujer dichosa por el retorno de su amante. Luego, tras las ágiles fugas del delirio y los efectos maravillosos de aquel fantástico reconocimiento, el alma, que así hablaba, volvió sobre sí misma. La organista, pasando del tono mayor al menor, supo comunicar a su auditor su situación presente. De pronto, se puso a referirle sus largas melancolías y le pintó su lenta enfermedad moral. Había adormecido diariamente un sentido, había matado cada noche un pensamiento, reduciendo poco a poco su corazón a cenizas.

Tras suaves ondulaciones, su música adquirió, avanzando los compases, una tristeza profunda. Las notas no tardaron en derramar las penas a torrentes. Por último, de súbito, altas notas hicieron estallar un concierto de voces angélicas, como para anunciar al amante perdido, pero no olvidado, que la reunión de las dos almas sólo se efectuaría en los cielos. ¡Conmovedora esperanza! Luego vino el *Amén*. Nada entonces de alegría ni de lágrimas en los aires; ni melancolías ni añoranza; el *Amén* fue un retorno a Dios; aquel último acorde fue grave, solemne, terrible. La organista vistió sus negros crespones de religiosa, y, tras los últimos fragores de los bajos, que hicieron estremecer al auditorio hasta la misma raíz de los cabellos, pareció hundirse nuevamente en la tumba de la que había salido por un momento. Cuando cesaron, gradualmente, las vibraciones oscilatorias que agitaban el aire, hubiérase dicho que la iglesia, hasta entonces luminosa, se sumía nuevamente en una profunda oscuridad.

El general se vio arrastrado rápidamente por el torbellino de aquel genio vigoroso, y lo siguió a las regiones que acababa de recorrer. Comprendía, en toda su extensión, las imágenes que expresaba aquella ardiente sinfonía y, para él, aquellos acordes iban muy lejos. Tanto para él como para la hermana, aquel poema era el futuro, el presente y el pasado.

La música, incluso la del teatro, es un texto que las almas tiernas y poéticas, los corazones dolientes y heridos, interpretan de acuerdo con sus recuerdos. Si hace falta

un corazón de poeta para hacer un músico, ¿no hace falta poesía y amor para escuchar y comprender las grandes obras musicales? La religión, el amor y la música son la triple expresión de un mismo hecho, la necesidad de expansión que siente toda alma noble. Las tres van derechas a Dios, que es el fin de todas las emociones terrestres. Así, esta santa trinidad humana participa de las grandezas infinitas de Dios, al que siempre imaginamos rodeado por los ardores del amor, los sistros de oro de la música, circundado de luz y armonía. ¿No es, al cabo, principio y fin de nuestras obras?

El francés adivinó que, en aquel desierto, sobre aquel peñasco rodeado por el mar, la religiosa se había refugiado en la música para expresar, mediante ella, el exceso de pasión que la devoraba. ¿Era un homenaje al Dios que amaba? ¿Era el triunfo del amor sobre Dios? Cuestiones difíciles a resolver. Pero el general, ciertamente, no pudo dudar de que volvía a hallar, en aquel corazón muerto al mundo, una pasión tan ardiente como la suya.

Terminadas las vísperas, volvió a casa del alcalde, donde se hospedaba. Preso de momento de los infinitos goces que prodiga una satisfacción largo tiempo esperada, trabajosamente buscada, no vio más allá. Ella aún le amaba. La soledad había engrandecido el amor en aquel corazón, del mismo modo como el amor había crecido en el suyo, a causa de las barreras levantadas por aquella mujer ante él, y que él había franqueado sucesivamente. Aquella expansión del alma tuvo su natural duración. Vino después el deseo de ver nuevamente a aquella mujer, de disputársela a Dios, de arrebatársela: proyecto temerario que agradó a aquel hombre audaz.

Después de comer, se acostó para evitar preguntas, para estar solo, para poder pensar sin embarazo y permaneció sumido en las más profundas meditaciones hasta la mañana siguiente. Sólo se levantó para ir a misa. Entró en la iglesia y se colocó cerca de la verja; tocaba la cortina con la frente; hubiera querido desgarrarla, pero no estaba solo: su anfitrión le había acompañado por cortesía y la menor imprudencia podía comprometer el futuro de su pasión, echando a rodar sus nuevas esperanzas.

El órgano se dejó oír, pero no lo tocaban las mismas manos: la organista de los dos días anteriores ya no pulsaba las teclas. La música resultó pálida y fría. ¿Estaba su amante abrumada por las mismas emociones que casi hacían sucumbir a un vigoroso corazón de hombre? ¿Había compartido de manera tan perfecta, había comprendido tan bien un amor fiel y deseado, que moría de amor, tendida en el lecho de su celda?

En el momento en que mil reflexiones como éstas despertaban en el espíritu del francés, oyó resonar, cerca de donde estaba, la voz de la persona adorada y reconoció su timbre claro. Aquella voz, ligeramente alterada por un temblor que le infundía todas las gracias que presta a las jóvenes su púdica timidez, dominaba el grueso del canto, como la de una *prima donna* sobre la armonía de un final. Causaba al alma el efecto que produce a los ojos un hilo de plata o de oro en un friso oscuro. ¡Sí, era ella! Siempre parisién, no se había despojado de su coquetería, aunque hubiese

abandonado las galas mundanas por la toca y el burdo sayal de las carmelitas. Después de haber expresado y rubricado su amor la víspera, en medio de las alabanzas dirigidas al Señor, parecía decir a su amante: «Sí, soy yo, estoy aquí y sigo amándote; pero estoy a salvo del amor. Tú me oirás, mi alma te envolverá, mas yo permaneceré bajo el pardo sudario de este coro, del que ningún poder podrá arrancarme. No me verás».

«¡Sí, es ella!», se dijo el general, alzando la frente, separándola de sus manos, en las que la había apoyado, pues le fue imposible soportar la abrumadora emoción que se alzó, como un torbellino, en su alma cuando aquella voz conocida vibró bajo la bóveda cintrada, acompañada por el rumor de las olas.

La tempestad se debatía en el exterior y la calma triunfaba en el interior del santuario. Aquella voz, tan cálida, continuaba desplegando toda su dulzura, cayendo como un bálsamo sobre el corazón abrasado del amante, floreciendo en el aire, que él deseaba aspirar para recoger las emanaciones de un alma que exhalaba amor al unísono con las palabras del salmo.

El alcalde fue a reunirse con su invitado y le vio llorar durante la elevación, que fue cantada por la religiosa. Luego lo acompañó a su casa. Sorprendido de hallar tanta devoción en un militar francés, el alcalde invitó a cenar al confesor del convento y así se lo comunicó al general, al que ninguna noticia produjo jamás mayor alegría. Durante la cena, el confesor fue objeto de las mayores atenciones por parte del francés, cuyo respeto interesado confirmó la alta opinión que los españoles se habían formado de su piedad. Preguntó, con tono grave, cuál era el número de religiosas que vivían en el convento, detalles sobre los ingresos de la comunidad y sobre su marcha, como si deseara hablar al buen sacerdote, por pura cortesía, de las cosas que a éste más debían interesarle. Después se informó sobre la vida que llevaban aquellas santas mujeres. ¿Podían salir? ¿Se las podía visitar?

—Señor —dijo el venerable eclesiástico—, la Regla es severa. Si para que una mujer entre en una casa de la Orden de San Bruno hace falta un permiso especial de nuestro Santo Padre, en este caso existe el mismo rigor. Es imposible que un hombre penetre en un convento de carmelitas descalzas, a menos que sea sacerdote y haya sido destinado por el arzobispo al servicio de la casa. Ninguna religiosa sale de ella. Sin embargo, la gran Santa (la Madre Teresa de Jesús) salía a menudo de su celda. Solamente el visitador o las madres superiores puede permitir a una religiosa, contando con la autorización del arzobispo, que vea a extraños, especialmente en caso de enfermedad. Somos casa constituida y, por lo tanto, tenemos una madre superiora en el convento. Entre otras extranjeras, hay en él una francesa, la hermana Teresa, que dirige la música de la capilla.

—¡Ah! —repuso el general fingiendo sorpresa—. Debe de haberme puesto muy contenta con el triunfo de las armas de la Casa de Borbón, ¿no es verdad?

—Les dije cuál era el objeto de la misa; esas monjitas son siempre un poco curiosas.

—Pero la hermana Teresa puede tener intereses en Francia... ¿Y si quisiera enviar algún recado o pedir noticias?

—No lo creo. Se hubiera dirigido a mí para pedírmelo.

—En mi calidad de compatriota suyo —dijo el general— siento gran curiosidad por verla... Si esto fuese posible, si la superiora diese su consentimiento, si...

—A la reja, e incluso en presencia de la reverenda madre, una entrevista sería imposible para quienquiera que fuese; pero en atención a un libertador del trono católico y de la santa religión, pese a la rigidez de la madre superiora, la Regla puede dormir un momento —dijo el confesor haciendo un guiño—. Me ocuparé de ello.

—¿Qué edad tiene la hermana Teresa? —preguntó el amante, sin atreverse a interrogar al sacerdote acerca de la belleza de la monja.

—Ya no tiene edad —respondió el santo varón con una simplicidad que hizo estremecer al general.

A la mañana siguiente, antes de la siesta, el confesor vino para anunciar al francés que la hermana Teresa y la madre superiora consentían en recibirle a la reja del locutorio, antes de la hora de vísperas.

Después de la siesta, durante la cual el militar francés mató el tiempo yendo a pasear por el puerto, bajo el agobiante calor del mediodía, el confesor volvió en su busca y le acompañó al convento; le hizo pasar por una galería que bordeaba el camposanto y en la que unas fuentes, numerosos árboles verdes y múltiples arcadas mantenían un frescor en armonía con el silencio del paraje. Llegado al fondo de esta galería, el sacerdote hizo entrar a su compañero en una sala dividida en dos partes por una reja recubierta de una cortina parda.

En la parte, en cierto modo pública, donde el confesor dejó al general, había un largo banco de madera adosado a la pared; cerca de la verja estaban colocadas algunas sillas, también de madera. El techo estaba formado por vigas salientes de roble verde y sin el menor adorno. La luz sólo penetraba en aquella sala por dos ventanas situadas en la parte que afectaba a las religiosas, de manera que la luz, mal reflejada por una madera de tonalidades pardas, apenas bastaba para iluminar el gran Cristo negro, el retrato de Santa Teresa y un cuadro de la Virgen, que decoraban las grises paredes del locutorio. Los sentimientos del general adquirieron, pues, un leve tinte melancólico, a pesar de su violencia. Aquella calma doméstica le infundió paz. Algo, inmenso como una tumba, se apoderó de él al pisar aquel fresco pavimento. ¿No era el eterno silencio del sepulcro, su paz profunda, su evocación del infinito? La quietud y el pensamiento fijo del claustro; aquel pensamiento que flota en el aire, en el claroscuro, en todo y que, imposible de distinguir en parte alguna, se ve más agrandado por la imaginación, resumido en esta gran frase: *la paz en el Señor*, penetra a viva fuerza en el alma menos religiosa.

Los conventos de hombres apenas si se conciben; el hombre aparece débil en ellos: ha nacido para actuar, para realizar una vida de trabajo, a la que se sustrae en su celda. ¡Pero, qué recio vigor y conmovedora debilidad hay en un monasterio de

mujeres! Un hombre puede verse impulsado por mil y un sentimientos al fondo de una abadía, precipitándose en ella como en un precipicio; pero la mujer únicamente se enclaustra arrastrada por un solo sentimiento: no comete un acto contrario a su naturaleza, se desposa con Dios. A los religiosos se les puede preguntar: «¿Por qué no luchasteis?». Mas la reclusión de una mujer tiene siempre caracteres de lucha sublime.

En una palabra, el general encontró aquel mudo locutorio y aquel convento perdido en el mar, completamente llenos de él. El amor llega raramente a la solemnidad; pero el amor que aún es fiel en el seno de Dios, ¿no tiene algo de solemne, más de lo que podía esperarse en el siglo XIX, con las costumbres que imperan? La grandeza infinita de esta situación podía obrar sobre el alma del general, que estaba, precisamente, demasiado alto para olvidar la política, los honores, España, la sociedad de París, y ascender hasta la altura de este grandioso desenlace. ¿Podía haber algo más trágico, además? ¡Cuántos sentimientos contradictorios en la situación de aquellos dos amantes solos, reunidos en medio del mar sobre un banco de granito, pero separados por una idea, por una barrera infranqueable! Ved al hombre diciéndose: «¿Triunfaré de Dios en este corazón?».

Un leve rumor sobresaltó a este hombre, y la cortina parda se describió; luego vio a una mujer, de pie, bajo la luz, pero con el rostro oculto por la prolongación del velo echado sobre su cabeza; de acuerdo con la Regla de la Orden, llevaba aquellos hábitos, cuyo color se ha hecho proverbial. El general no pudo distinguir los pies desnudos de la religiosa, que le hubieran demostrado su espantosa delgadez; sin embargo, pese a los numerosos pliegues del burdo cilicio que cubría a aquella mujer sin engalanarla, adivinó que las lágrimas, las oraciones, la pasión y la vida solitaria ya la habían consumido.

La mano helada de otra mujer, sin duda la superiora, sostenía aún la cortina, y el general, después de examinar al testigo que asistiría necesariamente a aquella entrevista, descubrió la mirada negra y profunda de una vieja religiosa, casi centenaria, una mirada clara y joven, que contrastaba con las numerosas arrugas que surcaban la tez pálida de aquella mujer.

—Señora duquesa —preguntó con voz muy turbada a la monja, que permanecía con la cabeza inclinada—, ¿vuestra compañera entiende el francés?

—Aquí no hay duquesas —le respondió la religiosa—. Estáis ante la hermana Teresa. Esta mujer a quien llamáis mi compañera, es mi madre en Dios, mi superiora en este valle de lágrimas.

Estas palabras, pronunciadas tan humildemente por la voz que antaño armonizaba con el lujo y la elegancia entre los que viviera, reina de la moda en París; por una boca cuyo lenguaje era antes tan ligero, tan burlón, impresionaron al general como si ante él hubiese caído un rayo.

—Mi santa madre únicamente habla latín y español

—agregó la hermana Teresa.

—Idiomas que yo no sé. Mi querida Antoinette, disculpadme ante ella.

Al oír su nombre pronunciado con voz dulce por un hombre que antes se había mostrado tan duro con ella, la religiosa experimentó una viva emoción interior, revelada por un ligero temblor de su velo, sobre el que la luz caía de pleno.

—Hermano mío —dijo, llevando la manga bajo el velo para secarse tal vez una lágrima—, me llamo hermana Teresa...

Después se volvió hacia la madre superiora y le dijo en español las siguientes palabras, que el general entendió perfectamente; sabía bastante español para comprenderlo y quizá también hablarlo:

—Madre mía querida, este caballero os presenta sus respetos, y os ruega que le disculpéis por no poder ponerlos él mismo a vuestros pies, pero no sabe ninguna de las dos lenguas que vos habláis...

La anciana inclinó lentamente la cabeza y su fisonomía adquirió una expresión de angélica dulzura, realzada, empero, por el sentimiento de su poder y su dignidad.

—¿Conoces a este caballero? —le preguntó la superiora dirigiéndole una penetrante mirada.

—Sí, madre mía.

—¡Vuelve, pues, a tu celda, hija mía! —dijo la superiora con tono imperioso.

El general se apartó con presteza, ocultándose tras de la cortina, para no dejar adivinar en su rostro las terribles emociones que lo agitaban; y, en la sombra, creía ver aún la mirada penetrante de la superiora. Aquella mujer, señora de la frágil y pasajera felicidad cuya conquista costaba tantos desvelos, le dio miedo y se echó a temblar; él, hombre a quien una triple hilera de cañones no había conseguido asustar jamás. La duquesa ya se dirigía a la puerta, cuando se volvió para decir, con un tono de voz horriblemente tranquilo:

—Madre mía, este francés es uno de mis hermanos.

—¡Así, puedes quedarte, hija mía! —respondió la anciana después de una pausa.

Aquel admirable jesuitismo revelaba tanto amor y añoranza, que un hombre de ánimo menos templado que el del general se hubiera sentido desfallecer, al experimentar tan vivos placeres en medio de un peligro inmenso, para él completamente inédito. ¡Qué valor tenían, pues, las palabras, las miradas, los gestos en una escena en la que el amor tenía que ocultarse a unos ojos de lince, a unas garras de tigre!

La hermana Teresa regresó.

—Ya veis, hermano mío, lo que me he atrevido a hacer para hablar un momento con vos de vuestra salud y de los votos que mi alma hace por vos al cielo todos los días. Cometo un pecado mortal. He mentido. ¡Cuántos días de penitencia me serán necesarios para borrar esta mentira! Pero esto será sufrir por vos. No sabéis, hermano mío, qué dicha es ésta de amar en el cielo, de poder expresar los propios sentimientos purificados por la religión, después que ésta los ha transportado a las más altas regiones y cuando sólo nos está permitido contemplar el alma. Si las doctrinas, si el

espíritu de la Santa a la que debemos este asilo no me hubiesen apartado muy lejos de las miserias terrestres, arrebatándome más allá de la esfera en que se encuentran, hasta elevarme por encima del mundo, nunca os hubiera vuelto a ver. Pero ahora puedo veros, oíros y permanecer tranquila...

—Pues bien, Antoinette —exclamó el general, interrumpiéndola al oír estas palabras—, haced que os vea, vos a quien amo ahora con delirio, perdidamente, como habéis querido que yo os amase.

—No me llaméis Antoinette, os lo suplico. Los recuerdos del pasado me hacen daño. No veáis aquí más que a la hermana Teresa, una criatura que confía en la misericordia divina. —Y tras una pausa, agregó—: Y reportaos, hermano mío. Nuestra madre nos separaría despiadadamente si vuestro semblante trasluciese pasiones mundanas, o si vuestros ojos derramasen lágrimas.

El general inclinó la cabeza para recogerse. Cuando alzó la mirada hacia la reja percibió entre los barrotes el rostro pálido y consumido pero todavía ardiente de la religiosa. Su tez, en la que antaño florecían todos los encantos de la juventud y en la que la feliz oposición de un blanco mate contrastaba con los colores de la rosa de Bengala, había adquirido el tono cálido de una copa de porcelana que ocultase una débil lucecita. La hermosa cabellera, de la que aquella mujer había estado tan orgullosa, había sido cortada. Una cinta le ceñía la frente y otra le rodeaba el rostro. Sus ojos, ribeteados por un tono amarado debido a las austeridades de aquella vida, lanzaban a veces rayos febriles, y su calma habitual no era más que un velo. En fin, de aquella mujer sólo quedaba el alma.

—¡Ah, abandonaréis esta tumba, vos que sois toda mi vida! Me pertenecéis y no sois libre de entregaros, ni siquiera a Dios. ¿No me prometisteis sacrificarlo todo a la menor de mis órdenes? Ahora me encontraréis, quizá, digno de esta promesa, cuando sepáis lo que he hecho por vos. Os he buscado por el mundo entero. Desde hace cinco años sois mi pensamiento de todos los instantes, embargáis mi vida toda. Mis amigos, unos amigos muy poderosos, como sabéis, me han ayudado con todas sus fuerzas a registrar los conventos de Francia, de Italia, de España, de Sicilia, de América. Mi amor se encendía aún más, a cada una de estas vanas búsquedas; con frecuencia emprendí largos viajes, solicitado por una falsa esperanza, consumiendo mi vida y los latidos más fuertes de mi corazón en tomo a los negros muros de innumerables claustros. No quiero hablar de una fidelidad sin límites. ¿Qué es esto? Nada en comparación con los deseos infinitos de mi amor. Si en otro tiempo vuestros remordimientos fueron sinceros, hoy no debéis dudar en seguirme.

—Olvidáis que no soy libre.

—El duque ha muerto —respondió él con vivacidad.

Un delicado rubor tiñó las mejillas de la hermana Teresa.

—¡Que las puertas del cielo le sean abiertas! —dijo con viva emoción—. Fue generoso conmigo. Pero yo no hablaba de estos vínculos: uno de mis errores consistió en quererlos romper todos, sin escrúpulos, por vos.

—Habláis de vuestros votos —exclamó el general, frunciendo el entrecejo—. No creía que nada pesara en vuestro corazón más que vuestro amor. Pero no lo dudéis, Antoinette: obtendré un breve del Papa que os eximirá del cumplimiento de estos votos. Desde luego, iré a Roma, imploraré a todas las potencias de la tierra; y, si el mismo Dios pudiera descender, yo lo...

—No blasfeméis.

—¡No os inquietéis, por Dios! ¡Ah, preferiría mucho más saber que por mí estáis dispuesta a franquear estos muros; que esta misma noche huiríais en una barca, que iría a recogeros al pie de las rocas! ¡Iríamos a ser dichosos a cualquier parte, al fin del mundo! Y, a mi lado, volveríais a la vida, a la salud, bajo las alas del amor.

—No habléis así —repuso la hermana Teresa—, vos ignoráis lo que ahora sois para mí. Os amo mucho más ahora que en cualquier otro momento. Ruego a Dios todos los días por vos, ya no os veo con los ojos del cuerpo. ¡Si supieseis, Armand, cuál es la felicidad de poderse entregar, sin avergonzarse, a una amistad pura, que Dios protege! ¡No sabéis la dicha que me produce invocar las bendiciones del cielo sobre vos! No rezo jamás por mí: Dios hará de mí lo que quiera. Pero, en cuanto a vos, desearía saber con certeza, aunque fuese al precio de mi eternidad, si sois feliz en este mundo, y saber que seréis feliz en el otro durante los siglos de los siglos. Mi vida eterna es todo cuanto la desgracia me ha dejado para ofreceros. Ahora ya estoy envejecida en el llanto, ya no soy joven ni bella: además, despreciaríais a una religiosa hecha mujer, a la que ningún sentimiento, ni siquiera el amor maternal, podría absolver... ¿Qué podréis decirme que pueda equilibrar las innumerables reflexiones acumuladas en mi corazón durante cinco años, y que lo han cambiado, socavado y marchitado? ¡Hubiera debido entregarlo menos triste a Dios!

—Lo que yo te diré, mi querida Antoinette, lo que yo te diré, es que te amo, que el afecto, el amor, el amor verdadero, la dicha de vivir en un corazón enteramente nuestro, todo nuestro, sin reservas, es algo tan raro y difícil de encontrar, que he dudado de ti y te he sometido a duras pruebas; pero hoy te amo con todo el poder de mi alma. Si tú me acompañas al retiro, no oiré más voz que la tuya, no veré más cara que la tuya...

—¡Silencio, Armand! Abreviáis el único instante durante el cual nos será permitido vernos en este mundo.

—Antoinette, ¿quieres seguirme?

—Pero si yo no os dejo. Vivo en vuestro corazón, pero no por un interés de placer mundano, de vanidad, de goce egoísta; vivo aquí para vos, pálida y marchita, en el seno del Señor. Si Él es justo, seréis dichoso...

—¡Frasas y nada más que frases! ¿Y si yo te quiero pálida y marchita? ¿Y si yo no puedo ser feliz más que poseyéndote? ¿Así, únicamente conocerás deberes en presencia de tu amante? ¿No está nunca, por encima de todo, en tu corazón? Antes, preferías la sociedad a su presencia, y mil cosas más; hoy es Dios, y mi salvación. En la hermana Teresa sigo reconociendo a la duquesa que ignoraba los placeres del amor,

siempre insensible bajo una apariencia de sensibilidad. Tú no me amas ni me has amado nunca...

—¡Ah, hermano mío!...

—¿Dices que no quieres abandonar esta tumba, que amas mi alma? Pues bien, la perderás para siempre, pues voy a matarme...

—¡Madre mía —gritó la hermana Teresa en español—, os he mentado: este hombre es mi amante!

La cortina cayó de pronto. El general, estupefacto, apenas oyó cerrarse con violencia las puertas interiores.

—¡Ah, aún me ama! —exclamó al comprender todo cuánto había de sublime en el grito de la religiosa—. Hay que sacarla de aquí...

El general partió de la isla, volvió al cuartel general, donde alegó motivos de salud para pedir un permiso, y regresó con prontitud a Francia.

Vamos a ver, a continuación, la aventura que determinó la situación respectiva en que entonces se encontraban los dos personajes de la escena que acabamos de relatar.

II

EL AMOR EN LA PARROQUIA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

*¡Ay de aquélla cuyo primer amor es más fruto del ardor
y el capricho que del sentimiento y el gusto!
Sin el temor del diablo, Corina hubiera sido una Lais y
el solo respeto humano no hubiera bastado para
contenerla.*

(«Dudas sobre diferentes opiniones recibidas de la
sociedad», por MLLE. DE SOMMERY).

Lo que en Francia recibe el nombre de faubourg Saint-Germain, no es ni un barrio, ni una secta, ni una institución, ni nada que pueda expresarse claramente. La Plaza Real, el arrabal de Saint-Honore, la Chaussée-d'Antin, poseen igualmente sus hoteles en los que se respira el aire del faubourg Saint-Germain. Así, pues, todo el suburbio ya no está en el suburbio. Algunas personas, nacidas muy lejos de su influencia, pueden experimentarla y agregarse a este mundo, mientras que algunas otras personas que han nacido en él pueden verse desterradas para siempre de allí. Las maneras, el modo de hablar, en una palabra, la tradición del arrabal de Saint-Germain es, en París, desde hace cosa de cuarenta años, lo que antes era la corte, lo que era el hotel de Saint-Paul en el siglo XIV, el Louvre en el XV, el Palais, el hotel Rambouillet y la Plaza Real en el XVI, y luego Versalles en los siglos XVII y XVIII.

Durante todas las fases de la historia, el París de la alta sociedad y de la nobleza tuvo su centro, del mismo modo que el París vulgar tendrá siempre el suyo. Esta singularidad periódica ofrece abundante pasto a las reflexiones de los que quieren observar o pintar las diferentes zonas sociales; y quizá no haya que buscar únicamente sus causas para justificar el carácter de esta aventura, sino también para servir a graves intereses, más importantes en el futuro que en el presente, si de todos modos la experiencia no fuese ya algo falto de sentido, tanto para los partidos como para la juventud.

Los grandes señores y las gentes adineradas, que imitarán siempre a los grandes señores, han alejado en todas las épocas sus moradas de los lugares demasiado poblados. Si el duque de Uzes se hizo construir, durante el reinado de Luis XIV, la bella mansión a cuya puerta colocó la fuente de la rue Montmartre, acto de beneficencia que, dejando aparte sus virtudes, le hizo objeto de una gran veneración

popular, hasta tal punto que el barrio entero seguía en masa a su séquito, fue porque aquel rincón de París estaba entonces desierto. Pero así que se derribaron las fortificaciones y que los terrenos cenagosos, situados más allá de los bulevares, se llenaron de casas, la familia de Uzes abandonó la bella mansión, que en nuestros días habita un banquero. Después la nobleza, incómoda en medio de las tiendas y comercios, abandonó la Plaza Real, los alrededores del centro parisién y saltó el río, a fin de poder respirar, a sus anchas, en el arrabal de Saint-Germain, donde ya se habían levantado palacios en torno al hotel construido por Luis XIV al duque del Maine, el benjamín de sus legitimados.

Para las personas acostumbradas a una vida esplendorosa, ¿puede haber, en efecto, algo más innoble que el tumulto, el barro, los gritos, los malos olores y la angostura de las calles populosas? ¿Y las costumbres de un barrio mercantil o artesano, no están constantemente en desacuerdo con las costumbres de los grandes? El comercio y el trabajo se acuestan en el momento en que la aristocracia se dispone a cenar; unos se agitan bulliciosamente cuando la otra descansa; sus cálculos no coinciden jamás, ya que unos son el recibo y la otra el gasto. De ahí que tengan costumbres diametralmente opuestas. Esta observación no tiene nada de desdeñosa. Una aristocracia es, en cierto modo, el pensamiento de una sociedad, mientras que la burguesía y el proletariado son el organismo y la acción. Esto explica que tales fuerzas se asienten en partes distintas; y de su antagonismo nace una antipatía aparente, que produce la diversidad de movimientos que, sin embargo, se ejercen con una finalidad común.

Estas discordancias sociales nacen de manera tan lógica de cualquier carta constitucional, que, el liberal más dispuesto a quejarse de ellas, como de un atentado a las sublimes ideas bajo las que los ambiciosos de las clases inferiores ocultan sus designios, encontraría prodigiosamente ridículo que monseñor el príncipe de Montmorency viviese en la rue de Saint-Martin, en la esquina de la calle que lleva su nombre, o que el duque de Fitz-James, descendiente de la familia real escocesa, tuviese su hotel en la rue Marie-Stuart, en la esquina de la rue Montorfuiel. *Sint ut sunt aut non sint*. Estas bellas palabras pontificales pueden servir de divisa a los grandes de todos los países. Este hecho, patente en todas las épocas y siempre aceptado por el pueblo, tiene en sí razones de Estado: es, simultáneamente, un efecto y una causa, un principio y una ley.

Las masas tienen un buen sentido que sólo abandonan cuando la gente de mala fe hostiga sus pasiones. Este buen sentido descansa sobre unas verdades de orden general, tan ciertas en Moscú como en Londres, en Ginebra como en Calcuta. En cualquier lugar del mundo, cuando varias familias de fortuna desigual se reúnen en un espacio determinado, empiezan a formarse círculos superiores, patricios y sociedades de primera, de segunda y de tercera. La igualdad será quizás un *derecho*, pero ninguna potencia humana sabrá convertirlo en un *hecho*. Sería bien inútil divulgar este pensamiento en Francia, por su propia felicidad. Son notorios los

beneficios de la armonía política a los ojos de las masas menos inteligentes. La armonía es la poesía del orden y los pueblos tienen viva necesidad de orden. La concordancia de las cosas, la unidad, por decirlo de una vez, ¿no es la más simple expresión del orden? La arquitectura, la música, la poesía, todo se apoya, en Francia, más que en ningún otro país, en este principio, que, por otra parte, está escrito en el fondo de su claro y puro lenguaje, y la lengua será siempre la fórmula más infalible en testimonio de una nación. Así, vemos cómo el pueblo adapta a ella los aires más poéticos, mejor modulados; popularizando las ideas más sencillas, amando los motivos incisivos que más pensamiento contienen. Francia es el único país donde una pequeña frase puede armar una gran revolución. En Francia, las masas siempre se han alzado para intentar poner de acuerdo a los hombres, las cosas y los principios. Ninguna otra nación siente mejor la solidaridad que debe existir en la aristocracia, quizá porque ninguna otra ha comprendido mejor las necesidades políticas: la historia no la sorprenderá nunca retrasada. Francia se deja engañar a menudo, pero como se dejan engañar las mujeres: por ideas generosas, por sentimientos cálidos, cuyo alcance escapa de momento a todo cálculo.

Así, pues, como primer rasgo característico, el arrabal de Saint-Germain ya tiene el esplendor de sus hoteles, sus grandes jardines, su silencio, que antaño estaba en armonía con la magnificencia de sus fortunas territoriales. Este espacio, interpuesto entre una clase y toda una capital, ¿no es una consagración material de las distancias morales que deben separarlas? En todas las creaciones, la cabeza tiene su lugar señalado. Si por alguna circunstancia una nación hace caer a su jefe a sus pies, tarde o temprano se da cuenta de que se ha suicidado. Como las naciones no quieren morir, entonces se esfuerzan por crearse una nueva cabeza. Cuando la nación ya no tiene la fuerza de hacerlo, perece, como perecieron Roma, Venecia y tantas otras. La distinción establecida por la diferencia de costumbres entre las restantes esferas de la actividad social y la esfera superior, implica necesariamente un valor real, capital, en las cumbres aristocráticas. A partir del momento en que en un Estado, sea cuál sea la forma que adopte el *gobierno*, los patricios faltan a sus condiciones de superioridad completa, se quedan sin fuerzas y el pueblo no tarda en derribarlos. El pueblo quiere siempre verles las manos, el corazón y la cabeza, la fortuna, el poder y la acción; la palabra, la inteligencia y la gloria. Sin este triple poderío, todos los privilegios se desvanecen. Los pueblos, como las mujeres, aman la fuerza en quien los gobierna, y su amor tiene que ir acompañado de respeto; no conceden su obediencia a quien no sabe imponerla. Una aristocracia menospreciada es como un rey holgazán, un marido con faldas; es nula antes de no ser nada.

Así, la separación de los grandes, sus costumbres tajantes; en una palabra, el «modo de vestir» general de la casta patricia, es el símbolo de una potencia real y asimismo causa de su muerte cuando ha perdido el poder. El arrabal de Saint-Germain se dejó abatir, momentáneamente, por no haber querido reconocer las obligaciones de su existencia, que aún le eran fáciles de perpetuar. Debió haber tenido

la buena fe de ver a tiempo, cómo lo vio la aristocracia inglesa, que las instituciones tienen sus años climatéricos, en que las mismas palabras no tienen ya el mismo significado, en que las ideas se revisten de otra forma, y en que las condiciones de la vida política cambian totalmente de apariencia, sin que el fondo quede esencialmente alterado. Estas ideas requieren acontecimientos como los que pertenecen esencialmente a esta aventura, de la que forman parte, como definición de las causas y como explicación de los hechos.

La grandiosidad de los castillos y de los palacios aristocráticos, el lujo de sus detalles, la suntuosidad constante del mobiliario, el *área* en la que se mueve, sin embarazo y sin experimentar escalofríos, el feliz propietario, rico antes de nacer; y luego, la costumbre de no rebajarse jamás al cálculo de los intereses cotidianos y mezquinos de la existencia, el tiempo de que dispone, la cultura superior que puede adquirir prematuramente; las tradiciones patricias, en fin, que le dan unas fuerzas sociales que sus adversarios apenas pueden compensar por el estudio, por una voluntad y por una vocación tenaces: todo debería enaltecer el alma del hombre que, desde su juventud, posee semejantes privilegios, imprimiéndole este elevado respeto de sí mismo la menor de cuyas consecuencias es una nobleza de corazón que está en armonía con la nobleza del apellido. Esto es cierto para algunas familias.

Aquí y allá, en el faubourg Saint-Germain, se encuentran bellos caracteres, excepciones que se alzan contra el egoísmo general que acarrió la pérdida de este mundo aparte. Estas ventajas son propias de la aristocracia francesa, como de todas las eflorescencias patricias que se producirán en la superficie de las naciones, mientras éstas hagan descansar su existencia sobre la *hacienda*, la propiedad territorial, que, como la propiedad pecuniaria, es la única base sólida de una sociedad regular; pero los patricios de todas clases únicamente conservarán estas ventajas mientras mantengan las condiciones en que el pueblo se las deja. Hay especies de feudos morales cuyo *vasallaje* trae aparejadas ciertas obligaciones hacia el soberano, y en este caso, el soberano es hoy ciertamente el pueblo. Los tiempos han cambiado, y también las armas. El vasallo a quien antaño bastaba con revestir la cota de malla y el arnés, con manejar bien la lanza y hacer ondear su pendón, hoy debe dar pruebas de inteligencia, y donde sólo hacía falta gran corazón, en nuestros días se requiere gran cráneo. El arte, la ciencia y el dinero forman el triángulo social donde se inscribe el escudo del poder, y de donde debe proceder la moderna aristocracia. Un buen teorema vale lo que un gran nombre. Los Rotschild, estos Fugger modernos, son príncipes de hecho. Un gran artista es realmente un oligarca, representa todo un siglo y se convierte, casi siempre, en ley. Así, el don de la palabra, las máquinas de alta presión del editor, el genio del poeta, la constancia del comerciante, la voluntad del estadista que concentra en su persona mil cualidades deslumbradoras, la espada del general, estas conquistas personales hechas por uno solo sobre toda la sociedad para imponérsela. La clase aristocrática debe esforzarse hoy por tener su monopolio, como tuvo antes el de la fuerza material. Para estar a la cabeza de un país hay que ser

siempre digno de conducirlo, de ser su alma y su espíritu, para hacer que sus manos actúen. ¿Cómo se puede conducir a un pueblo sin disponer de los poderes que constituyen el mando? ¿Qué sería del bastón del mariscal sin la fuerza intrínseca del capitán que lo empuña? El faubourg Saint-Germain ha jugado con bastones, creyendo que eran todo el poder. Invirtió los términos de la proposición que rige su existencia. En vez de tirar las insignias que chocaban al pueblo y de guardar secretamente la fuerza, dejó que la burguesía se apoderase de ésta, se agarró de manera fatal a las insignias, y olvidó constantemente las leyes que su propia debilidad numérica le imponía.

Una aristocracia, que numéricamente apenas constituye la milésima parte de una sociedad, debe hoy, como antaño, multiplicar sus medios de acción para oponer a ella, durante las grandes crisis, un peso igual al de las masas populares, y no recuerdos históricos. Por desgracia, la nobleza, en Francia, aún envanecida de sus antiguos poderes desaparecidos tenía, contra ella una especie de presunción de la que le era difícil defenderse. Tal vez esto sea un defecto nacional. El francés, más que cualquier otro hombre, no concluye jamás por debajo de sí mismo; siempre va del grado que se encuentra al grado superior: raramente compadece a los desgraciados sobre los cuales se alza, pues siempre se queja de ver a tantos afortunados por encima de él. Aunque tenga mucho corazón, prefiere con harta frecuencia prestar oídos a su ingenio, el famoso *esprit* francés. Este instinto nacional, que siempre confiere la delantera a los franceses, esta vanidad, que corroe sus fortunas y las rige de manera tan absoluta como los principios de economía rigen a los holandeses, domina desde hace tres siglos a la nobleza, que, por lo que a esto se refiere, es eminentemente francesa.

El hombre del faubourg Saint-Germain ha renunciado siempre a su superioridad material en favor de su superioridad intelectual. Todo, en Francia, le ha convencido de ello: porque desde la fundación del faubourg Saint-Germain, revolución aristocrática iniciada el día en que la monarquía abandonó Versalles, el faubourg Saint-Germain se apoyó siempre sobre el poder, salvo algunas lagunas, y el poder será siempre en Francia más o menos faubourg Saint-Germain; esto explica su derrota en 1830. En esta época, era como un ejército que operase sin disponer de base. No aprovechó la paz para implantarse en el corazón de la nación. Pecó por falta de conocimiento y por falta de visión total sobre el conjunto de sus intereses. Renunció a un futuro seguro en beneficio de un presente dudoso. Ésta sea quizá la causa de esta falsa política. La distancia física y moral que estas superioridades se esforzaban por mantener entre ellas y el resto de la nación, tuvo, fatalmente, por todo resultado, durante cuarenta años, alimentar en las clases altas los sentimientos personales, ahogando el patriotismo de casta. En otros tiempos, cuando la nobleza francesa era grande, rica y poderosa, los hidalgos sabían elegir jefes en el momento de peligro y obedecerles. Al empequeñecerse, se mostraron indisciplinados; y como en el Bajo Imperio, cada uno de ellos quería ser emperador. Al verse todos iguales

por su debilidad, se creyeron todos superiores. Cada familia arruinada por la Revolución, arruinada por el reparto igualitario de los bienes, no pensó más que en ella, en vez de pensar en la gran familia aristocrática, y le pareció que, si todas se enriquecían, el partido sería fuerte. Error.

El dinero, además, sólo es un signo del poder. Compuestas por personas que conservaban las grandes tradiciones de exquisita cortesía, de verdadera elegancia, de bello lenguaje, de gazmoñería y orgullo nobiliario, que armonizaba con su existencia —ocupaciones mezquinas cuando se convierten en lo principal de una vida de la que, ellas, no deben ser más que lo necesario— todas aquellas familias tenían cierto valor intrínseco que, elevado a la superficie, sólo les dejaba un valor nominal. Ninguna de esas familias tuvo el valor de decirse: «¿Somos bastantes fuertes para llevar el poder?». Se echaron encima, como hicieron los abogados de 1830.

En vez de mostrarse protector como corresponde a un grande, el faubourg Saint-Germain fue ávido como un advenedizo. El día en que se demostró a la nación más inteligente del mundo, que, la nobleza, restaurada, organizaba el poder y el erario en su solo y exclusivo beneficio, en ese día quedó enferma de muerte. Quería ser una aristocracia cuando no podía ser más que una monarquía, dos sistemas bien diferentes, como comprenderá quien sea lo bastante hábil para leer atentamente los nombres patronímicos de los lores de la Cámara Alta. Ciertamente, el gobierno real tuvo buenas intenciones; pero olvidaba constantemente que es necesario hacerlo querer todo al pueblo, incluso su felicidad, y que Francia, mujer caprichosa, quiere ser feliz o golpeada a su antojo. Si hubiese habido muchos duques como el duque de Laval, al que la modestia hizo digno de su nombre, el trono de la rama mayor se hubiera consolidado, tanto como hoy lo está el de la casa de Hannover.

En 1814, pero principalmente en 1820, la nobleza francesa tenía que dominar la época más culta, la burguesía más aristocrática, el país más femenino del mundo. El faubourg Saint-Germain podía conducir y divertir muy fácilmente a una clase media, loca por las distinciones, enamorada del arte y de las ciencias. Pero los mezquinos directores de aquella gran época de la inteligencia, odiaban, todos, sin excepción, el arte y las ciencias. Ni siquiera supieron presentar la religión, que tanto necesitaban bajo los poéticos colores que la hubieran hecho querida. Cuando Lamartine, Lamennais, Montalembert y algunos otros escritores de talento doraban con la poesía, renovaban o engrandecían las ideas religiosas, todos aquellos que mal gobernaban el país, dejaban sentir la amargura de la religión. Jamás nación alguna fue más complaciente: era entonces la mujer fatigada que se convierte en fácil; jamás el poder cometió mayores desafueros: Francia y la mujer prefieren los errores.

Para reintegrarse, para fundar un gran gobierno oligárquico, la nobleza del arrabal debía registrarse, de buena fe, para ver de encontrar en sí misma la madera de Napoleón, destriparse para pedir a sus propias entrañas un Richelieu constitucional; si aquel genio no existía en ella, ir a buscarlo aunque fuese al frío desván donde podía estar en trance de morir, para asimilárselo, del mismo modo como la Cámara de los

Lores inglesa asimila constantemente los aristócratas de ocasión, para ordenar después a este hombre que sea implacable, que corte las ramas podridas, que pade el árbol de la aristocracia, para un nuevo retoñar. Pero, en primer lugar, el gran sistema de los *tories* ingleses era demasiado bueno para cabezas tan pequeñas, y su importación exigía demasiado tiempo a los franceses, para los que un éxito lento equivale a un fracaso. Por otra parte, en vez de poseer aquella política redentora que va a buscar la fuerza allí donde Dios la ha puesto, aquellos grandes enanos aborrecían la fuerza que no provenía de ellos; en fin, en vez de rejuvenecerse, el faubourg Saint-Germain había envejecido.

La etiqueta, institución de necesidad secundaria, podía mantenerse, a condición de utilizarla solamente en las grandes ocasiones, pero la etiqueta se convirtió en una lucha cotidiana, y, en vez de ser una cuestión de arte o de magnificencia, se convirtió en una cuestión de poder.

Si, en primer lugar, faltó al trono uno de esos consejeros tan grandes como grandes eran las circunstancias, a la aristocracia le faltó, sobre todo, el conocimiento de sus propios intereses generales, que hubiera podido suplirlo todo. Se detuvo ante el matrimonio de Talleyrand, el único hombre que tenía una de esas cabezas metálicas en que se forjan los nuevos sistemas políticos, merced a los cuales reviven gloriosamente las naciones. El arrabal se burló de los ministros que no eran hidalgos, y no dio hidalgos lo bastante superiores para ser ministros; podía rendir auténticos servicios al país ennobleciendo a los jueces de paz, fertilizando el suelo, construyendo carreteras y canales, convirtiéndose en una activa potencia territorial; pero prefería vender sus tierras para jugar a la Bolsa. Podía privar a la burguesía de sus hombres de acción y de talento, abriéndoles sus filas, pero prefirió combatirlos, y sin armas, pues lo que antaño poseía en realidad, al presente sólo lo tenía en tradición. Para desdicha de esta nobleza, aún le quedaban diversas fortunas, bastantes para sostener su depósito de cadáveres. Contenta de sus recuerdos, ninguna de estas familias pensó, en serio, en hacer tomar las armas a sus primogénitos, entre el haz que el siglo XIX arrojaba a la plaza pública.

La juventud, excluida de los asuntos públicos, bailaba en los salones de *Madame*, en vez de continuar en París —mediante la influencia de talentos jóvenes, conscientes, inocentes del Imperio y de la República— la obra que los jefes de cada familia comenzaron en los departamentos; haciendo reconocer sus títulos mediante constantes solicitudes en favor de los intereses locales, conformándose con el espíritu del siglo, refundiendo la casta al gusto de los tiempos. Concentrada en su faubourg Saint-Germain, donde subsistía el espíritu de las antiguas oposiciones feudales, mezclado con el de la antigua corte, la aristocracia, mal unida al palacio de las Tullerías, resultó más fácil de vencer, al no existir más que en un solo punto y ante todo por lo mal constituida que estaba en la Cámara de los Pares. Entretejida al país, se hubiera hecho indestructible; arrinconada en su arrabal, adosada al palacio, desparramada en el erario, bastaba con un hachazo para cortar el hilo de su vida

agonizante, y la figura vulgar de un abogadillo se adelantó para asestar este hachazo. Pese al admirable discurso de M. Royer-Collard, la herencia de los pares y sus mayorazgos cayeron ante las pasquinadas de un hombre que se jactaba de haber disputado hábilmente algunas cabezas al verdugo, pero que asesinó torpemente grandes instituciones. ¡Qué ejemplos y qué enseñanzas para el futuro! Si la oligarquía francesa careciera de vida futura, habría una especie de triste crueldad en enviarla a la Gehenna después de su fallecimiento, antes bien, en tal caso, no habría que pensar más que en su sarcófago; pero, si bien el escalpelo del cirujano es muy doloroso, a veces devuelve la vida a los moribundos. El faubourg Saint-Germain puede verse más poderosamente perseguido que cuando era triunfador, si desea tener un jefe y un sistema.

Resulta fácil ahora resumir este bosquejo semipolítico.

Esta falta de visión amplia y este vasto conjunto de pequeños errores; el afán por restablecer grandes fortunas, que era la preocupación de todos; una necesidad real de religión para sostener la política; una acidez de placer, que perjudicaba al espíritu religioso y se producía necesitada de hipocresías; las resistencias parciales de algunos espíritus elevados, que veían claro y que se sentían contrariados por las rivalidades de la Corte; la nobleza provinciana, muy a menudo de sangre más pura que la nobleza cortesana, pero que herida con demasiada frecuencia, se desentendió de todo; todas estas causas concurren para dar al faubourg Saint-Germain las costumbres más dispares. No fue compacto en su sistema, ni consecuente en sus actos, ni completamente moral, ni francamente licencioso, ni corrompido ni corruptor; no abandonó por entero las cuestiones que le perjudicaban y no adoptó las ideas que le hubieran salvado. En fin: por débiles que fuesen las personas, el partido, sin embargo, se armó de los grandes principios que constituyen la vida de las naciones. Mas para perecer en plenitud de fuerzas, ¿qué hay que ser? Mostróse muy exigente en la elección de sus representantes; tuvo buen gusto, un elegante desprecio; pero su caída, desde luego, no tuvo nada de esplendoroso ni de caballeresco. La emigración de 1789 aún mostraba resabios de sentimiento; en 1830, la emigración interior solamente revela intereses.

Algunos hombres ilustres en las letras; los triunfos de la tribuna; Talleyrand en los congresos; la conquista de Argel y numerosos nombres que han pasado a la historia en los campos de batalla, muestran a la aristocracia francesa los medios que aún le quedan para nacionalizarse y hacer reconocer sus títulos, si a pesar de todo, aún se digna hacerlo.

En los seres organizados se efectúa un trabajo de armonía íntima. Cuando un hombre es perezoso, la pereza se revela en cada uno de sus movimientos. Del mismo modo, la fisonomía de una clase social responde al espíritu general, al alma que anima su cuerpo. Durante la Restauración, la mujer del faubourg Saint-Germain no mostró la gallarda altivez que las damas de la corte lucían antaño en sus atavíos, ni la modesta grandeza de las virtudes tardías con que expiaban sus culpas, y que

derramaban tan vivo resplandor en torno a ellas. No tuvo nada de casquivana ni nada dé grave y profunda. Sus pasiones, salvo algunas excepciones, fueron hipócritas; transigió, por decirlo así, con sus goces. Algunas de estas familias llevaron la vida burguesa de la duquesa de Orleáns, cuyo lecho conyugal se exhibía de manera tan ridícula a los visitantes del Palacio Real; apenas dos o tres continuaron las costumbres de la Regencia, e inspiraron una especie de repugnancia a otras mujeres más hábiles que ellas. Esta nueva gran dama no ejerció ninguna influencia sobre las costumbres, pese a que podía mucho; como último recurso, podía ofrecer el imponente espectáculo de las damas de la aristocracia inglesa, pero vaciló neciamente entre antiguas tradiciones, fue devota a la fuerza y lo ocultó todo, incluso sus bellas cualidades. Ninguna de estas francesas fue capaz de crear un salón al que las eminencias sociales fuesen a tomar lecciones de buen gusto y elegancia. Su voz, antaño tan importante en la literatura, aquella viva expresión de la sociedad, no se dejó oír en absoluto. Y cuando una literatura no posee un sistema general, no adquiere cuerpo y se disuelve con su siglo.

Cuando, en una época determinada, se encuentra, en medio de una nación, un pueblo aparte así constituido, el historiador descubre, casi siempre, en él una figura principal que resume las virtudes y los defectos de la masa a que pertenece: Coligny entre los hugonotes, el obispo coadjutor en el seno de la Fronda, el mariscal de Richelieu bajo Luis XV, Danton durante el Terror. Esta identidad de fisonomía entre un hombre y su acompañamiento histórico está en la propia naturaleza de las cosas. Para dirigir un partido, ¿no hay que estar de acuerdo con sus ideas? Para brillar en una época, ¿no hay que representarla? De esta obligación constante en que se encuentra la cabeza sabia y prudente de los partidos, de obedecer a los prejuicios y a la locura de las masas que forman su cola, se derivan las acciones que algunos historiadores reprochan a los jefes de partido cuando, a gran distancia de las terribles ebulliciones populares, juzgan fríamente sobre las pasiones necesarias para la dirección de las grandes luchas seculares. Lo que es cierto es la comedia histórica de los siglos, es igualmente cierto en la esfera más reducida de las escenas parciales del drama nacional llamado las *Costumbres*.

Al comienzo de la efímera vida que llevó el faubourg Saint-Germain durante la Restauración (y a la que no supo dar consistencia, si las consideraciones precedentes son ciertas), una mujer joven encarnó pasajeraamente el tipo más completo de la naturaleza, a la vez superior y débil, grande y pequeña, de su casta. Era una mujer artificialmente educada, realmente ignorante; llena de sentimientos elevados, pero falta de un pensamiento que los coordinase; que malgastaba los más ricos tesoros del alma para obedecer a las conveniencias; dispuesta a desafiar la sociedad, pero vacilante e incluso artificiosa a causa de los escrúpulos que sentía; dotada con más terquedad que carácter, más apasionamiento que entusiasmo, más cabeza que corazón; soberanamente mujer y soberanamente coqueta, parisién ante todo; amiga del esplendor y de las fiestas; irreflexiva, o de reflexión demasiado tardía; de una

imprudencia que llegaba casi a la poesía; insolente en grado sumo, pero humilde en el fondo de su corazón; que hacía ostentación de la fuerza como de una caña plegable, pero, como la caña, pronta a inclinarse bajo una mano poderosa; hablaba mucho de religión, pero no la toleraba y sin embargo estaba dispuesta a aceptarla como un desenlace.

¿Cómo definir a una criatura múltiple en verdad, capaz de heroísmo pero que olvidaba su heroísmo por una frase artera; joven y suave, envejecida no tanto de corazón cuanto por las máximas de quienes la rodeaban, cuya filosofía egoísta comprendía sin haberla aplicado; dotada de todos los vicios del cortesano y todas las noblezas de la mujer adolescente; desconfiada de todo, y que sin embargo, lo creía, a veces, todo? ¿No será un retrato siempre inacabado el de esta mujer, en el cual chocaban los tonos más cambiantes, pero que producía una confusión poética, porque había una luz divina, un brillo de juventud que prestaba una especie de coherencia a aquellos rasgos confusos? La gracia le servía de unidad. Nada era fingido. Aquellas pasiones, aquellas medias pasiones, aquellos sueños de grandeza, aquella realidad de pequeñez, aquellos sentimientos puros y aquellos cálidos transportes, eran naturales y resultaban de su situación tanto como de la aristocracia a la que pertenecía. Ella era la única que se comprendía y se situaba orgullosamente por encima del mundo, protegida por su nombre. Había algo de Medea en su vida, como en la de la aristocracia, que se moría sin querer incorporarse en la cama, ni tender la mano a un médico político, ni tocar ni que la tocasen, tan débil se sentía ya, si no convertida en polvo.

La duquesa de Langeais, así es como se llamaba, llevaba ya cuatro años de casada cuando se consumó la Restauración, o sea en 1816, época en que Luis XVIII, advertido por la revolución de los Cien Días, comprendió su situación y su siglo, pese a cuantos le rodeaban, quienes sin embargo, triunfaron más tarde de aquel Luis XI, excepto el hacha, puesto que murió de enfermedad.

La duquesa de Langeais era una Navarreins, familia ducal que desde Luis XIV sustentaba el principio de no abdicar de su título en sus alianzas. Las hijas de esta casa debían tener, tarde o temprano, lo mismo que su madre, un taburete en la corte. A la edad de dieciocho años, Antoinette de Navarreins salió del profundo retiro en que había vivido para casarse con el primogénito del duque de Langeais. Las dos familias vivían, a la sazón, alejadas del mundo, pero la invasión de Francia hacía presumir a los realistas que el retorno de los Borbones sería la única conclusión posible a los desastres de la guerra. Los duques de Navarreins y de Langeais, que habían permanecido fieles a los Borbones, resistieron noblemente todas las seducciones de la gloria imperial, y, en las circunstancias en que se encontraban cuando se efectuó esta unión, debieron obedecer, naturalmente, a la vieja política de sus familias.

Mademoiselle Antoinette de Navarreins se casó, pues, bella y pobre, con el marqués de Langeais, cuyo padre falleció pocos meses después de este enlace. Al

retorno de los Borbones, las dos familias recobraron su rango, sus cargos y sus dignidades en la corte, incorporándose de nuevo al movimiento social, del que hasta entonces habían permanecido al margen. Se convirtieron en las eminencias más brillantes del nuevo mundo político. En aquel tiempo de cobardías y de falsas conversiones, la conciencia pública se complació al ver en aquellas dos familias la fidelidad sin tacha, el acuerdo entre la vida privada y el carácter político, a los que todos los partidos rinden involuntariamente homenaje. Mas, por una desgracia harto común en las épocas de transición, las personas más puras y que por la elevación de sus miras y la sabiduría de sus principios hubieran hecho creer a Francia en la generosidad de una política nueva y atrevida, fueron apartadas de la cosa pública, cuyo régimen cayó en manos de gentes interesadas en llevar las cosas al extremo, para dar prueba de celo y abnegación. Las familias de Langeais y de Navarreins permanecieron en las altas esferas de la corte, condenadas a los altos deberes de la etiqueta y el protocolo y también a los reproches y las burlas del liberalismo, acusadas de hartarse de honores y riquezas, pese a que su patrimonio no aumentó y que las liberalidades de la lista civil se invirtieron en gastos de representación, necesarios a toda monarquía europea, aunque fuese republicana.

En 1818, el duque de Langeais mandaba una división militar, y la duquesa tenía un puesto junto a una princesa, que le permitía vivir en París, lejos de su marido y sin escándalo. Por otra parte, el duque tenía, además de su mando, un cargo en la corte, a la que acudía, delegando el mando, durante su ausencia, en un mariscal. El duque y la duquesa vivían, pues, completamente separados de hecho y de corazón, aunque el mundo lo ignorase.

Aquel matrimonio de conveniencia corrió la suerte acostumbrada en estos pactos de familia. Tuvieron que enfrentarse los dos caracteres más antipáticos del mundo, que chocaron y se hirieron en secreto, desunidos para siempre. Después, cada uno de ellos obedeció a su naturaleza y a las conveniencias. El duque de Langeais, espíritu tan metódico como pudiera serlo el caballero de Folard, se entregó metódicamente a sus gustos y a sus placeres, dejando a su mujer libre para seguir los suyos, después de haber reconocido en ella un espíritu eminentemente orgulloso, un corazón frío, una gran sumisión a los usos del mundo, una fidelidad joven que había de permanecer pura a los ojos de los abuelos, a la luz de una corte gazmoña y religiosa. Representó, pues, fríamente el papel de gran señor del siglo anterior, abandonando asimismo a una mujer de veintidós años, gravemente ofendida, y cuyo carácter tenía la espantosa cualidad de no perdonar jamás una ofensa cuando sus femeninas vanidades, cuando su amor propio y quizá sus virtudes habían sido menospreciadas y heridas ocultamente. Cuando un ultraje es público, una mujer prefiere olvidarlo, esto le da ocasión de engrandecerse, se muestra mujer en su clemencia; pero las mujeres no absuelven nunca las ofensas secretas, porque no gustan de las cobardías, ni de las virtudes o de los amores secretos.

Ésta era la posición, oculta a los ojos del mundo, en que se hallaba la duquesa de

Langeais, y en la que aquella mujer no pensaba, cuando se celebraron las fiestas hechas con ocasión de las bodas del duque de Berri. Con este motivo, la corte y el faubourg Saint-Germain salieron de su atonía y de su reserva. Entonces comenzó realmente aquel esplendor inaudito que engañó al gobierno de la Restauración.

En aquellos días, la duquesa de Langeais, ya fuese por cálculo o por vanidad, no se presentaba nunca en sociedad sin ir rodeada o acompañada de tres o cuatro damas tan distinguidas por su nombre, como por su fortuna. Reina de la moda, tenía sus damas de honor, que propagaban sus modales y su ingenio. Las escogió hábilmente entre algunas personas que aún no gozaban de la intimidad de la corte, ni estaban en el corazón del faubourg Saint-Germain, pero que, sin embargo, tenían la pretensión de lograr ambas cosas; simples dominaciones que querían elevarse hasta las cercanías del trono para mezclarse con los seráficos poderes de la esfera más elevada, llamada el *petit château*.

En esta situación, la duquesa de Langeais era más fuerte, dominaba más y estaba más segura. Sus *damas* la defendían contra la calumnia y la ayudaban a representar el detestable papel de mujer de moda. Podía burlarse a su antojo de los hombres, de las pasiones; excitarlas, cosechar los homenajes con que se alimentan las naturalezas femeninas, y continuar siendo dueña de sí misma.

En París, y en las más altas compañías, la mujer es siempre mujer; vive de incienso, de adulaciones, de honores. La más auténtica belleza, la figura más admirable no es nada si no es admirada: un amante y serviles adulaciones son las pruebas de su poder. ¿Qué es un poder desconocido? Nada. Supongamos a la mujer más bella, sola en el rincón de un salón. ¡Qué triste estará! Cuando una de estas criaturas se encuentra en el seno de la magnificencia social, pretende reinar sobre todos los corazones, a menudo porque no puede ser la dichosa soberana de uno solo.

Aquellos tocados, aquellas galas, aquellas coqueterías, se dirigían a los seres más pobres que hayan existido: unos fatuos sin ingenio, unos hombres cuyo mérito consistía en una bella figura y por los que todas las mujeres se comprometían sin provecho; verdaderos ídolos de madera dorada, que, pese a algunas excepciones, no tenían ni los antecedentes de los pequeños señores de la época de la Fronda, ni el temple rudo de los héroes del Imperio, ni el ingenio y los modales de sus abuelos, pero que querían ser, *gratis*, algo parecido; que eran valientes como lo es la juventud francesa, hábiles, sin duda, de haber sido puestos a prueba, y que no podían ser nada, bajo el reinado de los viejos gastados que los mantenían al margen. Fue una época fría, mezquina y sin poesía. Quizás haga falta mucho tiempo a una restauración para convertirse en una monarquía.

Desde hacía dieciocho meses, la duquesa de Langeais llevaba una vida vacía; ocupada exclusivamente en saraos, en las visitas que éstos motivaban, en triunfos sin objeto, en pasiones efímeras nacidas y muertas en el transcurso de una velada. Cuando llegaba a un salón, todas las miradas se concentraban en ella, cosechaba frases aduladoras, algunas expresiones apasionadas que ella alentaba con un gesto,

con una mirada y que jamás pasaban de la epidermis. Su tono, sus maneras, todo, en ella, era autoritario. Vivía en una especie de fiebre de vanidad, de goce perpetuo que la aturdió. Iba bastante lejos en las conversaciones, lo escuchaba todo y se depravaba, por así decirlo, en la superficie de su corazón. De regreso a su casa, a menudo se sonrojaba al recordar lo que la había hecho reír, la anécdota escandalosa cuyos detalles la ayudaban a discutir las teorías del amor, que ella no conocía, y las sutiles distinciones de la pasión moderna, que hipócritas complacientes comentaban con ella; pues las mujeres, que saben decirse todo entre ellas, son más hábiles en perder que no en corromper a los hombres.

Hubo un momento en el que comprendió que la criatura amada era únicamente aquella cuya belleza y cuyo ingenio pudieran tener una aceptación universal. ¿Qué demuestra un marido? Que, de joven, una mujer tuvo buena dote, o buena crianza, o madre hábil, o satisfacía a las ambiciones de un hombre; pero un amante es el programa constante de sus perfecciones personales. *Madame* de Langeais aprendió, joven aún, que una mujer podía dejarse amar ostensiblemente sin ser cómplice del amor, sin aprobarlo, sin contentarlo más que con las más míseras recompensas del amor; y más de una preciosa ridícula le enseñó la manera de representar estas peligrosas comedias.

Así, pues, la duquesa tuvo su propia corte, y el número de los que la adoraban o cortejaban fue garantía de su virtud. Era coqueta, amable, seductora hasta el fin de la fiesta, del sarao, de la velada; después, cuando había caído el telón, se encontraba sola, fría, indiferente, y, con todo, al día siguiente revivía, para experimentar otras emociones igualmente superficiales. Había dos o tres jóvenes, completamente engañados, que la amaban de verdad, y de los que ella se burlaba con una insensibilidad perfecta, diciéndose: «¡Soy amada, él me ama!». Esta certidumbre le bastaba. Semejante al avaro a quien le basta saber que sus caprichos pueden cumplirse, quizá ni siquiera llegaba hasta el deseo. Una noche se encontraba en casa de una de sus amigas íntimas, la vizcondesa de Fontaine, una de sus humildes rivales que la odiaba cordialmente y la acompañaba siempre: era una especie de amistad rara que inspiraba desconfianza a ambas partes, y cuyas confidencias eran hábilmente discretas y a veces pérfidas. Después de distribuir pequeños saludos protectores, afectuosos o desdeñosos, algo natural a la mujer que conoce todo el valor de sus sonrisas, su mirada se detuvo en un hombre que le era completamente desconocido, pero cuya fisonomía amplia y grave le sorprendió. Al verlo, experimentó una emoción bastante parecida al miedo.

—Querida —preguntó a *madame* de Maufrigneuse—, ¿quién es este nuevo invitado?

—Un hombre del que, sin duda, habéis oído hablar: el marqués de Montriveau.

—¡Ah, es él!

Tomó los anteojos y lo examinó de manera muy impertinente, como hubiera hecho con un retrato, que recibe las miradas sin devolverlas.

—Presentádmelo; debe de ser divertido.

—No hay nadie más aburrido ni más sombrío que él, querida, pero está de moda.

Monsieur Armand de Montriveau era, en aquel momento, sin él saberlo, objeto de una curiosidad general, curiosidad que merecía más que ninguno de esos ídolos pasajeros que necesita París y de los que se encapricha durante algunos días, a fin de satisfacer esos apasionamientos y entusiasmos ficticios que experimenta periódicamente. Armand de Montriveau era hijo único del general de Montriveau, uno de aquellos exnobles que sirvieron lealmente a la República, y que pereció en combate cerca de Joubert, en Novi. El huérfano fue colocado, gracias a Bonaparte, en la Escuela de Chalons y puesto, lo mismo que otros hijos de generales muertos en el campo de batalla, bajo la protección de la República Francesa.

A su salida de la escuela y hallándose sin blanca, ingresó en la artillería, y cuando ocurrió el desastre de Fontainebleau, aún no era más que jefe de batallón. El arma a la que pertenecía Armand de Montriveau le había ofrecido pocas ocasiones de ascender. En primer lugar el número de oficiales del arma de Artillería es más limitado que en los otros cuerpos del ejército; además, las opiniones liberales y casi republicanas que profesaban los oficiales de artillería, el temor que inspiraba al Emperador un grupo de hombres sabios, acostumbrados a pensar por su cuenta, se oponían a la fortuna militar de la mayoría de ellos. Así, contrariamente a las leyes ordinarias, los oficiales que alcanzaron el generalato no siempre fueron los que más méritos poseían en aquel Arma, sino individuos mediocres, que inspiraban poco temor. La artillería formaba un cuerpo aparte en el ejército, y sólo pertenecía a Napoleón en los campos de batalla. A estas causas generales, que pueden explicar el retraso experimentado en su carrera por Armand de Montriveau, había que añadir otras, inherentes a su persona y a su carácter.

Solo en el mundo, lanzado desde la edad de veinte años a través de aquella tempestad humana en cuyo seno habitó Napoleón, y sin ningún otro interés aparte de sí mismo, dispuesto a morir todos los días, se habituó a existir, únicamente, para su estima interior y el sentimiento del deber cumplido. Acostumbraba a permanecer silencioso, como es propio de todos los hombres tímidos, pero su timidez no provenía, en absoluto de una falta de valor, sino que era una especie de pudor que le prohibía cualquier demostración vanidosa. Su intrepidez en el campo de batalla no tenía nada de fanfarrón; lo veía todo, podía dar tranquilamente un buen consejo a sus camaradas y partía al encuentro de las balas, agachándose deliberadamente para evitarlas. Era bueno, pero su firmeza lo hacía pasar por altivo y severo. De un rigor matemático en todas las cosas, no admitía ninguna componenda hipócrita con los deberes de una posición ni con las consecuencias de un hecho. No se prestaba a nada vergonzoso, no pedía nunca nada para sí; en fin, era uno de esos grandes hombres ignorados, lo bastante filósofos para despreciar la gloria, que viven sin ligarse a la vida, porque no encuentran en ella campo para desarrollar su fuerza o sus sentimientos en toda su extensión. Era temido, estimado y poco querido. Los hombres

permiten que otro se eleve por encima de ellos, pero no perdonan jamás a los que no descienden tan abajo como ellos. Así, los sentimientos que les inspiran los grandes caracteres se acompañan de un poco de odio y de temor. Demasiado honor es para ellos una censura tácita, que no perdonan a vivos ni a muertos.

Después de la despedida de Fontainebleau, Montriveau, aunque noble y con títulos, fue puesto a media paga. Su probidad a la antigua asustó al Ministerio de la Guerra, que conocía su fidelidad al juramento prestado al águila imperial. Cuando se produjeron los Cien Días, fue nombrado coronel de la Guardia y cayó en el campo de batalla de Waterloo. Retenido por sus heridas en Bélgica, no pudo encontrarse en el ejército del Loira, pero el gobierno real no quiso reconocer los ascensos concedidos durante los Cien Días, y Armand de Montriveau abandonó Francia.

Impulsado por su espíritu emprendedor, por aquel pensamiento elevado que hasta entonces había hallado pasto adecuado en los azares de la guerra, y apasionado, a causa de su instintiva rectitud, por los proyectos grandiosos y útiles, el general Montriveau se embarcó con el propósito de explorar el alto Egipto y las regiones desconocidas del África, especialmente las comarcas centrales, que hoy despiertan tanto interés entre los sabios. Su expedición científica fue larga y desgraciada. Había recogido preciosas notas destinadas a resolver los problemas geográficos o industriales tan ardientemente debatidos, y había conseguido llegar, después de superar numerosos obstáculos, hasta el corazón del África, cuando, a consecuencia de una traición cayó en poder de una tribu salvaje. Lo despojaron de todo, fue sometido a la esclavitud y arrastrado durante dos años a través de los desiertos, amenazado de muerte a cada instante y más maltratado que un animal con el que se divirtiesen unos niños despiadados. Su vigor corporal y su férrea voluntad le permitieron soportar todos los horrores de su cautiverio, pero agotó casi todas sus energías en su evasión, verdaderamente milagrosa. Consiguió alcanzar la colonia francesa del Senegal, medio muerto, en harapos y guardando únicamente recuerdos confusos. Los inmensos sacrificios de su viaje, el estudio de los dialectos africanos, sus descubrimientos y sus observaciones, todo se perdió. Bastará un solo detalle para comprender cuáles fueron sus sufrimientos. Durante algunos días, los hijos del jefe de la tribu en la que estaba como esclavo se divirtieron tomando su cabeza por blanco, en un juego que consistía en tirar desde lejos huesecillos de caballo, procurando que se mantuviesen sobre ella.

Montriveau regresó a París a mediados de 1818, para encontrarse arruinado, sin protectores, que, por otra parte, no quería. Hubiera muerto veinte veces antes de solicitar lo que fuese, incluso el reconocimiento de sus derechos adquiridos. La adversidad y sus dolores, templaron su energía hasta en las cosas más pequeñas, y la costumbre de conservar su dignidad de hombre ante este ser moral que llamamos conciencia, daba valor, en él, a los actos, en apariencia, más indiferentes. Con todo, sus relaciones con los principales sabios de París y algunos militares cultos hicieron que su mérito y sus aventuras fuesen conocidas. Los detalles de su cautiverio y de su evasión, junto con los de su viaje, testimoniaban tal sangre fría, tanto ingenio y valor,

que adquirió, sin saberlo, esa celebridad pasajera de la que los salones de París son tan pródigos, pero que exige esfuerzos inauditos a los artistas que quieren perpetuarla.

A fines de aquel año, su situación cambió súbitamente. De pobre se convirtió en rico, o al menos, gozó exteriormente de todas las ventajas que confiere la riqueza. El gobierno real, que trataba de atraerse a los hombres de mérito para infundir fuerzas al ejército, hizo entonces algunas concesiones a los antiguos oficiales cuya lealtad y reconocido carácter ofrecían garantías de fidelidad. *Monsieur* de Montriveau fue restablecido en los cuadros de mando, con su misma graduación, cobró sus pagas atrasadas y fue admitido en la guardia real.

Estos favores llovieron sucesivamente sobre el marqués de Montriveau sin que él hubiese hecho nada por solicitarlos. Varios amigos suyos le evitaron tener que hacer las gestiones personales, a las que él se hubiera negado. Luego, contrariamente a sus costumbres, que se modificaron de la noche a la mañana, empezó a frecuentar la sociedad, donde fue muy bien acogido y donde encontró por doquier pruebas de la más alta estima. Parecía haber encontrado un objetivo a su vida; pero en él todo sucedía dentro del hombre, sin que nada trasluciese al exterior. Presentaba a la sociedad un semblante grave y recogido, frío y silencioso. Alcanzó mucho mérito, precisamente porque contrastaba vivamente con la masa de fisonomías convencionales que «adornaban» los salones de París, en los que, afortunadamente, fue algo completamente nuevo. Su palabra tenía la concisión del lenguaje que emplean los solitarios o los salvajes. Su timidez se tomó por altivez y gustó mucho. Era algo extraño y grande, y las mujeres se prendaron tanto más de este carácter original, cuanto que escapaba a sus hábiles adulaciones, a aquellos manejos con los que engañan a los hombres más poderosos y doblegan los espíritus más inflexibles.

Monsieur de Montriveau no comprendía, en absoluto, las pequeñas zalamerías parisinas, y su alma podía sólo responder a las sonoras vibraciones de los sentimientos elevados. Pronto hubiera sido olvidado, sin la poesía que emanaba de sus aventuras y de su vida, sin los charlatanes que hacían su panegírico —sin que él lo supiese—, sin el triunfo del amor propio que esperaba la mujer que había de conseguir ocupar su ánimo. Se comprenderá, pues, que la curiosidad de la duquesa de Langeais fuese tan viva como natural. Por un efecto de la casualidad, este hombre le había interesado la víspera, pues oyó referir, aquella misma noche, una de las escenas del viaje de *monsieur* de Montriveau que mayor impresión producían en las móviles imaginaciones femeninas.

Durante una excursión a las fuentes del Nilo, *monsieur* de Montriveau sostuvo, con uno de sus guías, el debate más extraordinario que figura en los anales de los viajes de exploración. Había que atravesar un desierto y el punto que él quería explorar sólo se podía alcanzar a pie. No había más que un guía capaz de conducirlo hasta allí. Hasta entonces, ningún viajero había podido penetrar en aquella parte del país, donde el intrépido oficial suponía hallar la solución de numerosos problemas

científicos. Pese a las advertencias que le hicieron los viejos del país y su propio guía, emprendió aquel terrible viaje. Armándose de todo su valor, aún más espoleado, si cabe, con el anuncio de las terribles dificultades que le esperaban, partió por la mañana. Después de toda una jornada de marcha, se tendió por la noche sobre la arena, notando una fatiga desconocida, producida por la movilidad del suelo, que, a cada paso parecía diluirse bajo sus pisadas.

Sin embargo, sabía que, al día siguiente, tendría que ponerse de nuevo en marcha cuando alborease; pero su guía le había prometido que hacia mediodía le haría alcanzar el objetivo de su viaje. Esta promesa le infundió valor, le hizo sacar fuerzas de flaqueza y, haciendo caso omiso de sus sufrimientos, continuó la marcha, maldiciendo la ciencia por lo bajo; pero, avergonzado de quejarse ante su guía, guardó sus sufrimientos para sí. Después de andar durante la tercera parte de la jornada sintió que sus fuerzas se agotaban y observó que tenía los pies ensangrentados por la penosa marcha. Preguntó entonces si aún faltaba mucho.

—Falta una hora —le dijo el guía.

Armand encontró en su alma fuerzas para otra hora y continuó.

La hora transcurrió sin que ni siquiera viese en el horizonte de arena, tan inmenso como el de alta mar, las palmeras y las montañas cuyas cumbres debían anunciar el término de su viaje. Se detuvo, amenazó al guía, se negó a continuar y lo acusó de ser su asesino, de haberlo engañado; después, unas lágrimas de rabia y de fatiga rodaron por sus mejillas encendidas; permanecía encorvado por el dolor insoportable de la marcha, y le parecía tener la garganta coagulada por la sed del desierto. El guía, inmóvil, escuchaba sus quejas con aire irónico, mientras estudiaba, con la aparente indiferencia de los orientales, los más imperceptibles accidentes de aquellos arenales, casi tan negruzcos como el oro bruñido.

—Me he equivocado —dijo con frialdad—. Hace demasiado tiempo que pasé por este camino, para que pueda reconocer mis huellas; estamos en la ruta, pero aún nos quedan dos horas de marcha.

«Este hombre dice verdad», pensó *monsieur* de Montriveau.

Después reanudó la marcha, siguiendo penosamente al implacable africano, al que parecía unido por un hilo invisible, como el condenado al verdugo. Pero transcurrieron las dos horas, el francés agotó sus últimas gotas de energía y el horizonte seguía tan puro como antes, sin mostrar palmeras ni montañas.

Ya no experimenta nada, ya no lanza gritos ni gemidos; se tiende sobre la arena para morir; pero sus miradas hubieran espantado al hombre más intrépido, pues parecía anunciar que no quería morir solo. El guía, como un verdadero demonio, le responde con una mirada tranquila, plena de poder, y lo deja tendido, teniendo cuidado en mantenerse a una distancia que le permita escapar a la desesperación de su víctima. Por último, *monsieur* de Montriveau encuentra fuerzas para proferir una última imprecación. El guía se acerca a él, lo mira fijamente, le impone silencio y le dice:

—¿No quisiste, pese a nuestras advertencias, dirigirte adonde yo te conduzco? Me acusas de engañarte; si no lo hubiese hecho, no hubieras llegado hasta aquí. ¿Quieres saber la verdad? Voy a decírtela. Aún nos quedan cinco horas de marcha, y ahora no podemos volver sobre nuestros pasos. Sondea tu corazón; si no te sientes con suficiente valor, aquí tienes mi puñal.

Sorprendido ante aquel espantoso acuerdo entre el valor y la fuerza humana, *monsieur* de Montriveau no quiso quedar por debajo de un bárbaro, y sacando una nueva dosis de valor y su orgullo de europeo, se levantó para seguir al guía. Las cinco horas habían pasado y el francés aún no veía nada; dirigió entonces al guía una mirada de moribundo, pero el nubio lo tomó en alto, alzándolo unos palmos y le mostró, a un centenar de pasos, un lago rodeado de verdor y vegetación admirables, iluminado por los rayos del sol poniente.

Habían llegado a cierta distancia de una especie de banco de granito inmenso, bajo el cual se hallaba, como enterrado, aquel paisaje sublime. Armand creyó renacer a nueva vida y su guía, aquel gigante de inteligencia y valor, coronó su obra de abnegación conduciéndole por senderos cálidos y pulidos, apenas trazados sobre el granito. Veía a un lado el infierno de arena y al otro el paraíso terrenal, representado por el oasis más bello de aquellos desiertos.

La duquesa, ya impresionada por la semblanza de aquel poético personaje, aún lo estuvo mucho más al saber que era el marqués de Montriveau, con quien había soñado aquella noche. Haberse encontrado en las arenas ardientes del desierto con él, haberlo tenido por compañero de pesadilla, ¿no era ya, en una mujer de aquella naturaleza, un delicioso presagio de entretenimiento?

Jamás hubo hombre alguno que, como Armand, tuviese un rostro que mejor cuadrara con su carácter y que más justamente pudiera intrigar las miradas. Su cabeza, grande y cuadrada, tenía por principal rasgo característico una enorme y abundante cabellera negra que le envolvía el rostro de una manera que recordaba perfectamente al general Kleber, al que se parecía por su frente vigorosa, por el corte de sus facciones, por la audacia tranquila de los ojos y por el fuego que traslucían sus rasgos salientes. Era de baja estatura, de pecho amplio, musculoso como un león. Cuando andaba, su porte, su continente, el menor gesto revelaban una indefinible seguridad que imponía, y algo de despótico. Parecía saber que nada podía oponerse a su voluntad, quizá porque nada quería que no fuese justo. Sin embargo, semejante a todos los hombres verdaderamente fuertes, era dulce en el hablar, sencillo en sus modales y de natural bondadoso. Estas bellas cualidades solamente parecían desaparecer en las más graves circunstancias, en las que el hombre se torna implacable en sus sentimientos, incommovible en sus resoluciones, terrible en sus acciones. Un observador hubiera podido ver en la comisura de sus labios un fruncimiento habitual, que revelaba inclinación a la ironía.

La duquesa de Langeais, enterada del precio pasajero que tenía la conquista de aquel hombre, resolvió, durante el poco tiempo que empleó la duquesa de

Maufrigneuse en ir a buscarlo para presentárselo, convertirlo en uno de sus adoradores, cederle la primacía sobre todos los demás, convertirlo en uno de los más adictos a su persona y desplegar para él todas sus coqueterías. Fue una fantasía, puro capricho de duquesa, con el que Lope de Vega o Calderón hicieran *El perro del hortelano*.

Ella quiso que aquel hombre no fuese de ninguna mujer, y no imaginó que pudiese ser suyo. La duquesa de Langeais había recibido de la naturaleza las cualidades necesarias para desempeñar el papel de coqueta, y su educación aún las perfeccionó. Las mujeres tenían razón en envidiarla y los hombres en quererla. No le faltaba nada de cuanto puede desear el amor, de lo que lo justifica y lo perpetúa. Su tipo de belleza, sus maneras, su conversación, su porte, concurrían para dotarla de una coquetería natural que, en una mujer, parece ser conciencia de su poder. Bien proporcionada, acaso descomponía sus movimientos con excesiva complacencia: única afectación que se le podía reprochar. En ella todo armonizaba, desde el menor gesto hasta el giro particular de sus frases, pasando por la manera hipócrita con que dirigía sus miradas. El carácter predominante de su fisonomía era una nobleza elegante que no destruía la movilidad, tan francesa, de su persona. Esta actitud, que cambiaba sin cesar, ejercía un prodigioso atractivo sobre los hombres. Parecía como si hubiese de ser la más deliciosa de las amantes al quitarse el corsé y las pomposas vestiduras de la representación. En efecto; todos los goces del amor existían, en germen, en la libertad de sus expresivas miradas, en su voz llena de mimo, en la gracia de sus palabras. Quería traslucir en ella la noble cortesana que, la religión de la duquesa, se esforzaba en vano en desmentir. Quien se sentase a su lado durante una velada, la encontraba tan pronto alegre como melancólica, sin que pareciese fingir ni la melancolía ni el júbilo. Sabía ser afable, desdeñosa, impertinente o confiada a su capricho. Parecía buena y lo era. En su situación, nada la obligaba a descender a la maldad. A veces se mostraba confiada y sin astucia, tierna de un modo que emocionaba, y luego, dura y seca, de una manera que partía el corazón. Mas para pintarla debidamente, tal vez convendría acumular en su retrato todas las antítesis femeninas; en una palabra: era lo que quería ser o parecer. Su cara, quizá excesivamente alargada, algo fina, menuda, recordaba las figuras de la Edad Media. Tenía la tez pálida, ligeramente sonrosada. En ella todo pecaba, por decirlo así, a causa del exceso de delicadeza.

Armand de Montriveau se mostró complaciente y se dejó presentar a la duquesa de Langeais, quien, según la costumbre de las personas que, por su gusto exquisito, saben evitar las frases baladíes, lo acogió sin abrumarlo con preguntas ni cumplidos, sino con una especie de gracia respetuosa, que había de halagar a un hombre superior, pues la superioridad presupone, en un hombre, algo de este tacto que hace adivinar a las mujeres todo cuanto es sentimiento. Si ella manifestó cierta curiosidad, lo hizo por medio de sus miradas; si lo cumplimentó, lo hizo con sus modales, y exhibió aquella zalamería verbal, aquel fino deseo de agradar, que sabía mostrar mejor que nadie.

Pero toda su conversación sólo fue, en cierto modo, el cuerpo de la carta; le faltaba una posdata, que expresaría el pensamiento principal.

Cuando, después de media hora de charla intrascendente, en la que sólo el acento y las sonrisas prestaban valor a las palabras, *monsieur* de Montriveau pareció querer retirarse discretamente, la duquesa lo retuvo con un gesto expresivo.

—Señor —le dijo—, no sé si los pocos instantes durante los cuales he tenido el placer de conversar con vos, os han ofrecido suficiente aliciente para que me sea permitido invitaros a venir a mi casa; tengo miedo de que hay demasiado egoísmo en mi deseo de querer acapararos. Si pudiese tener la dicha de que aceptaseis, me encontraréis siempre en casa, por las tardes, hasta las diez.

Estas frases fueron pronunciadas con un tono tan lleno de coquetería, que *monsieur* de Montriveau no pudo rehusar la invitación. Cuando volvió a mezclarse con los grupos de hombres que se mantenían a cierta distancia de las señoras, algunos de sus amigos lo felicitaron, medio en serio, medio en broma, por la extraordinaria acogida que le había dispensado la duquesa de Langeais. Aquella difícil e ilustre conquista era, decididamente, un hecho, y su gloria correspondió a la artillería. Fácil será imaginar las bromas de buen y mal gusto que este tema, una vez emitido, provocó en cualquiera de aquellos salones parisienses, en los que es tan querida toda diversión y en los que las burlas duran tan poco que todos procuran sacar de ellas todo el jugo posible.

Estas boberías halagaron, sin saberlo, al general. Desde el lugar en que se había colocado, sus miradas fueron atraídas por mil reflexiones indecisas hacia la duquesa; y no pudo evitar decirse a sí mismo que, de entre todas las mujeres cuya belleza habían seducido sus ojos, ninguna le había ofrecido expresión más deliciosa de las virtudes, los defectos y las armonías que la imaginación más juvenil pudiera desear, en Francia, para una amante. ¿Qué hombre, sea cual fuere la situación en que la suerte lo ha colocado, no ha sentido en su alma un júbilo indefinible al descubrir, en la mujer elegida, aunque sólo fuese en sueños, las triples perfecciones morales, físicas y sociales que le permiten ver siempre en ella todos sus deseos cumplidos? Aunque no sea una causa de amor, este halagador conjunto es, sin contradicción alguna, insuperable vehículo del sentimiento. Sin la vanidad, decía un profundo moralista del siglo pasado, el amor es un convaleciente. Desde luego, tanto para el hombre como para la mujer, existe un tesoro de placeres en la superioridad de la persona amada.

¿No es ya mucho, por no decir todo, saber que nuestro amor propio no sufrirá jamás por ella; que es ella demasiado noble para no recibir, jamás, las heridas de una mirada desdeñosa; y lo bastante rica para verse rodeada por el esplendor que exige, bien que rodeada por los efímeros reyes de las finanzas; lo bastante ingeniosa y aguda para no verse jamás humillada por una broma sutil, y lo bastante hermosa como para ser rival de todo su sexo? Estas reflexiones un hombre se las hace en un abrir y cerrar de ojos. Pero, si la mujer que se las inspira le presenta al propio tiempo, en el futuro de su precoz pasión, las cambiantes delicias de la gracia, la ingenuidad de un alma

virgen, los mil repliegues que son ropaje de las coquetas y los peligros del amor, ¿no es todo ello suficiente para conmover el corazón del más frío de los hombres?

Ésta era la situación en que se encontraba, en aquel momento, *monsieur* de Montriveau ante aquella mujer, y su vida pasada era garantía, en cierto modo, de lo insólito del hecho.

Arrojado en su juventud al huracán de las guerras francesas, su vida transcurrió en los campos de batalla y de la mujer sólo conocía lo que un viajero presuroso, que va de posada en posada, puede conocer de un país. Quizás hubiera podido decir de su vida lo que Voltaire decía, a los ochenta años, de la suya, ¿y no tendría él sus buenas treinta y siete tonterías que reprocharse? A su edad, era tan novato en el amor como un joven que acabase de leer *Faublas*, a escondidas. De la mujer lo sabía todo; pero del amor no sabía nada, y su virginidad de sentimientos le suscitaba deseos completamente nuevos.

Algunos hombres, arrastrados por los trabajos a los que los han condenado la miseria o la ambición, el arte o la ciencia, como *monsieur* de Montriveau se había visto arrastrado por el curso de la guerra y los acontecimientos de su vida, conocen esta singular situación y raramente la manifiestan. En París, todo hombre debe haber amado. Ninguna mujer quiere lo que ninguna ha querido. Del temor a ser tomado por un necio, proceden las mentiras de la fatuidad general, que reina en Francia, donde pasar por necio equivale a no ser del país.

En aquel instante, *monsieur* de Montriveau se sintió embargado por un deseo violento, un deseo engrandecido en el calor de los desiertos, y por un movimiento del alma, simultáneo, cuyo ardiente abrazo no había aún experimentado. Tan fuerte como violento, aquel hombre supo reprimir sus emociones; pero, mientras hablaba de cosas indiferentes, se recogía en sí mismo y se juraba que aquella mujer sería suya, único pensamiento por medio del cual podía entrar en el amor. Su deseo se convirtió en un juramento hecho a la manera de los árabes con los que había vivido, y para los que un juramento es un contrato hecho entre ellos y todo su destino, que subordinan al éxito de la empresa consagrada por el juramento, y en la que, su muerte, cuenta únicamente como un medio más para alcanzar el éxito.

Un joven se hubiera dicho: «¡Cómo desearía tener a la duquesa de Langeais por amante!». Otro: «¡El hombre amado por la duquesa de Langeais será un afortunado bribón!». Pero el general se dijo: «¡Tendré por amante a *madame* de Langeais!». Cuando un hombre, virgen de corazón y para quien el amor se convierte en una religión, concibe semejante pensamiento, no sabe en qué infierno acaba de introducirse.

Monsieur de Montriveau salió bruscamente del salón y regresó a su casa, devorado por los primeros accesos de su primera fiebre amorosa. Si hacia la mitad del camino de su vida un hombre aún conserva las creencias, las ilusiones, la franqueza y el ímpetu de la infancia, su primer gesto, por así decirlo, consistirá en tender la mano para apoderarse de lo que desea; pero luego, cuando sondea las distancias casi

imposibles de franquear que le separa del objeto deseado, se siente presa, como los niños, de una especie de asombro o impaciencia que comunica valor al objeto codiciado. Entonces se echa a temblar o llora.

Así, al día siguiente, después de las más tempestuosas reflexiones que jamás le trastornaron el alma, Armand de Montriveau se halló bajo el yugo de sus sentidos, que concentró la presión de un amor verdadero.

Aquella mujer que la víspera había tratado de manera tan caballeresca, al día siguiente se convirtió en el más santo y más temido de los poderes. De entonces en adelante fue para él el mundo y la vida. El solo recuerdo de las más leves emociones que ella le hizo experimentar hacía palidecer las mayores alegrías y los más vivos dolores que hubiese sentido en su vida. Las más repentinas revoluciones trastornan únicamente los intereses del hombre, mientras que una pasión trastorna sus sentimientos. Y para aquellos que viven más para los sentimientos que para el interés, para aquellos que tienen más alma y más sangre que espíritu y linfa, un amor real produce un cambio completo en su existencia. De un trazo, con una sola reflexión, Armand de Montriveau borró toda su vida pasada.

Después de preguntarse veinte veces, como un niño: «¿Iré? ¿No iré?», se vistió, llegó a la mansión de Langeais alrededor de las ocho de la noche y fue introducido a presencia de la mujer, no, de la mujer no, sino del ídolo que había visto la víspera, bajo las luces, como una joven fresca y pura vestida de gasa, de blonda y de velos. Llegó impetuosamente para declararle su amor, como si se tratase del primer cañonazo en un campo de batalla. ¡Pobre colegial! Encontró a su vaporosa sílfide envuelta en un peinador de cachemira parda, hábilmente abullonado, lánguidamente tendida en el diván de un oscuro tocador.

Madame de Langeais ni siquiera se levantó; sólo le mostraba la cabeza con los cabellos en desorden, pero retenidos por un velo. Luego, con una mano que, en el claroscuro causado por el tembloroso resplandor de una sola bujía, colocada a cierta distancia de ella, pareció a los ojos de Montriveau blanca como una mano de mármol, le indicó que se sentase y le dijo, con una voz tan dulce como aquella claridad:

—Si no hubieseis sido vos, señor marqués, si hubiese sido un amigo con el que no hubiese tenido que gastar cumplidos, o una persona indiferente que me hubiera interesado muy poco, no os hubiera recibido. Tal como me veis sufro horriblemente.

Armand le dijo:

—En tal caso, me iré.

—Pero —prosiguió ella, dirigiéndole una mirada cuyo fuego el ingenuo militar atribuyó a la fiebre— yo no sé si ha sido el presentimiento de vuestra agradable visita, cuya solicitud me emociona vivamente, mas lo cierto es que, desde hace un instante, he sentido que mi cabeza se aclaraba de sus vapores.

—¿Me permitís, pues, que me quede? —le dijo Montriveau.

—¡Ah, sentiría mucho que os fueseis! Esta mañana me decía que, sin duda, no debí de causaros la menor impresión; que debíais de haber tomado mi invitación por

una de esas frases triviales que las parisienses prodigan al azar, y ya perdonaba de antemano vuestra ingratitud. Un hombre que llega del desierto no tiene la obligación de saber hasta qué punto nuestro barrio se muestra celoso de sus amistades, que tienen carácter de exclusiva.

Estas graciosas palabras, dichas casi en un murmullo, cayeron, una a una, como si estuviesen cargadas del alegre sentimiento que parecía dictarlas. La duquesa quería gozar de todos los beneficios de su migraña y su especulación tuvo pleno éxito.

El pobre militar sufría realmente a causa del falso sufrimiento de aquella mujer. Como Crillon al oír el relato de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, estaba dispuesto a desenvainar su espada contra los vapores. ¿Cómo podía atreverse entonces a hablar a aquella enferma del amor que le inspiraba? Armand empezaba a percatarse de que era ridículo disparar su amor a quemarropa sobre una mujer tan superior. Un solo pensamiento le hizo comprender todas las delicadezas del sentimiento y las exigencias del alma. ¿Amar no es saber suplicar, mendigar y esperar bien? ¿No había que demostrar el amor que sentía? Se encontró con la lengua atada, helada, por los convencionalismos de aquel barrio noble, por la majestad de la migraña y por la timidez del verdadero amor. Pero ningún poder del mundo pudo velar las miradas de sus ojos, en los que resplandecían el calor y el desierto infinito, ojos tranquilos como los de las panteras, sobre los cuales los párpados, sólo de tarde en tarde, descendían. Ella encontró deleitosa aquella mirada fija, que la bañaba con su luz y con su amor.

—Señora duquesa —respondió él—. Temo expresar mal el reconocimiento que me inspiran vuestras bondades. En estos momentos, únicamente deseo una cosa: el poder de disipar vuestro sufrimiento.

—Permitid que me desembarace de esto; ahora tengo demasiado calor —dijo ella, haciendo saltar con un movimiento lleno de gracia el cojín que le cubría los pies, que dejó ver en toda su claridad.

—Señora, en Asia vuestros pies valdrían casi diez mil cequíes.

—Cumplido de viajero —dijo ella, sonriendo.

Aquella discreta dama se complacía llevando al rudo Montriveau hacia una conversación repleta de tonterías, de lugares comunes y de absurdos, en la que él maniobró, militarmente hablando, como hubiera hecho el príncipe Carlos al enfrentarse con Napoleón. Ella se divertía maliciosamente, reconociendo la extensión de aquella pasión en ciernes por el número de tonterías arrancadas a aquel principiante, al que llevaba, paso a paso, por un laberinto inextricable, donde quería abandonarlo, avergonzado de sí mismo. Empezó, pues, por burlarse de aquel hombre a quien, sin embargo, se complacía en hacer olvidar el tiempo transcurrido. La longitud de una primera visita suele ser, a veces, halagadora, pero Armand no prestó su complicidad para ello.

El célebre viajero ya llevaba una hora en el tocador de la duquesa, hablando de todo y sin haber dicho nada, sintiendo que no era más que un instrumento que aquella

mujer tocaba a su antojo, cuando ella se incorporó, se sentó, se echó al cuello el velo que le cubría la cabeza, se apoyó en un codo, le hizo los honores de una curación completa, y tocó la campanilla para que viniesen a encender las bujías del camarín. A la inacción absoluta en la que había permanecido, sucedieron los movimientos más graciosos: se volvió hacia *monsieur* de Montriveau y le dijo, en respuesta a una confidencia que acababa de arrancarle y que pareció interesarla vivamente:

—Queréis burlaros de mí al querer darme a entender que nunca habéis amado. Esto es lo que todos los hombres pretenden frente a nosotras. Y nosotras los creemos por pura cortesía. ¿Creéis que no sabemos a qué atenernos sobre el particular, por nosotras mismas? ¿Dónde está el hombre que no ha encontrado en su vida una sola ocasión de enamorarse? Pero a vosotros os gusta engañarnos y nosotras os dejamos hacer, pues somos unas estúpidas, porque vuestros engaños no son más que homenaje rendido a la superioridad de nuestros sentimientos, que son todo pureza.

Esta última frase fue pronunciada con un acento lleno de altivez y de orgullo, que convirtió a aquel amante novicio en una bala lanzada al fondo de un abismo, y a la duquesa en un ángel revoloteando hacia su cielo particular.

«¡Diantre! —exclamó Armand de Montriveau para su capote—. ¿Cómo me las arreglaré para decir a esta criatura salvaje que la amo?». Lo había dicho ya veinte veces, o más bien la duquesa lo había leído veinte veces en sus miradas, viendo en la pasión de aquel hombre verdaderamente grande, un entretenimiento para ella, algo que comunicaría un aliciente a su vida desprovista de interés. Así, pues, se preparaba con suma habilidad para alzar a su alrededor cierta cantidad de reductos, que él debía conquistar antes de abrirle las puertas de su corazón. Juguete de sus caprichos, Montriveau debía permanecer parado, saltando de dificultad en dificultad, como un insecto, atormentado por un niño, pasa de un dedo a otro, creyendo avanzar, mientras que su malicioso verdugo, lo deja siempre en el mismo punto. Sin embargo, la duquesa reconoció, con una dicha inexpresable, que aquel hombre íntegro y cabal no faltaba a su palabra ni mentía. Armand, en efecto, no había amado nunca. Se disponía a retirarse, descontento de sí mismo y aún más descontento de ella, cuando ella vio con alegría un gesto de enojo que se sabía capaz de disipar con una simple palabra, una mirada o un gesto.

—¿Vendréis mañana por la noche? —le dijo—. Voy al baile y os esperaré hasta las diez.

Al día siguiente Montriveau pasó la mayor parte de la jornada sentado a la ventana de su gabinete, ocupado en fumar una cantidad indeterminada de cigarros. Así pudo esperar la hora de vestirse e ir a la mansión de Langeais. Hubiera sido muy lamentable para quien conociese el magnífico valor de aquel hombre, verle tan pequeño, tan tembloroso, y saber que aquel pensamiento, cuyos rayos podían abrasar mundos enteros, se habían reducido a las proporciones del tocador de una pequeña amante. Pero él mismo se sentía ya tan decaído en su felicidad, que por nada del mundo hubiera confiado su amor a uno de sus amigos íntimos, ni que fuese para

salvar su vida. ¿No hay siempre, en el pudor que se apodera de un hombre, cuando ama, algo de vergüenza, y no será precisamente su pequeñez lo que constituye el orgullo de la mujer? ¿No será un sinfín de motivos parecidos, en fin, pero que las mujeres no se explican, los que las obligan, a casi todas, a ser las primeras en traicionar el misterio de su amor, misterio del que quizá se cansan?

—Señor —le dijo el ayuda de cámara—, la señora duquesa no está visible; está vistiéndose y os ruega que la esperéis aquí.

Armand se paseó por el salón, admirando el buen gusto que presidía los menores detalles. Admiró a *madame* de Langeais a través de las cosas que provenían de ella y revelaban sus costumbres, antes de que hubiese podido formarse una idea clara de su personalidad y sus ideas.

Transcurrida aproximadamente una hora, la duquesa salió de sus habitaciones sin hacer ruido. Montriveau se volvió, la vio andar con la ligereza de una sombra y se estremeció. Ella se acercó a él, sin decirle burguesamente: «¿Cómo me encontráis?». Estaba segura de sí misma y su mirada fija decía: «Me he compuesto así para agradaros».

Solamente una vieja hada madrina de una princesa triste había podido envolver, la garganta de aquella joven adorable con aquella gasa vaporosa cuyos pliegues tenían tonos vivos, realzados por el brillo de una tez satinada. La duquesa estaba resplandeciente. El azul claro de su vestido, cuyos adornos se repetían en las flores de su tocado, parecía dar cuerpo, por la calidad de sus colores, a sus formas esbeltas, que se habían vuelto aéreas; pues, al deslizarse con rapidez hacia Armand, hizo volar los dos extremos del echarpe que colgaba de sus hombros, y el bizarro militar no pudo entonces por menos de compararla con los lindos insectos azules que revolotean sobre las aguas, entre las flores, con las que parecen confundirse.

—Os he hecho esperar —dijo ella con la voz que saben adquirir las mujeres ante el hombre al que desean agradar.

—Esperaría pacientemente toda una eternidad si supiese que encontraría a la Divinidad tan bella como vos; pero hablaros de vuestra belleza no es un cumplido, pues sólo podéis ser sensible a la adoración. Permitidme únicamente que bese vuestro echarpe.

—¡Nada de eso! —dijo ella con un ademán altivo—. Os aprecio demasiado para no ofrecer os mi mano.

Y le tendió su mano, todavía húmeda, para que se la besara. Una mano de mujer, en el momento en que sale de su baño perfumado, conserva una indefinible frescura, una blandura aterciopelada, cuya halagadora impresión se transmite de los labios al alma. Así, en un hombre enamorado que tiene tanta voluptuosidad en los sentidos como amor en el corazón, semejante beso, casto en apariencia, puede despertar terribles tempestades.

—¿Me la tenderéis siempre así? —dijo humildemente el general, mientras besaba con respeto aquella mano peligrosa.

—Sí, pero de aquí no pasaremos —dijo ella, sonriendo.

Luego se sentó y se mostró muy torpe al ponerse los guantes, pues quería hacer deslizar su piel, demasiado estrecha, a lo largo de sus dedos, mirando al propio tiempo a *monsieur* de Montriveau, quien admiraba alternativamente a la duquesa y la gracia de sus reiterados gestos.

—¡Ah, muy bien! —dijo ella—. Habéis sido puntual y la puntualidad me gusta. Su Majestad dice que es la cortesía de los reyes, pero según yo pienso, y dicho sea entre nosotros, yo la considero la más respetuosa de las adulaciones. ¿No es verdad? ¿Qué decís?

Después le miró nuevamente de soslayo, para expresarle una amistad engañosa, al hallarle mudo de felicidad y dichoso por aquellas naderías. ¡Ah, la duquesa sabía a maravilla su oficio de mujer! Era admirable cómo sabía realzar a un hombre a medida que éste se empequeñecía, y recompensarlo con huecas adulaciones a cada paso que él daba para descender a las boberías del sentimentalismo.

—No dejéis nunca de venir a las nueve.

—No, pero decidme, ¿iréis al baile todas las noches?

—¿Acaso lo sé? —respondió ella alzando los hombros con un pequeño ademán de niña, como si quisiera manifestar que era todo capricho y que un amante debía tomarla así—. Además —prosiguió—, ¿qué os importa? Vos me acompañaréis.

—Esta noche será difícil —dijo él—. No estoy presentable.

—Yo creo —replicó ella mirándolo con orgullo— que si alguien debe sufrir por vuestra apariencia, ese alguien soy yo. Pero sabed, señor viajero, que el hombre cuyo brazo acepto está siempre por encima de la moda y nadie se atrevería a criticarlo. Veo que no conocéis el mundo y esto hace que aún os quiera más.

Y lo lanzaba ya a las pequeñeces mundanas, mientras trataba de iniciarlo en las vanidades de una mujer de moda.

«Si quiere hacer una tontería por mí —se dijo Armand—, bien necio seré si se lo impido. Sin duda me ama, y, ciertamente, no desprecia más al mundo que yo lo desprecio; así, vámonos al baile».

La duquesa pensaba, sin duda, que viendo al general seguirla al baile con botas y corbata negra, nadie vacilaría en creerlo apasionadamente enamorado de ella. Feliz de ver a la reina del mundo elegante dispuesta a comprometerse por él, el general se mostró discreto y lleno de esperanzas. Seguro de agradar, mostró sus ideas y sus sentimientos, sin experimentar el embarazo que la víspera le oprimió el corazón. Aquella conversación substancial, animada, repleta de las primeras confidencias que resultan tan dulces de decir como de oír, sedujo a *madame* de Langeais. ¿O era ella quien había imaginado aquella encantadora coquetería? Pero cuando sonó la medianoche, dirigió una maliciosa mirada al reloj de péndulo.

—¡Ah, haréis que llegue tarde al sarao! —dijo, manifestando la sorpresa y el despecho que le producía haberse olvidado de la hora.

Luego justificó su cambio de placeres con una sonrisa que hizo dar un brinco al

corazón de Armand.

—Se lo había prometido a *madame* de Beauséant —añadió—. Todos me esperan.

—Debéis ir, pues.

—No, continuad —dijo ella—. Me quedo. vuestras aventuras en Oriente me encantan. Contadme con detalle toda vuestra vida. Me gusta participar en los sufrimientos experimentados por un hombre valeroso, pues os aseguro que los comparto verdaderamente.

Jugueteaba con su echarpe, lo retorció y lo desgarraba con movimientos de impaciencia que parecían acusar un descontento interior y profundas reflexiones.

—Nosotros no valemos nada —prosiguió—. ¡Ah, somos personas indignas, egoístas, frívolas! Únicamente sabemos aburrirnos a fuerza de diversiones. Ninguno de nosotros comprende el papel que le corresponde desempeñar en la vida. En otros tiempos, en Francia, las mujeres irradiaban una luz bienhechora, vivían para aliviar a los que lloran, para alentar las grandes virtudes, recompensar a los artistas y animar la vida mediante nobles pensamientos. Si el mundo se ha hecho tan pequeño, la culpa es nuestra. Me hacéis odiar este mundo y las fiestas. No, no os sacrifico gran cosa.

Acabó de destrozar su echarpe como un niño que, jugando con una flor, termina por arrancarle todos los pétalos; estrujó la prenda, la tiró lejos de sí y de este modo pudo mostrar su cuello de cisne. Luego tocó la campanilla.

—No saldré —dijo a su ayuda de cámara.

Después posó tímidamente la mirada de sus grandes ojos azules sobre Armand, para hacerle aceptar, mediante el temor que expresaba, aquella orden por una confesión, por un gran favor, por el primer favor.

—Habéis sufrido mucho —dijo, después de una pausa llena de pensamientos y con aquella ternura que, a veces, tiene la voz de las mujeres, pero que no surge del corazón.

—No —respondió Armand—. Hasta hoy no sabía lo que era la felicidad.

—¿Y ahora ya lo sabéis? —dijo ella, mirándole con un aire hipócrita y taimado.

—Para mí, ahora, la felicidad sólo consistirá en veros y oíros... Hasta el presente, solamente había sufrido, pero ahora comprendo que puedo ser desgraciado...

—Basta, basta —dijo ella—. Idos, es medianoche, respetemos las conveniencias. Yo no he ido al baile y vos estabais aquí. No demos motivos a las habladorías. Adiós. No sé que diré, pero la migraña es buen cómplice y nunca nos deja en entredicho.

—¿Hay baile, mañana? —preguntó Armand.

—Os acostumbraréis a ellos. Sí, mañana iremos al baile.

Armand se fue convertido en el hombre más feliz del mundo. A partir de entonces, fue todas las noches a casa de *madame* de Langeais, a la hora que, por una especie de acuerdo tácito, le había sido reservada.

Resultaría fastidioso y para multitud de jóvenes que guardan bellos recuerdos semejantes sería una redundancia, hacer avanzar este relato paso a paso, siguiendo el poema de aquellas conversaciones secretas, cuyo curso se adelanta o se atrasa a

capricho de una mujer: con una pequeña disputa cuando el sentimiento corre demasiado, con una queja acerca del sentimiento cuando las palabras no responden a su pensamiento. Así, para señalar los progresos de aquella obra de Penélope, quizá convendría atenerse a las expresiones materiales del sentimiento.

Varios días después del primer encuentro de la duquesa y Armand de Montriveau, el asiduo general había conquistado plenamente el derecho de besar las insaciables manos de la dueña de su corazón. *Madame* de Langeais iba a todas partes acompañada de *monsieur* de Montriveau, a quien algunas personas llamaron, bromeando, *el ordenanza de la duquesa*. La posición de Armand ya le había creado envidiosos, celosos y enemigos.

Madame de Langeais había conseguido su objetivo. El marqués se confundía entre sus numerosos admiradores, y le servía para humillar a aquellos que se jactaban de gozar de su privanza, mostrando públicamente su preferencia por Armand ante los demás.

—Decididamente —decía *madame* de Sérizy—, *monsieur* de Montriveau es el hombre al que la duquesa distingue más.

¿Quién no sabe lo que quiere decir, en París, *ser distinguido por una mujer*?

Las cosas se hallaban perfectamente en regla.

Lo que los chismosos se complacían en contar del general tornole tan temible, que los jóvenes avisados abdicaron tácitamente de sus pretensiones sobre la duquesa, y sólo permanecieron a su sombra para sacar partido de la importancia que esto les confería, para servirse de su nombre y de su persona, para conseguir los favores de determinadas potencias de segundo orden, encantadas de quitar un amante a *madame* de Langeais.

La duquesa tenía una mirada demasiado perspicaz para no darse cuenta de estas deserciones y estos tratados, con los que su orgullo no le permitía dejarse engañar. Así, el príncipe de Talleyrand, que la quería mucho, sabía tomarse cumplida venganza mediante una frase de dos filos, con la que asestaba un golpe a aquellos matrimonios *morganáticos*. Las desdeñosas bromas de la duquesa contribuían bastante a aumentar el temor que inspiraba y a hacerla pasar por persona excesivamente maliciosa. Así consolidaba su reputación de virtud, divirtiéndose a costa de los secretos ajenos, sin dejar que penetrasen en los suyos.

Sin embargo, después de dos meses de asiduidades, ella experimentó algo así como un vago temor, en el fondo del alma, al ver que *monsieur* de Montriveau no comprendía en absoluto las finuras de la coquetería «faubourg-saint-germanesca», tomando en serio las monadas y melindres parisienses.

—Ese hombre, mi querida duquesa —le dijo el viejo *vidame* de Pamiers—, es primo hermano de las águilas; no lo amansaréis y os arrebatará a su nido, a poco que os descuidéis.

Al día siguiente de la noche en que el astuto anciano le hizo esta advertencia, en la que *madame* de Langeais temía hallar una profecía, intentó hacerse odiar y se

mostró dura, exigente, nerviosa y detestable con Armand, quien la desarmó con una dulzura angélica. Aquella mujer conocía tan poco la amplia bondad de los grandes caracteres, que quedó impresionada por las graciosas bromas con que sus quejas fueron acogidas al principio. Buscaba una pelea y encontró pruebas de afecto. Pero persistió en su actitud.

—¿En qué ha podido disgustaros —le dijo Armand— un hombre que os idolatra?

—No me disgustáis —respondió ella, mostrándose de pronto dulce y sumisa—. ¿Pero por qué queréis comprometerme? No debéis ser más que un *amigo* para mí. ¿No lo sabíais? Querría ver en vos el instinto y las delicadezas de la verdadera amistad, a fin de no perder vuestra estima ni el placer que me produce vuestra compañía.

—¡No ser más que vuestro *amigo*! —exclamó *monsieur* de Montriveau, que experimentó una sacudida eléctrica en la cabeza al escuchar aquella palabra terrible—. Confiando en las dulces horas que me concedéis, me duermo para despertar en vuestro corazón; y hoy, sin motivo, os complacéis en matar gratuitamente todas las esperanzas secretas que me hacen vivir. ¿Queréis darme a entender, después de haberme hecho prometer tanta constancia y de haber mostrado tanto horror ante las mujeres que no tienen más que caprichos, que, semejante a todas las mujeres de París, no tenéis amor, sino sólo pasiones? ¿Por qué, pues, habéis exigido mi vida y por qué la habéis aceptado?

—Me equivoqué, amigo mío. Sí, una mujer se equivoca lanzándose a una embriaguez que no puede ni debe recompensar.

—Ya comprendo, no habéis hecho más que mostraros ligeramente coqueta y...

—¿Coqueta? Detesto la coquetería. Ser coqueta, Armand, es prometerse a muchos hombres y no entregarse. Entregarse a todos es libertinaje. Esto es lo que yo he creído comprender en nuestras costumbres. Pero mostrarse melancólica con los humoristas, alegre con los indiferentes, política con los ambiciosos, escuchar con aparente admiración a los habladores, hablar de la guerra con los militares, apasionarse por el bien del país, por los filántropos, conceder a cada cual su pequeña dosis de adulación, esto me parece tan necesario como ponernos flores en los cabellos o lucir diamantes, guantes y vestidos. El trato es la parte moral del tocado. Se pone y se quita con el sombrero de plumas. ¿Llamáis a esto coquetería? Pero yo no os he tratado nunca como trato a todo el mundo. Con vos, amigo mío, soy sincera. No siempre he compartido vuestras ideas, y, cuando me habéis convencido, después de una discusión, ¿no es verdad que me habéis visto dichosa? En fin, os quiero, pero solamente como una mujer religiosa y pura puede querer. Me he hecho reflexiones. Estoy casada, Armand. Si la manera como vivo con *monsieur* de Langeais me deja disponer de mi corazón, las leyes y las conveniencias sociales me han privado del derecho de disponer de mi persona. Sea cual sea su posición social, una mujer deshonrada se ve expulsada del mundo, y aún no conozco ningún ejemplo de hombre que haya sabido a qué le comprometían nuestros sacrificios. Y aún más: la ruptura

que todos prevén entre *madame* de Beauséant y *monsieur* de Ajuda, que, según se dice, se casa con *mademoiselle* de Rochefide, me ha demostrado que casi siempre estos mismos sacrificios son la causa de vuestro abandono. Si me amaseis sinceramente dejaríais de venir a verme durante algún tiempo. Yo renunciaría, por vos, a todas las vanidades; ¿no es ya algo esto? ¿Qué no se dice de una mujer a la que ningún hombre acompaña? ¡Ah, que no tiene corazón, ingenio, ni alma; sobre todo, que no tiene encanto! ¡Oh, las coquetas no me perdonarán nada, me arrebatarán las cualidades que tanto les duele encontrar en mí! Si conservo mi reputación, ¿qué me importa qué mis rivales luzcan mis ventajas? Desde luego, no las heredarán. ¡Vamos, amigo mío, dad alguna cosa a quien tanto os sacrifica! Venid a verme con menos frecuencia, que yo no por ello os querré menos.

—¡Ah —respondió Armand con la profunda ironía de un corazón herido—, el amor, según los escritores, sólo se alimenta de ilusiones! Nada es más cierto, ya lo veo; tengo que contentarme con imaginarme que soy amado. Mas, ved, con los pensamientos sucede como con las heridas mortales: vos erais una de mis últimas creencias, y ahora veo que en esta tierra todo es falso.

Ella sonrió.

—Sí —prosiguió Montriveau con voz alterada—, vuestra fe católica, a la que queréis convertirme, es una mentira con la que los hombres se engañan; la esperanza es una mentira que descansa en el futuro, el orgullo es una mentira entre nosotros; la piedad, la sabiduría, el terror, son cálculos falaces. Mi felicidad, pues, será también una mentira; será necesario que me engañe a mí mismo y consienta en dar siempre un luis por un escudo. ¡Si podéis pasar tan fácilmente sin verme, si no me queréis por amigo ni por amante, es que no me amáis! ¡Y yo, pobre loco, me digo esto, lo sé, y a pesar de todo, amo!

—¡Pero, Dios mío, mi pobre Armand, no os encolericéis!

—¿Me encolerizo?

—Sí, creéis que todo es debatible, porque os hablo de prudencia.

En el fondo estaba encantada de la cólera que desbordaba de los ojos de su amante. En aquel instante, ella le atormentaba; pero al propio tiempo le juzgaba y observaba las menores alteraciones de su fisonomía. Si el general hubiese cometido el disparate de mostrarse generoso sin discusión, como suelen hacer a veces las almas cándidas, hubiera sido desterrado para siempre, convicto y confeso, de no saber amar. La mayoría de las mujeres quieren sentir violada la moral. ¿No es acaso una de sus lisonjas la de no ceder más que a la fuerza? Pero Armand no estaba lo bastante preparado en aquellas lides para ver la trampa hábilmente tendida por la duquesa. ¡Los hombres fuertes enamorados tienen tanto de niño en el alma!

—Si sólo queréis conservar las apariencias —dijo con ingenuidad—, estoy dispuesto a...

—¡Conservar sólo las apariencias! —exclamó ella interrumpiéndolo—. ¿Pero qué idea os habéis formado de mí? ¿Os he dado el menor motivo para pensar que pueda

ser vuestra?

—¡Vaya, pues! ¿Así, de qué hablamos? —preguntó Montriveau.

—Señor mío, me asustáis... No, perdón, gracias —repuso con tono frío—, gracias, Armand: me advertís a tiempo de una imprudencia hartamente involuntaria, podéis creerlo, amigo mío. ¡Decís que sabéis sufrir! Yo también sabré sufrir. Dejaremos de vemos; luego, cuando ambos hayamos sabido recobrar un poco de compostura, sabremos organizarnos una felicidad aprobada por el mundo. Yo soy joven, Armand, y un hombre falto de delicadeza podría hacer que una joven de veinticuatro años cometiese muchas tonterías y se portase de manera muy atolondrada. Pero vos seréis mi amigo; prometédmelo.

—La mujer de veinticuatro años —respondió Montriveau— sabe calcular. ¿Me amáis, señora? —preguntó él sentado en un diván del tocador, donde había permanecido hasta entonces con la cabeza entre las manos. De pronto la levantó y le mostró un rostro lleno de resolución—. ¡Decidme claramente sí o no!

Esta pregunta asustó más a la duquesa que si hubiese sido una amenaza de muerte, astucia vulgar que ya no asusta casi a ninguna mujer del siglo XIX, al no ver la espada que antaño los hombres mostraban al costado. ¿Pero no hay también gestos de las cejas, de las pestañas, contracciones en la mirada, temblores de labios que comunican el terror que expresan de manera tan viva y magnética?

—¡Ah —dijo ella—, si fuese libre, si...!

—¿Y sólo es vuestro marido lo que os preocupa? —exclamó alegremente el general, paseándose a grandes zancadas por la estancia—. Mi querida Antoinette, yo poseo un poder más absoluto que el del zar de todas las Rusias. Yo me entiendo muy bien con la fatalidad y puedo, socialmente hablando, adelantarla o retrasarla a mi antojo, como se hace con un reloj. Dirigir la fatalidad, en nuestra máquina política, consiste únicamente en conocer sus engranajes. Dentro de poco, seréis libre; acordaos entonces de vuestra promesa.

—¿Qué queréis decir, Armand? —exclamó ella—. ¡Gran Dios! ¿Creéis que puedo ser el premio de un crimen? ¿Acaso queréis mi muerte? ¿Es que no tenéis nada de religión? Yo temo a Dios. Aunque *monsieur* de Langeais me haya dado el derecho a odiarlo, no le deseo ningún mal.

Monsieur de Montriveau, que tamborileaba maquinalmente con los dedos sobre el mármol de la chimenea, se contentó con mirar a la duquesa con aire tranquilo.

—Amigo mío —prosiguió ella—, respetadlo. No me ama y no es para mí, pero tengo ciertos deberes que cumplir hacia él. Haría cualquier cosa por evitar las calamidades con que lo amenazáis. Escuchadme —agregó después de una pausa—, no os hablaré más de separación; vendréis aquí como antes y os seguiré dando mi frente a besar; si a veces os la negaba, era por pura coquetería, es verdad. Pero entendámonos —dijo, al ver que él se aproximaba—, me permitiréis que aumente el número de mis pretendientes, que los reciba por la mañana más de lo que hacía antes: quiero redoblar mi ligereza, trataros muy mal en apariencia, fingir una ruptura;

vendréis a verme con un poco menos de frecuencia y además...

Al decir estas palabras se dejó enlazar por el talle y pareció sentir, entre los brazos de Montriveau, el extraordinario placer que esta presión produce a casi todas las mujeres, pues en esta postura todos los placeres del amor parecen permisibles; luego, sin duda deseosa de que él le hiciese alguna confidencia, se alzó de puntillas para acercar la frente a los labios ardientes de Armand.

—Después —dijo Montriveau— no me habléis más de vuestro marido; no debéis pensar más en él.

Madame Langeais guardó silencio.

—Al menos —dijo después de una pausa expresiva— haréis todo lo que yo quiera, sin murmurar, sin ser malo, ¿verdad, amigo mío? ¿No es cierto que habéis querido asustarme? ¡Vamos, confesadlo! Sois demasiado bueno para concebir pensamientos criminales. ¿Pero, y si tuvieseis secretos que yo no conociese? ¿Cómo podéis gobernar la suerte a vuestro antojo?

—Soy demasiado feliz ahora, en el momento en que habéis confirmado el don de vuestro amor, para saber bien lo que os respondería. Tengo confianza en vos, Antoinette y no tendré sospechas ni falsos celos. Pero si el hado os hiciera libre, estamos unidos...

—El hado, Armand —dijo ella haciendo uno de esos graciosos mohines que parecen contener tantas cosas y que esta clase de mujeres distribuyen a la ligera, como una cantante hace arpegios con su voz—. La pura casualidad —agregó—. Sabedlo bien: si por vuestra culpa sucediese algo desgraciado a *monsieur* de Langeais, yo no sería nunca vuestra.

Se separaron, mutuamente contentos. La duquesa había hecho un pacto que le permitiría demostrar al mundo, por sus palabras y sus acciones, que *monsieur* de Montriveau no era su amante. En cuanto a él, la astuta joven se proponía cansarlo, al no otorgarle más favores que los que él le arrebatava en aquellas pequeñas luchas, que ella interponía a su capricho. Sabía revocar, tan lindamente, al día siguiente, las concesiones hechas la víspera, estaba tan firmemente decidida a mantenerse físicamente virtuosa, que no veía que hubiese ningún peligro para ella en unos preliminares únicamente temibles para las mujeres muy apasionadas. Por último, una duquesa separada de su marido ofrecía muy poco al amor, al sacrificarle un matrimonio anulado desde hacía mucho tiempo.

Por su parte, Montriveau, contento de obtener promesas, aunque fuesen vagas, y de apartar para siempre las objeciones que una esposa encuentra en la fe conyugal para negarse al amor, se congratulaba por haber conquistado un poco más de terreno. Así, durante algún tiempo, abusó de los derechos de usufructo que le fueron tan difícilmente concedidos. Más niño que nunca, aquel hombre se abandonaba a todas las niñerías que hacen del primer amor la flor de la vida. Volvía a la infancia al expansionar su alma y todas las fuerzas equívocas que le comunicaba su pasión, sobre las manos de aquella mujer, sobre sus rubios cabellos, cuyos bucles sedosos

besaba, sobre aquella frente replandeciente que él veía pura. Inundada de amor, vencida por los efluvios magnéticos de un sentimiento tan cálido, la duquesa vacilaba en hacer surgir la querrela que habría de separarlos para siempre. Era más mujer que lo que ella misma pensaba, la pobre niña, al esforzarse por conciliar las exigencias de la religión con las vivas emociones de la vanidad, con la ilusión de placer con que se aturden las parisienses. Todos los domingos oía misa y no perdía un solo oficio; luego, por la noche, se sumía en las embriagadoras voluptuosidades que proporcionan unos deseos reprimidos sin cesar. Armand y *madame* de Langeais se parecían a esos faquires de la India que hallan la recompensa a su castidad en las tentaciones que ésta les proporciona. Es posible también que la duquesa hubiese terminado por resolver el amor en aquellas caricias tradicionales, que, sin duda, hubieran parecido inocentes a todo el mundo, pero a las que los atrevimientos de su pensamiento prestaban excesivas depravaciones. ¿Cómo explicar de otro modo el misterio incomprensible de sus perpetuas fluctuaciones? Todas las mañanas se proponía cerrar las puertas de su casa al marqués de Montriveau; y luego, todas las noches, a la hora prevista, se rendía a su hechizo. Después de una débil defensa, deponía algo su malicia; su conversación se hacía más dulce y melosa; sólo dos amantes podían hablarse así. La duquesa desplegaba su ingenio más rutilante, sus coqueterías más seductoras; y luego, cuando había irritado el alma y los sentidos de su amante, si éste la estrechaba entre sus brazos, ella se hubiera dejado muy gustosa destrozar y retorcer por él, pero tenía su *non plus ultra* de pasión; y cuando llegaba a él, se enfadaba invariablemente si, dominado por su ardor, él intentaba franquear la barrera.

Ninguna mujer se atreve a negarse, sin motivo, al amor, pues nada es más natural que ceder a él; por lo tanto, *madame* de Langeais no tardó en rodearse de una segunda línea de fortificaciones, más difíciles de tomar que las primeras. Evocó los terrores de la religión.

Jamás un Padre de la Iglesia defendió mejor y con más elocuencia la causa de Dios; nunca fueron más justificadas las venganzas del Altísimo, como las que previno la voz de la duquesa. Ella no empleó frases de sermón ni grandilocuencias retóricas. No, ella tenía su propio *pathos*. A las súplicas más ardientes de Armand, respondía con una mirada bañada en llanto, con un gesto que pintaba una espantosa plenitud de sentimientos; lo hacía callar pidiéndole gracia; no quería oír una palabra más, pues sucumbiría, y la muerte le parecía preferible a una felicidad criminal.

—¿No es nada, pues, desobedecer a Dios? —le decía con una voz debilitada por los combates interiores, que aquella linda comediente parecía dominar difícilmente y de manera pasajera—. Os sacrificaría gustosa los hombres, la tierra entera, pero sois muy egoísta al pedirme todo mi porvenir a cambio de un momento de placer. Vamos a ver: ¿No sois feliz? —añadía, tendiéndole la mano y mostrándose a él con un descuido en el vestir que, desde luego, ofrecía a su amante unas consolaciones que él no dejaba de aprovechar.

Si para retener a un hombre, cuya pasión ardiente le hacía experimentar

emociones desacostumbradas, o, si por debilidad, ella se dejaba robar un beso furtivo, en seguida fingía miedo, enrojecía y expulsaba a Armand de su canapé, en el momento en que el canapé se hacía peligroso para ella.

—Vuestros placeres son pecados que yo tengo que expiar, Armand; me cuestan penitencias y remordimientos —exclamaba.

Cuando Montriveau se veía a dos sillas de distancia de aquella falda aristocrática, se ponía a blasfemar y maldecía a Dios. La duquesa entonces se enojaba.

—Amigo mío —decía secamente—, no comprendo por qué os negáis a creer en Dios, cuando lo que es imposible es creer en los hombres. Callaos, no habléis así; tenéis el alma demasiado grande para comulgar con las tonterías del liberalismo, que tienen la pretensión de matar a Dios.

Las discusiones teológicas y políticas le servían de duchas para calmar a Montriveau, que se olvidaba del amor cuando ella despertaba su cólera, lanzándolo a mil leguas de aquel tocador, para enzarzarle en las teorías del absolutismo, que ella defendía maravillosamente. (Pocas mujeres se atreven a ser demócratas, pues entonces están en contradicción flagrante con su despotismo en el terreno sentimental). Pero, con la misma frecuencia, el general sacudía la melena, dejaba la política, rugía como un león, se golpeaba los flancos, se lanzaba sobre su presa y volvía terriblemente enamorado junto a su amante, incapaz de llevar por mucho más tiempo sobre el corazón su pensamiento en flagrantia. Si aquella mujer se sentía asaltada por una fantasía demasiado incitante que podía comprometerla, sabía salir entonces de su tocador: abandonaba la atmósfera cargada de deseo que allí se respiraba, se dirigía al salón, se sentaba al piano, cantaba las más deliciosas melodías de la música moderna y así engañaba el amor de los sentidos, que, a veces, no la perdonaban, pero que ella tenía la fuerza de vencer. En aquellos momentos aparecía sublime a los ojos de Armand: no fingía, era sincera y el pobre amante se creía amado. ¡Aquella resistencia egoísta hacía que la tomase por una criatura santa y virtuosa, y el buen general de artillería se resignaba y hablaba de amor platónico!

Cuando se cansó de utilizar la religión en su exclusivo interés personal, *madame* de Langeais la utilizó en interés de Armand: le expuso un *Genio del Cristianismo* para uso de militares. Montriveau se impacientó y encontró aquel yugo pesado de soportar. Entonces, por puro espíritu de contradicción, ella le habló mucho de Dios, para ver si Dios conseguía librarla de un hombre que perseguía su objetivo con una constancia que empezaba a asustarla. Además, se complacía prolongando cualquier polémica que pareciese eternizar la lucha moral, después de la cual venía una lucha material, completamente distinta y muy peligrosa.

Pero si la oposición, hecha en nombre de las leyes del matrimonio, representó la *época civil* de aquella guerra sentimental, aquélla constituyó su *época religiosa* y tuvo, como la precedente, una crisis, después de la cual decreció su rigor.

Una noche, Armand, que había llegado fortuitamente, muy temprano, encontró al abate Gondrand, director espiritual de *madame* de Langeais, arrellanado en una

butaca al amor de la lumbre, como si estuviese dirigiendo la cena y los bonitos pecados de su penitente. La vista de aquel hombre, de semblante fresco y reposado, que tenía la frente tranquila, la boca ascética y una mirada maliciosamente inquisitiva, que mostraba en su porte una auténtica nobleza eclesiástica, y ya lucía en sus hábitos el violeta episcopal, ensombreció de manera singular la expresión de Montriveau, que permaneció silencioso, sin saludar a nadie. Al margen de su amor, el general no se hallaba desprovisto de tacto: así, pues, le bastó cambiar algunas miradas con el futuro obispo para comprender que, aquel hombre, era el causante de las dificultades con que el amor de la duquesa se erizaba contra él. La idea de que un ambicioso abate se entrometiese en la felicidad de un hombre hecho y derecho como Montriveau, a fin de arrebatársela, tal idea, hirvió en su rostro, le crispó los dedos y le obligó a levantarse y andar nerviosamente; luego, cuando volvió a su sitio, con la intención de hacer una escena, una sola mirada de la duquesa bastó para calmarle. *Madame* de Langeais, en absoluto embarazada por el hosco silencio de su amante, que hubiera puesto violenta a cualquier otra mujer, continuaba enfrascada en aguda conversación con el abate Gondrand, departiendo sobre la necesidad de restablecer la religión en su antiguo esplendor. Con expresiones más certeras que el abate, decía por qué la Iglesia debía ser un poder temporal y espiritual a la vez, lamentando que la Cámara de los Pares no tuviese aún su *banco de los obispos*, del mismo modo como la Cámara de los Lores lo tenía.

Pero el abate, sabiendo que la cuaresma le permitiría desquitarse, cedió la plaza al general y se fue. La duquesa apenas se levantó para devolver a su director espiritual la humilde reverencia que éste le hizo, tan intrigada se sentía por la actitud de Montriveau.

—¿Qué tenéis, amigo mío?

—Vuestro abate se me ha atragantado.

—¿Por qué no tomabais un libro? —le dijo ella, sin preocuparse de que el abate la oyese o no, pues en aquellos momentos estaba cerrando la puerta.

Montriveau guardó silencio unos instantes, pues la duquesa acompañó esta frase con un gesto que aún subrayaba más su profunda impertinencia.

—Mi querida Antoinette, os agradezco que deis preferencia al amor frente a la Iglesia; pero os agradecería que me contestaseis a una pregunta.

—¡Ah, me interrogáis! Lo acepto, desde luego —prosiguió—. ¿No sois mi amigo? Nada me impide mostraros el fondo de mi corazón, pues sólo veréis en él una imagen.

—¿Habéis hablado a este hombre de nuestro amor?

—Es mi confesor.

—¿Sabe que os amo?

—Supongo, señor de Montriveau, que no pretenderéis que os revele mis secretos de confesión.

—¿Así, ese hombre conoce todas nuestras querellas y el amor que yo siento por

vos?...

—¿Un hombre, señor? Decid más bien Dios.

—¡Dios, Dios! En vuestro corazón sólo debo estar yo. Dejad a Dios tranquilo donde está, por amor suyo y mío. Señora, no iréis más al confesionario, o bien...

—¿O bien? —preguntó ella, sonriendo.

—O bien yo no volveré por aquí nunca más.

—Partid, Armand. Adiós, adiós para siempre.

Ella se levantó y se fue al tocador, sin dirigir ni una sola mirada a Montriveau, quien permaneció de pie, con la mano apoyada en una silla. Ni él mismo supo jamás cuánto tiempo permaneció así. El alma tiene el poder desconocido de extender el espacio y de contraerlo.

Abrió la puerta del tocador y lo encontró oscuro. Una voz débil se hizo más fuerte para decir con acritud:

—Yo no he llamado. Además, ¿por qué entráis sin que os lo ordene? Suzette, dejadme.

—¿Sufrió mucho? —preguntó Montriveau.

—Levantaos, señor —repuso ella tocando la campanilla— y salid de aquí, al menos por un momento.

—La señora duquesa desea luz —dijo al ayuda de cámara, que entró en el tocador para encender las bujías.

Cuando los dos amantes estuvieron solos, *madame* de Langeais permaneció tendida sobre el diván, muda, inmóvil, absolutamente como si Montriveau no estuviese allí.

—Querida —dijo él, con un acento de dolor y de bondad sublime—, me equivocaba. No te querría nunca sin religión...

—Es una suerte —replicó ella sin mirarlo y con voz dura— que reconozcáis la necesidad de la conciencia. Os lo agradezco por Dios.

Al oír esto, el general, abatido por la falta de clemencia de aquella mujer, que sabía convertirse a voluntad en una extraña o en una hermana para él, dio un paso desesperado hacia la puerta dispuesto a abandonarla para siempre sin decirle una sola palabra. Sufría, y la duquesa se reía de los sufrimientos causados por una tortura moral mucho más cruel que las antiguas torturas de la Inquisición. Pero aquel hombre no era dueño de irse. En cualquier género de crisis, las mujeres están grávidas, en cierto modo, de cierta cantidad de palabras; y si no han conseguido decirlas, experimentan la sensación de que expresan su opinión sobre algo incompleto. *Madame* de Langeais, que no lo había dicho todo, tomó nuevamente la palabra:

—No tenemos las mismas convicciones, general, y esto me apena. Sería espantoso que la mujer no creyese en una religión que permite seguir amando más allá de la tumba. Dejo aparte los sentimientos cristianos, que vos no comprendéis. Permitidme que os hable tan sólo de las conveniencias. ¿Queréis prohibir a una mujer de la corte la *santa mesa*, cuando lo aprobado por la sociedad es que se acerque a ella

por Pascua? Hay que saber hacer algo en defensa del propio partido, señor mío. Los liberales no conseguirían matar, aunque lo deseen, el sentimiento religioso. La religión será siempre una necesidad política. ¿Os querríais encargar de gobernar a un pueblo de socialistas? Napoleón no se atrevió a hacerlo y persiguió a los ideólogos. Para impedir a los pueblos que discurran, hay que imponerles sentimientos. Aceptemos, pues, la religión católica con todas sus consecuencias. Si queremos que Francia vaya a misa, ¿no debemos comenzar predicando con el ejemplo?

»La religión, Armand es, como veis, el vínculo de los principios conservadores que permite que los ricos estén tranquilos. La religión está íntimamente ligada a la propiedad. Ciertamente, es más hermoso conducir a los pueblos por medio de ideas morales que por el patíbulo, como en tiempos del Terror, único medio que vuestra detestable Revolución inventó para hacerse obedecer. El sacerdote y el rey sois vos, soy yo, es la princesa, mi vecina; son, en una palabra, todos los intereses de las personas honradas encarnados en un ser determinado.

»Así, amigo mío, esforzaos por defender dignamente a vuestro partido, del que podréis llegar a ser un Sila, por poca ambición que tengáis. Yo no entiendo de política y mis razonamientos se inspiran en el sentimiento; sin embargo, sé lo bastante de ella para adivinar que la sociedad se hundiría si constantemente pusiésemos en duda sus bases...

—Si vuestro corazón, si vuestro gobierno piensan así, me dais pena —dijo Montriveau—. La Restauración, señora, debe de decirse, como Catalina de Médicis, cuando creyó perdida la batalla de Dreux: «¡Bien, iremos a la iglesia!». El año 1815 es el de vuestra batalla de Dreux. Como el trono de aquellos días la habéis ganado de hecho, pero la habéis perdido de derecho. El protestantismo político triunfa en los espíritus. Si no queréis proclamar un edicto de Nantes, o, si proclamándolo, lo revocáis; si un día sois convictos y confesos de no desear por más tiempo la Carta, que no es más que una prenda dada para mantener los intereses revolucionarios, la Revolución volverá a alzarse, terrible, y le bastará con asestar un golpe: y no es ella quien saldrá de Francia, pues es su propio suelo. Los hombres se dejan matar, pero los intereses, no. Pero, Dios mío, ¿qué nos importan Francia, el trono, el legitimismo, el mundo entero? Esto son simplezas al lado de mi felicidad. Poco me importa que reinéis o que os derriben. ¿Dónde estoy, pues?

—Amigo mío, estáis en el tocador de la señora duquesa de Langeais.

—¡No, no, aquí no hay duquesas ni Langeais; estoy junto a mi querida Antoinette!

—¿Queréis hacerme el favor de quedaros donde estáis? —dijo ella riendo y rechazándolo, pero sin violencia.

—¿Así, no me habéis amado nunca? —preguntó él con una rabia que hacía lanzar chispas a sus ojos.

—No, amigo mío.

Aquél no equivalía a un sí.

—Soy un gran imbécil —dijo él, besando la mano de aquella terrible reina que había vuelto a ser mujer—. Antoinette —prosiguió, apoyando la cabeza sobre sus pies—, tu ternura es demasiado casta para comunicar nuestra dicha a nadie.

—¡Ah, qué loco sois! —dijo ella levantándose con un movimiento gracioso, aunque vivo.

Y sin añadir palabra, corrió a su salón.

«¿Qué tendrá, pues?», se preguntó el general, incapaz de adivinar la poderosa conmoción que su ardiente cabeza había comunicado enérgicamente de los pies a la cabeza de su amante.

En el momento en que irrumpió furioso en el salón, escuchó unos acordes celestiales. La duquesa estaba sentada al piano. Los hombres de ciencia o los poetas que pueden comprender y gozar simultáneamente, sin que la reflexión perjudique sus placeres, sienten que el alfabeto y la fraseología musical son los instrumentos íntimos del músico, del mismo modo como la madera o el metal lo son del ejecutante. Para ellos existe una música aparte, en el fondo de la doble expresión de este sensual lenguaje de las almas, el *Andiamo mio ben* puede hacer brotar lágrimas de alegría o hacer reír de pena, según la cantante. Suele suceder a menudo que una joven que expira bajo el peso de un dolor desconocido, un hombre cuya alma vibra bajo los arrebatos de una pasión, tome un tema musical y conversen con el cielo, o hablen con su propia alma en una sublime melodía, semejante a un poema perdido. El general escuchaba en aquellos momentos una de esas poesías desconocidas, tan ignoradas como las quejas solitarias de un avecilla, muerta sin compasión en una selva virgen.

—Dios mío, ¿qué tocáis? —dijo con voz apagada.

—El preludio de una romanza llamada, según creo, *Aguas del Tajo*.

—Ignoraba lo que podía expresar una pieza para piano —repuso él.

—Amigo mío —le dijo ella, dirigiéndole por primera vez una mirada de mujer enamorada—, tampoco sabéis que os amo, que me hacéis sufrir horriblemente y que es necesario que me queje sin dar a entender demasiado mis sentimientos; de lo contrario, sería vuestra... Pero vos no veis nada.

—¡Y vos no queréis hacerme dichoso!

—Armand, moriría de dolor al día siguiente.

El general salió con brusquedad, pero al encontrarse en la calle enjugó dos lágrimas que había tenido la fuerza de retener en sus ojos.

La religión duró tres meses. Expirado este plazo, la duquesa, hastiada de decir y repetir siempre lo mismo, entregó a Dios, atado de pies y manos, a su amante. Quizá temía que, a fuerza de hablar de la eternidad, perpetuaría el amor del general en este mundo y en el otro.

En honor de esta mujer es necesario que la consideremos virgen, incluso de corazón; de lo contrario, sería demasiado horrible. Muy lejos aún de aquella edad en que el hombre, y la mujer se encuentran demasiado cerca del futuro para perder tiempo y ponerse trabas a sus propios goces, ella había llegado, sin duda, no a su

primer amor, sino a sus primeros placeres. A falta de poder comparar el bien y el mal, defecto de sufrimientos que le hubiesen enseñado el valor de los tesoros arrojados a sus pies, se burlaba de todo ello. Al no conocer las resplandecientes delicias de la luz, se complacía en permanecer en las tinieblas. Armand, que empezaba a entrever esta situación extraña, esperaba que la naturaleza dijese la primera palabra. Todas las noches, al salir de casa de *madame* de Langeais, pensaba que una mujer no aceptaría durante siete meses las atenciones de un hombre y las pruebas de amor más tiernas y más delicadas, no se abandonaría a las exigencias superficiales de una pasión para burlarla en un momento, y esperaba, pacientemente, la estación del sol, sin dudar que recogería sus frutos lozanos y sabrosos.

Había comprendido perfectamente los escrúpulos de la mujer casada y los escrúpulos religiosos. Aquellos combates incluso le alegraban.

Encontraba a la duquesa púdica, cuando en realidad sólo era terriblemente coqueta; y no la hubiera querido de otro modo. Así, pues, le gustaba ver cómo inventaba obstáculos, que él iba superando uno a uno. Y cada triunfo aumentaba la débil suma de las privaciones amorosas tanto tiempo presentes, y que, después, ella le concedía con toda apariencia de amor. Pero se había acostumbrado tanto a degustar las menudas y progresivas conquistas con que se entretienen los amantes tímidos, que ya no podía prescindir de ellas. En cuanto a obstáculos, por tanto, sólo tenía que vencer sus propios terrores, pues, el único impedimento a su felicidad, lo veía en los caprichos de aquella que se dejaba llamar *Antoinette*. Resolvió entonces querer más, quererlo todo. Lleno de embarazo, como un amante aún joven que no se atreve a creer en la humillación de su ídolo, vaciló mucho tiempo, experimentando aquellas terribles reacciones del corazón, aquellas voluntades y propósitos arraigados que basta una palabra para aniquilar aquellas resoluciones que expiran al umbral de una puerta. Se despreciaba por no tener el valor de decir una palabra, y no la pronunciaba. Sin embargo, una noche exigió, melancólico y sombrío, que le fuesen concedidos sus derechos ilegalmente legítimos. La duquesa no esperó la petición de su esclavo para adivinar el deseo que lo consumía. ¿Puede mantenerse secreto el deseo de un hombre? ¿No poseen todas las mujeres la ciencia infusa de ciertos trastornos de la fisonomía?

—¡Cómo! ¿Queréis dejar de ser mi amigo? —le dijo, interrumpiéndolo a la primera palabra, para dirigirle una mirada embellecida por un divino rubor, que afluyó como nueva sangre sobre su tez diáfana—. Para recompensarme de mis generosidades, queréis deshonrarme. Vamos, reflexionad un poco. Yo he reflexionado mucho; pienso siempre en *nosotros*. Existe una honestidad femenina a la que nosotras no debemos faltar, del mismo modo como vosotros no debéis faltar al honor. Yo no conozco el engaño. Si fuera vuestra, ya no podría ser de ningún modo la mujer de *monsieur* de Langeais. Exigís el sacrificio de mi posición, de mi alcurnia y de mi vida, por un amor dudoso que aún no tiene siete meses de paciencia. ¡Cómo! ¿Ya queréis arrebatarme la facultad de disponer libremente de mí misma? No, no, dejad

de hablarme así. No, no me digáis nada. No quiero ni puedo oíros.

Después de pronunciar estas palabras, *madame* de Langeais tomó su peinado con ambas manos, para echarse hacia atrás los bucles que le calentaban la frente y parecía mostrarse muy animada.

—Venís a presencia de una débil criatura con cálculos muy bien tramados, diciéndoos: «Me hablará de su marido durante algún tiempo, después de Dios y luego de las consecuencias inevitables del amor; pero yo usaré y abusaré de la influencia que habré sabido conquistar; me haré necesario; tendré a mi favor los vínculos establecidos por la costumbre, los dictámenes prescritos por la sociedad; por último, cuando el mundo haya terminado por aceptar nuestras relaciones, seré amo de esta mujer». Sed franco, esto es lo que pensáis... ¡Ah, calculáis y decís amar! ¡Quitad allá! ¡Estáis enamorado, sí, eso lo creo! Me deseáis y queréis tenerme por amante, esto es todo. Pues bien, no; *la duquesa de Langeais* no descenderá a esto. Engañad con vuestras falsedades a ingenuas burguesas; a mí no me engañaréis nunca. No tengo la menor seguridad de vuestro amor. Me habláis de mi belleza y puedo volverme fea en seis meses, como mi querida vecina la princesa. Os encanta mi ingenio, mi gracia; Dios mío, os acostumbraríais a ellos tal como os acostumbraríais al placer. ¿No os habéis acostumbrado ya, desde hace algunos meses, a los favores que he tenido la debilidad de concederos? Cuando estuviese perdida, un día, como única razón de vuestro cambio, sólo me diríais estas palabras decisivas: «Ya no os amo». Posición, fortuna, honor, toda la duquesa de Langeais desaparecerá, tragada por una esperanza frustrada. Tendré hijos que serán la prueba de mi vergüenza, y... Pero —prosiguió, sin poder contener un mohín de impaciencia— soy demasiado buena para explicaros lo que sabéis mejor que yo. Vamos, no pasemos de aquí. Me siento demasiado dichosa de poder romper aún los vínculos que consideráis tan fuertes. ¿Hay algo, pues, de tan heroico en venir todas las noches al hotel de Langeais para pasar unos instantes junto a una mujer cuya conversación os complace, y con la que os divertís, como si fuese un juguecito? Pero sabed que, de tres a cinco, también recibo en mi casa a varios jóvenes fatuos, que vienen con la misma regularidad que vos por las noches. Éstos son muy generosos. Me burlo de ellos y soportan con bastante compostura mis humoradas, mis impertinencias, y me hacen reír; mientras que vos, depositario de los tesoros más preciosos de mi alma, queréis perderme y causarme mil disgustos. Callaos, basta, por favor —dijo ella viendo que se disponía a hablar—. No tenéis corazón, ni alma, ni delicadeza. Sé lo que vais a decirme. Pues bien, sí. Prefiero pasar a vuestros ojos por una mujer fría e insensible, falta de abnegación, incluso sin corazón, que pasar a los ojos del mundo por una mujer vulgar, que verme condenada a penas eternas después de haberme condenado a vuestros pretendidos placeres, que, sin duda alguna, terminarían por cansaros. Vuestro amor egoísta no vale tantos sacrificios...

Estas palabras reproducen de manera imperfecta las que profirió la duquesa, con la viva prolijidad de un organillo para adiestrar canarios. Efectivamente, ella pudo

hablar a su antojo, pues el pobre Armand únicamente respondía a aquel torrente de notas aflautadas con un silencio repleto de horribles sentimientos. Por primera vez entreveía la coquetería de aquella mujer y adivinaba instintivamente que el amor abnegado, el amor compartido, no calcula ni razona así en una mujer de verdad. Luego experimentó una especie de vergüenza al decirse que, en efecto, había realizado los cálculos, de manera involuntaria, cuyo odioso pensamiento ella le reprochaba. Después, examinándose, con una buena fe completamente angélica, sólo encontró egoísmo en las palabras de la duquesa, en sus ideas, en sus respuestas concebidas y no expresadas. Se atribuyó toda la culpa, y, en su desesperación, sintió deseos de arrojar por la ventana. El yo le aniquilaba. ¿Qué podía decir, en efecto, a una mujer que no creía en el amor? «Dejadme demostraros cuánto os amo». Siempre el yo.

Montriveau no sabía, como en estas circunstancias saben todos los héroes de tocador, imitar al rudo lógico que se antepone a los pírricos que niegan el movimiento. A aquel hombre audaz le faltaba precisamente la audacia acostumbrada de los amantes concedores de las fórmulas del álgebra femenina. Si tantas mujeres, incluso las más virtuosas, son víctimas de individuos hábiles en el amor, a los que el vulgo da un mal nombre, quizá sea porque son grandes *experimentadores* y muy hábiles en las demostraciones, y el amor requiere, pese a su deliciosa poesía de los sentimientos, un poco más de geometría de lo que muchos piensan.

Mas téngase en cuenta que la duquesa y Montriveau se parecían en una cosa: ambos eran igualmente inexpertos en amor. Ella conocía muy poco su teoría, ignoraba su práctica, no sentía nada y reflexionaba ante todo. Montriveau no era muy ducho en la práctica, ignoraba la teoría y sentía demasiado para reflexionar. Ambos, pues, eran víctimas de las desdichas inherentes a esta extraña situación.

En aquel momento supremo, sus mil y un pensamientos podían reducirse a éste solo: «Dejaos poseer». Frase horriblemente egoísta para una mujer en quien estas palabras no despertaban ningún recuerdo ni evocaban ninguna imagen. Sin embargo, había que responder. Aunque él tuviese la sangre fustigada por aquellas pequeñas frases en forma de flecha, agudísimas, frías, aceradas, disparadas una a una, Montriveau debía esforzarse por ocultar su cólera, para no perderlo todo por una extravagancia.

—Señora duquesa, he llegado a la desesperada conclusión de que Dios no ha inventado para la mujer otra forma de confirmar el don de su corazón, que añadiéndole el de su persona. El alto valor que os atribuí me demuestra que yo no debo atribuirlos un valor menor. Si me dais vuestra alma y todos vuestros sentimientos, como me decís, ¿qué importa el resto? Además, si mi felicidad representa un sacrificio tan penoso para vos, no hablemos más de ello, únicamente, perdonad a un hombre de corazón la humillación que siente al verse tomado por un perrillo faldero.

El tono de esta última frase quizás hubiera asustado a otras mujeres; pero cuando

uno de esos genios con faldas se pone por encima de todo y se deja divinizar, ningún poder de la tierra puede competir con ella con orgullo.

—Señor marqués, me desespera pensar que Dios no haya inventado para el hombre una forma más noble de confirmar el don de su corazón, que por medio de la manifestación de unos deseos prodigiosamente vulgares. Si nosotras, al entregar nuestra persona, nos convertimos en unas esclavas, un hombre no se compromete a nada al aceptarnos. ¿Quién puede asegurarme que seré siempre amada? El amor que mostraré en todo instante para atraeros aún más a mí, será quizás el motivo de que me abandonéis. No quiero convertirme en una segunda edición de *madame* de Beauséant. ¿Cómo podemos saber lo que os retiene a nuestro lado? Nuestra constante frialdad es el secreto de la constante pasión de algunos de vosotros; a otros les hace falta un afecto perpetuo, una adoración constante; a éstos, dulzura; a aquéllos, despotismo. Mujer alguna ha conseguido descifrar totalmente vuestro corazón.

Reinó una pausa, después de la cual ella cambió de tono.

—En fin, amigo mío, no podéis impedir que una mujer tiemble al hacerse esta pregunta: «¿Me amaré siempre?». Por duras que sean, mis palabras están dictadas por el temor que siento de perderos. ¡Dios mío, no soy yo, quien habla, querido amigo, sino la razón! ¿Cómo es posible que una persona tan loca como yo la tenga? A decir verdad, lo ignoro.

Al oír esta respuesta iniciada con la ironía más desgarradora y terminada con los acentos más melódicos que puede emplear una mujer para pintar el amor en su ingenuidad, Montriveau creyó pasar, en un instante, del martirio al cielo. Palideció, y cayó por primera vez en su vida de rodillas a los pies de una mujer. Besó los bajos de la falda de la duquesa, le besó los pies, las rodillas; pero, por el honor del faubourg Saint-Germain, es necesario no revelar los misterios de sus tocadores, donde al amor se le exigía todo, menos lo que podía demostrarlo.

—Mi querida Antoinette —exclamó Montriveau en el delirio en que lo sumió el total abandono de la duquesa, que se creyó generosa al dejarse adorar—, sí, tienes razón, no quiero que conserves dudas. En estos momentos, tiemblo también ante el temor de que pueda abandonarme el ángel de mi vida, y querría inventar vínculos indisolubles para nosotros.

—¡Ah! —dijo ella en voz baja—. ¿Ves cómo tengo razón?

—Déjame terminar —prosiguió Armand—, voy a disipar todos tus temores con una sola palabra. Escucha: si te abandonase, merecería mil muertes. Sé toda mía y te daré derecho a matarme si te traiciono. Yo mismo escribiré una carta en la que declararé ciertos motivos que me obligarían a matarme; en esta carta, en fin, pondré mis últimas disposiciones. Tú poseerás este testamento que haría que mi muerte fuese legítima, y así podrías vengarte sin tener que temer nada de Dios ni de los hombres.

—¿Para qué necesito yo esa carta? Si perdiese tu amor, ¿qué me importaría la vida? Si quisiera matarte, ¿no sabría seguirte? No, te agradezco la idea, pero no quiero esa carta. Podría creer que me eres fiel por temor, o acaso el peligro de una

infidelidad podría representar un atractivo para quien así entregase su vida. Lo único que es difícil de hacer, Armand, es lo que yo te pido.

—¿Y qué me pides?

—Tu obediencia y mi libertad.

—¡Dios mío! —exclamó él—. Soy como un niño.

—Un niño voluntarioso y muy mimado —dijo ella, acariciando la tupida cabellera de aquella cabeza, que conservaba sobre sus rodillas—. ¡Oh, sí, más querido de lo que se figura, y sin embargo muy desobediente! ¿Por qué no seguir así? ¿Por qué no sacrificarme unos deseos que me ofenden? ¿Por qué no aceptar lo que te concedo, si es todo cuanto puedo otorgarte honestamente? ¿No eres feliz, así?

—¡Oh, sí! —repuso él—. Soy feliz cuando no tengo dudas. Antoinette, en amor, dudar, ¿no es morir?

Y él mostró de pronto lo que era y lo que son todos los hombres bajo el juego del deseo: elocuente, insinuante. Después de haber saboreado los placeres sin duda permitidos por un ukase secreto y jesuítico, la duquesa experimentó aquellas emociones cerebrales cuya costumbre le había hecho el amor de Armand tan necesario como el gran mundo, el baile y la Ópera. Verse adorada por un hombre cuya superioridad y cuyo temple inspiran temor; hacer de él un niño; jugar, como Popea, con un Nerón; muchas mujeres, como son prueba las esposas de Enrique VIII, pagaron esta peligrosa felicidad con toda la sangre de sus venas. Pues bien, curioso presentimiento: al entregarle los lindos cabellos casi blancos de tan rubios, por los que él gustaba de pasear sus dedos, al notar cómo la mano pequeña de aquel hombre verdaderamente grande la estrechaba, mientras ella jugaba con los negros mechones de su cabellera, en aquel tocador en que él reinaba, la duquesa se decía:

«Este hombre sería capaz de matarme si se diese cuenta de que me divierto con él».

Monsieur de Montriveau permaneció hasta las dos de la madrugada junto a su amante, que, a partir de aquel momento, ya no le pareció una duquesa, ni una Navarreins: Antoinette se había disfrazado tan a la perfección, que parecía una mujer. Durante aquella noche deliciosa, el más dulce prefacio hecho por una parisién para lo que el mundo llama *una falta*, el general pudo ver en ella, pese a los melindres de un pudor afectado, toda la belleza de una joven. Pudo pensar con cierta razón que aquel gran número de querellas caprichosas formaban los velos con que se vestía un alma celeste y que había que alzar, uno a uno, como aquéllos en que envolvía su adorable persona. La duquesa fue para él la más ingenua y candorosa de las amantes e hizo de ella la mujer de su elección; se fue dichoso de haberla conducido finalmente a darle tantas prendas de amor, que le pareció imposible no ser ya, para ella, un esposo secreto, cuya elección era aprobada por Dios.

Dominado por aquellos pensamientos, con el ardor de los que experimentan todas las obligaciones del amor, saboreando al propio tiempo sus placeres, Armand regresó lentamente a su casa. Seguía los muelles del Sena, a fin de ver el mayor espacio

posible de cielo, pues quería ensanchar el firmamento y la naturaleza al sentir el corazón engrandecido. Sus pulmones le parecían aspirar más aire que la víspera. Al andar se interrogaba y se prometía amar, tan religiosamente, a aquella mujer, que ella podría hallar todos los días una absolución de sus faltas sociales en una dicha constante.

¡Dulces agitaciones de una vida plena! Los hombres que tienen suficiente fuerza para impregnar su alma de un sentimiento único, experimentan goces infinitos al contemplar, fugazmente, toda una vida ardiente sin cese, como algunos religiosos podían contemplar la luz divina en sus éxtasis. Sin esta creencia en su perpetuidad, el amor no sería nada; la constancia lo engrandece. Fue así como, al salir, preso de su felicidad, Montriveau comprendió la pasión.

«¡Somos el uno para el otro para siempre!».

Este pensamiento era para aquel hombre un talismán que realizaba los votos de su vida. No se preguntaba si la duquesa cambiaría, si aquel amor duraría; no, tenía fe, aquella virtud sin la cual no hay porvenir cristiano, pero que, tal vez, sea aún más necesaria a la sociedad. Por primera vez concebía la vida a través de los sentimientos, él, que hasta entonces sólo había vivido para la acción más exorbitante de las fuerzas humanas: la entrega casi corporal del soldado.

A la mañana siguiente, *monsieur* de Montriveau se dirigió temprano al faubourg Saint-Germain. Estaba citado en una casa próxima a la mansión de Langeais, a la que se dirigió como a su propia casa una vez terminados sus asuntos. El general iba entonces en compañía de un hombre por el que parecía sentir una especie de aversión cuando le encontraba en los salones. Este hombre era el marqués de Ronquerolles, cuya reputación llegó a ser tan grande en las alcobas de París; hombre de ingenio, de talento, hombre valeroso sobre todo, y que daba el tono a toda la juventud de la capital; hombre galante, cuyos éxitos y cuya experiencia eran objeto de igual envidia y al que no faltaban ni la fortuna ni la ilustre cuna que dan a París tanto lustre: cualidades de las personas de moda.

—¿Adónde vas? —dijo *monsieur* de Ronquerolles a Montriveau.

—A casa de *madame* de Langeais.

—¡Ah, es verdad, olvidaba que te has dejado cazar con liga! Pierdes con esa mujer un amor que podrías emplear mucho mejor con otra. Yo hubiera podido darte diez mujeres que valen mil veces más que esta cortesana con pergaminos, que hace con su cabeza lo que otras mujeres más francas hacen con...

—¿Pero qué dices, querido? —dijo Armand interrumpiendo a Ronquerolles—. La duquesa es un ángel de candor.

Ronquerolles se echó a reír.

—Ya que eso es lo que crees, querido, mi deber es iluminarte. Sólo una palabra, entre nosotros, y no tendrá consecuencias. ¿La duquesa te pertenece? En tal caso, nada tengo que objetar. Vamos, hazme tus confidencias. Se trata de no perder el tiempo injertando tu bella alma en una naturaleza ingrata que hará abortar todas tus

esperanzas.

Cuando Armand le hizo, ingenuamente, un cumplido relato, en el que mencionó, con todo detalle, los derechos que tan penosamente había obtenido, Ronquerolles estalló en una risa tan cruel, que a cualquier otro le hubiera costado la vida. Mas hubiera bastado ver cómo se miraban aquellos dos seres, cómo hablaban solos en una esquina, tan lejos de los hombres como si hubiesen estado en medio de un desierto, para comprender que una amistad sin límites los unía y que ningún interés humano podía enemistarlos.

—Mi querido Armand, ¿por qué no me dijiste que te interesabas tanto por la duquesa? Te hubiera dado algunos consejos que te hubieran hecho llevar a buen término esta intriga. Empieza por enterarte de que a las mujeres de nuestro barrio les gusta, como a todas, bañarse en amor, pero quieren poseer sin ser poseídas. Han transigido con la naturaleza. La jurisprudencia de la parroquia se lo ha permitido casi todo, menos el pecado positivo. Las golosinas con que te obsequia tu linda duquesa son pecados veniales de los que se lava en las aguas de la penitencia. Pero si tú tuvieses la impertinencia de querer seriamente el pecado mortal al que tú debes de conceder la mayor importancia, naturalmente, verías con qué profundo desdén te serían cerradas incontinenti la puerta del tocador y la de la calle. La tierna Antoinette lo olvidaría todo y tú serías menos que cero para ella. Tus besos, mi querido amigo, serían enjugados con la indiferencia que las mujeres ponen en todas las cosas de su aseo personal. La duquesa tomaría una esponja y se quitaría el amor de sus mejillas, como si fuese carmín. Conocemos esta clase de mujeres; son la parisién pura. ¿Has visto alguna vez en las calles a una modistilla con su paso menudo? Su cabeza es digna de un cuadro: lindo sombrerito, mejillas frescas, cabellos coquetones, fina sonrisa...; el resto apenas se muestra cuidado. ¿No es éste su retrato? Aquí tienes a la parisién: sabe que lo único visible de ella será la cabeza; para ésta, pues, serán todos los cuidados, los adornos, las vanidades. Pues bien, tu duquesa es todo cabeza: únicamente siente con la cabeza, tiene su corazón en la cabeza, voz de cabeza y es golosa por la cabeza. ¡Y llamamos a esta pobre criatura una *Lais* intelectual! Juega contigo como si fueses un niño. Si aún lo dudas, puedes tener la prueba de ello esta noche, esta mañana, ahora mismo. Sube a su casa, intenta exigir, querer imperiosamente lo que te niega.

Armand estaba estupefacto.

—¿La deseas hasta el punto de haber perdido tus facultades de raciocinio?

—¡La quiero a cualquier precio! —exclamó Montriveau desesperado.

—Pues bien, escucha. Sé tan implacable como lo será ella; trata de humillarla, de herir su vanidad, de interesar no el corazón y el alma, sino los nervios y la linfa de esta mujer nerviosa y linfática a la vez. Si puedes despertarle el deseo, estás salvado. Pero desecha estas ideas hermosas e infantiles. Si, después de estrecharla en tus garras de águila, cedes y transiges, si mueves una sola ceja, si ella cree que aún puede dominarte, se escapará de tus garras como un pez y huirá para no dejarse capturar

jamás. Sé inflexible como la ley. No tengas más caridad que el verdugo. Golpea. Cuando hayas golpeado, golpea de nuevo. Golpea siempre como si manejases el knut. Las duquesas son duras, mi querido Armand, y estas naturalezas femeninas sólo se ablandan bajo el efecto de los golpes; el sufrimiento les da un corazón y golpearlas es una obra de caridad. Golpea, pues, sin cesar. ¡Ah, cuando el dolor haya enternecido bien sus nervios y ablandado esas fibras que tú crees dulces y suaves; cuando haya hecho palpar un corazón seco, que sólo entonces adquirirá elasticidad; cuando el cerebro haya cedido, la pasión penetrará, tal vez, en los resortes metálicos de esta máquina de producir lágrimas, mohines y desmayos, mezclados con frases melifluas; y entonces, presenciarás un incendio verdaderamente magnífico, si, a pesar de todo, la chimenea quiere encenderse! ¡Este tipo de acero femenino adquirirá el rojo del hierro en la forja, un calor más duradero que cualquier otro, y esta incandescencia se convertirá quizás en amor! Sin embargo, lo dudo. Además, ¿vale tanto trabajo la duquesa?

Entre nosotros, tendría necesidad de haber sido formada antes por un hombre como yo; yo hubiera hecho de ella una mujer encantadora, pues tiene fuste para ello; mientras que entre vosotros dos no pasaréis del abecé del amor. Pero tú amas, y en estos momentos no puedes compartir mis ideas sobre la cuestión. Que os divirtáis, hijos míos —añadió Ronquerolles riendo, después de una pausa—. Yo me pronuncio en favor de las mujeres fáciles; al menos éstas son tiernas, aman de manera natural y no con los aderezos de la sociedad. Mi pobre amigo, ¿una mujer que usa de argucias, que sólo quiere inspirar amor? Hay que tenerla como si fuese un caballo de lujo; viendo, en el combate del confesionario contra el canapé o del blanco contra el negro, de la reina contra el bufón, de los escrúpulos contra el placer, una partida de ajedrez entretenidísima. Un hombre medianamente astuto, que supiese jugar, daría jaque mate en tres jugadas, a voluntad. Si yo tuviese una mujer como ésta, me fijaría por objetivo...

Pronunció una palabra al oído de Armand y lo abandonó bruscamente, para no escuchar su respuesta.

Montriveau, una vez solo, penetró como una tromba en el patio de la mansión de Langeais y subió a las habitaciones de la duquesa. Sin hacerse anunciar, irrumpió en su dormitorio.

—Esto no se hace —dijo ella, cruzando apresuradamente su peinador—. Armand, sois un hombre abominable. Vamos, dejadme, os lo ruego. Salid inmediatamente y esperadme en el salón. Salid.

—Querido ángel —le dijo él—. ¿Así, un esposo no tiene ningún privilegio?

—Pero esto es de un gusto detestable, señor, ya sea un esposo o un marido quien sorprenda así a su mujer.

Él se acercó a ella, la levantó y la estrechó en sus brazos.

—Perdóname, mi querida Antoinette, pero mil sospechas desagradables me corroen el corazón.

—¡Sospechas, bah!... ¡Ah, con qué cosas me venís!

—Sospechas casi justificadas. Si tú me amases, ¿me recibirías tan quejosa? ¿No hubieras estado contenta al verme? ¿No hubieras sentido algo en el corazón? Piensa que yo, que no soy mujer, experimento íntimos temblores sólo al escuchar tu voz. El deseo de estrecharte entre mis brazos me ha asaltado más de una vez en medio de un baile.

—¡Ah, si os inspira sospechas el simple hecho de que yo no me arroje en vuestros brazos ante todo el mundo, temo que habréis de sospechar de mí durante toda mi vida! ¡A vuestro lado. Otelo no es más que un niño!

—¡Ah —exclamó él con desesperación—, no me amáis!...

—Al menos en este momento, habéis de convenir en que no sois amable.

—¿Así, pues, aún tengo que procurar agradaros?

—Naturalmente. Vamos —dijo, con un mohín imperativo—, salid, dejadme. Yo no soy como vos: yo quiero agradaros siempre...

Jamás mujer alguna supo poner tanta gracia en su impertinencia como *madame* de Langeais. ¿No es esto duplicar su efecto? ¿No hay para poner furioso al hombre más frío? En aquel instante, sus ojos, el sonido de su voz, su actitud, atestiguaron una especie de libertad perfecta, que nunca existe en la mujer amante, cuando se encuentra en presencia de aquél cuya sola vista debe hacerla palpar. Puesto sobre aviso por los consejos del marqués de Ronquerolles, y ayudado por aquella rápida introspección que la pasión proporciona a los seres menos sagaces, aunque sólo sea a título momentáneo, pero que se encuentra entera en los hombres fuertes, Armand adivinó la terrible verdad que revelaba el aplomo de la duquesa, y en su corazón surgió una tempestad que lo agitó como un lago presto a desbordarse.

—Si era cierto lo que anoche decías, sé mía, mi querida Antoinette —exclamó—; quiero que...

—En primer lugar —dijo ella, rechazándolo con fuerza y con calma cuando lo vio avanzar—, no me comprometáis. Mi doncella podría oíros. Respetadme, os lo ruego. Vuestra familiaridad es muy agradable por la noche en mi tocador; pero aquí está fuera de lugar. Además, ¿qué significa este «quiero»? ¡Yo quiero! Sois la primera persona que me dice esta palabra. Me parece muy ridícula, perfectamente ridícula.

—¿No cederéis ni un ápice sobre este punto? —preguntó él.

—¡Ah, llamáis punto a disponer libremente de nuestra propia persona! Un punto capitalísimo, en efecto; y me permitiréis que sea, en lo tocante a este punto, la dueña completa de mis actos.

—¿Y si, fiándome de vuestras promesas, lo exigiese?

—¡Ah, me demostraríais que cometí la mayor de las equivocaciones al haceros la más ligera promesa! No sería tan necia como para sostenerla, y os rogaría que me dejaseis tranquila.

El general palideció y quiso lanzarse hacia ella; *madame* de Langeais tocó la campanilla, la doncella hizo su aparición, y, sonriendo con una gracia burlona, la

duquesa dijo a Armand:

—Tened la bondad de volver cuando esté visible.

Montriveau sintió entonces la dureza de aquella mujer fría y cortante como el acero y que le aplastaba con su desprecio. En aquellos momentos, ella rompió unos vínculos que sólo eran fuertes para su amante. La duquesa leyó en el rostro de Armand las exigencias secretas de aquella visita, y juzgó que había llegado el momento de demostrar a aquel soldado imperial que las duquesas podían prestarse al amor, pero no entregarse a él, y que su conquista sería más difícil que lo fue la del Imperio.

—Señora —dijo Armand—, no tengo tiempo de esperar. Soy, como vos misma habéis dicho, un niño mimado. Cuando quiera de verdad esto de que hablábamos hace un momento, lo tendré.

—¿Lo tendréis? —dijo ella con un aire altivo al que se mezcló cierta sorpresa.

—Lo tendré.

—¡Ah, me complacerá mucho que así lo queráis! Por simple curiosidad, me encantaría saber cómo pensáis hacerlo...

—Me encanta —respondió Montriveau riendo de un modo que se proponía asustar a la duquesa— poner un aliciente en vuestra existencia. ¿Me permitís que os venga a buscar esta noche para ir al baile?

—Os doy mil gracias, pero *monsieur* de Marsay os avisará de que tengo un compromiso.

Montriveau saludó gravemente y se retiró.

«Así, pues, Ronquerolles estaba en lo cierto —pensó—. Ahora vamos a jugar una partida de ajedrez».

A partir de entonces, ocultó sus emociones bajo la calma más completa. Ningún hombre es lo bastante fuerte para poder soportar estos cambios de fortuna, que hacen pasar rápidamente al alma del bien más grande a una desdicha suprema. Quizá pudo entrever la dicha para sentir mejor el vacío de su existencia precedente. La tempestad fue terrible; pero sabía sufrir y afrontó el asalto de sus tumultuosos pensamientos como una roca de granito afronta las olas del océano proceloso.

«No he podido decirle nada; en su presencia no tengo ánimos. Ella no sabe hasta qué punto es vil y despreciable. Nadie se ha atrevido a enfrentar a esta criatura consigo misma. Sin duda se ha burlado de muchos hombres; yo los vengaré a todos».

Quizá por primera vez el amor y la venganza se mezclaron por partes tan iguales en un corazón de hombre, que ni el propio Montriveau podía saber quién triunfaría: si el amor o la venganza. Aquella misma noche asistió al baile en que debía de encontrarse la duquesa de Langeais, y casi desesperó de alcanzar con su ataque a aquella mujer, a la que se sintió tentado de atribuir algo de demoníaca. Ella se mostró con él graciosa y risueña, pues sin duda no quería que los demás sospechasen que se había peleado con *monsieur* de Montriveau.

Un enfado mutuo revela amor. Pero el hecho de que la duquesa conservase sus

mismos modales, mientras que el marqués se mostraba sombrío y apenado, revelaba a las claras que Armand no había conseguido nada de ella. El mundo sabe adivinar muy bien las desdichas de los hombres desdeñados y no los confunde con las desavenencias ficticias impuestas por algunas mujeres a sus amantes, con la esperanza de ocultar el mutuo amor que se profesan. Todos se burlaron de Montriveau, que, al no haber podido consultar a su cornaca, permaneció con aire soñador y dolorido. Es posible que *monsieur* de Ronquerolles le hubiese aconsejado comprometer a la duquesa, respondiendo a sus falsas declaraciones de amistad con demostraciones apasionadas. Armand de Montribeau salió del baile asqueado de la naturaleza humana y cosiéndole creer en una perversidad tan completa.

«Si no existen verdugos para semejantes crímenes —se dijo, mirando las ventanas iluminadas de los salones donde bailaban, hablaban y reían las mujeres más seductoras de París—, te agarraré por el moño, señora duquesa, y te haré sentir mi acero más afilado que el cuchillo de la Gréve. Acero contra acero: veremos qué corazón tiene el filo más afilado».

III

LA MUJER VERDADERA

*Ez cueurs guastez de tout poinct, ne sourd que venins di
vindicté.*

«Les Cent Contes drólatiques» (tercera década,
«Berthe la repentie»).

*El amor crea en la mujer una mujer nueva; la de la
víspera ya no existe al día siguiente.*

LOS MARANA

Aproximadamente durante una semana, *madame* de Langeais esperó volver a ver al marqués de Montriveau; pero Armand se contentó con enviar todas las mañanas su tarjeta a la mansión de Langeais. Cada vez que la duquesa recibía esta tarjeta no podía contener un estremecimiento, dominada por siniestros presentimientos, confusos como un vaticinio de desdicha. Al leer aquel nombre, tan pronto creía sentir en sus cabellos la mano poderosa de aquel hombre implacable, como aquel nombre le pronosticaba unas venganzas que su espíritu inquieto le hacía parecer atroces. Lo había estudiado demasiado bien para no temerlo. ¿La asesinaría? ¿Y si aquel hombre de cuello de toro la destripase, lanzándola por encima de su cabeza? ¿La lanzaría al suelo para pisotearla? ¿Cuándo o cómo la atacaría? ¿La haría sufrir, y qué género de sufrimiento pensaba imponerle? Empezaba a arrepentirse. Durante algunas horas, si él hubiese venido, ella se hubiera echado en sus brazos con un completo abandono. Todas las noches, al adormecerse, surgía ante ella el rostro de Montriveau bajo un aspecto distinto. Unas veces era su sonrisa amarga, otras la contracción jupiterina de sus cejas, su mirada de león o un altivo encogimiento de hombros, que lo convertía en un ser terrible. Al día siguiente, la tarjeta le parecía manchada de sangre. Vivía agitada por su nombre, mucho más que lo estuviera por el amante fogoso, terco y exigente. Su aprensión crecía aún más en el silencio; se veía obligada a aprestarse, sin ayuda de nadie, a una lucha horrible, de la que no podía hablar.

Aquel alma, altiva y dura, era más sensible a las sollicitaciones del odio que antes lo fuera a las caricias del amor. ¡Ah, si el general hubiese podido ver a su amante en el momento en que los pliegues de su frente se unían en su entrecejo, para sumirse en amargos pensamientos, en el fondo de aquel tocador donde había saboreado tantas alegrías, quizás hubiese concebido grandes esperanzas! ¿No es la altivez uno de los sentimientos humanos que sólo pueden engendrar acciones nobles? Aunque *madame*

de Langeais guardase el secreto de sus pensamientos, podemos suponer que *monsieur* de Montriveau había dejado de serle indiferente. ¿No es una inmensa conquista para un hombre la de ocupar los pensamientos de una mujer? En el alma femenina hay necesariamente que progresar, en un sentido o en otro. Ponedla ante un animal terrible; caerá de rodillas, sin duda alguna, y esperará la muerte, pero si la bestia es clemente y no la mata, ella amará al caballo, al león o al toro, y hablará de ellos satisfecha. La duquesa se sentía bajo las garras del león: temblaba, pero sin odio.

Aquellas dos personas, que se enfrentaban de manera tan singular, se encontraron tres veces en sociedad durante aquella semana. Y cada vez, en respuesta a sus preguntas coquetas, la duquesa recibía de Armand saludos respetuosos y sonrisas que mostraban una ironía tan cruel, que confirmaban todas las aprensiones que la tarjeta de visita le inspiraba por las mañanas. La vida es lo que la hacen ser los sentimientos y éstos abrieron un abismo entre aquellos dos seres.

La condesa de Sérizy, hermana del marqués de Ronquerolles, daba un gran baile a principios de la semana siguiente, al que debía asistir *madame* de Langeais. La primera figura que vio la duquesa al entrar fue la de Armand. Esta vez la esperaba, o así lo pensó ella al menos. Sus miradas se cruzaron. Un sudor frío surgió de pronto de todos los poros del cuerpo de Antoinette. Creía a Montriveau capaz de cualquier venganza inaudita, proporcionada a la situación de ambos. Había encontrado ya la venganza, ella estaba dispuesta, cálida e hirviente. Los ojos del amante traicionado la fulminaron y de su rostro irradiaba un odio dichoso. Así, pese a su voluntad de expresar frialdad e impertinencia, la mirada de la duquesa permaneció apagada. Fue a situarse junto a la condesa de Sérizy, quien no pudo evitar decirle:

—¿Qué tenéis, mi querida Antoinette? Me producís espanto.

—Me pondré buena después de una contradanza —respondió ella dando la mano a un joven que se adelantó a recibirla.

Madame de Langeais se puso a bailar con una especie de furor y de vehemencia que redobló la mirada abrumadora de Montriveau. El marqués permaneció de pie, ante los espectadores que contemplaban el baile. Cada vez que su amante pasaba ante él, su mirada seguía la cabeza que giraba, clavándose en ella como la de un tigre en su presa. Terminado el vals, la duquesa fue a sentarse junto a la condesa, y el marqués no cesaba de mirarla, mientras hablaba con un desconocido.

—Sí, señor —le decía—, una de las cosas que más me impresionaron en este viaje...

La duquesa era todo oídos.

—... fue la frase que pronuncia el guardián de Westminster al mostrar el hacha con la que según se dice, un hombre enmascarado cortó la cabeza de Carlos I, en memoria del rey que se las dijo a un curioso.

—¿Y qué dijo? —preguntó *madame* de Sérizy.

—¡No toquéis el hacha! —respondió Montriveau con un tono que encerraba amenaza.

—A decir verdad, señor marqués —dijo la duquesa de Langeais—, miráis mi cuello con un aire tan melodramático al repetir esta vieja anécdota, que conocen todos cuantos han estado en Londres, que ya me parece veros empuñando un hacha.

Pronunció estas últimas palabras riendo, aunque bañada en un sudor frío.

—Pero, teniendo en cuenta las circunstancias, esta historia tiene mucha actualidad —respondió él.

—¿Y cómo es eso, por favor? ¿Podéis decirme por qué?

—Porque, señora, vos habéis tocado el hacha —le dijo Montriveau.

—¡Qué profecía tan encantadora! —repuso ella sonriendo con una gracia afectada—. ¿Y cuándo caerá mi cabeza?

—Yo no deseo ver caer vuestra linda cabeza, señora. Únicamente temo para vos una gran desgracia. Si os cortasen el pelo ¿no lamentaríais la pérdida de vuestros hermosos cabellos rubios, de los que sabéis sacar tanto partido?...

—Pero hay personas a las que las mujeres hacen muy gustosas tales sacrificios, y a menudo incluso a hombres que no saben disculparlas un malhumor pasajero.

—De acuerdo. Pero supongamos que, de repente, mediante un procedimiento químico, un gracioso os arrebatase vuestra belleza, haciéndoos aparentar cien años, a pesar de que, para nosotros, sólo tenéis dieciocho. ¿Qué haríais entonces?

—Pero, señor mío —dijo ella, interrumpiéndole—, las viruelas son nuestra batalla de Waterloo. Al día siguiente conocemos a los que nos aman de verdad.

—¿No echaríais de menos este rostro delicioso que...?

—¡Ah, sí, mucho, pero menos por mí que por aquél cuya alegría constituyese! Sin embargo, si me amasen sinceramente, ¿qué me importaría la belleza?

—¿Qué decís a eso, Clara?

—Es una especulación peligrosa —respondió *madame* de Sérizy.

—¿Se podría demandar a Su Majestad, el rey de los brujos —prosiguió *madame* de Langeais—, cuando haya cometido el delito de tocar el hacha, a pesar de que aún no he ido nunca a Londres?...

—*Not so* —dijo él, dejando escapar una risa burlona.

—¿Y cuándo comenzará el suplicio?

Montriveau sacó fríamente el reloj y consultó la hora con una convicción realmente espantosa.

—No terminará el día sin que os ocurra una horrible desgracia...

—No soy una niña fácil de asustar, o, mejor dicho, soy una niña que no conoce el peligro —dijo la duquesa—; voy a bailar, sin temor, al borde del abismo.

—Estoy encantado, señora, de saber que tenéis tanto carácter —respondió Montriveau al ver cómo iba a ocupar su sitio en la contradanza.

A pesar de su aparente desdén por las negras predicciones de Armand, la duquesa era presa de verdadero terror. Apenas cesó la opresión moral y física en que la mantenía su amante cuando éste salió del baile. Con todo, después de disfrutar un momento del placer de respirar a sus anchas, se sorprendió al notar que echaba de

menos las emociones causadas por el miedo, hasta tal punto la naturaleza femenina siente avidez por las sensaciones extremas. Esta añoranza no era amor, pero ciertamente pertenecía a los sentimientos que lo preparan. Después, como si la duquesa experimentase de nuevo la emoción que M. de Montriveau le había hecho sentir, recordó el aire de convicción con que había consultado la hora y, dominada por el espanto, decidió retirarse.

Era cerca de medianoche. Uno de los criados que la esperaba le puso el manto y la precedió para acompañarla al coche; después, cuando estuvo sentada en el interior del vehículo, se hundió en cavilaciones harto naturales, provocadas por la predicción del *monsieur* de Montriveau. Cuando el coche hubo llegado al patio, penetró en un vestíbulo casi idéntico al de su mansión, pero, de pronto, no reconoció la escalera; luego, en el momento en que se volvía para llamar a sus servidores, varios hombres la asaltaron con rapidez, amordazándola con un pañuelo, atándole las manos y los pies y llevándosela. Ella lanzó un grito terrible.

—Señora, tenemos orden de mataros si gritáis —le susurraron al oído.

El pánico de la duquesa era tan enorme que nunca supo explicar por dónde ni cómo la transportaron. Cuando recuperó el sentido, se encontró, atada de pies y manos, con cuerdas de seda y tendida sobre el canapé de un cuarto de soltero. No pudo contener un grito al ver los ojos de Armand de Montriveau, que, sentado tranquilamente en un sillón y envuelto en su batín, fumaba un cigarro.

—No gritéis, señora duquesa —dijo, sacando rápidamente el cigarro de la boca—. Tengo migraña. Además, voy a desataros. Pero escuchad bien lo que tendré el honor de deciros.

Desató delicadamente las cuerdas que ataban los pies de la duquesa.

—¿De qué os servirían vuestros gritos? Nadie puede oírlos. La educación que habéis recibido os impide hacer muecas inútiles. Si no queréis permanecer tranquila, si pretendéis luchar conmigo, os ataré de nuevo las manos y los pies. Creo que, en resumidas cuentas, os respetáis demasiado para permanecer sobre este canapé, como si estuvieseis en vuestra casa, tendida sobre el vuestro; frío aún, si vos quisierais... Me habéis hecho derramar muchas lágrimas, que ocultaba a todo el mundo, sobre este canapé.

Mientras Montriveau le hablaba, la duquesa paseó a su alrededor esa mirada de mujer, furtiva, pero que sabe verlo todo aunque parezca distraída. Le gustó mucho aquel aposento, bastante parecido a la celda de un monje. Flotaban en el ambiente el alma y el pensamiento del hombre que lo ocupaba. Ningún adorno alteraba la pintura gris de las paredes desnudas. En el suelo había una alfombra verde. Un canapé negro, una mesa cubierta de papeles, dos butacones y una cómoda, sobre la que había un despertador, una cama muy baja, cubierta de un cubrecama rojo, bordeado por una greca negra, revelaban las costumbres de una vida reducida a la mínima expresión. Sobre la chimenea había un candelabro de tres brazos que, por su forma egipcia, evocaba la inmensidad de los desiertos por los que había vagado tanto tiempo aquel

hombre. A un lado de la cama, entre el pie de ésta, sostenida por las enormes patas de esfinge que se entreveían bajo los pliegues de la tela, y una de las paredes laterales de la estancia, se hallaba una puerta, oculta por una cortina verde, de listas rojas y negras, sujeta mediante grandes anillas a una barra. La puerta, por la que habían penetrado los desconocidos, tenía un cortinaje igual, pero recogido por un alzapaño. Al mirar, por última vez, las dos cortinas para compararlas, la duquesa se dio cuenta de que la puerta más próxima al lecho estaba abierta, y que los resplandores rojizos procedentes de la pieza contigua se traslucían por el fleco de la parte inferior. Esta luz mortecina despertó su curiosidad natural. Distinguió confusamente en las tinieblas unas formas extrañas, pero en aquellos momentos no pensó que pudiera provenirle peligro alguno y quiso satisfacer una curiosidad más acuciante:

—Señor, ¿es indiscreto preguntaros qué pensáis hacer conmigo? —dijo con penetrante impertinencia y sarcasmo.

La duquesa creyó adivinar un amor excesivo en las palabras de Montriveau. Además, para raptar a una mujer, ¿no hay que adorarla?

—En absoluto, señora —respondió él, lanzando con gracia su última bocanada de tabaco—. Estáis aquí por poco tiempo. Ante todo, quiero explicaros lo que sois y lo que soy yo. Cuando os insinuáis en vuestro diván, en la intimidad de vuestro tocador, yo no encuentro palabras para expresar mis ideas. Después, en vuestra casa, al menor pensamiento que os desagrada tiráis del cordón de vuestra campanilla, gritáis con voz estentórea y ponéis a vuestro amante de patitas en la calle, como si fuese el último de los miserables. Aquí, me siento libre de espíritu. Aquí, nadie puede señalarme la puerta. Aquí, seréis mi víctima por algunos instantes, y tendréis la extremada bondad de escucharme. No temáis nada. No os he raptado para injuriaros, para obtener de vos, por la violencia, lo que no he sabido merecer, lo que no habéis querido concederme de buena gana. Esto sería indigno. Es posible que vos concibáis la violación, pero yo no la concibo.

Con un movimiento seco lanzó su cigarro al fuego.

—Señora, el humo os molesta, sin duda, ¿no es verdad?

Levantándose acto seguido, tomó una cazoleta puesta a calentar en la chimenea, quemó en ella varios perfumes y purificó el aire. El asombro de la duquesa sólo podía compararse con su humillación. Estaba en poder de aquel hombre, y aquel hombre no quería abusar de su poder. Aquellos ojos que antes irradiaban tanto amor, los veía ahora tranquilos y fijos como dos estrellas. Se echó a temblar. Después, el terror que Armand le inspiraba aún aumentó más, a causa de una de esas sensaciones petrificantes, análogas a las agitaciones sin movimiento que se experimentan en las pesadillas. Permaneció, transida por el temor, creyendo ver cómo el resplandor, medio oculto tras la cortina, adquiría intensidad bajo el estímulo de un fuelle. De pronto los reflejos, que se habían hecho más vivos, iluminaron a tres personas enmascaradas. La horrible visión desapareció tan repentinamente, que ella la tomó por una ilusión de óptica.

—Señora —prosiguió Armand, contemplándola con una frialdad desdeñosa—, un minuto, un solo minuto me bastará para heriros en todos los momentos de vuestra vida, la única eternidad de que yo puedo disponer. No soy Dios. Escuchadme bien —dijo, haciendo una pausa para dar solemnidad a su discurso—. El amor vendrá a vos siempre que lo deseéis; ejercéis un poder sin límites sobre los hombres; pero, acordaos de que un día llamasteis al amor, y el amor vino puro y cándido, tanto como puede serlo en esta tierra; tan respetuoso como violento; acariciador, como el amor de una mujer abnegada, o como el de una madre por su hijo; tan grande, en fin, que rayaba en locura. Vos os habéis burlado de este amor, habéis cometido un crimen. El derecho de toda mujer es negarse a un amor que comprende que no puede compartir. El hombre que ama sin hacerse amar, no debe inspirar compasión, y no tiene derecho a quejarse. Pero, señora duquesa, atraer, fingiendo un sentimiento, a un desgraciado privado de todo afecto, hacerle comprender la dicha de toda su juventud, para arrebatarla; robarle su felicidad futura; matarlo no solamente en un instante, sino por la eternidad de su vida, envenenando todas sus horas y todos sus pensamientos, esto, para mí, es un crimen espantoso.

—Señor...

—Aún no puedo permitir que me respondáis. Escuchadme; prestadme atención aún. Además, tengo derecho sobre vos; pero sólo quiero los del juez sobre el criminal, para despertar vuestra conciencia. Si ya no tenéis conciencia, yo no os lo censuraré, pero... ¡sois tan joven! Prefiero pensar que aún debéis sentir el corazón rebosante de vida. Si os creo lo bastante depravada como para cometer un crimen que las leyes no castigan, no os considero tan degradada como para no comprender el alcance de mis palabras. Continúo.

En aquel momento, la duquesa oyó el ruido sordo de un fuelle, con el que los desconocidos que había entrevisto, atizaban, sin duda, el fuego cuya claridad se proyectaba en la cocina; pero la mirada fulgurante de Montriveau la obligó a permanecer palpitante, con su mirada fija en ella. Fuese cual fuese su curiosidad, el fuego de las palabras de Armand la interesaba aún más que la voz de aquel fuego misterioso.

—Señora —dijo él después de una pausa—, cuando, en París, el verdugo debe poner su mano sobre un pobre asesino, para tenderlo sobre la tabla en que la ley quiere que se tiendan los asesinos, para cortarles la cabeza..., como vos sabéis, los periódicos lo notifican a ricos y pobres, a fin de que unos puedan dormir tranquilos y otros vivan sin cometer locuras. Pues bien, vos que sois religiosa, y hasta un poco devota, haced decir misas por ese hombre: sois de su misma familia, pero de la rama ilustre. Ésta puede reinar en paz, vivir dichosa y libre de cuidados. Impulsado por la miseria o por la cólera, vuestro hermano de prisión sólo ha dado muerte a un hombre; pero vos habéis matado la felicidad de un hombre, su vida más hermosa, sus más caras creencias. El otro esperó ingenuamente a su víctima y la mató a pesar suyo, pues temía el patíbulo; pero vos... vos habéis acumulado todas las fechorías de la

debilidad contra una fuerza inocente; habéis domesticado a vuestro paciente para devorarlo mejor el corazón, lo habéis cebado con caricias; no habéis omitido ninguna de las que podían hacerle suponer, soñar y desear las delicias del amor. Le habéis exigido mil sacrificios para rechazarlos todos. Le habéis hecho ver la luz antes de ser. ¡Admirable valor!

Semejantes infamias son un lujo que no comprenden esas burguesas de las que os burláis. Ellas saben entregarse y perdonar; saben amar y sufrir. Hacen que nos sintamos pequeños ante la grandeza de su abnegación. A medida que ascendemos en la sociedad, encontramos tanto barro como en su parte inferior; con la sola diferencia de que allí está endurecido y dorado. Sí, para encontrar la perfección en lo innoble, hace falta una esmerada educación, un gran nombre, una bella mujer, una duquesa. Para caer en lo más bajo, había que estar en lo más alto. Expreso mal lo que pienso, sufro todavía demasiado por las heridas que me habéis infligido; pero no creáis que me quejo. No. Mis palabras no son la expresión de ninguna esperanza personal, ni contienen la menor amargura. Sabedlo bien, señora: os perdono y este perdón es demasiado total para que no tengáis que quejaros de haberlo venido a buscar a pesar vuestro... Únicamente ocurre que, podríais abusar de otros corazones, tan niños como el mío, y debo evitarles estos dolores. Por lo tanto, me habéis inspirado un pensamiento justiciero. Expiad vuestra culpa en esta tierra; Dios quizás os perdonará, así lo deseo, pero es implacable y os castigará.

Al oír estas palabras, los ojos de aquella mujer abatida, desgarrada, se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué lloráis? Permaneced fiel a vuestra naturaleza. Habéis contemplado, sin emoción, las torturas del corazón que destrozabais. Basta ya, señora, reportaos. Yo no puedo sufrir más. Otros os dirán que vos les habéis dado la vida; pero yo os digo, con deleite, que me habéis dado la nada. Tal vez adivináis que yo no me pertenezco, que debo vivir para mis amigos, y que entonces tendré que soportar conjuntamente la frialdad de la muerte y las penas de la vida. ¿Tendréis tanta bondad? ¿Seréis como los tigres del desierto, que causan primero la herida y después la lamen?

La duquesa prorrumpió en llanto.

—Ahorraos esas lágrimas, señora. Si creyese en ellas, sería para desconfiar. ¿No será acaso uno de vuestros artificios? Después de todos cuantos habéis empleado, ¿cómo pensar que puede haber en vos algo de verdadero? En lo sucesivo, nada de cuanto hagáis tiene ya el poder de emocionarme. Esto es todo.

Madame de Langeais se levantó con un movimiento lleno de nobleza y de humildad a la vez.

—Tenéis el derecho de tratarme duramente —dijo, tendiéndole una mano que él no tomó—. Vuestras palabras aún no son lo bastante duras, y merezco este castigo.

—¿Castigaros yo, señora? ¿Pero castigar, no es acaso amar? No esperéis de mí nada parecido a un sentimiento. Podría hacerme, en mi propia causa, acusador y juez,

carcelero y verdugo; pero nada de eso haré. Voy a cumplir ahora mismo un deber, que no se halle inspirado por ningún deseo de venganza. La venganza más cruel, en mi opinión, consiste en desdeñar una venganza posible. ¿Quién sabe? Quizá seré ministro de vuestros placeres. De ahora en adelante, al llevar con elegancia la triste librea, el sambenito con que la sociedad reviste a los criminales, quizás os veréis obligada a demostrar la probidad que éstos demuestran. ¡Y entonces, amaréis!

La duquesa escuchaba con una sumisión que no era fingida, ni calculada con coquetería; sólo tomó la palabra después de un intervalo de silencio.

—Armand —dijo—, me pareció que, al resistir al amor, obedecía al recato y al pudor propios de la mujer, y no es de vos de quien yo esperaba tales reproches. Os armáis de todas mis debilidades para echármelas en cara convertidas en crímenes. ¿Cómo no habéis supuesto que yo pude haberme visto arrastrada, más allá de mis deberes, por todas las curiosidades del amor, para sentirme enojada y desolada de haber ido demasiado lejos, al día siguiente? ¡Ay, pequé por ignorancia! Había tan buena fe, os lo juro, en mis faltas como en mis pensamientos. Mi dureza revelaba más amor, mucho más, que mis complacencias. ¿Y, además, de qué os quejáis? La entrega de mi corazón no os bastó y exigisteis brutalmente mi persona...

—¡Brutalmente! —exclamó *monsieur* de Montriveau.

Pero él se dijo:

«Si permito que me arrastre a estos juegos de palabras, estoy perdido».

—Sí, entrasteis en mi hogar como en la casa de una mujerzuela, sin el respeto, sin ninguna de las atenciones del amor. ¿No tenía derecho a reflexionar? Pues bien, reflexioné. La inconveniencia de vuestra conducta es excusable: se hallaba motivada por el amor; dejádmelo creer así, en vuestra propia justificación. Pues bien, Armand, en el mismo instante en que, esta noche, me anunciabais calamidades, yo creía en nuestra felicidad. Sí, tenía confianza en este carácter noble y altivo del que me habéis dado tantas pruebas... Y yo era toda tuya —añadió, inclinándose al oído de Montriveau—. Sí, tenía un extraño deseo de hacer feliz a un hombre sometido a tan violentas pruebas por la adversidad. Puesta a escoger señor, yo quería a un gran hombre. Cuanto más alta me sentía, menos deseaba descender. Confiando en ti, veía extenderse toda una vida de amor cuando tú me mostrabas la muerte... La fuerza nada es sin la bondad. Amigo mío, tú eres demasiado fuerte, para mostrar maldad hacia una pobre mujer que te ama. Si cometí errores, ¿no puedo alcanzar el perdón? ¿No puedo repararlo? El arrepentimiento es la misericordia del amor y quiero ser bien misericordiosa contigo. ¿Cómo no había yo de compartir, con todas las mujeres, estas incertidumbres, estos temores, estas timideces, que son tan naturales cuando existe unión de por vida, aunque vosotros rompéis con tanta facilidad esta clase de vínculos? Esas burguesas, con las que me comparas, se entregan, pero combaten. Pues bien, yo he combatido, pero he aquí que... ¡Dios mío, no me escucha! —exclamó, interrumpiéndose.

Se retorció las manos y exclamó:

—¡Pero yo te amo! ¡Soy tuya!

Se postró de hinojos ante Armand.

—¡Tuya, tuya, mi único, mi sólo dueño!

—Señora —dijo Armand intentando alzarla—, Antoinette ya no puede salvar a la duquesa de Langeais. No creo en una ni en otra. Hoy os entregaréis, pero quizá mañana os negaréis. Ningún poder del cielo ni de la tierra sabría garantizarme la dulce fidelidad de vuestro amor. Las prendas de vuestro amor pertenecen al pasado, y ya no tenemos pasado.

En aquel momento, un resplandor brilló, tan vivamente, que la duquesa no pudo evitar volver la cabeza hacia la cortina, y vio esta vez, con toda claridad, a tres hombres enmascarados.

—Armand —dijo—, no quisiera teneros en mala opinión. ¿Qué hacen ahí esos hombres? ¿Qué tramáis contra mí?

—Esos hombres son tan discretos como lo seré yo acerca de lo que va a suceder aquí. Ved únicamente en ellos mis brazos ejecutores y mi corazón. Uno de ellos es un cirujano...

—¡Un cirujano! —dijo—. Armand, amigo mío, la incertidumbre es el más cruel de los dolores. Hablad, decidme si queréis mi vida: os la daré y no será necesario que me la arrebateis...

—¿No me habéis comprendido? —replicó Montriveau—. ¿No os he hablado de justicia? Voy a explicaros lo que he decidido hacer con vos —añadió fríamente, tomando un trozo de acero que estaba sobre la mesa—, a fin de que cesen vuestras aprensiones.

Le mostró una cruz de Lorena adaptada a la extremidad de una varilla de acero.

—Dos de mis amigos están poniendo en estos momentos al rojo una cruz, cuyo modelo es éste. Os la aplicaremos a la frente, ahí, entre los dos ojos, para que no podáis ocultarla con unos brillantes y sustraeros así a las preguntas del mundo. De este modo llevaréis sobre la frente la marca infamante que se aplica en el hombro de vuestros hermanos los presidiarios. No sufriréis mucho, pero temía una crisis nerviosa, o que ofrecieseis resistencia, y...

—¿Resistencia? —dijo ella, palmoteando de alegría—. No, no, ahora querría ver aquí a la tierra entera. ¡Ah, Armand mío, marca, marca pronto a tu criatura como una pobre cosilla que te pertenece! Pedías prendas de mi amor, y ahí las tienes todas juntas. ¡Ah, no veo más que clemencia y perdón, felicidad eterna en tu venganza!... Cuando hayas señalado así a una mujer como tuya, cuando tengas un alma esclava que llevará tu marca, no podrás ya entonces abandonarla jamás, serás mío para siempre. Al aislarme sobre la tierra, te encargarás de mi felicidad, so pena de ser un cobarde, y sé que eres noble y grande. Pero la mujer que ama, siempre se señala a sí misma. Venid, señores, entrad y marcad a la duquesa de Langeais, marcadla sin tardanza. Así será siempre de *monsieur* de Montriveau. Entrad en seguida, todos; mi frente arde más que vuestro hierro.

Armand se volvió con presteza para no ver a la duquesa arrodillada y palpitante. Pronunció una palabra e hizo desaparecer a sus tres cómplices. Las mujeres, habituadas a la vida de los salones, conocen el juego de los espejos. Así, la duquesa, interesada en leer bien en el corazón de Armand, era todo ojos. Armand, que no se fiaba de su espejo, dejó ver dos lágrimas rápidamente enjugadas. Todo el porvenir de la duquesa estaba en aquellas dos lágrimas. Cuando se acercó a *madame* de Langeais para levantarla, la encontró de pie; ella se creía amada. Así, su corazón latió tumultuosamente cuando oyó que Montriveau le decía, con aquella firmeza que ella sabía afrontar antaño perfectamente, cuando se burlaba de él:

—Os perdono, señora. Podéis creerme: esta escena será como si nunca hubiese ocurrido. Pero ahora vamos a despedimos. Prefiero pensar que habéis sido franca en vuestro canapé al mostraros coqueta, y también franca aquí, en las efusiones de vuestro corazón. Adiós. Ya no tengo fe. Seguiríais atormentándome, seríais siempre la duquesa y... Adiós, no nos comprenderemos jamás. ¿Qué deseáis ahora? —dijo asumiendo el aspecto de un maestro de ceremonias—. ¿Regresar a vuestra casa, o volver al baile de *madame* de Sérizy? He utilizado todo mi poder para dejar vuestra reputación intacta. Ni vuestros criados, ni nadie, podrá saber lo que ha pasado entre nosotros, durante este cuarto de hora. Vuestros servidores creen que estáis en el baile; vuestro coche no ha salido del patio de *madame* de Sérizy; vuestro cupé puede encontrarse también en el patio de vuestra mansión. ¿Adónde queréis ir?

—¿Qué me aconsejáis, Armand?

—No hay Armand que valga, señora duquesa. Ahora somos dos extraños.

—Llevadme pues al baile —dijo ella, curiosa aún por poner a prueba el poder de Armand—. Arrojad de nuevo al infierno del mundo a una criatura que sufría en él y que debe continuar sufriendo, si para ella ya no existe felicidad.

¡Oh, amigo mío, y sin embargo ahora os amo como aman vuestras burguesas! Os amo tanto, que me arrojaría a vuestros brazos en el baile, ante todo el mundo, si me lo pidiereis. Este mundo horrible no me ha corrompido. Aún soy joven y me habéis rejuvenecido más. Sí, soy una niña, tu niña; tú acabas de crearme. ¡Oh, no me echéis de mi Edén!

Armand hizo un gesto.

—¡Ah, si salgo, déjame llevar algo de aquí, una nadería! Esto, para ponérmelo esta noche sobre el corazón —dijo, apoderándose de un guante de Armand, que envolvió en su pañuelo—. No —prosiguió—, no pertenezco a ese mundo de mujeres depravadas; tú no lo conoces y así, no puedes apreciarme. Es preciso que lo sepas: unas se entregan por algunos escudos; otras son sensibles a los regalos; en este mundo todo es infame. ¡Ah, querría ser una simple burguesa, una obrera, si prefieres, una mujer que esté por debajo de ti, a una mujer cuyo afecto se alía con las grandezas humanas! ¡Ah, Armand mío, hay entre nosotras mujeres nobles, grandes, castas, puras, que, entonces, resultan deliciosas! Yo querría poseer todas las noblezas para sacrificártelas todas; la desgracia a hecho de mí una duquesa, pero hubiera querido

nacer cerca del trono, para sacrificártelo todo. Sería una modistilla para ti y reina para los demás.

Él la escuchaba mientras humedecía sus cigarros.

—Cuando deseéis partir —le dijo— me avisaréis...

—Pero yo querría quedarme...

—¡Ah!, mas no...

—¡Mira, ése está mal arreglado! —exclamó ella, tomando un cigarro y devorando la parte húmeda por los labios de Armand.

—¿Serías capaz de fumar? —le preguntó él.

—¡Oh, qué no haría yo para agradarte!

—Bien, idos ya señora...

—Obedezco —dijo ella, llorando.

—Es necesario que os cubráis la cara para no ver por dónde vais a pasar.

—Estoy dispuesta, Armand —dijo ella, vendándose los ojos.

—¿Veis algo?

—No.

Él se arrodilló con suavidad.

—¡Ah, te oigo! —dijo ella, sin poder contener un gesto lleno de gentileza, creyendo que aquel fingido rigor iba a cesar.

Él quiso besarle los labios y ella se los ofreció.

—Veis, señora.

—Es que soy un poco curiosa.

—¿Así, me seguís engañando?

—¡Ah —exclamó ella con la rabia propia de la grandeza menospreciada—, quitadme este pañuelo y sacadme de aquí, señor, que no abriré los ojos!

Armand, seguro de su sinceridad al oír su acento, guió a la duquesa que, fiel a su palabra se mantuvo noblemente ciega; pero al llevarla paternalmente de la mano para hacerla tan pronto subir como bajar, Montriveau estudió las vivas palpitaciones que agitaban el corazón de aquella mujer, invadida con tal prontitud por un auténtico amor. *Madame* de Langeais, feliz de poder hablarle así, se complació en decírselo todo, pero él permaneció inflexible; y, cuando la mano de la duquesa lo interrogaba, la suya permanecía muda. Por último, después de caminar cierto trecho juntos, Armand le dijo que se adelantase; ella avanzó y se percató de que él impedía que su vestido rozase las paredes de una abertura sin duda estrecha. Esta atención conmovió a *madame* de Langeais, pues aún revelaba un poco de amor; pero fue, en cierto modo, el adiós de Montriveau, que la abandonó sin pronunciar palabra.

Al sentirse en una atmósfera cálida, la duquesa abrió los ojos y se encontró sola ante la chimenea del tocador de la condesa de Sérizy. Su primer cuidado consistió en reparar el desorden de su atavío; no tardó en ajustar bien su traje y en restablecer el encanto de su peinado.

—Vaya, mi querida Antoinette; os hemos estado buscando por todas partes —dijo

la condesa, abriendo la puerta del tocador.

—He venido a respirar aquí —repuso ella—. En los salones hace un calor insoportable.

—Creíamos que os habíais ido, pero mi hermano Ron querolles me ha dicho que ha visto a vuestros servidores esperando.

—Estoy agotada, querida; dejadme descansar un momento aquí.

Y la duquesa se sentó en el diván.

—¿Qué tenéis? ¡Tembláis de pies a cabeza!

Entró el marqués de Ronquerolles.

—Tengo miedo, señora duquesa de que os suceda algún accidente. Acabo de ver a vuestro cochero, y está borracho como una cuba.

La duquesa no respondió: miraba a la chimenea y hacia los espejos, buscando en ellos las señales de su paso; después experimentó una sensación extraordinaria, al verse en medio de los placeres del baile, después de la terrible escena que acababa de dar un nuevo curso a su vida. Se echó a temblar violentamente.

—Tengo los nervios de punta por la predicción que me ha hecho *monsieur* de Montriveau. Aunque se trata de una broma, temo que su hacha de Londres no me deje dormir tranquila. Voy a comprobarlo. Adiós, querida. Adiós, señor marqués.

Atravesó los salones, donde la detuvieron varios cortejadores, que le inspiraron lástima. Encontró el gran mundo pequeño, a pesar de ser ella su reina, y ella, a su vez, viose humillada y pequeña. Además, ¿qué eran los hombres ante el que ella amaba de verdad y cuyo carácter había vuelto a adquirir las proporciones gigantescas que quedaron momentáneamente disminuidas ante ella, pero que, entonces, quizás engrandecía desmesuradamente? No pudo evitar dirigir una mirada a su servidor, que la había acompañado, y lo vio medio dormido.

—¿No habéis salido de aquí? —le preguntó.

—No, señora.

Al subir a su carroza, distinguió, efectivamente, a su cochero en un estado de embriaguez que en cualquier otro momento la hubiera asustado; pero las grandes sacudidas de la vida arrebatan al temor todos sus alimentos vulgares. Además, llegó sin incidentes a su casa, pero se sentía cambiada y presa de sentimientos totalmente nuevos. Para ella, no había más que un hombre en el mundo, y sólo para él deseaba tener algún valor en lo sucesivo.

Si los filósofos pueden definir prontamente el amor, ateniéndose a las leyes de la naturaleza, los moralistas se hallan en un aprieto mucho mayor para explicarlo, cuando quieren considerarlo bajo todos los aspectos en que ha manifestado la sociedad. Con todo, y a pesar de las herejías de las mil sectas que dividen a la iglesia del amor, existe una línea, recta y tajante, que divide netamente sus doctrinas, una línea que las discusiones no harán nunca curva y cuya inflexible aplicación explica la crisis en que la duquesa de Langeais, como casi todas las mujeres, se había hundido. Aún no amaba: sentía una pasión.

(El amor y la pasión son dos estados distintos del alma que los poetas y los hombres de mundo, los filósofos y los necios, confunden continuamente. El amor comporta reciprocidad de sentimientos, la certeza de determinados goces, que nada altera, y un intercambio de placeres demasiado constante, una adhesión demasiado completa entre los corazones para no excluir los celos. La posesión se convierte, entonces, en un medio y no en un fin; una infidelidad hace sufrir, pero no separa; el alma no se siente ni más ni menos ardiente o turbada, conoce una dicha incesante; finalmente, el deseo extendido por un soplo divino de uno a otro extremo sobre la inmensidad del tiempo lo tiñe todo de un mismo color: la vida es azul como un cielo puro. La pasión es el presentimiento del amor y de su infinito, al que aspiran todas las almas que sufren. La pasión es una esperanza que quizá será burlada. Pasión significa simultáneamente sufrimiento y transición; la pasión cesa cuando la esperanza ha muerto. Hombres y mujeres pueden, sin deshonorarse, concebir varias pasiones; ¡es tan natural lanzarse a la búsqueda de la felicidad!, pero, en la vida, no hay más que un solo amor. Todas las discusiones, escritas o verbales, que giran en torno de los sentimientos, pueden resumirse en estas dos preguntas: «¿Es una pasión? ¿Es el amor?». Como el amor no existe sin el conocimiento íntimo de los placeres que lo perpetúan, la duquesa se encontraba, pues, bajo el yugo de una pasión; así, experimentaba sus agitaciones devoladoras, sus involuntarios cálculos, sus agotadores deseos; todo, en fin, cuanto expresa la palabra *pasión*: ella sufría. En medio de los trastornos de su alma, surgían torbellinos alzados por su vanidad, por su amor propio, por su orgullo o por su altivez; todas estas variedades del egoísmo existen. Había dicho a un hombre: «¡Te amo, soy tuya!». ¿La duquesa de Langeais podía haber proferido inútilmente estas palabras? Debía ser amada o abdicar de su papel social. Al sentir, entonces, la soledad de su amplio lecho, en el que la voluptuosidad aún no había puesto sus cálidos pies, rodaba por él y se revolvía, repitiéndose:

«¡Quiero ser amada!».

Y la fe que aún tenía en ella le inspiraba la esperanza de conseguirlo).

La duquesa estaba picada, la vanidosa parisién humillada, la verdadera mujer vislumbraba la felicidad, y su imaginación, redentora del tiempo perdido por la naturaleza, se complacía haciendo llamear en ella los inextinguibles fuegos del placer. Casi alcanzaba las sensaciones del amor; pues, en la duda que la atenazaba, se sentía feliz repitiéndose: «¡Le amo!». Deseaba pisotear el mundo. Montriveau se había convertido en su religión.

Pasó el día siguiente en un estado de estupor moral mezclado con agitaciones corporales, que nada podría expresar. Rompió tantas cartas como escribió, e hizo mil suposiciones imposibles. Al llegar la hora en que antes venía Montriveau, quiso creer que vendría y se complació en esperarlo. Su vida se concentró en un solo sentido: el del oído. Cerraba a veces los ojos y se esforzaba por escuchar a través de los

espacios. Deseó después el poder de aniquilar todos los obstáculos que se alzaban entre ella y su amante, a fin de lograr aquel silencio absoluto que permite oír los ruidos a enormes distancias. En aquel recogimiento, el tictac de su reloj de péndulo se le hizo odioso; era una especie de parloteo siniestro que terminó por parar.

Sonó la medianoche en el salón.

—¡Dios mío! —se dijo—. ¡Qué dichosa sería al verlo aquí! Y pensar que antes venía, impulsado por el deseo. Su voz resonaba en este tocador. ¡Y ahora, nada!

Al acordarse de las escenas de coquetería que había interpretado, y que le habían arrebatado, unas lágrimas de desesperación brotaron de sus ojos durante largo tiempo.

—La señora duquesa —le dijo su doncella— quizá no sabe que son ya las dos de la madrugada. ¿Acaso se encuentra indispuesta la señora?

—Sí, voy a acostarme; pero recuerda, Suzette —dijo *madame* de Langeais secándose sus lágrimas—, que no debes entrar nunca en mis habitaciones sin que te lo ordene, y no pienso decírtelo otra vez.

Durante una semana, *madame* de Langeais frecuentó todas las casas en las que esperaba encontrar a *monsieur* de Montriveau. Contrariamente a sus costumbres, llegaba pronto y se retiraba tarde; no bailaba y en cambio, tocaba. ¡Tentativas inútiles!

No pudo conseguir ver a Armand, cuyo nombre no se atrevía a pronunciar. Sin embargo, una noche, en un momento de desesperación, dijo a *madame* de Sérizy, con toda la despreocupación e indiferencia que le fue posible fingir:

—¿Acaso estáis reñida con *monsieur* de Montriveau? ¿Cómo es que no lo he visto más en vuestra casa?

—¿De veras no viene por aquí? —respondió la condesa, riendo—. Además, me han dicho que no se le ve por parte alguna. Sin duda dedica sus atenciones a alguna mujer.

—Yo creía —prosiguió la duquesa con dulzura— que el marqués de Ronquerolles se contaba entre sus amigos...

—Nunca oí decir a mi hermano que lo conociese.

Madame de Langeais no respondió. *Madame* de Sérizy creyó poder fustigar entonces, impunemente, una amistad discreta que durante tanto tiempo le había sido amarga, y volvió a tomar la palabra:

—¿Así, echáis de menos a este triste personaje? He oído decir cosas monstruosas de él: heridlo y no volverá nunca ni perdonará nada; amadlo y os arrojará. A todo lo que yo decía de él, uno de esos que lo ponen por las nubes me respondía siempre: ¡*Pero sabe amar!* No cesan de repetírmelo: «Montriveau lo daría todo por un amigo, tiene un alma inmensa». ¡Ah, bah, la sociedad no quiere almas tan grandes! Los hombres de este carácter están bien en su casa; que se queden en ella y que nos dejen con nuestras fruslerías. ¿Qué decís a eso, Antoinette?

A pesar de su mundo, la duquesa parecía agitada; sin embargo, dijo con una naturalidad que engañó a su amiga:

—Me disgusta dejar de verlo; este hombre me interesaba mucho y sentía por él una sincera amistad. Aunque me encontréis ridícula, mi querida amiga, las almas grandes me gustan. Entregarse a un necio, ¿no es confesar claramente que no se tiene más que sentidos?

Madame de Sérizy únicamente había *distinguido* a hombres vulgares, y en aquel momento su amante era un hombre apuesto y elegante, el marqués de Aiglemont.

La condesa abrevió su visita. Después, cuando *madame* de Langeais vio una esperanza en la retirada absoluta de Armand, se apresuró a escribirle una carta humilde y dulce que había de hacerlo volver a ella, si aún la quería. Hizo que su ayuda de cámara le llevase la esquila al día siguiente y a su regreso le preguntó si la había entregado en propia mano a Montriveau; cuando el servidor le respondió afirmativamente, no pudo contener un movimiento de alegría.

(Armand estaba en París, donde vivía solo en su casa, sin frecuentar la sociedad. La amaba, pues. Durante todo el día, ella esperó respuesta, y la respuesta no llegó. En medio de las crisis renovadas que le suscitaba su impaciencia, Antoinette justificó aquel retraso: Armand se sentía embarazado y su respuesta le vendría por correo; pero, al llegar la noche, ya no pudo seguir engañándose. Día terrible, entreverado de sufrimientos agradables y de palpitaciones extenuantes, excesos del corazón que gastan la vida. Al día siguiente, envió al servidor a Armand, en busca de respuesta.

—El señor marqués me ha hecho decir que vendrá a casa de la señora duquesa —respondió Julien.

Ella desapareció para no revelar la dicha que sentía y se dejó caer en su canapé para dar rienda suelta a sus primeras emociones.

«Vendrá».

Este pensamiento le desgarró el alma. Malhaya, en efecto, a los seres para quienes la espera no es la más horrible de las tempestades y fecundación de los más dulces placeres; pues no recibe la llama que despierta las imágenes de las cosas y duplica así su naturaleza, atrayéndonos tanto a la esencia pura de las cosas como a su realidad. En amor, esperar es agotar, incesantemente, una esperanza cierta, entregarse al flagelo terrible de la pasión, dichosa sin los desencantos de la verdad. Emanación constante de fuerza y de deseos, la espera es quizás al alma humana lo que son, para ciertas flores, sus perfumadas exhalaciones. No tardamos en dejar los espléndidos y estériles colores del coreopsis o de los tulipanes para ir a aspirar, con repetido deleite, los deliciosos aromas del naranjo y de la volkamería, dos flores que, sus respectivas patrias, han comparado, involuntariamente, a jóvenes desposadas rebosantes de amor, bellas por su pasado, bellas por su porvenir).

La duquesa se inició en los placeres de su nueva vida al sentir, con una especie de embriaguez, estas flagelaciones del amor. Después, al cambiar de sentimientos, encontró otros destinos y mejor sentido a las cosas de la vida. Al precipitarse en su

tocador, comprendió lo que son los adornos más rebuscados, los cuidados corporales más minuciosos, cuando los dirige el amor y no la vanidad; estos aderezos la ayudaban a soportar el transcurrir monótono del tiempo. Terminado su aseo, volvió a las agitaciones excesivas, al sobrecogimiento nervioso de aquel horrible poder que pone en fermentación todas las ideas, y que quizá no sea más que una enfermedad, cuyos sufrimientos resultan agradables.

La duquesa estaba preparada a las dos de la tarde; dieron las once y media de la noche y *monsieur* de Montriveau aún no había llegado. Explicar las angustias de esta mujer, que podía pasar por el niño mimado de la civilización, sería pretender decir cuántas poesías puede concentrar el corazón en un pensamiento, pretender pesar la fuerza exhalada por el alma al oír sonar una campanilla, o calcular la vida que consume el abatimiento causado por un coche, que continúa rodando sin detenerse.

—¿Se estará burlando de mí? —se preguntó la infeliz, al oír tocar la medianoche.

Palideció, sus dientes entrechocaron y se golpeó las manos al penetrar en aquel tocador donde antes, pensaba, él aparecía sin que lo llamasen. Pero se resignó. ¿No le había hecho palidecer y tambalearse bajo las flechas aceradas de su ironía? *Madame* de Langeais comprendió el horror del destino de las mujeres que, privadas de todos los medios de acción que poseen los hombres, deben esperar, cuando aman. Presentarse ante el amado es un error que muy pocos hombres saben perdonar. La mayoría de ellos consideran una rastrera humillación esta adulación celestial; pero Armand tenía un alma grande y debía de formar parte del pequeño número de hombres que saben corresponder, con amor eterno, a semejante exceso de amor.

—Pues bien, iré yo —se dijo ella, dando vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño—. Iré a él, le tenderé la mano, sin que tal acción me fatigue. Un hombre escogido ve promesas de amor y de constancia en todos y en cada uno de los pasos que da una mujer hacia él. Sí, los ángeles deben ascender de los cielos para venir a los hombres y yo quiero ser un ángel para él.

Al día siguiente, escribió uno de esos billetes en que sobresalen el ingenio de las diez mil *madames* de Sévigné con que cuenta actualmente París. Sin embargo, saber lamentar sin rebajarse, volar plenamente con ambas alas, sin arrastrarse humildemente, reñir sin ofender, sublevarse con gracia, perdonar sin comprometer la dignidad personal, decirlo todo y no declarar nada: había que ser la duquesa de Langeais y haber sido educada por la princesa de Blamon Chauvry para escribir tan delicioso billete.

Julien partió. El emisario era, como todos los ayudados de cámara, víctima de las idas y venidas del amor.

—¿Qué os ha respondido *monsieur* de Montriveau? —preguntó ella a Julien con toda la indiferencia que fue capaz de fingir, cuando él volvió a darle cuenta de su misión.

—El señor marqués me ha rogado que diga a la señora duquesa que estaba bien.

¡Terrible reacción del alma sobre ella misma! Recibir ante testigos curiosos la

pregunta emanada del corazón, y no poder murmurar, bajo un silencio obligatorio. ¡Uno de los mil dolores del rico!

Durante veintidós días *madame* de Langeais escribió a *monsieur* de Montriveau sin obtener respuesta. Ella terminó por decir que estaba enferma para dispensarse de cumplir sus obligaciones mundanas, ya fuese hacia la princesa, por la que sentía gran afecto, o hacia la sociedad en general. Sólo recibía a su padre, el duque de Navarreins; a su tía, la princesa de Blamont-Chauvry; al viejo *vidame* de Panders, su tío-abuelo materno, y al tío de su marido, el duque de Grandlieu. Estos personajes creyeron fácilmente en la enfermedad de *madame* de Langeais, al encontrarla cada día más abatida, más pálida y más enflaquecida. Los vagos ardores de un amor real, las irritaciones del orgullo herido, el constante escozor del único desdén que pudo alcanzarla, sus arranques en pos de unos placeres perpetuamente deseados, perpetuamente traicionados; todas estas fuerzas, excitadas en vano, minaban su doble naturaleza. Pagaba los atrasos de su vida equivocada.

Finalmente, salió para asistir a una revista militar en la que debía hallarse presente *monsieur* de Montriveau. Asomada al balcón de las Tullerías, con la familia real, la duquesa vivió una de aquellas fiestas largo tiempo recordadas. Aparecía sublime de languidez, y todas las miradas la saludaron con admiración. Cambió algunas miradas con Montriveau, cuya presencia la hacía tan bella. El general desfiló, casi a sus pies, en todo el esplendor del uniforme militar, cuyo efecto sobre la imaginación femenina es reconocido incluso por las personas más melindrosas. Para una mujer muy enamorada, que no había visto a su amante desde hacía dos meses, aquel instante fugaz debió de parecer, sin duda, esa fase del sueño en que, de una manera fugitiva, la vista alcanza una naturaleza sin horizontes. Únicamente las mujeres, o los jóvenes, son capaces de imaginar la avidez absorta y delirante que expresaron los ojos de la duquesa. En cuanto a los hombres, si bien durante la juventud han experimentado, en el paroxismo de sus primeras pasiones, estos fenómenos del poder nervioso, más tarde los olvidan tan completamente que llegan a negar estos éxtasis lujuriantes, único nombre posible que pueden tener tan magníficas intuiciones. El éxtasis religioso es la locura del pensamiento desprendido de sus lazos corporales; mientras que, en el éxtasis amoroso, se confunden, se unen y abrazan las fuerzas de nuestras dos naturalezas.

Cuando una mujer está presa de las furiosas tiranías que humillaban la cerviz de *madame* de Langeais, las revoluciones definitivas se suceden con tal rapidez, que es imposible dar cuenta de ellas. Los pensamientos nacen entonces en cadena y corren por el alma como esas nubes arrastradas por el viento sobre un fondo plomizo, que oculta el sol. A partir de entonces, los hechos lo dicen todo. Veamos los hechos, pues.

Al día siguiente de la revista, *madame* de Langeais envió su carroza y sus criados de librea a la puerta del marqués de Montriveau, donde esperaron desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde. Armand vivía en la rue de Tournon, a unos pasos de la Cámara de los Pares, en donde aquel día había sesión. Pero, desde mucho

tiempo antes de que los Pares empezasen a entrar en el palacio, algunas personas distinguieron el coche y las armas de la duquesa. Un joven oficial, desdeñado por *madame* de Langeais y recogido por *madame* de Sérizy, el barón de Maulincour, fue el primero en reconocer la librea. Inmediatamente corrió a casa de su amante para contarle, pidiéndole que guardase secreto, esta extraña locura. Acto seguido, la noticia se difundió telegráficamente por todos los corrillos del faubourg Saint-Germain, llegó a palacio, al Elíseo-Borbón, se convirtió en la comidilla del día y en el tema de todas las conversaciones, desde el mediodía a la noche. Casi todas las mujeres negaban el hecho, pero de una manera que no lo desmentía; y los hombres lo creían, demostrando el más indulgente interés por *madame* de Langeais.

—Ese salvaje de Montriveau tiene un alma de bronce y sin duda habrá exigido este escándalo —decían unos, echando la culpa de lo sucedido a Armand.

—Bien —decían otros—, *madame* de Langeais ha cometido la más noble de las imprudencias. Renunciar ante todo París y por su amante, al mundo, a su posición, a su fortuna, a la consideración, es un golpe de estado femenino tan magnífico como la cuchillada de ese peluquero que tanto emocionó a Canning en la audiencia de lo criminal. Ni una sola de las mujeres que censuran a la duquesa sería capaz de hacer esta declaración digna de los tiempos antiguos. *Madame* de Langeais es una mujer heroica al exhibirse con esta franqueza. Ahora ya no puede amar a nadie más que a Montriveau. ¿No hay cierta grandeza en una mujer que dice: «No tendré más que una pasión»?

—¿Qué sería de la sociedad, señor mío, si así honrara al vicio, sin mostrar el menor respeto por la virtud? —dijo la condesa de Granville, esposa del fiscal de la audiencia.

Mientras en palacio, en el arrabal y en la Chaussée-d'Antin se hacían cábalas y conjeturas sobre el naufragio de esta virtud aristocrática; jóvenes presurosos corrían a caballo para asegurarse, viendo el coche en la rue de Toumon, de que la duquesa estaba verdaderamente en casa de *monsieur* de Montriveau, ella yacía, palpitante, en el fondo de su tocador. Armand, que no había dormido en su casa, paseaba por las Tullerías con *monsieur* de Marsay. Entre tanto, los abuelos de *madame* de Langeais se visitaban, citándose en casa de la condesa, para sermonearla y hallar los medios de hacer abortar el escándalo producido por su conducta.

A las tres, el duque de Navarriens, el *vidame* de Pamiers, la vieja princesa de Blamont-Chauvry y el duque de Grandlieu se encontraban reunidos en el salón de *madame* de Langeais, esperándola. A ellos, como a muchos curiosos, los servidores de la casa les dijeron que su señora había salido. La duquesa no había exceptuado a nadie de esta consigna. Aquellos cuatro personajes, ilustres en las esferas aristocráticas, cuyas revoluciones y pretensiones hereditarias consagra anualmente el Almanaque de Gotha, merecen un rápido esbozo, sin el cual esta pintura social quedaría incompleta.

La princesa de Blamont-Chauvry era, en el mundo femenino, la más poética ruina

del reinado de Luis XV, a cuyo apodo ella había contribuido durante su bella juventud, según se decía, con su parte proporcional. De sus antiguas gracias sólo le quedaba una nariz muy saliente, fina, curvada como una espada turca, y principal adorno de un rostro que parecía un viejo guante blanco; todo ello venía completado por algunos cabellos, rizados y empolvados, chinelas de tacón, un sombrero de encaje con cintas, mitones negros y otras prendas anticuadas. Mas, para hacerle cumplida justicia, conviene añadir que tenía una idea tan elevada de sus ruinas, que se descotaba por las noches, llevaba guantes largos y aún se teñía las mejillas con el carmín clásico de Martin.

La temible amabilidad oculta entre sus arrugas, un fuego prodigioso en sus ojos, una dignidad profunda en toda su persona, un ingenio de triple dardo en la lengua, en su cabeza una memoria infalible, hacían de esta venerable anciana una verdadera potencia. Tenía, en su cerebro apergaminado, todos los pergaminos nobiliarios de Europa y conocía, al dedillo, las alianzas de las casas principescas, ducales y condales del continente, incluso hasta dónde se hallaban los últimos hermanos de Carlomagno. Así, ninguna usurpación legítima podía pasarle desapercibida.

Los jóvenes que querían estar bien vistos, los ambiciosos y las jovencitas, le rendían constantes homenajes. Su salón dictaba la ley en el faubourg Saint-Germain. Las palabras de aquel Tayllerand femenino tenían valor de decretos. Algunas personas iban a pedir su consejo sobre cuestiones de etiqueta o de urbanidad, o a recibir lecciones de buen gusto. La verdad era que ninguna dama de su edad sabía guardar como ella la tabaquera en el bolso; y al sentarse o al cruzar las piernas, movía la falda con una precisión, con una gracia que desesperaba a las jóvenes más elegantes. Tuvo voz de cabeza durante una tercera parte de su vida, pero no pudo impedirle que descendiese a las membranas nasales, lo que la hacía extrañamente significativa. De su gran fortuna sólo le quedaban ciento cincuenta mil libras en bosques, generosamente devueltos por Napoleón. Así, todo era en ella considerable: bienes y persona.

Aquella curiosa antigualla estaba sentada en una poltrona, a un lado de la chimenea, hablando con el *vidame* de Pamiers, otra ruina contemporánea. Aquel viejo señor, antiguo comendador de la Orden de Malta, era un hombre de talla elevada, larguirucho y endeble, con el cuello siempre tan apretado, que le coloreaba las mejillas, las cuales desbordaban ligeramente por encima de la corbata, todo lo cual contribuía a mantenerle la cabeza erguida; actitud plena de suficiencia en algunas personas, pero justificada en él por su espíritu volteriano. Sus ojos saltones parecían verlo todo y, efectivamente, lo habían visto todo. Se ponía algodón en los oídos. Por último, el conjunto de su persona, ofrecía un arquetipo de líneas aristocráticas, menudas y frágiles, suaves y agradables que, parecidas a las de la serpiente, pueden encorvarse a voluntad, incorporarse, hacerse fluidas o rígidas.

El duque de Navarreins se paseaba a todo lo largo y lo ancho del salón, en compañía del duque de Grandlieu. Ambos duques frisaban en los cincuenta y cinco

años, aún no muy maduros, ambos gruesos y rechonchos, bien nutridos, de tez algo rojiza, ojos fatigados y labios inferiores ya colgantes. Sin el tono exquisito de su lenguaje, sin la afable cortesía de sus modales, sin su soltura, que, de repente, podía trocarse en impertinencia, un observador superficial hubiera podido tomarlos por banqueros. Pero el error cesaba al escuchar su conversación, erizada de precauciones con los que temían, seca o vacía con sus iguales, páfida para los inferiores, que los personajes de la corte o los hombres de Estado saben amansar mediante verbosas delicadezas y herir, con una palabra inesperada. Éstos eran los representantes de aquella gran nobleza que quería morir o permanecer íntegra, que merecía tantos elogios como censuras y que será siempre imperfectamente juzgada, hasta que un poeta la muestre feliz al obedecer al rey, expirando bajo el hacha de Richelieu, y despreciando la guillotina del 89 como una sucia venganza.

Estos cuatro personajes se distinguían, todos ellos, por una voz aguda y débil, que armonizaba particularmente con sus ideas y su porte. Por otra parte, la igualdad más perfecta reinaba entre ellos. La costumbre que adquirieron en la corte de ocultar sus emociones, sin duda les impedía manifestar el disgusto que les causaba la extravagancia de su joven pariente.

A fin de evitar que los críticos tachen de pueril el comienzo de la escena siguiente, quizá sea necesario observar aquí que, en una ocasión en que Locke se encontraba en compañía de unos señores ingleses, famosos por su ingenio y personajes que se distinguían, tanto por sus maneras, como por su eficiencia política, se divirtió malévolamente tomando su conversación taquigráficamente, por un procedimiento particular, y los hizo desternillarse de risa al leérsela luego. Las clases superiores, en efecto, hablan, en todos los países, un argot de oropel que, lavado en las cenizas literarias o filosóficas, da una cantidad escasísima de oro en el crisol. En todas las clases sociales, salvo en algunos salones parisienses, el observador halla las mismas ridiculeces, que sólo se diferencian por la transparencia o el espesor del barniz. Así, las conversaciones substanciales constituyen la excepción social, y la beocia hace el gasto de la conversación, por lo general, en las diversas zonas de la sociedad. Si bien, en las altas esferas, se habla, forzosamente, mucho, se piensa poco en ellas. Pensar representa una fatiga y los ricos prefieren ver discurrir la vida sin esforzarse. Así, hay que considerar el fondo de las expresiones por grados —desde el pilluelo de París hasta el par de Francia— para comprender la frase de Tayllerland: *Los modales lo son todo*, traducción elegante de este axioma jurídico: *La forma arrastra el fondo*. A los ojos del poeta, la ventaja continuará estando por el lado de las clases inferiores, que nunca dejan de imprimir cierta tosca poesía a sus pensamientos.

Esta observación quizás haga comprender, también, la esterilidad de los salones, su vaciedad, su falta de profundidad, y la repugnancia que las personas superiores experimentan, cuando tienen que entregarse, en ellos, al detestable comercio consistente en hacer intercambio de pensamientos.

El duque se detuvo de pronto, como si hubiese concebido una idea luminosa, y dijo a su acompañante:

—¿Así, habéis vendido a *Thornton*?

—No, está enfermo. Mucho me temo que voy a perderle, y esto me afligirá mucho; es un caballo excelente para la caza. ¿Sabéis cómo está la duquesa de Marigny?

—No, no he ido a visitarla esta mañana. Me disponía a ir a verla, cuando habéis venido para hablarme de Antoinette. Pero ayer estaba muy mal, en situación desesperada; le dieron la extremaunción.

—Su muerte cambiará la situación de vuestro primo.

—No la cambiará en nada; hizo la partición en vida y se reservó una pensión, que le pasa su sobrina, *madame* de Soulanges, a la que ha dado sus tierras de Guébriant, de renta vitalicia.

—Será una gran pérdida para la sociedad. Era una buena mujer. Su familia echará mucho de menos sus consejos y su experiencia, que pesaban mucho. Entre nosotros sea dicho, era el cabeza de familia. Su hijo, Marigny, es un hombre agradable; tiene rasgos de ingenio; es un buen conservador. Sí, es agradable, muy agradable... ¡Oh, en cuánto a agradable, se lleva la palma! Pero... es incapaz de llevar una casa. Y lo extraordinario es que no tiene un pelo de tonto. El otro día cenaba en el círculo con todos esos ricachos de la Chaussée-d'Antin y vuestro tío (que siempre va ha hacer su partidita) lo vio. Sorprendido al encontrarlo allí, va y le pregunta si pertenecía al círculo. «Sí, no acudo a otro lugar; vivo con los banqueros». ¿Y sabéis por qué? —dijo el marqués dirigiendo una sonrisa ladina al duque.

—No.

—Se ha encaprichado de una recién casada, esa menudita *madame* Keller, la hija de Gondreville, una mujer que, según dicen, está muy de moda en esos círculos.

—Pero Antoinette no se aburre, según parece —dijo el viejo *vidame*.

—El afecto que siento por esta mujercita hace que me entregue, en estos momentos, a un singular pasatiempo —le respondió la princesa, guardándose la tabaquera en el bolso.

—Mi querida tía —dijo el duque deteniéndose—, estoy desesperado. Sólo un hombre de Bonaparte podía ser capaz de exigir de la buena sociedad semejante incomodo. Que quede entre nosotros, Antoinette hubiera debido elegir mejor.

—Querido —respondió la princesa—, los Montriveau tienen solera y cuentan con muy buenas alianzas. Están entroncados con toda la alta nobleza de Borgoña. Si los Rivaudoult d'Arschoot, de la rama Dulmen, se extinguiesen en Galitzia, los Montriveau heredarían los bienes y los títulos de los d'Arschoot; los heredarían por su bisabuelo.

—¿Estáis segura?

—Lo sé mejor que el propio padre de éste, al que conocía mucho y que, precisamente, lo supo por mí. Aunque era caballero de las Ordenes, se burlaba de

ellas; era un enciclopedista. Pero su hermano supo aprovecharse bien de ellos en la emigración. He oído decir que sus parientes del Norte se portaron muy bien con él...

—Desde luego que sí. El conde de Montriveau murió en San Petersburgo, donde lo encontré —dijo el *vidame*—. Era un hombre muy corpulento, que sentía una pasión increíble por las ostras.

—¿Comía muchas? —preguntó el duque de Grandlieu.

—Diez docenas diarias.

—¿Sin sentirse mal?

—En absoluto.

—¡Oh, pero esto es extraordinario! ¿Y este gusto no le provocó ataques de piedra, ni la gota, ni ninguna molestia?

—No, se encontraba perfectamente bien; murió de accidente.

—¡De accidente, decís! La naturaleza le ordenó que comiese ostras; sin duda le eran necesarias, pues, hasta cierto punto, nuestros gustos predominantes se hallan condicionados por nuestra naturaleza.

—Soy de vuestro parecer —dijo la princesa, sonriendo.

—Señora, vos siempre entendéis las cosas con malicia —dijo el marqués.

—Quiero solamente que comprendáis que estas cosas sonarían muy mal en los oídos de una joven —respondió ella.

Y se interrumpió para exclamar:

—¡Pero esta sobrina mía! ¡Esta sobrina!

—Mi querida tía —dijo *monsieur* de Navarreins—, aún me cuesta trabajo creer que haya ido a casa de *monsieur* de Montriveau.

—¡Bah! —dijo la princesa.

—¿Qué pensáis, señor *vidame*? —preguntó el marqués.

—Si la duquesa fuese una ingenua, yo creería que...

—Pero una mujer que ama se vuelve ingenua, mi pobre *vidame*. ¿No estaréis envejeciendo?

—¿Qué hacer, en fin? —dijo el duque.

—Si mi querida sobrina es juiciosa —respondió la princesa—, irá esta noche a la corte, puesto que, por suerte, estamos en lunes que es día de recepción; ocupaos de rodearla bien y de desmentir ese ridículo rumor. Hay mil maneras de explicar las cosas, y, si el marqués de Montriveau es hombre galante, se prestará a hacerlo. Daremos sus buenas razones a esos niños curiosos...

—Pero es difícil atacar de frente a *monsieur* de Montriveau, mi querida tía, es un discípulo de Bonaparte y hombre de posición. ¡Desde luego! es un personaje, tiene un mando importante en la guardia, donde es de mucha utilidad. No posee la menor ambición. A la primera palabra que le desagradase es capaz de decirle al rey: «Aquí tenéis mi dimisión. Dejadme en paz».

—¿Así, qué piensa?

—Piensa muy mal.

—Verdaderamente —dijo la princesa—, el rey sigue siendo lo que ha sido siempre: un jacobino flordelisado.

—¡Oh, pero un poco moderado! —dijo el *vidame*.

—No, lo conozco de antiguo. El hombre que decía a su mujer, el día en que ella asistió al primer banquete de la corte: «¡Allí están los nuestros!», señalándole el patio, no podía ser más que un negro desalmado. Vuelvo a encontrar perfectamente a *MONSIEUR* en el rey. El mal hermano, que votaba tan mal en su escaño de la Asamblea Constituyente, debe pactar con los liberales, dejarles hablar y discutir. Ese santurrón que se las echa de filósofo será tan peligroso para el segundón como lo fue para el primogénito; pues no sé si su sucesor podrá salir de los apuros que se complace en crearle este hombre grueso de espíritu pequeño; además, lo execra y sería feliz si pudiese decirse, al morir: «No reinará mucho tiempo».

—Tía, es el rey, tengo el honor de pertenecerle y...

—¿Pero, querido, vuestro cargo os impide hablar francamente? Sois de linaje tan bueno como el de los Borbones. Si los Guisa hubiesen tenido algo más de resolución, Su Majestad, hoy, sería un pobre hidalgo. Me voy de este mundo a tiempo; la nobleza ha muerto. Sí, todo está perdido para nosotros, hijos míos —dijo, mirando al *vidame*—. ¿Crees que la conducta de mi sobrina debería ser la comidilla de la ciudad? Ella ha hecho mal, yo no la apruebo, un escándalo inútil es una falta; me desagrada mucho este modo de faltar a las conveniencias, yo la eduqué y sé que...

En aquel momento, la duquesa salió de su tocador. Había reconocido la voz de su tía y oyó pronunciar el nombre de Montriveau. Iba con su vestido de casa, propio de las mañanas; y cuando apareció, *monsieur* de Grandlieu, que miraba distraídamente por la ventana, vio regresar el coche de su sobrina sin ella.

—Mi querida hija —le dijo el duque tomándole la cabeza entre las manos para besarle la frente—. ¿Así, no sabes lo que pasa?

—¿Pasa algo extraordinario, mi querido tío?

—Que todo París te cree en casa de *monsieur* de Montriveau.

—¿Tú no has salido, verdad, mi querida Antoinette? —dijo la princesa tendiéndole la mano, que la duquesa besó con afecto respetuoso.

—No, querida madre, no he salido. —Volviéndose para saludar al *vidame* y al marqués, agregó—: He querido que todo París creyese que estaba en casa de *monsieur* de Montriveau.

El duque alzó las manos al cielo, se las golpeó desesperadamente y se cruzó de brazos.

—¿Pero es que no sabéis cuáles serán los resultados de esta barbaridad? —dijo por último.

La vieja princesa se levantó de pronto sobre sus talones y miró a la duquesa, que se ruborizó y bajó la mirada. *Madame* de Chauvry la atrajo dulcemente hacia ella y le dijo:

—Permitid que os bese, angelito.

Después la besó en la frente muy afectuosamente, le estrechó la mano y prosiguió, sonriendo:

—Ya no estamos en tiempos de los Valois, mi querida hija. Habéis comprometido a vuestro marido y vuestra situación en el mundo; sin embargo, conseguiremos arreglarlo todo.

—Pero, mi querida tía, yo no quiero arreglar nada. Deseo que todo París sepa o diga que yo estaba esta mañana en casa de *monsieur* de Montriveau. Destruir esta creencia, por falsa que sea, es perjudicarme considerablemente.

—¿Así, hija mía, queréis perderos y afligir a vuestra familia?

—Mi padre y mi familia, al sacrificarme a sus intereses, me condenaron, sin proponérselo, a desdichas irreparables, Podéis censurarme, porque procure endulzar mi suerte, pero en realidad deberíais compadecerme.

—¡Esforzaos, sí, esforzaos por dar un buen partido a una joven! —murmuró *monsieur* de Navarreins al *vidame*.

—Mi querida pequeña —dijo la princesa, sacudiendo los granos de rapé que le habían caído en la falda—, sed feliz si podéis; aquí no se trata de turbar vuestra felicidad, sino de ponerla de acuerdo con las costumbres del trato social. Aquí, todos sabemos que el matrimonio es una institución defectuosa atemperada por el amor. ¿Pero es necesario, al tomar un amante, poner la cama en la vía pública? Vamos, sed un poco razonable, escuchadme.

—Os escucho.

—Señora duquesa —dijo el duque de Grandlieu—, si los tíos tuviesen la obligación de velar por sus sobrinas, tendrían una situación en el mundo; la sociedad les debería honores, recompensas, prebendas, como las concede a las gentes del rey. Por lo tanto, no he venido para hablaros de mi sobrino, sino de vuestros intereses. Calculemos un poco. Si os proponéis dar un escándalo, yo conozco el paño y no me gusta nada. Langeais es un hombre avaro, endiabladamente egoísta; se separará de vos, se quedará con vuestra fortuna, os dejará pobre y por consiguiente, sin consideración. Las cien mil libras de renta que, últimamente, habéis heredado de vuestra tía-abuela materna, pagarán los gastos de sus amantes, y vos quedaréis atada y agarrotada por las leyes, obligada a decir *amén* a todo esto. ¿Que *monsieur* de Montriveau os abandona?... Buen Dios, mi querida sobrina, no nos enfademos; un hombre no os abandonará joven y bella; sin embargo, hemos visto tantas mujeres bonitas abandonadas, incluso entre princesas, que permitiréis que haga una suposición, casi imposible, quiero creerlo: ¿Qué sería de vos sin vuestro marido? Cuidadlo, pues, del mismo modo que cuidáis vuestra belleza, que, si bien se mira, además de marido es el paracaídas de la mujer. Os veo feliz y amada para siempre; no tengo en cuenta ningún acontecimiento desgraciado. Pero admitiéndolo así, por dicha o por desgracia, imaginemos que tenéis hijos. ¿Qué vais a hacer con ellos? ¿Haréis de ellos unos Montriveau? No os hagáis ilusiones: no heredarán toda la fortuna de su padre. Querréis darles toda la vuestra y él toda la suya. ¡Dios mío, nada más natural!

Pero las leyes se pondrán contra vos. ¡Cuántos procesos hemos visto incoados por los legítimos herederos contra los hijos del amor! Estos procesos se ventilan en todos los tribunales del mundo. Quizá recurriréis a un fideicomiso: si la persona en quien depositáis vuestra confianza os engaña, la verdad es que la justicia humana no sabrá nada de ello, ¡pero vuestros hijos quedarán arruinados! ¡Escoged bien, pues! ¿Veis en qué perplejidades os encontráis? De todas maneras, vuestros hijos serán sacrificados necesariamente a las fantasías de vuestro corazón y privados de la situación que les corresponde. Mientras sean pequeños, serán encantadores, pero un día os reprocharán haber pensado más en vos que en ellos. Todo esto, nosotros, los viejos gentilhombres, ya lo sabemos. Los niños se hacen hombres, y los hombres son ingratos. Aún recuerdo haber oído decir, después de cenar, al joven de Horn, en Alemania: «Si mi madre hubiese sido una mujer honrada, yo sería príncipe reinante». Este *si* nos hemos pasado la vida oyéndoselo decir a los plebeyos; y ha sido la causa de la Revolución. Cuando los hombres no pueden acusar a su padre, ni a su madre, echan la culpa de su mala suerte a Dios. En suma, mi querida niña, estamos aquí para iluminaros. Voy a resumir lo que he dicho en una frase que debéis meditar: una mujer no debe dar nunca razón a su marido.

—Mi querido tío, he llegado a calcular tanto que era incapaz de amar. Entonces sólo veía, como vos, intereses en vez de sentimientos, que ahora son lo único que cuenta para mí —dijo la duquesa.

—Pero, mi querida pequeña, la vida no es más que una combinación de intereses y de sentimientos —le replicó el *vidame*—, y para ser feliz, sobre todo en la posición que ocupáis, hay que intentar poner de acuerdo los sentimientos con los intereses. Que una modistilla haga el amor siguiendo los dictados de su fantasía, aún se concibe; pero vos tenéis una gran fortuna, una familia, un título, un lugar en la corte y no debéis tirar todo esto por la ventana. Para conciliarlo todo, ¿qué venimos a pedir? Que eludáis hábilmente la ley de las conveniencias sociales, en vez de violarla. Buen Dios, yo pronto cumpliré ochenta años y no recuerdo haber encontrado, bajo ningún régimen, un amor que valiese el precio que vos queréis pagar por el de este joven afortunado.

La duquesa impuso silencio al *vidame* con una mirada tal que, si Montriveau la hubiese podido ver, se lo hubiera perdonado todo...

—Esto sería de gran efecto en el teatro —dijo el duque de Grandlieu—, y no significa nada cuando se trata de vuestros bienes parafernales, de vuestra posición y de vuestra independencia. No sois agradecida, mi querida sobrina. No encontraréis muchas familias en que los parientes tengan el valor de aportar las enseñanzas de la experiencia y hacer oír el lenguaje de la razón a jóvenes cabezas alocadas. Si preferís condenaros, podéis renunciar a vuestra posición en dos minutos, de acuerdo. Pero reflexionad bien cuando se trate de renunciar a vuestras rentas. No conozco a ningún confesor que pueda absolveros de la miseria. Considero que tengo derecho a hablaros así; porque, si os perdéis, sólo yo podré ofreceros asilo. Soy casi el tío de Langeais, y

solamente a mí me darán la razón si le echo la culpa.

—Hija mía —dijo el duque de Navarreins arrancándose a una dolorosa meditación—, ya que habláis de sentimientos, permitidme observar que una mujer que lleve vuestro nombre se debe a unos sentimientos distintos de los que experimentan las gentes del vulgo. ¿Queréis dar la razón, pues, a los liberales, a esos jesuitas de Robespierre que se esfuerzan por cubrir de oprobio a la nobleza? Hay ciertas cosas que una Navarreins no puede hacer sin faltar a su apellido. Vuestra culpa no os deshonoraría solamente a vos, sino a todo vuestro linaje.

—¡Vaya —dijo la princesa—, ya salió el deshonor! Hijos míos, no hagáis tanto ruido por las idas y venidas dé un coche desocupado, y dejadme a solas con Antoinette. Los tres vendréis a cenar conmigo. Yo me encargo de arreglar bien las cosas. Vosotros, los hombres, no entendéis nada, ya empezáis a hablar con acritud y no quiero que os enfadéis con la querida hija mía de mi alma. Así, hacedme el favor de iros. Los tres aristócratas adivinaron sin duda las intenciones de la princesa; saludaron a sus parientes y *monsieur* de Navarreins besó a la joven en la frente, diciéndole:

—Vamos, querida niña, sé juiciosa. Si tú quieres, aún es tiempo.

—¿No podríamos encontrar, en la familia, a un buen mozo que oponer a ese Montriveau? —dijo el *vidame* al bajar por la escalera.

—Hijita mía —dijo la princesa, indicando con una seña a su pupila que tomase asiento en una silla baja, a su lado, cuando ambas estuvieron solas—, no sé que exista nada más calumniado en este bajo mundo que Dios y el siglo XVIII, pues, al evocar los sucesos de mi juventud, no recuerdo que una sola burguesa hubiese pisoteado las conveniencias como vos acabáis de hacerlo. Los novelistas y los escritores de tres al cuatro han desacreditado el reinado de Luis XV, pero no los creáis. La Du Barry, querida, valía tanto como la viuda Scarron y como persona, valía más. En mi época, las mujeres sabían conservar su dignidad, en medio de sus galanterías. Las indiscreciones nos han perdido. De ahí viene todo el mal. Los filósofos, esa gentuza que hemos admitido en nuestros salones, nos han pagado nuestras bondades con la descortesía y la ingratitud atreviéndose a hacer el inventario de nuestros corazones, a calumniarnos en masa y en detalle y a despotricar contra el siglo. El pueblo, que está muy mal situado para juzgar lo que sea, ha visto el fondo de las cosas sin distinguir su forma. Pero en aquella época, corazón mío, los hombres y las mujeres fueron tan notables como en otras épocas de la monarquía. Ni uno solo de vuestros Werther, ninguna de vuestras notabilidades, como las llamáis, ni uno solo de vuestros pisaverdes de guantes amarillos y cuyos pantalones disimulan la flacura de sus piernas, atravesaría Europa disfrazado de buhonero, para ir a encerrarse, arriesgando su vida y desafiando los puñales del duque de Modena, en el tocador de la hija del regente. Ninguno de vuestros pequeños tísicos, de antiparras de concha, se ocultaría durante seis semanas en un armario, como hizo Lauzun, para infundir valor a su amante mientras ésta daba a luz. ¡Había más pasión en el meñique de *monsieur* de

Jauzourt, que en toda vuestra raza de chisgarabíes, siempre enzarzados en discusiones bizantinas y que prefieren una enmienda a una mujer! ¿Encontraríais hoy un paje capaz de dejarse matar y enterrar bajo el piso de una habitación, por haber tenido la osadía de besar el dedo enguantado de una Koenigsmark? Hoy en día, a decir verdad, parece como si los papeles hubiesen cambiado, y las mujeres tuviesen que perseguir a los hombres. Estos caballeres, que valen menos, se tienen en mayor aprecio. Creedme, querida, todas esas aventuras, que hoy se han hecho públicas y que sirven para asesinar a nuestro buen rey Luis XV, en su tiempo eran secretas. Sin aquel atajo de poetastros, de copleros, de moralistas mantenidos por nuestras doncellas, para que escribiesen estas calumnias, nuestra época hubiera tenido mejores modales literarios. Justifico el siglo, no lo que éste tiene de accesorio. Quizás hayan existido cien mujeres de calidad perdidas; pero esos picaros han aumentado su número hasta un millar, como hacen los gacetilleros, al calcular los muertos del bando derrotado. Además, no sé qué pueden reprocharnos la Revolución y el Imperio: estas épocas fueron licenciosas, sin espíritu, groseras y me producen asco. ¡Son los lugares de mala fama de nuestra historia! Este preámbulo, mi querida niña —prosiguió después de una pausa—, ha tenido por objeto poder decirte que, si Montriveau te gusta tú eres muy dueña de amarlo como te plazca, y tanto como puedas. Yo sé por experiencia que, a menos que te encerremos, y esto ya no se lleva hoy, harás lo que te venga en gana: lo mismo hubiera hecho yo a tu edad. Con la sola diferencia, hijita mía, de que yo hubiera renunciado al derecho de engendrar duques de Langeais. Así es que pórtate con decencia. El *vidame* tiene razón: ningún hombre vale ni uno solo de los sacrificios que en nuestra locura cometemos, para pagarles su amor. Ponte en situación, pues, de poder continuar siendo la esposa de *monsieur* Langeais, por si tuvieses la desgracia de arrepentirte de este amor. Cuando seas vieja, te alegrarás de poder oír misa en la corte y no en un convento de provincias; esta es toda la cuestión. Una imprudencia equivale a una pensión, a una vida errante, a estar a merced de tu amante; al disgusto causado por las impertinencias de mujeres que valen menos que tú, precisamente porque habrán sabido ser astutas y marrulleras. Era mil veces preferible que fueses a casa de Montriveau por la noche, en *fiacre* y disfrazada, que enviarle tu coche a pleno día. ¡Eres una tontuela, mi querida niña! Tu coche ha halagado su vanidad; tu persona le habría cautivado el corazón. Te digo lo que es justo y verdadero, pero sin enfadarme contigo. Tu falsa grandeza es de dos siglos atrás. Vamos, deja que arreglemos tus cosas, diremos que Montriveau emborrachó a tus lacayos para satisfacer su amor propio y comprometerte...

—¡Por el amor de Dios, tía —exclamó la duquesa levantándose de un salto—, no le calumniéis!

—¡Oh, mi querida niña! —dijo la princesa, cuyos ojos se animaron—. Querría que tuvieses ilusiones que no te resultasen funestas, pero toda ilusión debe cesar. Me enternecerías, si no fuese por mi edad. Vamos, no nos causes pesar, ni a él, ni a nosotros. Me encargo de contentar a todo el mundo, pero prométeme que, en lo

sucesivo, no harás nada sin consultarme previamente. Cuéntamelo todo y es posible que te conduzca a un feliz desenlace.

—Tía, os prometo...

—¿Decírmelo todo?

—Sí, todo cuando puede decirse.

—Pero, corazoncito mío, es precisamente lo que no puede decirse lo que yo quiero saber. A ver si nos entendemos. Ven, deja que apoye mis labios resecaos en tu hermosa frente. No, déjame hacer, no quiero que beses mis huesos. Los viejos tenemos nuestra propia cortesía... Vamos, acompáñame a mi carroza —dijo, después de abrazar a su nieta.

—Mi querida tía, ¿así, puedo ir a verle bajo un disfraz?

—Desde luego que sí, esto nunca puede negarse —dijo la anciana señora.

La única idea que la duquesa percibió claramente en el sermón que acababa de dirigirle la princesa, fue la del disfraz. Cuando *madame* de Chauvry se sentó en el interior de su coche, *madame* de Langeais le hizo un gracioso gesto de adiós y volvió a subir a sus habitaciones rebosante de contento.

—Mi persona le hubiera cautivado el corazón; mi tía tiene razón, un hombre no puede rechazar a una mujer bonita, cuando ella sabe ofrecerse bien.

Por la noche, en el círculo de la duquesa de Berri, el duque de Grandlieu y el duque de Maufrigneuse, desmintieron victoriosamente los rumores ofensivos que circulaban sobre la duquesa de Langeais. Eran tantos los oficiales y las personas que afirmaron haber visto a Montriveau paseando aquella mañana por las Tullerías, que aquella estúpida historia se cargó en cuenta a la casualidad, que acepta todo lo que se le da. Así, al día siguiente, la reputación de la duquesa volvía a estar limpia y brillante, pese al lance de su coche, como el yelmo de Mambrino después de haber sido bruñido por Sancho. Pero, a las dos de la tarde, en el bosque de Bolonia, *monsieur* de Ronquerolles se cruzó con Montriveau en una alameda desierta y le dijo sonriendo:

—¿Tu duquesa va bien, eh?

—Ahora y siempre —repuso el general, dando un golpe de fusta significativo a su yegua, que partió como una bala.

Dos días después de aquel inútil escándalo, *madame* de Langeais escribió a *monsieur* de Montriveau una carta que no obtuvo respuesta, como las precedentes. Esta vez ella había adoptado sus medidas y sobornó a Auguste, el ayuda de cámara de Armand. Así, aquella misma noche, a las ocho, fue introducida en casa de Armand, en un aposento distinto a aquél en que se desarrolló la escena que había permanecido en secreto. La duquesa supo que el general no volvería aquella noche. ¿Tenía dos domicilios? El servidor no quiso responder. *Madame* de Langeais había comprado la llave de aquella habitación, pero no toda la probidad de aquel hombre. Cuando el ayuda de cámara la dejó sola, vio sus catorce cartas puestas sobre un velador; no estaban manoseadas ni abiertas; el sello estaba intacto; Armand ni siquiera las había

leído. Ante esto, ella se desplomó sobre una butaca y durante unos instantes perdió el conocimiento. Al volver en sí, vio que Auguste le hacía respirar vinagre.

—Un coche, pronto —dijo ella entonces.

Cuando llegó el coche, *madame* de Langeais descendió con una rapidez convulsiva, volvió a su casa, se acostó y dijo que no quería ver a nadie. Permaneció veinticuatro horas en cama, permitiendo únicamente que entrase en su habitación la doncella, para traerle algunas tazas de infusión de hojas de naranjo. Suzette oyó gemir a su señora y sorprendió algunas lágrimas en sus ojos, resplandecientes, pero rodeados de ojeras.

Dos días después, luego de haber meditado con las lágrimas de la desesperación el partido que le convenía adoptar, *madame* de Langeais sostuvo una conferencia con su secretario particular, y le encargó que realizase ciertos preparativos. Después envió a buscar al viejo *vidame* de Pamiers. Mientras esperaba la llegada del comendador, escribió a *monsieur* de Montriveau.

El comendador llegó puntual. Encontró a su joven prima pálida, abatida, pero resignada. Eran las dos de la tarde, aproximadamente. Aquella divina criatura nunca había estado tan poética como entonces, dominada por la languidez de su agonía.

—Mi querido primo —dijo el *vidame*—, vuestros ochenta años os han valido esta cita. ¡Oh, no sonriáis, os lo ruego, ante una pobre mujer en el colmo de la desdicha! Sois hombre galante y estoy convencida de que las aventuras de vuestra juventud os han enseñado a ser indulgente con las mujeres.

—Os equivocáis —dijo el anciano.

—¿De veras?

—Todo las hace felices.

—¡Ah! Bien, vos ocupáis el corazón de mi familia; quizá seréis el último pariente, el último amigo que me estrechará la mano. Por lo tanto, me creo con derecho a pedir os un señalado favor. Hacedme, mi querido canónigo, un favor que no sabría pedir ni a mi padre, ni a mi tío Grandlieu, ni a mujer alguna. Debéis comprenderme. Os suplico que me obedezcáis y que olvidéis que me habéis obedecido, sea cual fuere el resultado de vuestras gestiones. Se trata de ir, provisto de esta carta, a casa de *monsieur* de Montriveau, para verlo, mostrársela y pedirle, como los hombres saben pedirse las cosas entre ellos, pues entre vosotros hacéis gala de una probidad, de unos sentimientos, que olvidáis con nosotras, para pedirle que la lea, no en vuestra presencia, naturalmente, pues los hombres prefieren ocultar ciertas emociones. Para manifestárselo, os autorizo a que le digáis, si lo creéis necesario, que de ello depende mi vida o mi muerte. Si él se digna...

—¡Si se digna! —repitió el comendador.

—Si se digna leerla —prosiguió con firmeza la duquesa—, hacedle una última observación. Lo veréis a las cinco; a esta hora él cena hoy en su casa, según yo sé; pues bien, por toda respuesta debe venir a verme. Si tres horas después, si a las ocho no ha salido, no habrá nada más que decir. La duquesa de Langeais habrá

desaparecido de este mundo. No habré muerto, mi querido amigo, no; pero ningún poder humano podrá encontrarme en la tierra. Venid a cenar conmigo, al menos tendré a un amigo que me asistirá en mis postreras angustias. Sí, esta noche, mi querido primo, mi vida se decidirá; y suceda lo que suceda, no podrá ser más que cruelmente fogosa. ¡Partid! ¡Silencio! No quiero oír nada parecido a observaciones o consejos. Hablemos, riámos —le dijo, tendiéndole una mano que él besó—. Seamos como dos viejos filósofos que saben gozar de la vida hasta el momento mismo de su muerte. Me engalanaré y me mostraré muy coqueta para vos. Sois quizás el último hombre que habrá visto la duquesa de Langeais.

Sin responder, el *vidame* saludó, tomó la carta y cumplió el encargo. Regresó a las cinco y encontró a su parienta ataviada y compuesta, deliciosa, en fin. El salón estaba adornado con flores como para una fiesta. El ágape fue exquisito. La duquesa hizo destellar todos los brillantes de su espíritu para aquel anciano, y se mostró más atractiva que nunca. El comendador sólo quiso ver, de momento, un capricho de mujer joven; pero de vez en cuando, la falsa magia de las seducciones desplegadas por su prima palidecía. Tan pronto la sorprendía estremeciéndose, dominada por una especie de terror repentino, como tan pronto parecía escuchar en el silencio. Si entonces él le preguntaba:

—¿Qué tenéis?

—¡Callad! —respondía ella.

A las siete la duquesa abandonó al anciano, para regresar a los pocos instantes, vestida como hubiera podido estarlo su doncella para ir de viaje; reclamó el brazo de su invitado, que quiso que la acompañara y se introdujo en un coche de alquiler. A las ocho menos cuarto, ambos se presentaron a la puerta de *monsieur* de Montriveau.

Armand, entre tanto, había meditado acerca del contenido de la siguiente misiva:

Amigo mío:

He pasado unos instantes en vuestra casa, sin que lo supieseis, he recogido mis cartas, oh Armand, entre nosotros no puede haber indiferencia, y el odio procede de un modo muy distinto. Si me amáis, cesad este juego cruel. Me mataríais. Más tarde esto causaría vuestra desesperación, al saber cuánto os amaba. Si por desgracia os he comprendido, si no sentís por mí más que adversión, ésta comporta desdén y aborrecimiento; en tal caso, abandono toda esperanza. Por terrible que pueda ser, este pensamiento será un bálsamo para mi prolongado dolor. Así nada os causará pesar, un día. ¡Ah, mi Armand, cómo deseo no causaros pesares! Si tal cosa hiciese, no quiero deciros los terribles efectos que esto causaría en mí. Viviría, pero ya no podría ser vuestra mujer. Después de haberme entregado enteramente a vos en pensamiento, ¿a quién podría entregarme? A Dios. Sí, los ojos que habéis amado durante unos momentos ya no volverán a ver ningún rostro de hombre; y pueda cerrarlos la gloria de Dios. Ya no oiré otras voces humanas, después de haber oído la vuestra, tan dulce al principio, tan terrible ayer, pues siempre estoy al siguiente día de vuestra

venganza; así, pueda la palabra de Dios consumirme. Entre su cólera y la vuestra, amigo mío, sólo habrá para mí lágrimas y plegarias. Os preguntaréis, tal vez, por qué os escribo. ¡Ay, no me toméis a mal que aún conserve una lucecita de esperanza, que lance todavía un suspiro por la vida que voy a dejar para siempre!

Estoy en una horrible situación. Tengo toda la serenidad que las grandes resoluciones comunican al alma y aún siento los últimos fragores de la tempestad. En esta terrible aventura, que tanto me ha ligado a vos, Armand, vais del desierto al oasis, conducido por un buen guía. En cambio, yo me arrastro del oasis al desierto y vos sois mi guía despiadado. No obstante, solamente vos, amigo mío, podéis comprender la melancolía de las últimas miradas que dirijo a la felicidad, y sois el único al que puedo quejarme sin enrojecer. Si atendéis mi ruego, seré feliz; si os mostráis inexorable, expiaré mis culpas. En fin, ¿no es natural que una mujer quiera permanecer en el recuerdo de su amado, revestida de todos los sentimientos nobles? ¡Oh, único ser querido, dejad que vuestra criatura se entierre, convencida de que la encontraréis grande! Vuestras severidades me han hecho reflexionar y, desde que os amo tanto, me he hallado menos culpable de lo que pensáis. Escuchad, pues, mi justificación, os la debo; y vos, que lo sois todo para mí en el mundo, me debéis al menos un instante de justicia.

He sabido por mis propios dolores, cuánto os han hecho sufrir mis coqueterías; pero entonces yo estaba en una completa ignorancia del amor. Vos estáis en el secreto de estas torturas y vos me las imponéis. Durante los ocho primeros meses que me habéis concedido, no os habéis hecho amar. ¿Por qué, amigo mío? Me es tan imposible decíroslo como explicaros por qué os amo. ¡Ah, ciertamente, me sentía halagada al verme convertida en el objeto de vuestros apasionados discursos, en recibir vuestras miradas de fuego; pero me dejabais fría y sin deseos! No, yo no era mujer, pues no concebía la abnegación ni la felicidad de nuestro sexo. ¿De quién era la culpa? ¿No me habríais despreciado si me hubiese entregado sin pasión? Quizá lo sublime de nuestro sexo sea entregarse sin recibir ningún placer; quizá no tenga ningún mérito abandonarse a unos goces conocidos y ardientemente deseados. ¡Ay, amigo mío, ahora ya puedo decíroslo! Estos pensamientos se me ocurrieron cuando yo era tan coqueta con vos; pero ya os encontraba tan grande, que no quería que me debieseis a la piedad...

¡Qué palabras acabo de escribir! ¡Ah, he recuperado todas las cartas que os escribí y las he arrojado al fuego! Las he visto arder. Tú nunca sabrás el amor, la pasión, la locura que contenían.

Me callo, Armand, termino, no quiero deciros nada más de mis sentimientos. Si mis votos no han sido escuchados de alma a alma, tampoco podré, yo, mujer, seguir debiendo vuestro amor a la piedad. Quiero ser amada irresistiblemente o dejada despiadadamente. Si os negáis a leer esta carta, la quemaré. Si, después de leerla, no sois tres horas después mi único esposo para siempre, no me avergonzará saber que está en vuestras manos: el orgullo de mi desesperación será salvaguardia de cualquier

injuria para mi memoria, y mi fin será digno de mi amor. Cuando ya no me encontréis sobre la tierra, pese a que aún estaré viva, no pensaréis, sin estremeceros, en una mujer que, dentro de tres horas, únicamente alentará para abrumaros con su ternura, una mujer consumida por un amor sin esperanzas y fiel, no en placeres compartidos, sino en sentimientos menospreciados. La duquesa de la Vallière lloraba una dicha perdida, su poder desvanecido, mientras que la duquesa de Langeais se sentirá dichosa de su llanto y continuará siendo un poder para vos. Sí, me echaréis de menos. Siento muy bien que no era de este mundo y os agradezco que me lo hayáis demostrado. Adiós, no tocaréis mi hacha: la vuestra era la del verdugo, la mía es la de Dios; la vuestra mata y la mía salva. Vuestro amor era mortal, no sabía soportar el desdén ni la burla; el mío puede soportarlo todo sin debilitarse, pues es vivo eternamente. ¡Ah, experimento un goce sombrío en aplastaros; en humillaros, a vos que os creíais tan grande, por medio de la sonrisa tranquila y protectora de los ángeles débiles que adquieren, al tenderse a los pies de Dios, el derecho y la fuerza de velar, en su nombre, sobre los hombres! No habéis tenido más que deseos pasajeros, mientras que la pobre religiosa os iluminará sin cesar con sus ardientes oraciones y os cubrirá siempre con las alas del amor divino. Presiento vuestra respuesta, Armand, y os cito... en el cielo. Amigo mío, allí la fuerza y la debilidad se miden por un mismo rasero; ambas son sufrimientos. Este pensamiento calma la agitación de mi última prueba. Estoy tan tranquila, que temería amarte si no fuese que por ti abandono el mundo.

ANTOINETTE.

—Mi querido *vidame* —dijo la duquesa al llegar ante la mansión de Montriveau —, hacedme el favor de preguntar al portero si está en casa.

El comendador, obediente a la manera de los hombres del siglo XVIII, se apeó y volvió para decir a su prima un sí que la hizo estremecer. Ante esta afirmación, apretó la mano del comendador, dejó que éste la besara en ambas mejillas, y le rogó que se fuese sin espiarla, ni querer protegerla.

—Pero ¿y los transeúntes? —preguntó.

—Nadie puede faltarme al respeto —respondió ella.

Éstas fueron las últimas palabras pronunciadas por la mujer elegante y por la duquesa. El comendador se fue. *Madame* de Langeais permaneció en el quicio de la puerta, envuelta en su manto y esperando que diesen las ocho. Sonó la hora fatídica. La infeliz esperó diez minutos más, un cuarto de hora; por último creyó ver una nueva humillación en aquel retraso, y la fe la abandonó. No pudo contener esta exclamación:

—¡Oh, Dios mío!

Después abandonó aquel funesto umbral. Fueron las primeras palabras de la carmelita.

Montriveau tenía una reunión con algunos amigos; les rogó que se diesen prisa en

terminar, pero su reloj atrasaba y cuando salió para dirigirse a la mansión de Langeais, la duquesa, presa de un frío sudor, huía a pie por las calles de París. Se echó a llorar cuando llegó al bulevar de Enfer. Allí miró, por última vez, al París humeante, bullicioso, cubierto por la rojiza atmósfera producida por sus luces; después subió en un coche de punto y salió de aquella ciudad, para nunca más volver a ella.

Cuando el marqués de Montriveau llegó a la mansión de Langeais, no encontró en ella a su amada y se creyó burlado. Corrió entonces a casa del *vidame*, quien lo recibió en el momento en que se ponía la bata, pensando en la felicidad de su linda prima. Montriveau le dirigió una mirada terrible, cuya conmoción eléctrica fulminaba a hombres y mujeres indistintamente.

—¿Acaso os habéis prestado a una broma cruel, señor mío? —exclamó—. Vengo de casa de *madame* de Langeais y sus servidores me han dicho que ha salido.

—¡Por culpa vuestra, sin duda, ha sucedido una gran desgracia! —respondió el *vidame*—. Dejé a la duquesa a vuestra puerta...

—¿A qué hora?

—A las ocho menos cuarto.

—Quedad con Dios —dijo Montriveau, regresando precipitadamente a su casa para preguntar a su portero si aquella noche había visto una dama a la puerta de su casa.

—Sí, señor, una linda joven que parecía estar muy afectada. Lloraba como una Magdalena, en silencio, y se mantenía derecha como un poste. Por último ha dicho: «¡Oh, Dios mío!», antes de irse. Esta exclamación, con su permiso, nos ha partido el corazón, a mi mujer y a mí, que la observábamos sin que ella se diese cuenta.

Estas palabras hicieron palidecer a aquel hombre tan duro. Escribió unas líneas a *monsieur* de Ronquerolles, despachándoselas inmediatamente, y subió a sus habitaciones. Alrededor de medianoche llegó el marqués de Ronquerolles.

—¿Qué tienes, mi buen amigo? —dijo al ver al general.

Armand le tendió la carta de la duquesa para que la leyese.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó Ronquerolles.

—Estaba ante mi puerta a las ocho, y a las ocho y cuarto ha desaparecido. ¡La he perdido y la amo! ¡Ah, si mi vida me perteneciese, ya me hubiera hecho saltar la tapa de los sesos!

—¡Bah, bah! —dijo Ronquerolles—. Cálmate. Las duquesas no echan a volar como pajarillos. No podrá recorrer más de tres leguas en una hora; mañana nosotros recorreremos seis en el mismo espacio de tiempo. ¡Ah, peste! —prosiguió—. *Madame* de Langeais no es una mujer ordinaria. Mañana montaremos todos a caballo. Durante el día sabremos por la policía adónde ha ido. Necesita un coche, estos ángeles no tienen alas. Tanto si está de camino como oculta en París, daremos con su paradero. ¿No disponemos del telégrafo para detenerla sin necesidad de seguirla? Aún podrás ser feliz. Pero, mi querido hermano, has cometido el error que

suelen cometer los hombres de tu temple, que juzgan a los demás espíritus según el suyo, sin saber hasta dónde puede estirarse la cuerda sin romperse. ¿Por qué no me avisaste antes? Yo te hubiera dicho: «¡Sé puntual!». Hasta mañana, pues —añadió, estrechando la mano de Montriveau, que permaneció mudo—. Duerme, si puedes.

Pero los más inmensos recursos de que jamás hayan dispuesto hombres de Estado, soberanos, ministros, banqueros, todos los poderes humanos, en fin, se desplegaron en vano. Ni Montriveau ni sus amigos pudieron hallar el menor rastro de la duquesa. Era evidente que se había enclaustrado. Montriveau resolvió registrar o hacer registrar todos los conventos del mundo. Necesitaba a la duquesa, aunque ello hubiese costado la vida a toda una ciudad. Para hacer justicia a este hombre extraordinario, conviene decir que, su furor apasionado, se renovó diariamente, sin disminuir, durante cinco años. Solamente en 1829 el duque de Navarreins supo, por casualidad, que su hija había partido hacia España, en calidad de doncella de *lady* Julia Hopwood, y que abandonó a dicha dama en Cádiz, sin que *lady* Julia llegase a apercibirse de que *mademoiselle* Caroline era la ilustre duquesa, cuya desaparición mantenía en vilo a la alta sociedad de París.

El lector comprenderá ahora, en toda su extensión, los sentimientos que animaron a los dos amantes cuando se encontraron en el locutorio de las carmelitas y en presencia de la madre superiora; y su violencia, que volvió a despertarse en ambas partes, servirá sin duda para explicar el desenlace de esta aventura.

IV

DIOS DICTA LOS DESENLACES

Era un nudo gordiano, al que no había de faltar la espada que disuelve los más apretados vínculos.

Ferragus, jefe de los Devoradores

Así, pues, muerto en 1823 el duque de Langeais, su esposa quedaba libre. Antoinette de Navarreins se consumía de amor en un islote del Mediterráneo, pero el Papa podía anular los votos de la hermana Teresa. La felicidad, comprada con tanto amor, aún podía brillar para los dos amantes.

Estos pensamientos hicieron volar a Montriveau de Cádiz a Marsella y de Marsella a París.

Pocos meses después de su llegada a Francia, un bric mercante, armado para la guerra, zarpó del puerto de Marsella rumbo a España. Este barco había sido fletado por muchos hombres distinguidos, casi todos franceses, que, apasionados por el Oriente, querían visitar sus regiones. Los grandes conocimientos de Montriveau acerca de las costumbres de estos países lo convertían en un precioso compañero de viaje para aquellos distinguidos personajes, que le rogaron que se uniese a ellos, a lo cual él consintió. El ministro de la Guerra le nombró teniente general y lo destinó al Comité de Artillería para facilitarle aquella excursión de placer.

El bric se puso al paio, veinticuatro horas después de su partida, al noroeste de una isla, desde la que se divisaban las costas de España. La corbeta era una embarcación muy fina, de carena, de arboladura bastante ligera para poder fondear sin peligro aproximadamente a media legua de los arrecifes que por aquel lado impedían el acceso a la isla. Si las barcas de pesca o los habitantes de la isla avizoraban al bric fondeado en aquellos parajes, no sentirían inquietud alguna; además, resultaba fácil justificar su presencia allí.

Antes de llegar a vista de la isla, Montriveau hizo enarbolar el pabellón de los Estados Unidos. Los marineros enrolados para la maniobra de la nave eran norteamericanos y sólo hablaban el idioma inglés. Uno de los compañeros de *monsieur* de Montriveau los hizo embarcar a todos en una chalupa y los condujo a un mesón de la pequeña villa, donde los mantuvo en un estado de embriaguez que no les dejó la lengua libre. Después dijo que el bric había sido aparejado por buscadores de tesoros, gente conocida en los Estados Unidos por su fanatismo, y cuya historia ha sido descrita por uno de los escritores de dicho país.

Así, la presencia de la corbeta ante los arrecifes quedó suficientemente explicada.

Sus armadores y sus pasajeros buscaban allí, según aseguró el pretendido contraamaestre de los marineros, los restos de un galeón naufragado en 1778, con tesoros enviados de Méjico. Los mesoneros y las autoridades locales no quisieron saber más.

Armand y los fieles amigos que lo secundaban en su difícil empresa pensaron, al principio, que ni la astucia ni la fuerza les permitiría liberar o raptar a la hermana Teresa por el lado de la pequeña población. Entonces, de común acuerdo, aquellos hombres audaces resolvieron agarrar al toro por los cuernos. Concibieron el plan de abrirse camino hasta el convento por los lugares en que el acceso parecía impracticable, venciendo a la naturaleza, como el general Lamarque la venció, durante el asalto de Caprera. En aquellas circunstancias los bloques de granito cortados a pico que se alzaban al extremo de la isla, les ofrecían menos asideros que los que ofrecieron los de Caprera a Montriveau, quien participó en aquella increíble expedición, y las monjas les parecían más temibles que el propio *sir* Hudson Lowe.

Raptar a la duquesa con estrépito llenaba de vergüenza a aquellos hombres. Más hubiera valido poner sitio a la villa, al convento y no dejar un solo testigo de su victoria, al estilo de los piratas. Para ellos, pues, aquella empresa sólo tenía dos caras. O un incendio, un hecho de armas que asustase a Europa y sirviese para ocultar los verdaderos motivos de su crimen, o un rapto aéreo, misterioso, que dejase a las monjas persuadidas de que había sido obra del mismísimo diablo. Este último parecer se impuso durante el consejo secreto celebrado en París antes de la partida. Después, todo se dispuso para que tuviese éxito la empresa, que ofrecía una verdadera diversión a aquellos hombres cansados de los placeres de París.

Una especie de piragua, extraordinariamente liviana, fabricada en Marsella según un modelo malayo, permitió navegar entre los arrecifes hasta el lugar donde éstos cesaban de ser practicables. Dos cables de acero, tendidos paralelamente a una distancia de algunos pies, con distintas inclinaciones, y por los que debían deslizarse unas cestas también de alambre, hicieron las veces de puente, como en China, para ir de una roca a otra. De este modo los escollos quedaron unidos por un sistema de cables y barquillas suspendidas que parecían los hilos por los que viajan ciertas arañas y con los que éstas entretajan a un árbol: obra debida al instinto, que los chinos, pueblo esencialmente imitador fue el primero en copiar, históricamente hablando. Ni las olas ni los embates del mar podían destruir aquellas frágiles construcciones. Las cuerdas y cables no estaban muy tensos, para ofrecer a los furores del mar la curvatura estudiada por un ingeniero, el difunto Cachin, el inmortal creador del puerto de Cherburgo, aquel sabio límite más allá del cual cesa el furor de las aguas embravecidas; curva establecida según una ley arrancada a los secretos de la naturaleza por el genio de la observación, que es casi todo el genio humano.

Los compañeros de *monsieur* de Montriveau estaban solos en la corbeta. Ninguna mirada humana podía llegar hasta ellos. Los mejores anteojos posados sobre ellos desde la cubierta de las embarcaciones que pasaban, no hubieran permitido descubrir

los cables, perdidos entre los arrecifes, ni a los hombres ocultos entre las rocas.

Después de once días de trabajos preliminares, aquellos trece demonios humanos llegaron al pie del promontorio que se alzaba unas treinta toesas por encima del mar, formando un bloque tan difícil de franquear por los hombres, como a un ratón le sería trepar por el pulido vientre de porcelana de un jarrón liso. Afortunadamente, aquella pared de granito estaba agrietada. La hendidura, cuyos labios eran perfectamente rectos, permitió sujetar a ella, a distancia de un pie, gruesas cuñas de madera, en las que aquellos osados trabajadores clavaron grapas de hierro. Esas grapas, preparadas de antemano, estaban terminadas por una paleta agujereada, a la que encajaron un peldaño hecho con una tabla de pino extremadamente ligero, que se adaptaba a las entalladuras de un mástil, tan alto como el promontorio, y que quedó sujeto en la roca, hincado profundamente en la arena de la playa. Con una habilidad digna de aquellos hombres de acción, uno de ellos, profundo matemático, había calculado el ángulo necesario para apartar gradualmente los peldaños en la parte superior e inferior del mástil, a fin de situar en el centro del mismo el punto a partir del cual los peldaños de la parte superior ascenderían en abanico hasta lo alto del peñasco: figura igualmente representada, pero en sentido inverso, por los peldaños inferiores. Esta escalera, de una liviandad milagrosa y una solidez perfecta, costó veintidós días de trabajo. Un fósforo, una noche y la resaca del mar bastarían para hacer desaparecer eternamente sus trazas.

Así, ninguna indiscreción era posible y ninguna investigación, emprendida contra los violadores del convento, podría tener éxito.

En lo alto del peñasco había una plataforma, bordeada por todos lados por el precipicio cortado a pico. Los trece desconocidos, después de examinar el terreno con sus gemelos desde lo alto de la cofa, se cercioraron de que, a pesar de algunas fragosidades, podrían llegar fácilmente a los jardines del convento, cuyos árboles, suficientemente frondosos, les ofrecerían refugio seguro. Allí decidirían, posteriormente, cómo efectuarían el raptó de la religiosa, propiamente dicho.

Después de tan ímprobos esfuerzos, no quisieron comprometer el éxito de su empresa corriendo el riesgo de ser vistos, y se vieron obligados a esperar que terminase el último cuarto de la luna menguante.

Montriveau pasó dos noches durmiendo sobre la roca, envuelto en su capa. Los cantos de la noche y de la mañana le causaron delicias inexplicables. Se acercó a un muro del convento para oír la música del órgano y se esforzó por distinguir una voz en aquella masa de voces. Mas, a pesar del silencio, el espacio intermedio sólo permitía que llegasen a sus oídos los efectos confusos de la música. Eran suaves armonías en las que no se dejaban sentir los defectos de ejecución, y de las que se desprendían el pensamiento puro del arte para comunicarse al alma, sin exigirle ni los esfuerzos de la atención, ni las fatigas del entendimiento. ¡Terribles recuerdos para Armand, cuyo amor volvía a florecer íntegramente en aquella brisa de música, en la que quiso hallar aéreas promesas de felicidad!

El día que sucedió a la última noche, descendió antes de que se alzase el sol, después de pasar varias horas con la vista fija en la ventana, desprovista de rejas, de una celda. Las rejas no eran necesarias culminando tan vertiginosos abismos. Había visto luz en la celda durante toda la noche. Aquel instinto del corazón, que engaña con tanta frecuencia como acierta, le había gritado: «¡Ella está allí!».

«Ella está allí, ciertamente, y mañana será mía», se dijo mientras sus gozosos pensamientos se mezclaban con el lento tañido de una campana.

¡Curiosas extravagancias del corazón! ¡Amaba con más pasión a la religiosa debilitada en los arrebatos del amor, consumida por las lágrimas, los ayunos, las vigilias y la oración, la mujer de veintinueve años, que había pasado por pruebas tan duras, que a la joven ligera, la mujer de veinticuatro años, la sílfide! Pero los hombres de alma vigorosa tienen una inclinación que los arrastra hacia las sublimes expresiones que las nobles desdichas o los impetuosos movimientos del alma han grabado en el rostro de una mujer. La belleza de una mujer dolorida es la que mayor efecto ejerce sobre los hombres cuyo corazón guarda un tesoro inagotable de consuelos y ternuras, que desean derramar sobre una criatura graciosa por su debilidad y fuerte por el sentimiento. La belleza fresca, coloreada, uniforme, lo que se llama *bonito*, en una palabra, es el atractivo vulgar del que se prenda la mediocridad.

Montriveau debía amar aquellos rostros en que el amor se despierta en medio de los pliegues del dolor y las ruinas de la melancolía. Un amante hace brotar entonces, a la voz de sus potentes deseos, un ser totalmente nuevo, joven, palpitante, que rompe para él sólo un envoltorio bello a sus ojos, destruido para el mundo. ¿No posee a dos mujeres: la que se presenta pálida, descolorida, triste a los ojos ajenos, y la del corazón, que nadie ve, un ángel que comprende la vida, merced al sentimiento, y sólo aparece, en toda su gloria, para las solemnidades del amor?

Antes de abandonar su puesto, el general oyó débiles acordes que partían de aquella celda, dulces voces llenas de ternura. Al volver al pie de la roca, donde esperaban sus amigos, les dijo en pocas palabras, teñidas de aquella pasión comunicativa, aunque discreta, cuya expresión grandiosa los hombres respetan siempre, que jamás, en toda su vida, había experimentado felicidad tan cautivadora.

Al día siguiente, por la noche, once compañeros fieles ascendieron, entre las sombras, a lo alto de aquellas fragosas peñas, armados cada uno con un puñal, una provisión de chocolate y todos los instrumentos propios del oficio de ladrón. Llegados ante la tapia del convento, la franquearon por medio de unas escalas que habían fabricado, y se encontraron en el camposanto del monasterio. Montriveau reconoció la larga galería abovedada por la que antes pasó para dirigirse al locutorio, y las ventanas de esta sala. Inmediatamente fue adoptado el plan que acababa de concebirse.

Abrirse paso por la ventana del locutorio, que iluminaba la parte del mismo destinada a las carmelitas, penetrar en los corredores, ver los nombres inscritos sobre cada celda, ir a la de la hermana Teresa, sorprender y amordazar a la religiosa

mientras dormía, atarla y llevársela; todas estas partes del programa eran fáciles para unos hombres que, a la audacia y la destreza de los presidiarios, unían los conocimientos particulares de los hombres de mundo, y a los que resultaba indiferente dar una puñalada como precio del silencio.

Tardaron dos horas en aserrar la reja de la ventana. Tres hombres quedaron fuera para vigilar y otros dos se apostaron en el locutorio. Los restantes, descalzos, se situaron a distancias regulares en el claustro, que atravesó Montriveau oculto detrás de un joven, el más hábil de todos ellos, Henry de Marsay, que, por prudencia, se había vestido con un hábito de carmelita, absolutamente igual al del convento.

El reloj daba las tres cuando la falsa religiosa y Montriveau llegaron al dormitorio. No tardaron en reconocer la situación de las celdas. Después, al no oír ruido alguno, leyeron, con ayuda de una linterna sorda, los nombres que, afortunadamente, figuraban sobre cada puerta, acompañados de aquellas divisas místicas, de aquellos retratos de santos o de santas que las religiosas suelen inscribir en forma de epígrafe obre el nuevo papel de su vida, y en los que revelan sus últimos pensamientos. Llegado ante la celda de la hermana Teresa, Montriveau leyó esta inscripción:

Sub invocatione sanctae matris Theresae

La divisa era: *Adoremus in aeternum.*

De pronto, su compañero le puso la mano en el hombro y le indicó un vivo resplandor que iluminaba las losas del corredor por la rendija de la puerta. En aquel instante, Ronquerolles se unió a ellos.

—Todas las religiosas están en la iglesia y comienzan el oficio de difuntos —dijo.

—Yo me quedo —respondió Montriveau—; vosotros replegaos al locutorio, y cerrad la puerta de este corredor.

Entró vivamente, haciéndose preceder por la falsa religiosa, que se echó el velo sobre el rostro. Vieron entonces, en la antecámara de la celda, a la duquesa muerta, tendida en el suelo sobre la tabla de su lecho e iluminada por dos cirios. Ni Montriveau ni de Marsay pronunciaron una palabra ni lanzaron un grito; únicamente se miraron. Luego el general hizo un gesto que quería decir: «¡Llevémonosla!».

—¡Huid! —gritó Ronquerolles—. La procesión de las religiosas se pone en marcha y seréis sorprendidos.

Con la mágica rapidez que comunica a los movimientos un deseo extremado, la muerta fue transportada al locutorio, pasada por la ventana y llevada al pie del muro, en el momento en que la abadesa, seguida por toda la congregación, llegaba para hacerse cargo de los restos mortales de la hermana Teresa.

La hermana encargada de velar el cadáver cometió la imprudencia de ir a registrar la celda de la muerta para enterarse de sus secretos, y esta búsqueda la absorbió hasta tal punto, que no oyó nada y en aquel instante salía asustadísima, tras de constatar la

desaparición del cuerpo. Antes de que aquellas mujeres, estupefactas, hubiesen pensado en buscar a la desaparecida, la duquesa había descendido, al extremo de una cuerda, hasta el pie del acantilado, y los compañeros de Montriveau destruyeron su obra.

A las nueve de la mañana no existía el menor rastro de la escalera ni de los puentes de cables; el cuerpo de la hermana Teresa estaba a bordo; la corbeta se acercó al puerto para embarcar a su tripulación y aquel mismo día se hizo a la mar.

Montriveau permaneció solo en su camarote, con Antoinette de Navarreins, cuya cara resplandeció, complacientemente para él, durante algunas horas, con la sublime belleza debida a la calma particular que la muerte infunde a nuestros restos mortales.

—¡Ah —dijo Ronquerolles a Montriveau cuando éste reapareció en cubierta—, esto era una mujer, pero ahora no es nada! Atems una bala de cañón a cada uno de sus pies, arrojémosla al mar y no pienses más en ella... como no se piensa más en un libro leído durante la infancia. ¿No te parece?

—Sí —dijo Montriveau—, pues no era más que un poema.

—Así me gusta, que seas juicioso. Ahora ten pasiones; pero en cuanto al amor, quita allá...

—¡Esto es una necedad! —dijo Henry de Marsay—. Sólo hay que tomarlo como una droga que, a ciertas dosis, aumenta el placer; si no, más vale leer a Kant, Fichte, Schelling o Hegel.

—¡Esto es un hombre! —exclamó Ronquerolles, dando una palmada a la espalda de De Marsay.

—¡Sí, esto no ha sido para mí más que un poema! —dijo Montriveau, cuando los remolinos abiertos en las olas se borraron en la estela de la corbeta.

—Te concedemos lo del poema, para satisfacer lo que aún te queda de debilidad humana, camarada —dijo De Marsay soltando graciosamente una bocanada de humo de su cigarro—. ¡Tu duquesa! Yo la conocí. Pero no valía tanto como *mi muchacha de los ojos de oro*. Y con todo, una noche salí tranquilamente de mi casa para ir a hundirle un puñal en el corazón. Tú aún no eres de los nuestros. Ronquerolles —dijo, volviéndose al marqués—, cuéntale esta historia para distraerlo; tú sabrás hacer resaltar sus detalles mejor que yo.

Ginebra, en el Pré-Léveque, 26 de enero de 1834.

NOTA
DE LA PRIMERA EDICIÓN
DE
NO TOQUÉIS EL HACHA
(LA DUQUESA DE LANGEAIS)

En estos dos episodios de su historia el poder de los *Trece* no ha encontrado más impedimento que el obstáculo eternamente opuesto por la naturaleza a las voluntades humanas: *la muerte* y *Dios*. El confidente involuntario de estos curiosos personajes sé permite lanzar un tercer episodio, porque en la aventura, tan parisién, de La muchacha de los ojos de oro, los Trece vieron igualado su poder, su venganza frustrada y, esta vez, al llegar al desenlace, no hallaron a *Dios* ni a *la muerte*, sino una pasión terrible, ante la cual retrocedió nuestra literatura, pese a que ya no se asusta de nada.

1834

Este segundo episodio de la *Historia de los Trece* se publicó por primera vez en el tomo III de la primera edición de las *Escenas de la vida parisién* (1834), bajo el título de *No toquéis el hacha*. En 1843, pasó al tomo IX de la *Comedia Humana*, bajo el título de *La Duquesa de Langeais*.



HISTORIA DE LOS TRECE
3.—La muchacha de los ojos de oro



A Eugene Delacroix, pintor

LA MUCHACHA DE LOS OJOS DE ORO

*Todo movimiento exorbitante es sublime prodigalidad
de existencia.*

(«Tratado completo de la vida elegante», teoría de la
manera de andar, obra inédita del autor).

I

FISONOMÍAS PARISIENSES

Uno de los espectáculos que produce más espanto es, ciertamente, el aspecto general que ofrece la población parisiense, pueblo horrible de ver: pálido, macilento, cetrino. ¿No es, acaso, París inmenso campo agitado sin cesar por una tempestad de intereses, bajo los que remolinean humanas mieses, que la muerte siega más a menudo que en otras partes y que siempre renacen, igualmente apretadas, y cuyos rostros, deformes, retorcidos, destilan por todos sus poros el espíritu, los venenos, los deseos, que absorben en sus cerebros; no rostros, sino, más bien, máscaras: máscaras de debilidad, de fuerza, máscaras de miseria, máscaras de alegría, máscaras de hipocresía; todas extenuadas, todas marcadas por los caracteres indelebles de una jadeante avidez? ¿Qué quieren? ¡Oro o placer!

Ciertas observaciones sobre el alma de París podrán esclarecer las causas de su fisonomía cadavérica, de sólo dos edades: juventud o decrepitud; juventud descolorida y pálida; pintarrajeada decrepitud, que quiere parecer joven. Al ver exhumado este pueblo, los extranjeros, que no tienen por qué reflexionar, experimentan, de momento, sensación de repugnancia por esta capital, vasto taller de goces, del que pronto no podrán salir ni ellos mismos y en la que permanecerán para deformarse voluntariamente.

Pocas palabras bastarán para justificar fisiológicamente el matiz, casi infernal, de los rostros parisienses, pues París no ha recibido el nombre de infierno sólo por bromear. Considerad cierto este apelativo. Todo humea allí, todo arde, todo brilla, todo hierve, todo llamea, se evapora, se apaga, vuelve a encenderse, destella, crepita y se consume. Jamás vida alguna fue más ardiente en ningún país, ni más acerba. Esta naturaleza social, siempre en fusión, parece decirse, después de terminar una obra: «¡A otra!», como parece decirse la naturaleza. Y, como la naturaleza, esta naturaleza social se ocupa de insectos, de flores de un día, de bagatelas, de banalidades y arroja así fuego y llamas por su cráter inagotable.

Quizás antes de analizar las causas que dan una fisonomía especial a cada familia de esta inteligente y movediza nación, habría que señalar la causa general que decolora, blanquea y vuelve más o menos azules o pardos los individuos.

A fuerza de interesarse por todo, el parisién termina por no interesarse por nada. Al no haber ningún sentimiento que domine en su rostro gastado por el frotamiento, éste se vuelve gris como el yeso de las casas, deslucido por el polvo y el humo. En efecto, indiferente hoy ante lo que mañana le entusiasmará, el parisién vive como un niño, sea cual sea su edad. Murmura de todo, se consuela con todo, se burla de todo, lo olvida todo, lo quiere todo, lo saborea todo, lo toma todo con pasión, lo abandona todo con indiferencia: sus reyes, sus conquistas, su gloria, su ídolo, ya sea de bronce o de vidrio; del mismo modo como tira sus medias, sus sombreros y su fortuna. En París, ningún sentimiento resiste a la corriente impetuosa de las cosas, que obliga a una lucha que da en aquietar las pasiones: el amor se convierte en un deseo y el odio en veleidad; desconoce pariente más verdadero que el billete de mil francos, ni otro amigo que el Monte de Piedad. Tan general abandono da sus frutos; y en el salón, lo mismo que en la calle, nadie está de más, nadie es absolutamente útil ni absolutamente perjudicial; tanto los bobos y los bribones como las personas agudas u honradas. Allí todo se tolera: el gobierno y la guillotina; la religión y el cólera. Todos afluyen a este mundo, nadie deja de acudir a él.

¿Quién domina, pues, en este país sin modales, sin creencias, sin ningún sentimiento, pero del que parten y en el que desembocan todos los sentimientos, todas las creencias y todos los modales? El oro y el placer. Tomad estas dos palabras como una antorcha y recorred esta gran jaula de yeso, esta colmena de negros arroyos y seguid las sinuosidades del pensamiento que la agita, la exalta, la obsesiona. Vedlo. Examinad primero a los que no tienen nada.

El obrero, el proletario, el hombre que mueve sus pies, sus manos, la lengua, la espalda, su único brazo y sus cinco dedos para vivir; pues bien, éste que es el primero que debería economizar en su vida, sobrepasa sus fuerzas, unce su mujer a una máquina, aprovecha su hijo y lo clava a una rueda. El fabricante, éste no sé yo qué hilo secundario cuyo movimiento agita a esa multitud que, con sucias manos, da vueltas a las porcelanas y las dora, cose trajes y vestidos, trabaja el hierro, cepilla la madera, temple el acero, elabora el cáñamo y el hilo, da pátina al bronce, talla el cristal, imita las flores, borda la lana, domestica a los caballos, trenza los ameses y los galones, corta el cobre, pinta los carruajes, redondea los viejos olmos, vaporiza el algodón, sopla el vidrio, ataca el diamante, pule los metales, transforma el mármol en hojas, corta los guijarros en finas lascas, agudiza el pensamiento, lo colorea, lo blanquea y lo ennegrece todo; pues bien, este amo-dinero ha venido para prometer a este mundo de sudor y voluntad, de estudio y de paciencia, un salario excesivo, en nombre de los caprichos de la ciudad, u obedeciendo la voz del monstruo llamado Especulación.

Entonces estos cuadrúmanos se pusieron a velar, sufrir, trabajar, blasfemar,

ayunar y andar; todos se excedieron a sí mismos para ganar aquel oro que los fascinaba. Después, sin preocuparse por el futuro, ávidos de goces, contando con sus brazos como el pintor con su paleta, despilfarran el lunes, como grandes señores de un día, su dinero en las tabernas, que forman un cinturón de barro que rodea a la ciudad; cintura de la más impúdica de las Venus, sujeta y suelta sin cesar, donde se pierde, como en el juego, la fortuna periódica de este pueblo, tan feroz en el placer como tranquilo en el trabajo. ¡Durante cinco días, pues, ningún descanso para esta parte activa de París! Se entrega a movimientos que la hacen inclinarse, engordar, adelgazar, palidecer, surgir bajo mil chorros de voluntad creadora. Después, su placer y su reposo son una fatigosa orgía, de piel morena, negra a manotazos, pálida de embriaguez o amarilla de indigestión, que sólo dura dos días, pero que roba el pan del mañana, la sopa de la semana, la ropa de la mujer, los pañales del niño, cubierto de harapos.

Estos hombres, nacidos sin duda para ser hermosos, pues todas las criaturas tienen su belleza relativa, se han encuadrado desde su infancia bajo el mando de la fuerza, bajo el reinado del martillo, de las tenazas y de la hilatura, y no han tardado en vulcanizarse. ¿No es Vulcano, con su fealdad y su fuerza, el emblema de esta nación fea y fuerte, sublime en su mecánica inteligencia, paciente a sus horas, terrible un día por siglo, inflamable como la pólvora y dispuesta para el incendio revolucionario por el aguardiente; lo bastante necia, en fin, para encenderse al oír una orden capciosa, que para ella siempre significa oro y placer? Comprendiendo a todos aquellos que tienden la mano para pedir limosna, para cobrar un salario legítimo o para recibir los cinco francos que se pagan por todas las clases de prostitución parisién, para recibir todo el dinero bien o mal ganado, en fin, este pueblo cuenta con trescientos mil individuos. Sin las tabernas, el gobierno tal vez sería derribado todos los martes. Afortunadamente, el martes este pueblo está entorpecido, duerme la mona, ya no tiene un céntimo y vuelve al trabajo, a los mendrugos, estimulado por una necesidad de procreación material que para él se convierte en una costumbre.

Sin embargo, este pueblo tiene sus fenómenos de virtud, sus hombres enteros, sus Napoleones desconocidos, que son el prototipo de sus fuerzas llevadas a su más alta expresión, y resumen su alcance social en una existencia cuyo pensamiento y cuyo movimiento se combinan más para regularizar la acción del dolor, que para llenarla de alegría.

La suerte ha hecho ahorrativo a un obrero, la suerte le otorgó una inspiración, le permitió mirar hacia el futuro, encontró a una mujer y se convirtió en padre, y después de algunos años de duras privaciones inició un pequeño comercio de mercería, alquiló una tienda. Si ni la enfermedad ni el vicio lo detienen en su camino, si prospera, éste es el croquis de una vida normal.

Principiemos por saludar a este rey del movimiento parisién, que ha sometido el tiempo y el espacio a sus dictados. Sí, saludemos a esta criatura compuesta de salitre y de gas, que da hijos a Francia durante sus noches laboriosas y multiplica durante el

día su individualidad para el servicio, la gloria y el placer de sus conciudadanos. Este hombre resuelve el problema de satisfacer simultáneamente a una mujer amante, a su casa, a *Le Constitutionnel*, a su oficina, a la Guardia Nacional, a la Ópera y a Dios, sin olvidar a la mujer; mas para transformar en escudos contantes y sonantes *Le Constitutionnel*, la oficina, la Ópera, la Guardia Nacional, la mujer y Dios. Saludemos, en fin, a un irreprochable acumulador de cargos o empleos.

Después de levantarse todos los días a las cinco, franquea como un pájaro el espacio que media entre su domicilio y la rue Montmartre. Tanto si hace viento como si truena, llueve o nieva, se presenta en *Le Constitutionnel* para esperar el paquete de periódicos que él se encarga de repartir. Recibe aquel pan político con avidez, lo toma y se lo lleva. A las nueve está en el seno de su familia, dirige un piropo a su mujer, le roba un beso, degusta una taza de café o regaña a sus hijos. A las diez menos cuarto hace su aparición en la alcaldía. Una vez allí, aposentado en una butaca, como un loro sobre su percha, caliente a expensas del municipio de París, inscribe hasta las cuatro, sin dedicarles una lágrima ni una sonrisa, las defunciones y los nacimientos de todo un distrito municipal. Las alegrías y las penas del barrio pasan por su plumilla, del mismo modo como el espíritu de *Le Constitutionnel* viaja todos los días sobre sus hombros. ¡Pero nada le pesa! Avanza siempre en línea recta, toma el patriotismo de confección que le ofrece el diario, no contradice a nadie, grita o aplaude con todo el mundo y vive como una golondrina.

Como su casa está a dos pasos de la parroquia, en caso de una ceremonia importante puede dejar su puesto a un supernumerario e irse a cantar un *Réquiem* ante el facistol de la iglesia, de la que los domingos y días festivos es el más bello adorno y la voz más imponente, y donde retuerce con energía su enorme boca lanzando un alegre *Amén* con voz tonante. Es el chantre.

Libre a las cuatro de su servicio oficial, se presenta para derramar júbilo y alegría en el interior de la tienda más célebre de la Cité. Su mujer es afortunada, pues él no tiene tiempo de ser celoso; es más hombre de acción que de sentimiento. Así que llega, provoca a las dependientas, cuyos ojos vivarachos atraen a muchos parroquianos; se regodea entre los adornos, las toquillas, las muselinas confeccionadas por aquellas hábiles obreras; aunque con más frecuencia, antes de cenar, sirve a un parroquiano, copia una página del periódico o lleva a casa del alguacil un efecto que ha llegado con retraso.

A las seis, en días alternos, acude puntualmente a su puesto. Bajo cantante, perpetuo, del coro, se presenta en la Ópera dispuesto a convertirse en soldado, árabe, prisionero, salvaje, campesino, sombra, pata de camello, león, diablo, genio, esclavo, eunuco negro o blanco, experto en efectos de alegría, de dolor, de piedad, de asombro, en lanzar gritos articulados, en callarse, en perseguir, en batirse, en representar Roma o Egipto; pero siempre, en el fondo, mercero.

A medianoche se convierte de nuevo en buen marido, en marido y padre amantísimo; se desliza en el lecho conyugal con la imaginación aún inflamada por las

engañosas formas de las ninfas de la Ópera, y así desvía en provecho del amor conyugal las depravaciones del mundo y las voluptuosas morbideces de la Taglioni. Por último, si coge el sueño se queda dormido como un tronco y despacha su sueño con la misma rapidez que despacha su vida. ¿No es el movimiento hecho hombre, el espacio personificado, el Proteo de la civilización? Este hombre lo resume todo: historia, literatura, política, gobierno, religión, arte militar...

¿No es una enciclopedia viviente, un Atlas grotesco, en constante movimiento, como París, que nunca reposa? En él todo son piernas. Ninguna fisonomía sabría conservarse pura metida en tales trabajos. Quizás el obrero, que muere viejo a los treinta años, con el estómago abrasado por dosis progresivas de aguardiente, resultará que ha sido más feliz que el mercero, según dicen algunos filósofos que gozan de buenas rentas. Aquél perece de repente y éste al por menor. De sus ocho industrias, de sus hombros, de su garganta, de sus manos, de su mujer y de su comercio, éste obtiene, como de otras tantas granjas, hijos, algunos miles de francos y la más laboriosa felicidad que haya vuelto a crear jamás un corazón humano. Esta fortuna y estos hijos, o los hijos que para él lo resumen todo, se convierten en presa para el mundo superior, al que lleva sus escudos y su hija, o su hijo educado en el colegio, que, más instruido que su padre, pone más altas sus ambiciosas miras. El segundón de un pequeño comerciante, a menudo, quiere ser algo en la administración pública.

Esta ambición nos lleva a pensar en la segunda de las escenas parisienses. Subamos un piso y vámonos al entresuelo; o bajemos del desván y quedémonos en el cuarto; en una palabra, penetremos en el mundo que posee algo, y encontraremos el mismo resultado.

Los comerciantes al por mayor y sus hijos, los empleados, la gente de la pequeña banca y de escrupulosa honradez, los bribones, las almas condenadas, los primeros y últimos dependientes, los pasantes de abogado, de notario los miembros activos; pensantes y especulantes, en fin, de esta pequeña burguesía que tritura los intereses de París y vela por su grano, acapara los géneros, almacenan los productos fabricados por los proletarios, embarrila las frutas del Sur de Francia, los pescados del Océano, los vinos de todas las costas besadas por el sol; extiende las manos hacia Oriente para tomar las chales desdeñados por los turcos y los rusos; que va a cosechar hasta a las Indias, se acuesta en espera de la venta, absorbe después los beneficios, descuenta los efectos, gira e ingresa en caja todos los valores, embala al detall a París entero, lo acarrea, espía las fantasías de la juventud, atisba los caprichos y los vicios de la edad madura, estruja sus debilidades y esto, sin beber aguardiente, como el obrero, y sin ir a revolcarse en el cieno de los arrabales; todos sobrepasan así sus fuerzas; tensan desmesuradamente su fuerza y su moral, la una por la otra; se consumen de deseo, se echan a perder con sus precipitadas carreras. En ellos, la torsión física se realiza bajo el fuego de los intereses, bajo el flagelo de las ambiciones que atormentan los mundos elevados de esta monstruosa ciudad, como la de los proletarios se realizó bajo el cruel balancín de las elaboraciones materiales incesantemente deseadas por el

despotismo del aristocrático *Quiero*.

Allí también, pues, en obediencia a este amo universal, el placer o el oro, hay que devorar el tiempo, dar más de veinticuatro horas al día y la noche, excitarse, matarse, vender treinta años de vejez por dos años de enfermizo reposo. La única diferencia consiste en que el obrero muere en el hospital, cuando se ha consumado su último plazo de depauperación, mientras que el pequeño burgués persiste en vivir y vive, pero cretinizado: se le puede ver con el rostro ajado, vulgar, envejecido, sin brillo en la mirada, sin firmeza en las piernas, arrastrándose, con aire alelado, por el bulevar, que es el cinturón de su Venus, de su ciudad querida. ¿Qué quería el burgués? El sable del guardia nacional, el cocido seguro, un lugar decente en el cementerio del Père-Lachaise, y para su vejez, un poco de oro legítimamente ganado. Su lunes es el domingo; su descanso es el paseo en coche de alquiler, la jira campestre, durante la cual mujer e hijos tragan alegremente el polvo o se asan al sol; su solaz es el restaurante, cuya venenosa cocina tiene renombre, o un sarao familiar, donde se asfixian hasta medianoche. Algunos necios se asombran de la vivacidad que demuestran los animálculos que el microscopio revela en una gota de agua, pero ¿qué diría el Gargantúa de Rabelais, figura de una sublime audacia incomprendida, que diría aquel gigante, caído de las esferas celestiales, si se divirtiese contemplando el movimiento de esta segunda vida parisién, de la que estamos ofreciendo una de sus expresiones?

¿Ha visto el lector esas pequeñas barracas, frías en verano, sin otro hogar que un brasero en invierno, que se alzan bajo el vasto casquete de cobre que remata el mercado del trigo? *Madame* está allí así que amanece; es empleada de almacén en las calles y se dice que, con este empleo, gana doce mil francos al año. *Monsieur*, cuando *madame* se levanta, se dirige a una oscura covachuela, donde efectúa préstamos semanales a los comerciantes de su barrio. A las nueve ya se encuentra en la oficina de pasaportes, en la que es uno de los subjefes. Por la noche, está en la taquilla del Teatro Italiano, o de cualquier otro teatro que sea del agrado del lector. De los niños cuida un ama seca, y la abandonan para ir al colegio o a un pensionado. *Monsieur* y *madame* viven en un tercer piso, no tienen más que una cocinera, dan bailes en un salón que mide doce pies por ocho, iluminado por quinqués; pero dan ciento cincuenta mil francos de dote a su hija y descansan de su actividad al cumplir cincuenta años, edad en que empiezan a mostrarse en los palcos del tercer piso de la Ópera, en un *fiacre* en Longchamp, o con tronado atavío todos cuantos días hace sol por los bulevares, espaldarazo de estas fructificaciones. Apreciados en el barrio, queridos por el gobierno, unidos por alianzas con la alta burguesía, *monsieur* obtiene a los sesenta y cinco años la cruz de la Legión de Honor, y su consuegro, alcalde de un distrito municipal, lo invita a sus veladas. Así, esta labor de toda una vida aprovecha a unos hijos que esta pequeña burguesía tiende, fatalmente, a elevar hasta la alta. De este modo, cada esfera sirve en su fecundidad a la esfera superior. El hijo del rico abacero se hace notario, el hijo del comerciante en maderas se convierte en

magistrado. Ni un solo diente deja de morder su ranura, y todo estimula el movimiento ascensional del dinero.

De este modo llegamos al tercer círculo de este infierno, que quizás un día tendrá su Dante.

En este tercer círculo social, que es una especie de vientre parisién, donde se digieren los intereses de la ciudad y donde éstos se condensan bajo la forma llamada *negocios o asuntos* bulle y se agita, con un acre movimiento intestinal, amargo como la hiel, la multitud de abogados, médicos, notarios, procuradores, hombres de negocios, banqueros, grandes comerciantes, especuladores y magistrados. Allí aún se encuentran más causas de destrucción física y moral que en otras partes. Esas gentes viven casi todas ellas en infectos bufetes, en hediondas salas de audiencia, en pequeños gabinetes enrejados; pasan el día encorvados bajo el peso de sus asuntos, se levantan con el alba para estar prevenidos, para no dejarse desvalijar, para ganarlo todo o para no perder nada, para apoderarse de alguien a de su dinero, para poner en marcha un negocio o pararlo, para sacar partido de una circunstancia fugaz, para hacer ahorcar a un hombre o absolverlo. Su reacción la sufren los caballos: los revientan, los fatigan, los envejecen y los gastan antes de tiempo. El tiempo es su tirano, les falta y se les escapa; no pueden ampliarlo ni limitarlo. ¿Qué alma puede permanecer grande, pura, moral, generosa y, por consiguiente, qué figura permanecerá hermosa en el depravador ejercicio de una profesión que obliga a soportar el peso de las miserias públicas, analizarlas, pesarlas, calibrarlas, seccionarlas meticulosamente? ¿Dónde tienen su corazón esas gentes?... No lo sé; pero lo dejan en alguna parte, cuando lo tienen, antes de hundirse todas las mañanas hasta el fondo en los dolores que afligen a las familias. Para ellos no hay misterios; ven el reverso de la sociedad, de la que son sus confesores, y la desprecian. Pero hagan lo que hagan, a fuerza de medirse con la corrupción, sienten horror por ella y se entristecen; o bien por lasitud, por una transacción secreta, la abrazan; por último y necesariamente, se basan en estos sentimientos, pues las leyes, los hombres y las instituciones los hacen volar como buitres sobre los cadáveres aún calientes.

Siempre ha sido así, el hombre de dinero pesa a los vivos, el hombre de contratos pesa a los muertos y el hombre de leyes pesa a la conciencia. Obligados a hablar sin cesar, todos reemplazan la idea por la palabra, el sentimiento por la frase, y su alma se convierte en una laringe. Se desgastan y se desmoralizan. Ni el gran negociante, ni el juez ni el abogado conservan su cabal juicio: ya no sienten; aplican las leyes que falsean las especies. Arrastrados por su existencia torrencial, no son ni esposos, ni padres, ni amantes; se deslizan como un trineo sobre las cosas de la vida y viven constantemente bajo el apremio de los negocios de gran altura.

Cuando vuelven a su casa, tienen que ir al baile, a la Ópera, a los saraos, donde harán nuevos clientes, trabarán conocimientos útiles y encontrarán protectores. Todos comen desmesuradamente, juegan, se acuestan tarde y sus rostros se redondean y se vuelven vulgares y rojos. A tan terrible gasto de fuerzas intelectuales, a tan múltiples

contracciones morales, no oponen el placer, que aparece demasiado pálido y no produce contraste alguno, sino el libertinaje, el libertinaje secreto, espantoso, pues pueden disponer de todo y dictan la moral de la sociedad. Su estupidez real se oculta bajo una ciencia especial. Conocen su oficio, pero ignoran todo lo que queda al margen de éste. Entonces, para salvar su amor propio, lo ponen todo en duda, critican a diestro y siniestro; parecen escépticos y en realidad son unos papamoscas, que ahogan su espíritu en sus interminables discusiones. Casi todos ellos adoptan tranquilamente los prejuicios sociales, literarios o políticos, imperantes, para evitarse haber de tener una opinión, del mismo modo como ponen su conciencia al amparo del Código o del tribunal de comercio. Pese a que comenzaron temprano una carrera que se proponía hacer de ellos hombres notables, se convierten en mediocridades y se arrastran por las cumbres de la sociedad. Por esto sus caras muestran aquella palidez agria, aquellas falsas coloraciones, aquellos ojos apagados, ojerosos, aquellas bocas habladoras y sensuales, en que el observador reconoce los síntomas de la degeneración del pensamiento y sus evoluciones incesantes en el círculo de una especialidad que aniquila las facultades generadoras del cerebro, el don de ver las cosas en grande, de generalizar y de deducir. Se arrugan y se encogen, casi todos, en el horno de los negocios. Así, ningún hombre que se haya dejado atrapar entre las ruedas o los engranajes de estas máquinas inmensas puede alcanzar la grandeza. Si es médico habrá ejercido poco la medicina o será una excepción, un Bichard muerto en plena juventud. Si es un gran negociante y, a pesar de todo, llega a ser algo, será casi un Jacques Coeur. ¿Ejerció acaso Robespierre? Danton era un holgazán a la expectativa. ¿Pero quién, por otra parte, ha envidiado jamás las figuras de Danton y Robespierre, por soberbias que puedan ser?

Estos atareados por excelencia acaparan dinero y lo amontonan para establecer alianzas con las familias aristocráticas. Si la ambición del obrero es el pequeño burgués, aquí volvemos a encontrar idénticas pasiones. El prototipo de esta clase pudiera ser el burgués ambicioso, que, después de una vida de estrecheces, angustias y continuas maniobras, penetra en el consejo de Estado como una hormiga penetra por una rendija; un redactor de periódico, astuto e intrigante, que el rey hace par de Francia, quizá para vengarse de la nobleza; o bien un notario, que llega a ser alcalde de su distrito: todos ellos hombres ya minados por sus asuntos y que cuando alcanzan su objetivo, si lo alcanzan, están *reventados*. En Francia, la costumbre y el uso, exigen que se entronice la peluca. Solamente Napoleón, Luis XIV y los grandes monarcas quisieron siempre a hombres jóvenes como ejecutores de sus designios.

El mundo de los artistas vive por encima de esta esfera. Pero incluso aquí, los rostros marcados por el sello de la originalidad están noblemente rotos, pero sin embargo rotos, fatigados y sinuosos. Dominados por la necesidad de producir, excedidos por sus trabajosas fantasías, consumidos por su genio devorador, ávidos de placer, los artistas de París quieren recuperar, mediante un trabajo excesivo, las lagunas dejadas por la pereza, e intentan, vanamente, conciliar el mundo y la gloria,

el dinero y el arte. Al principio, el artista apenas puede respirar, perseguido por los acreedores; sus necesidades crean deudas y tiene que consagrar sus noches a saldarlas. Después del trabajo, el placer. El comediante representa hasta medianoche, estudia por la mañana y ensaya al mediodía; el escultor se encorva ante su estatua; el periodista es un pensamiento en marcha, como el soldado en la guerra; el pintor de moda está abrumado de encargos; el pintor sin trabajo se roe las uñas si se siente hombre de genio. La competencia, las rivalidades, las calumnias asesinan a estos talentos. Unos, desesperados, se hunden en los abismos del vicio; otros mueren jóvenes e ignorados por haber gastado, por adelantado, su porvenir. Pocas de estas figuras, sublimes al principio, conservan su belleza. Además, la llameante belleza de sus cabezas permanece incomprendida. Un rostro de artista siempre es exorbitante, siempre está por encima o por debajo de las líneas convenidas para aquello que los imbéciles llaman la belleza ideal. ¿Qué poder los destruye? La pasión. En París, todas las pasiones se resuelven en estos dos términos: oro y placer.

¿No os sentís respirar, ahora? ¿No sentís purificados el aire y el espacio? No más trabajos ni penalidades. La remolineante voluta de oro ha alcanzado las cumbres. Desde el mísero tragaluz donde comienza su calle, desde lo más profundo de las tiendas donde lo detienen unos enclenques degenerados, del interior de los almacenes y de las grandes oficinas, donde se convierte en barras el amarillo metal, bajo forma de dotes o de herencias, llevado por mano de doncellas o por las huesudas manos de los viejos, brota hacia la aristocracia, donde relucirá, hará ostentación y correrá a manos llenas. Pero antes de abandonar las cuatro columnas sobre las que se alza la alta propiedad parisién, será necesario deducir sus causas físicas, después de las causas morales ya citadas, y llamar la atención hacia una peste, subyacente, por así decirlo, que actúa de manera constante sobre el rostro del portero, del tendero y del obrero; señalar una deletérea influencia, cuya corrupción iguala a la de los administradores parisienses, que, con tanta complacencia, la dejan subsistir.

Si el aire de las casas, en que vive la mayoría de los burgueses es infecto, si la atmósfera de las calles arroja crueles miasmas a las trastiendas de aire rarificado; sabed que, además de esta pestilencia, las cuarenta mil casas de esta gran ciudad bañan sus pies en unas inmundicias que el poder aún no ha querido seriamente rodear de muros de hormigón, que pudiesen impedir que el más fétido barro se filtrase, a través del suelo, para envenenar los pozos, y continuar manteniendo subterráneamente a Lutecia en su célebre nombre. La mitad de París duerme en medio de las exhalaciones pútridas de los patios, los arroyos y los ojos muertos. Pero, abordemos los grandes salones, aéreos y dorados; los hoteles, con su jardín; el mundo rico, ocioso, feliz, que vive de renta. En él, las caras se ofrecen debilitadas y corroídas por la vanidad. Nada es real allí. ¿Buscar placer, no es encontrar el tedio? Los hombres de mundo han acicalado muy tempranamente su naturaleza. Al no estar ocupados en nada más que en procurarse placer, no han tardado en engañar sus sentidos y en abusar de ellos, como el obrero abusa del aguardiente. Es el placer

como ciertas sustancias médicas: para obtener constantemente los mismos efectos, hay que duplicar las dosis; y la muerte por embrutecimiento se halla contenida en la última. Todas las clases inferiores se inclinan ante los ricos y observan sus gustos para convertirlos en vicios y explotarlos. ¿Cómo resistir las hábiles seducciones que se tejen en este país? Así, París tiene sus triacas; de las que el juego, la gastronomía o las cortesanas son su opio. Por ello, esta clase de gentes adquieren muy temprano gustos en lugar de pasiones, novelescas fantasías y amores frioleros. Reina allí la impotencia; faltan ideas, pues éstas han pasado, con la energía, a los melindres del tocador, las femeninas fruslerías. Se dan allí jóvenes inexpertos, de cuarenta años, y viejos doctores de dieciséis. Los ricos encuentran en París ingenio confeccionado, ciencia masticada, opiniones perfectamente formuladas, que les evitan tener ingenio, ciencia u opinión. En este mundo, el desatino es igual a la debilidad y al libertinaje. Las gentes son avaras del tiempo a fuerza de perderlo. No busquéis allí afectos ni ideas. Los abrazos cubren una profunda indiferencia y la cortesía un perpetuo desdén. Nadie ama al prójimo. Salidas sin profundidad, muchas indiscreciones, chismes, sobre todo lugares comunes: éste es el fondo de su lenguaje; pero estos infelices *felices* pretenden que no se reúnen para decir y hacer máximas al estilo de La Rochefoucauld; como si no existiese un intermedio, descubierto por el siglo XVIII, entre lo demasiado lleno y el vacío absoluto. Si hombres de valer utilizan un humor fino y ligero, éste queda incomprendido; pronto, fatigados de dar sin recibir, se quedan en su casa y dejan que los necios reinen en su campo.

La vida vacía, esta espera continuada de un placer que no llega nunca, el permanente aburrimiento, la inanidad de espíritu, de corazón y de cerebro, esta lasitud del gran sarao parisién, trasluce a los rasgos y confecciona estos rostros de cartón, las prematuras arrugas: la fisonomía de los ricos en que hace muecas la impotencia, en la que se refleja el oro y de la que la inteligencia, ha huido.

Esta visión del París moral demuestra que, el París físico, no podría ser de otro modo. Esta ciudad con diademas es reina que, siempre encinta, sufre deseos irresistiblemente furiosos. París es la cabeza del globo, cerebro que estalla en genio y conduce la civilización humana, gran hombre, artista incesantemente creador, político clarividente, que debe tener, de manera inevitable, las circunvoluciones cerebrales y los vicios del gran hombre, las fantasías del artista y la insensibilidad del político. Su fisonomía oculta la germinación del bien y del mal, el combate y la victoria; la batalla moral del 89, cuyas trompetas aún resuenan en todos los rincones del mundo, y también la matanza de 1814. Así, pues, esta ciudad no puede ser más moral, ni más cordial, ni más limpia que la caldera motriz de esos magníficos piroscafos que admiramos cuando hienden las ondas. ¿No es París un sublime navío cargado de inteligencia? Sí, su escudo es uno de esos oráculos que a veces se permite la fatalidad. La CIUDAD DE PARÍS tiene su gran mástil, todo él en bronce, en el que están esculpidas sus victorias, y por vigía a Napoleón. Esta nave también cabecea y oscila, pero surca el mundo, hace fuego por las cien bocas de sus tribunas, navega por

los mares de la ciencia a velas desplegadas y grita desde lo alto de sus gavias, por boca de sus sabios y artistas: «¡Adelante, marchad, seguidme!».

Transporta una tripulación inmensa, que se complace empavesándola con nuevas banderolas. Grumetes y muchachos riendo en los bordajes; lleva lastre de pesados burgueses; obreros y marineros alquitranados; en los camarotes, los afortunados pasajeros; elegantes guardiamarinas fuman sus cigarros, acodados en el empalmetado, y en la cubierta, sus soldados, innovadores o ambiciosos, abordan todas las riberas y, mientras siembran sobre ellas vivos fulgores, exigen la gloria: que es placer... o amores, que quieren oro.

Por lo tanto, el movimiento desorbitado de los proletarios, los intereses depravados que corroen las dos burguesías, las crueldades del pensamiento artista y los excesos del placer que los grandes buscan sin cesar, explican la fealdad anormal de la fisonomía parisién. Solamente en Oriente la raza humana ofrece un magnífico aspecto; pero esto se debe a la constante calma que ocupa a esos profundos filósofos de larga pipa, de piernas pequeñas, de torso cuadrado, que desdeñan el movimiento y lo tienen en horror; mientras que, en París, pequeños medianos y grandes, corren, saltan y retozan, fustigados por una diosa implacable: la Necesidad. Necesidad de dinero, de gloria y de diversión. Así, una cara fresca, reposada, graciosa, verdaderamente joven, es allí la más extraordinaria de las excepciones y muy raramente se la encuentra.

Cuando se ve una, pertenece seguramente a un eclesiástico joven y ferviente, o a un buen abate cuadragenario, de triple sotabarba; a una persona joven, de costumbres puras, como las que se crían en el seno de algunas familias burguesas; a una madre de veinte años, aún llena de ilusiones, y que amamanta a su primer hijo; a un joven recién llegado de provincias, y confiado a una viuda devota, que lo deja sin un céntimo; o quizás a un joven dependiente que se acuesta a medianoche, cansado de plegar y desplegar piezas de calicó, y que se levanta a las siete para arreglar el escaparate; o frecuentemente, a un hombre de ciencia o a un poeta, que viven de manera monástica, desposados con una hermosa idea; que permanecen sombríos, pacientes y castos; o a un bobo, contento de sí mismo, alimentado de estupidez y rebosante de salud, siempre ocupado en dirigirse sonrisas al espejo; o a la dichosa y muelle especie de los vagos: las únicas personas verdaderamente felices en París, y que en su continuo callejear saborean a todas horas su cambiante poesía.

Sin embargo, existe en París una porción de privilegiados seres a los que aprovecha este excesivo movimiento de maquinaciones, intereses, negocios y oro. Estos seres son las mujeres. Aunque ellas tengan también mil secretas causas que, allí más que en ninguna otra parte, destruyen su fisonomía, se encuentran en el mundo femenino pequeñas comunidades felices, que viven «a la oriental» y pueden conservar su belleza; pero, estas mujeres se muestran raramente a pie por las calles, permanecen ocultas, como plantas raras, que sólo despliegan sus pétalos a determinadas horas y que constituyen verdaderas y exóticas excepciones.

Con todo, París también es, esencialmente, la ciudad de los contrastes. Si bien los sentimientos verdaderos son allí muy raros, también se encuentran, como en otras partes, nobles amistades y fidelidades sin límites. Sobre este campo de batalla de los intereses (lo mismo que en las sociedades en marcha, en las que triunfa el egoísmo, en las que cada cual está obligado a defenderse solo, y que nosotros llamamos *ejércitos*), parece ser que los sentimientos se complacen en mostrarse completos, y son sublimes por yuxtaposición. Otro tanto puede decirse de las fisonomías. En París se ven a veces, en la alta aristocracia, encantadoras caras de jóvenes, resultado de una educación y costumbres totalmente excepcionales. A la juvenil belleza de la sangre, unen la regularidad y firmeza de los rasgos meridionales, el ingenio francés, la pureza de la forma. El fuego de sus ojos, el delicioso color rojo de los labios, el negro lustroso de su fina cabellera, una tez blanca, la forma distinguida de la cara los convierten en bellas flores humanas, que producen un magnífico efecto al destacarse sobre la masa de los restantes rostros, apagados, envejecidos, ganchudos, contorsionados por muecas y visajes. Las mujeres no tardan en admirar a esas jóvenes con ese placer ávido que experimentan los hombres al contemplar a una persona bella, decente, graciosa, adornada por todas las virginidades con que nuestra imaginación se complace en embellecer a la joven perfecta.

Si esta ojeada, tan rápida, lanzada sobre la población de París ha hecho pensar en cuán rara debe de ser allí una cara rafaelesca y la admiración apasionada que debe inspirar a primera vista, el principal interés de nuestra historia quedará justificado. *Quod erat demonstrandum*, que es lo que se trataba de demostrar, si se nos permite aplicar las fórmulas de la escolástica a la ciencia de las costumbres.

Sepa el lector, pues, que en una de esas bellas mañanas de primavera, en que las hojas aún no son verdes, aunque se muestran ya desplegadas; en que el sol comienza en los techos y en que el cielo es azul; cuando la población parisién sale de sus alvéolos y viene a zumbear por los bulevares, discurriendo, como una serpiente multicolor, por la rue de la Paix hacia las Tullerías, mientras saluda las pompas del himeneo que recomienza en el campo; en una de estas alegres jornadas, pues, un joven, hermoso como el día, vestido con gusto, desenvuelto en sus modales, hijo del amor, digámoslo todo: el hijo natural de lord Dudley y de la célebre marquesa de Vordac, paseaba por la gran alameda de las Tullerías.

Este Adonis, llamado Henri de Marsay, nació en Francia, adonde lord Dudley fue para casar a la joven, que ya era madre de Henri, con un viejo gentilhomme llamado *monsieur* De Marsay. Este carcamal, medio muerto, reconoció al hijo como suyo, a cambio del usufructo de una renta de cien mil francos, atribuida definitivamente a su hijo putativo; locura que costó muy cara a lord Dudley, pues las rentas francesas estaban entonces a diecisiete francos con cincuenta céntimos.

El viejo gentilhomme murió sin haber conocido a su esposa.

Madame de Marsay se casó después con el marqués de Vordac, pero antes de convertirse en marquesa se inquietó muy poco por su hijo y lord Dudley. En primer

lugar, la guerra declarada entre Francia e Inglaterra había separado a los dos amantes y la fidelidad, *a pesar de todo*, no estaba muy de moda en París, ni lo estará. Después, los éxitos de la mujer elegante, bonita, y adorada por todos, ahogaron en la parisién los sentimientos maternos.

Lord Dudley, a semejanza de la madre, apenas se preocupó de su progenitura. La infidelidad de una joven ardientemente amada le inspiró, quizás, una especie de aversión por todo cuanto procediera de ella. Además, es posible también que los padres sólo quieran a los hijos con los que han podido trabar un amplio conocimiento; creencia social de la mayor importancia para la tranquilidad de las familias, y que deben alimentar todos los solteros, para demostrar que la paternidad es un sentimiento criado en invernadero por la mujer, las costumbres y la ley.

El pobre Henri de Marsay sólo encontró un padre en uno de los dos que no estaban obligado a serlo. La paternidad de *monsieur* De Marsay fue naturalmente muy incompleta. En el orden natural, los niños no tienen padre más que durante breves momentos, y el gentilhomme imitó a la naturaleza. El vejete no hubiera vendido su nombre si no hubiese tenido vicios. Fue, entonces, a comer, sin remordimientos, a los garitos, y se bebió, fuera de casa, los pocos semestres que el tesoro nacional pagaba a los rentistas. Después puso al niño en manos de una vieja solterona, hermana suya, una tal *mademoiselle* De Marsay, quien lo cuidó esmeradamente y le puso, gracias a la mezquina pensión que le pasaba su hermano, un preceptor, un abate que estaba sin blanca, quien sondeó el futuro del joven y resolvió cobrarse, a cuenta de las cien mil libras de renta, las atenciones que prodigaba a su alumno, por el que llegó a cobrar afecto.

Este preceptor resultó ser, por casualidad, uno de esos eclesiásticos hechos para llegar a ser cardenal en Francia o Borgia bajo la tiara. En tres años enseñó al niño lo que le hubieran enseñado en diez años en el colegio. Después, aquel gran hombre, llamado el abate de Maronis, terminó la educación de su alumno haciéndole estudiar la civilización bajo todos sus aspectos; lo alimentó con su experiencia, lo llevó muy poco a las iglesias, cerradas a la sazón; lo paseó, algunas veces, entre bastidores, y lo llevó, más a menudo, a visitar cortesanas; le desmontó los sentimientos humanos pieza por pieza; le enseñó la política en el corazón de los salones donde entonces se cocía; le enumeró las máquinas del gobierno e intentó, por amistad hacia una bella naturaleza descuidada, pero rica en esperanzas, reemplazar virilmente a la madre: ¿no es acaso la Iglesia madre de los huérfanos? El hijo abandonado respondió muy bien a tantos y tan buenos cuidados.

Aquel digno varón murió en 1812, con la satisfacción de haber dejado bajo el cielo a un niño cuyo corazón y cuyo espíritu estaban tan desarrollados, a los dieciséis años, que podía abatir a un hombre de cuarenta años. ¿Quién hubiera esperado encontrar un corazón de bronce, un cerebro alcoholizado bajo el exterior más seductor que los viejos pintores, artistas ingenuos, hayan prestado a la serpiente en el paraíso terrenal?

Y esto aún es nada. Además, el buen diablo violeta hizo que su alumno predilecto trabara ciertos conocimientos en la alta sociedad de París que podían equivaler, entre las manos del joven, a otras cien mil libras de renta. Este sacerdote, en fin, vicioso pero político, incrédulo pero sabio, pérfido pero amable, débil en apariencia pero tan vigoroso de cabeza como de cuerpo, fue tan realmente útil a su alumno, tan complaciente con sus vicios, tan buen calculador de cualquier género de fuerza, tan profundo cuando había que conceder algún descuento humano, tan joven en la mesa, en Frascati, en..., no sé dónde, que el agradecido Henri de Marsay solamente se enternecía, en 1814, viendo el retrato de su querido obispo, único objeto mobiliario que pudo legarle aquel prelado, admirable tipo de aquellos hombres cuyo ingenio salvará a la Iglesia católica, apostólica y romana, amenazada, en estos momentos, por la debilidad de sus reclutas y la vejez de sus pontífices; pero ¡así lo quiere la Iglesia!

La guerra continental impidió que el joven De Marsay conociese a su verdadero padre, cuyo nombre es dudoso que supiese. Hijo abandonado, tampoco conoció a *madame* De Marsay. Naturalmente, echó muy poco de menos a su padre putativo. En cuanto a *mademoiselle* De Marsay, la única madre que tuvo, le hizo elevar en el cementerio del *Père-Lachaise*, cuando murió, un lindo panteoncito; monseñor De Maronis garantizó a la vieja solterona un lugar de preferencia en el cielo, de manera que, viéndola morir dichosa, Henri vertió unas lágrimas egoístas y se puso a llorarla por sí mismo. Al ver aquel dolor, el abate enjugó las lágrimas de su alumno, recordándole que la buena mujer tomaba rapé de una manera repugnante, y estaba tan fea, tan sorda y tan cargante, que debía dar gracias a la muerte. El obispo hizo emancipar a su discípulo en 1811. Después, cuando la madre de *monsieur* De Marsay contrajo segundo matrimonio, el sacerdote eligió, en un consejo de familia, a uno de esos honrados acéfalos que él había seleccionado tras la celosía del confesonario, y le encargó de administrar la fortuna, cuyas rentas aplicaba perfectamente a subvenir las necesidades de la comunidad, pero cuyo capital quería conservar.

Así, pues, a fines de 1814, Henri de Marsay no se hallaba ligado por ningún sentimiento a la tierra y se encontraba tan libre como un pájaro sin compañera. Aunque tuviese veintidós años cumplidos, parecía que apenas tuviese diecisiete. Los más difíciles de sus rivales solían considerarle como el más apuesto joven de París. De su padre, lord Dudley, había heredado los ojos azules, de lo más amoroso y engañador; de su madre, una espléndida cabellera negra y, de ambos, sangre pura, tez de doncella, aire dulce y modesto, talle fino y aristocrático y unas manos muy bellas. Sólo conocerlo, las mujeres se volvían locas; se despertaba en ellas uno de estos deseos que muerden el corazón, pero que se olvidan por imposibilidad de satisfacerlos, porque la mujer no suele tener tenacidad en París. Muy pocas entre ellas se dicen, a la manera de los hombres, el YO MANTENDRÉ de la casa de Orange.

Bajo este frescor de vida y a pesar del agua límpida de sus ojos, Henri tenía un valor de león y una destreza de mono. Partía una bala a diez pasos con la hoja de un cuchillo; montaba a caballo de una manera que hacía realidad la fábula del centauro;

conducía con gracia un coche de largas riendas; era despierto como Querubín y tranquilo como un cordero, pero sabía vencer a cualquier hombre del arrabal en el terrible juego de la lucha a puntapiés o del bastón. Después, tocaba el piano de una manera que le hubiera permitido hacerse artista si la desgracia le hubiese asaltado, y poseía una voz que le hubiera valido de Barbaja cincuenta mil francos por temporada. Mas, por desgracia, todas estas bellas cualidades, tan bonitos efectos, estaban empañados por un vicio espantoso: no creía en los hombres ni en las mujeres, en Dios ni en el diablo. La caprichosa naturaleza empezó a dotarlo y su preceptor acabó su obra.

Para ser comprensible esta aventura será necesario añadir aquí, que, naturalmente, lord Dudley encontró a muchas mujeres dispuestas a tirar algunos ejemplares de tan delicioso retrato. Su segunda obra maestra de este género fue una joven llamada Eufemia, nacida de una dama española, educada en La Habana, remitida luego a Madrid con una joven criolla de las Antillas y los ruinosos gustos de las colonias, pero felizmente casada con un viejo, poderoso y rico señor español, don Hijos, marqués de San Real, que, después de la ocupación de España por las tropas francesas, fijó su residencia en París, en la rue Saint-Lazare.

Tanto por despreocupación como por respeto a la inocencia de la juventud, lord Dudley no comunicó a sus hijos las paternidades que les creaba por doquier. Esto es un ligero inconveniente de la civilización, tiene tantas ventajas, que hay que perdonarle sus males teniendo en cuenta sus beneficios. Lord Dudley, para no hablar más de ello, fue a refugiarse en París en 1816, a fin de evitar la persecución de la justicia inglesa, que, del Oriente, sólo protege las mercancías. El lord viajero preguntó quién era aquel hermoso joven, al ver a Henri. Luego, cuando le dijeron su nombre, murmuró:

—¡Ah, es mi hijo!... ¡Qué desgracia!

Ésta era la historia del joven que, a mediados del mes de abril de 1815, recorría despreocupadamente la gran alameda de las Tullerías, como hacen todos los animales que, conociendo sus fuerzas, andan en paz y majestad: las burguesas se volvían ingenuamente para seguirlo con la mirada; las otras mujeres no se volvían, lo esperaban a la vuelta, y grababan en su mirada, para recordarlo a propósito, aquel rostro suave que no hubiera deparado el cuerpo de la más hermosa de entre ellas.

—¿Qué haces aquí en domingo? —dijo el marqués de Ronquerolles a Henri al cruzarse con él.

—Hay moros en la costa —respondió el joven.

Este intercambio de pensamientos se hizo por medio de dos significativas miradas y sin que, ni Ronquerolles ni Marsay, demostrasen conocerse. El joven examinaba a los paseantes, con esa prontitud en la mirada y el oído propia del parisién, que, de momento, parece no ver nada ni oír nada, pero que lo ve y lo oye todo. Entonces un joven se acercó a él, lo tomó familiarmente por el brazo y le dijo:

—¿Cómo va esto, mi buen De Marsay?

—Perfectamente —le respondió De Marsay, con aquel aire afectuoso, en apariencia, pero que entre los jóvenes parisienses no demuestra nada, ni para el presente ni para el futuro.

En efecto, los jóvenes de París no se parecen a la juventud de ninguna otra ciudad. Se dividen en dos clases: el joven que tiene algo, y el joven que no tiene nada; o el joven que piensa, y el que gasta. Pero téngase bien en cuenta que aquí sólo se trata de aquellos indígenas que llevan en París el delicioso tren de una vida elegante.

Existen, desde luego, algunos otros tipos de jóvenes, pero éstos son unos niños, que conciben muy tarde la existencia parisién y se dejan engañar por ella. No especulan: estudian y *se esfuerzan*, dicen los primeros. Por último, hay también algunos jóvenes, ricos o pobres, que aprenden carreras y las siguen sin altibajos; son un poco como el Emilio de Rousseau, carne de ciudadano, y no aparecen nunca en sociedad. Con harta descortesía, los diplomáticos los tachan de necios. Pero necios o no, aumentan el número de esas personas mediocres bajo cuyo peso se hunde Francia. Se los encuentra por todas partes; siempre dispuestos a estropear los asuntos públicos o particulares con la vulgar paletada de la mediocridad, jactándose de su importancia, que ellos llaman probidad y buenas costumbres. Esta especie de *matrículas de honor* sociales infestan la administración, el ejército, la magistratura, las Cámaras, la corte. Empequeñecen y contribuyen al avulgaramiento del país, constituyendo, en cierto modo, una linfa que sobrecarga el cuerpo político y lo vuelve blanducho y apático. Tan honradas personas llaman inmorales y bribones a los hombres de talento. Si estos bribones se hacen pagar sus servicios, al menos sirven, mientras que, aquéllos, perjudican y son respetados por la multitud; mas, afortunadamente para Francia, la juventud elegante los estigmatiza sin cesar, aplicándoles el nombre de zoquetes.

Así, a primera vista, sería natural creer que son muy distintas las dos especies de jóvenes que llevan vida elegante; amable corporación a la que pertenecía Henri de Marsay. Pero los observadores, que no se detienen en la superficie de las cosas, se convencen, sin tardanza, de que, las diferencias son puramente morales, y que no hay nada tan engañoso como esta atractiva corteza.

Sin embargo, las dos igualmente pasan delante de todo el mundo; hablan a diestro y siniestro de las cosas, de la gente, de literatura y de bellas artes; siempre tienen en la boca el *Pitt* y *Coburg* de todos los años; interrumpen una conversación con un juego de palabras; ponen en ridículo a la ciencia y a los sabios; desdeñan todo lo que no saben, o todo lo que temen; por último, se ponen por encima de todo, erigiéndose en jueces supremos de todo. Engañarían a sus propios padres y estarían dispuestos a verter lágrimas de cocodrilo en brazos de sus propias madres; pero generalmente no creen en nada, hablan mal de las mujeres o se hacen los modestos, obedeciendo, en realidad, a una mala cortesana o a una vieja. Todos están por igual carcomidos hasta el hueso por los cálculos, la depravación, por unos brutales deseos de ascender, y si estuviesen amenazados por el mal de piedra, al sondearlos, se descubriría que la

tienen en el corazón. En estado normal, muestran un exterior muy agradable, siempre están mencionando la amistad, y son todos encantadores. Su cambiante jerga está dominada por el mismo tono zumbón; buscan la extravagancia en su atavío, se envanecen repitiendo las tonterías del último actor de moda, y salen, con quien sea, por el desprecio o la impertinencia para tener, en cierto modo, la primera mano en este juego; pero ¡ay de quien no sabe dejarse saltar un ojo sin saltarles dos a ellos!

Ambos se muestran por igual indiferentes a las desdichas de la patria y a sus males. En fin, todos se parecen a la hermosa espuma blanca que corona la tempestuosa ola. Se visten, cenan, bailan y se divierten en el día de la batalla de Waterloo, durante el cólera o durante una revolución. Todos hacen parecidos gastos, mas aquí comienza el paralelismo.

De esta fortuna, flotante y agradablemente despilfarrada, unos poseen el capital y otros lo esperan; todos tienen los mismos sastres, pero las facturas están por saldar. Luego, si unos, semejantes a cribas, de estos últimos reciben toda clase de ideas sin conservar ninguna, los otros las comparan, y se asimilan las buenas. Si éstos creen saber algo, no saben nada y lo comprenden todo, prestándolo todo a los que no necesitan nada y sin ofrecer nada a los que necesitan algo, aquéllos estudian en secreto los pensamientos ajenos, poniendo, tanto su dinero como sus locuras, a un interés muy elevado. Unos ya ni tienen impresiones fieles, porque su alma, como un espejo deslustrado por el uso, ya no refleja ninguna imagen; otros economizan sus sentidos y su vida, aunque parezcan tirarla, como aquéllos, por la ventana. Los primeros, animados por la fe en una esperanza, son fieles sin convicción a un sistema que remonta la corriente a favor del viento, pero saltan a otra embarcación política cuando la primera va a la deriva; los segundos miden el futuro, lo sondan y ven en la fidelidad política lo que los ingleses ven en la honradez comercial, a saber: un elemento del éxito. Pero donde el joven que tiene algo se permite una reflexión intencionada o dice una frase ingeniosa sobre el completo cambio del trono, el que nada tiene hace un cálculo público, o una indignidad privada y consigue subir, repitiendo apretones de manos entre sus amigos. Unos nunca conceden facultades a los demás, consideran todas sus ideas originales, como si el mundo se hubiese creado la víspera, tienen una confianza ilimitada en ellos mismos y no tienen enemigo más cruel que su propia persona. Pero los otros están provistos de una desconfianza continua en los hombres, que estiman en su justo valor, y son demasiado profundos para tener un pensamiento de más que los amigos que explotan; entonces, por la noche, cuando recuestan la cabeza sobre la almohada, sopesan los hombres, como pesa un avaro sus monedas de oro. Unos se molestan por una impertinencia sin malicia y se someten a las burlas de los diplomáticos que les hacen adoptar poses ante ellos tirando del hilo principal de esos títeres, que es el amor propio; mientras que, los otros, se hacen respetar, escogiendo sus víctimas y sus protectores. Entonces, un día, los que nada tenían, tienen algo, y los que tenían algo dan en no tener nada. Éstos consideran a sus camaradas, que han alcanzado una posición, como individuos

solapados y de mal corazón, pero también como unos hombres listos.

«¡Es muy listo!...», es el inmenso elogio otorgado a los que llegan, *quibuscumque viis*, a la política, a una mujer o a una fortuna. Entre ellos se encuentran algunos jóvenes que representan este papel comenzándolo con deudas y, naturalmente, son más peligrosos que los que lo representan sin tener un céntimo.

Existen además ciertos jovenzuelos inexpertos, llegados de provincias y a los que los jóvenes currutacos enseñan el arte de malgastar debidamente una herencia.

Esos jóvenes aturdidos perecen en París, si no saben reservarse un último bocado para su vejez en provincias, unas tierras o una finca seguras. ¡Ay de aquellos herederos, pasados sin transición de sus míseros cien francos mensuales a la fortuna paterna entera, si no tienen suficiente inteligencia para darse cuenta de que se burlan de ellos!

«¡Era un pobre muchacho!», es la oración fúnebre destinada a esos infortunados que vienen a descubrir en París, mediante algunos billetes de mil francos, el valor exacto de los arneses, el arte de no respetar demasiado los guantes, a escuchar sabias meditaciones acerca de las propinas que hay que dar, y averiguar qué fechoría puede resultar más ventajosa. Transcurridos uno o dos años, saben hablar adecuadamente de sus caballos, de su perro de los Pirineos; son capaces de reconocer, según el porte, el andar, el borceguí, a qué clase pertenece una mujer, jugar al ecarté, acordarse de algunas palabras de moda y conquistar, merced a su estancia en el mundo parisién, la autoridad necesaria para introducir, más tarde, en su provincia, el gusto por el té, la vajilla de plata, a estilo inglés, y arrogarse, por último, el derecho de despreciarlo todo a su alrededor, durante el resto de sus días.

Casi siempre estos palomos atraídos por el gran prostíbulo, llamado París, eligen un padrino entre los jóvenes lechuguinos, y como una corbeta tímida que se mantiene en la estela de una fragata, siguen sus menores movimientos con el fervor de un alumno que aún no ha pasado de copiar narices o brazos.

El padrino, por su parte, concede su amistad a su palomo, su jovenzuelo inexperto, su corbeta, para servirse de él en la sociedad, tal como un osado especulador se sirve de un dependiente de confianza. La amistad, falsa o verdadera, de estos padrinos es, para tales necios, una posición social, y así se consideran muy listos al explotar, a su manera, a su amigo íntimo. Viven bajo el reflejo de éstos, se ponen constantemente bajo su paraguas, calzan sus botas y se doran a sus rayos.

Al situarse tan cerca de su padrino e, incluso, al marchar a su lado, parece como si dijeran: «¡No nos insultéis! ¡Somos dos verdaderos tigres!». A menudo se permiten decir con fatuidad: «Si pidiera tal cosa o tal otra a *fulano*, somos lo bastante amigos para que me la hiciera...».

Pero tienen buen cuidado en no pedir nunca nada a *fulano*. Le temen y, aunque imperceptible, el temor que experimenta el palomo influye en los demás y sirve a las finalidades de *fulano*.

—*Fulano* es un tipo extraordinario —dice el palomo—. ¡Ah, ah! Ya veréis: será lo que se le antoje. No me extrañaría verlo un día convertido en ministro de Asuntos Exteriores. Nada se le resiste. —Después, el palomo convierte a *fulano* en lo que el cabo Trim convertía su gorra: en una apuesta perpetua.

—¡Preguntadlo a *fulano* y veréis!

O bien:

—El otro día, *fulano* y yo íbamos de caza; él no quiso creerme y yo salté un zarzal sin moverme en el caballo.

O bien:

—*Fulano* y yo estábamos en casa de unas damas y, os doy palabra de honor de que yo estaba...

Entre los jóvenes petimetres se ha formado, después de la revolución de julio, una secta llamada de los *negadores*; el negador es aquél que, sin saber nada, lo niega todo para resolver toda clase de asuntos. Allí donde el ignorante hace un borrón, el negador hace un agujero. Niega el gobierno, niega la legitimidad, niega a Felipe, niega a Enrique; no niega a Dios, porque cree que Dios no existe y él sólo niega lo que cree que existe; niega la libertad, niega la República, niega la aristocracia, niega el pueblo, niega la ciencia, llega a negar la negación; solamente no niega al necio. Acto de humildad que es preciso tenerle en cuenta.

Los *podadores* son una secta que se formó para llevar la contraria a los negadores. El podador es cortante, tajante y afirmativo; para él todo existe. Dice: «Sois un necio», cuando el negador dice: «No sois nada, absolutamente nada». El podador suele ser más rico, más impertinente y más agudo que el negador. Negar es una impotencia, afirmar constituye un abuso de la fuerza. Uno actúa y otro protesta.

Cuando un podador y un negador se encuentran, la conversación se desenvuelve bastante bien, y, si son personas tratables no hay duelo; pero si llegan unos terceros, ya no se entienden, porque dos negaciones constituyen una afirmación, y se aturrullan hasta el punto de decir algo justo, que, sin embargo, resulta muy difícil de adivinar, a causa de las operaciones algebraicas que hay que hacer para restar las falsas cantidades; así, los extranjeros que saben francés, se quedan pasmados al hallarse bajo el fuego cruzado de una batería negadora que responde a la artillería podadora.

Sin embargo, podéis creerme si os afirmo que existen, entre estos dos extremos, algunos jóvenes que no son nada, que parecen haber sido creados únicamente para llevar pantalones y que tienen mucho éxito entre las mujeres, precisamente porque llevan pantalones.

Así, Paul de Manerville sólo podía clasificarse entre la gran familia, ilustre y poderosa, de los necios que hacen carrera.

Un día llegaría a ser diputado. Por el momento, no era ni siquiera un joven.

Su amigo De Marsay lo definía así: «Me preguntáis qué es Paul. ¿Paul?... Es Paul de Manerville».

—Me sorprende, amigo mío —dijo a De Marsay—, veros por aquí en domingo.

—Iba a hacerte la misma pregunta.

—¿Una intriga?

—Una intriga.

—¡Bah!

—A ti puedo decírtelo sin comprometer mi pasión. Además, una mujer que venga los domingos a las Tullerías no tiene valor, aristocráticamente hablando.

—¡Ah, ah!

—Cállate, o no te digo más. Ríes demasiado fuerte, vas a hacer creer que hemos comido demasiado. El jueves pasado paseaba por aquí mismo, por la terraza de los Feuillants, sin pensar absolutamente en nada. Pero, al llegar a la verja de la rue de Castiglione, por la que pensaba salir, me doy de manos a boca con una mujer, o mejor dicho, con una joven que, si no me echó los brazos al cuello, se contuvo, como yo, menos por respeto a las conveniencias que por una de esas profundas sorpresas que paralizan brazos y piernas, descienden por la espina dorsal y se detienen en la planta de los pies, para dejarnos clavados al suelo. Yo he producido con frecuencia efectos parecidos, una especie de magnetismo animal que se hace muy poderoso cuando se ejerce gancho por ambas partes. Pero, querido, aquello no fue ni un asombro ni una joven vulgares. En el terreno moral su cara parecía decir: «¡Al fin te encuentro, mi ideal, el ser de mis pensamientos, de mis sueños de la noche y de la mañana! ¿Cómo estás aquí? ¿Por qué esta mañana? ¿Por qué no ayer? Tómame, soy tuya», etcétera. «¡Bien —me dije—: otra!». Entonces la examiné. ¡Ah, querido, físicamente hablando, la desconocida es la persona más adorablemente femenina que haya encontrado jamás! Pertenece a esa variedad femenina que los romanos llamaban *fulva*, *flava*, la mujer de fuego. Y, en primer lugar, lo que más me ha impresionado, lo que aún me cautiva, son sus ojos amarillentos como los de los tigres; un amarillo de oro que brilla, oro vivo, oro que piensa, oro que ama y que desea desesperadamente meterse en mi faltriquera.

—¡No sabemos más nosotros, querido! —exclamó Paul—. Viene a veces por aquí es *la muchacha de los ojos de oro*. Éste es el nombre que le hemos dado. Es una joven de unos veintidós años y que vi por aquí cuando los Borbones habitaban en las Tullerías, pero con una mujer que vale cien mil veces más que ella.

—¡Cállate, Paul! Es imposible que ninguna mujer, por bella que sea, supere a esta joven, que parece una gatita que viene a rozar nuestras piernas: una joven de tez blanca y cabellos cenicientos, delicada en apariencia, que debe de tener almohadillas de algodón en la tercera falange de sus dedos y blanco el rasgo de sus mejillas, cuya línea, luminosa en un día claro, comienza en las orejas y se pierde junto al cuello.

—¡Pero la otra, mi querido De Marsay! Tiene unos ojos negros que nunca han llorado, pero siempre ardientes; unas cejas negras que se juntan y le prestan un aire de dureza desmentido por el rasgo de sus labios, labios sobre los que no permanece un beso, unos labios ardientes y frescos; una tez moruna, a la que un hombre se

caliente como al sol; pero, palabra de honor, se parece a ti...

—¡Esto es elogiarla!

—Un talle juncal, el talle esbelto de una corbeta construida para las carreras y que se arroja sobre la nave mercante con impetuosidad francesa, la muerde y la echa a pique en sólo dos tiempos.

—En fin, querido, ¿qué me importa una mujer que ni siquiera he visto? —repuso De Marsay—. Desde que estudio a las mujeres, mi desconocida es la única cuyo seno virgen, cuyas formas ardientes y voluptuosas, realizan para mí la única mujer en que he soñado. Es el original de la delirante pintura titulada *La mujer acariciando su quimera*, la inspiración más cálida e infernal del genio antiguo; tema encantador prostituido por quienes lo copiaron en frescos y mosaicos; por un atajo de burgueses que sólo ven un dije en este camafeo y lo cuelgan de la llave del reloj, pese a que es toda la mujer: un abismo de placeres por el que nos despeñamos sin encontrar el fondo, pese a que es una mujer ideal que se encuentra, a veces, en realidad, en España, en Italia, casi nunca en Francia. Pues bien; vi a esta muchacha de los ojos de oro, a esta mujer acariciando su quimera; la vi aquí el viernes. Presentía que, al día siguiente, vendría a la misma hora y no me equivocaba. Me he dedicado a seguirla sin que ella me viese, a estudiar los andares indolentes de la mujer desocupada, pero en cuyos movimientos se adivinan la voluptuosidad latente. Pues bien, se volvió, me vio, me adoró de nuevo, tembló y se estremeció nuevamente. Entonces observé la verdadera *dueña* española que la vigila, una hiena a quien, un celoso, puso vestidos, una diablesa bien pagada para guardar a esta suave criatura... ¡Oh!, entonces, la dueña avivó mi amor y picó mi curiosidad. El sábado, nadie. Y hoy, aquí me tienes, esperando a esa joven, cuya quimera soy, y junto a quien lo único que pido, es posar como el monstruo del fresco.

—¡Ahí viene! —exclamó Paul—. Todo el mundo se vuelve para verla...

La desconocida se ruborizó y sus ojos centellearon al distinguir a Henri; luego los cerró y pasó.

—¿Dices que se fija en ti? —exclamó burlonamente Paul de Manerville.

La dueña miró fijamente y con atención a los dos jóvenes.

Cuando la desconocida y Henri se encontraron de nuevo, la joven le rozó y estrechó, con su mano, la mano del joven. Después se volvió y sonrió con pasión, pero la dueña se la llevó con celeridad hacia la verja de la rue de Castiglione.

Los dos amigos siguieron a la joven, admirando el torneado magnífico de aquel cuello, unido a la cabeza por una combinación de vigorosas líneas, y sobre el que destacaban con fuerza unos bucles ensortijados. La muchacha de los ojos de oro tenía ese pie firme, pequeño y curvado, que ofrece tantos atractivos a las imaginaciones golosas. Además, iba elegantemente calzada y llevaba una falda corta. Durante aquel recorrido, se volvió, de vez en cuando, para mirar a Henri, y pareció seguir a regañadientes a la vieja, cuya señora y esclava parecía ser todo en uno: podía hacer que la moliesen a palos, pero no despedirla.

Todo esto saltaba a la vista.

Los dos amigos llegaron ante la verja. Dos lacayos con librea desplegaron el estribo de un cupé de muy buen gusto, cargado de escudos nobiliarios. La muchacha de los ojos de oro fue la primera en subir, se sentó en el lado en que sería visible cuando el coche diese la vuelta, puso la mano en la portezuela y agitó el pañuelo, a escondidas de la dueña, mofándose del *qué dirán* de los curiosos y diciendo a Henri públicamente, con los movimientos de su pañuelo: «¡Seguidme!».

—¿Has visto alguna vez sacar mejor el pañuelo? —dijo Henri a Paul de Manerville.

Después, al distinguir a un *fiacre* del que se habían apeado algunas personas y que se disponía a irse, hizo una seña al cochero para que esperase.

—Seguid a ese cupé y ved en qué calle y en qué casa penetra; os ganaréis diez francos. Adiós, Paul.

El *fiacre* siguió al cupé. Éste se dirigió a la rue Saint-Lazare, para entrar en uno de los más bellos hoteles de aquel barrio.

II

SINGULAR FORTUNA

De Marsay no era un atolondrado. Cualquier otro joven hubiera obedecido al deseo de procurarse inmediatamente algunos informes sobre una joven que realizaba, de manera tan perfecta, los más luminosos ideales expresados por la poesía oriental sobre las mujeres; pero, demasiado hábil para comprometer así el porvenir de su buena fortuna, dijo al cochero que continuase por la rue Saint-Lazare, para volverle a su casa.

Al día siguiente, su primer ayuda de cámara, llamado Laurent, mozo astuto como un Frontín de la comedia antigua, esperó, apostado en los alrededores de la casa en que vivía la desconocida, la hora del reparto del correo. A fin de poder espiar a sus anchas y rodar por los alrededores de la mansión, siguió la costumbre de los policías que quieren adoptar un disfraz perfecto, y compró, a tal efecto, el atavío de un auvernés, intentando imitar su fisonomía. Cuando el cartero hacía aquella mañana el reparto por la rue Saint-Lazare, Laurent fingió ser un recadero que no recordaba el nombre de la persona a quien debía entregar un paquete y consultó al cartero.

Engañado por el aspecto de tan pintoresco personaje en medio de la civilización parisién, le dijo que el hotel donde habitaba la muchacha de los ojos de oro pertenecía a don Hijos, marqués de San Real, grande de España. Naturalmente, el marqués no interesaba al falso recadero.

—El paquete que tengo que entregar —dijo— es para la marquesa.

—Está ausente —respondió el cartero—. Toda su correspondencia se reexpide a Londres.

—¿Y la marquesa no tiene una hija que?...

—¡Ah! —dijo el cartero, interrumpiendo al ayuda de cámara—, tú eres tan recadero como yo bailarín.

Laurent mostró algunas monedas de oro al funcionario, quien sonrió.

—Mirad, aquí tenéis el nombre de vuestra palomita —dijo, sacando de su cartera de cuero una carta, con el sello de Londres, y en la que figuraban estas señas:

A mademoiselle

Paquita Valdés

Rue Saint-Lazare,

Hotel San-Real
PARÍS

escritas en caracteres alargados y menudos, que revelaban una mano femenina.

—¿Haríais ascos a una botella de vino de Chablis acompañada de un filete salteado con champiñones y precedida de unas cuantas docenas de ostras? —dijo Laurent, que quería conquistar la preciosa amistad del cartero.

—A las nueve y media, cuando termine el servicio... ¿dónde?

—En la esquina de la Chaussée-d'Antin y de la rue Neuvedes-Mathurins, en el *Pozo sin Vino* —dijo Laurent.

—Escuchad, amigo —dijo el cartero al reunirse con el ayuda de cámara, una hora después de este encuentro—, si vuestro amo está enamorado de esta joven, se busca muchas complicaciones. Dudo que consigáis verla. Desde hace diez años soy cartero en París y he podido ver numerosos sistemas de puertas, pero puedo aseguraros, sin miedo a verme desmentido por ninguno de mis compañeros, que no existe puerta tan misteriosa como la del marqués de San Real. Nadie puede penetrar en su casa sin un santo y seña que yo ignoro; y observad que lo ha elegido, expresamente, entre patio y jardín, para evitar cualquier comunicación con las casas vecinas. El portero es un viejo español, que no habla una palabra de francés, pero que escudriña a los visitantes como haría el propio Vidocq, por temor a que sean ladrones. Si este primer cancerbero pudiese dejarse engañar por un amante, por un ladrón o por vos, dicho sea sin ánimo de establecer comparaciones, entonces os encontraríais en la primera sala, cerrada por una puerta vidriera, ante un mayordomo rodeado de lacayos; un viejo farsante, aún más viejo y adusto que el portero. Cuando alguien franquea la puerta cochera, el antedicho mayordomo sale, lo espera bajo el peristilo y lo somete a un interrogatorio, como si se tratara de un criminal. Esto me ha pasado a mí, que soy un simple cartero. Me tomaba por un *hemisferio* disfrazado —dijo, riendo de su despropósito—. En cuanto al servicio no esperéis sacarles nada, creo que son mudos todos; en el barrio nadie conoce el sonido de su voz; no sé por qué les pagan, si no hablan ni beben; la verdad es que son inabordables, ya sea por miedo a que los fusilen o porque una indiscreción les pueda costar una suma enorme. Si vuestro amo está lo bastante enamorado de *mademoiselle* Paquita Valdés para superar todos estos obstáculos, se estrellará ante doña Concha Marialva, la dueña que la acompaña y que antes se le metería bajo la falda que abandonarla. Dijérase que van cosidas estas dos mujeres por el mundo.

—Lo que me decís, apreciado cartero —repuso Laurent después de paladear el vino—, me confirma lo que acabo de saber. A fe de hombre honrado, creí que se burlaban de mí. La verdulera de enfrente me ha dicho que, por la noche, sueltan por el jardín a unos perros cuya comida está colgada de unos postes, a fin de que no puedan alcanzarla. Estas malditas bestias creen entonces que las personas susceptibles de entrar en el jardín quieren apoderarse de su pitanza, y los harían pedazos. Me diréis que puede echárseles veneno en bolitas, pero parece ser que les han enseñado a comer únicamente de la mano del portero.

—El portero del barón de Nucingen, cuyo jardín linda por arriba con el del hotel de San Real, ya me lo había contado —comentó el cartero.

«¡Magnífico! Mi señor lo conoce», se dijo Laurent.

Y prosiguió en voz alta, haciendo un guiño al cartero:

—¿Sabéis que mi amo es un hombre tan extraordinario, que si se le metiera en la cabeza besar la planta de los pies de una emperatriz lo conseguiría? Si tuviese necesidad de vos, cosa que os deseo, pues es muy generoso, ¿podríamos contar con vos?

—¡Vaya, maese Laurent! Sabed que me llamo Moinot. Mi nombre empieza como el de un gorrión: *moineau*: M-o-i-n-o-t, Moinot.

—Efectivamente, se pronuncia igual —dijo Laurent.

—Vivo en la rue des Trois-Frères, n.º 11, quinto —prosiguió Moinot—; tengo mujer y cuatro hijos. Si lo que queréis de mí no va más allá de lo que exige la conciencia y mis deberes administrativos, podéis contar conmigo.

—Sois un hombre de pro —le dijo Laurent, estrechándole la mano.

—Paquita Valdés es, sin duda, la amante del marqués de San Real, el amigo del rey Fernando. Sólo un carcamal español de ochenta años es capaz de adoptar semejantes precauciones —comentó Henri cuando su ayuda de cámara le hubo contado el resultado de sus pesquisas.

—Señor —le dijo Laurent—, a menos que se utilice un globo, nadie puede entrar en esta casa.

—¡No seas cernícalo! ¿Crees que es necesario entrar en el hotel para tener a Paquita, teniendo en cuenta que Paquita puede salir del hotel?

—¿Pero, señor, y la dueña?

—Encerraremos durante algunos días a esa dueña.

—¡Entonces, Paquita será nuestra! —dijo Laurent, frotándose las manos.

—¡Bribón —respondió Henri—, te condeno a doña Concha por tu insolencia al hablar así de una mujer, antes de que yo la tenga!... Prepárame el traje, voy a salir.

Henri permaneció durante un momento sumido en alegres reflexiones. Digámoslo en alabanza de las mujeres: obtenía todas las que le venían en gana. ¿Y qué habría que pensar de una mujer sin amantes, que hubiese sabido resistir a un joven armado de belleza: que es el ingenio del cuerpo, del espíritu, que es gracia del alma, síntesis de la fuerza moral y de la fortuna, las dos únicas potencias reales? Pero al triunfar tan fácilmente. De Marsay se sentía hastiado de sus triunfos; esto quiere decir que desde hacía dos años se aburría mortalmente. Tras zambullirse hasta el fondo de las voluptuosidades, subía a la superficie más valvas que perlas. Así, pues, llegó al extremo, como los soberanos, de implorar al destino cualquier obstáculo para vencer, cualquier empresa que le obligase a desplegar sus fuerzas, morales y físicas, inactivas.

Aunque Paquita Valdés le presentaba el maravilloso conjunto de perfecciones que, hasta entonces, sólo había podido disfrutar en detalle, el atractivo de la pasión era en él casi nulo. Una saciedad constante debilitó en su corazón el sentimiento

amoroso. Como los viejos y las personas hastiadas de todo, sólo tenía caprichos extravagantes, gustos ruinosos, fantasías que, una vez satisfechas, no le dejaban ningún buen recuerdo en el corazón. En los jóvenes, el amor es el más bello de los sentimientos; hace florecer la vida en el alma, despliega con su potencia solar las más bellas inspiraciones con sus grandes pensamientos: las primicias de todas las cosas tienen un delicioso sabor. Entre los hombres, el amor se convierte en una pasión; la fuerza conduce al abuso. En los viejos, se desvía hacia el vicio: la impotencia conduce al extremo. Henri era viejo, hombre joven, todo de una pieza. Para experimentar las emociones de un verdadero amor necesitaba, como Lovelace, una Clarisa Harlowe. Sin el reflejo mágico de esta perla imposible de encontrar, sólo podía tener pasiones, agudizadas por la vanidad parisién, o la idea preconcebida de hacer llegar a una mujer determinada a un determinado grado de corrupción, o bien aventuras que estimulasen su curiosidad.

El informe de Laurent, su ayuda de cámara, acababa de conferir elevado precio a la muchacha de los ojos de oro. Se trataba de presentar batalla a un enemigo secreto, que parecía tan hábil como peligroso; y, para alcanzar la victoria, no eran inútiles todas cuantas fuerzas podía Henri disponer. Se disponía a representar aquella vieja y eterna comedia, que siempre será nueva y cuyos personajes son un viejo, una joven y un enamorado: don Hijos, Paquita y De Marsay. Si Laurent valía por un Fígaro, la dueña parecía incorruptible. Así, la vivida escena estaba más fuertemente anudada por el destino que jamás lo estuviera por autor dramático alguno. ¿Mas el destino no es también un hombre genial?

«Habrá que obrar con cautela», se dijo Henri.

—Bien —le dijo Paul de Manerville, entrando—. ¿Cómo va esto? Vengo a almorzar contigo.

—Sea —dijo Henri—. ¿No te escandalizarás si me arreglo y me visto en tu presencia?

—¡Déjate de bromas!

—Adoptamos tantas cosas de los ingleses en la actualidad, que muy bien podríamos convertirnos en unos hipócritas y unos mojigatos como ellos —dijo Henri.

Laurent colocó ante su amo tantos utensilios, tantos muebles diferentes y cosas tan lindas, que Paul no pudo contenerse y dijo:

—¡Pero tendrás para dos horas!

—¡No! —dijo Henri—. Dos horas y media.

—Pues bien, ya que estamos solos y podemos decírnoslo todo, explícame por qué un hombre superior como tú, porque eres superior, extrema de este modo una fatuidad que no le es natural. ¿Por qué pasar dos horas y media arreglándote, cuando te bastaría con pasar un cuarto de hora en el baño, para peinarte después en un santiamén y vestirte? Vamos, cuéntame tus historias.

—Tengo que quererte mucho, pedazo de zoquete, para confiarte pensamientos tan elevados —dijo el joven, que en aquellos momentos se hacía cepillar los pies con un

cepillo suave empapado de jabón inglés.

—Pero ya sabes que te tengo la mayor fidelidad —respondió Paul de Manerville— y te quiero porque te encuentre superior a mí.

—Habrás podido observar, si eres capaz de fijarte en un hecho moral, que a la mujer le gusta el individuo fatuo —repuso De Marsay, respondiendo sólo con una mirada a la declaración de Paul—. ¿Sabes por qué a las mujeres les gustan los fatuos? Amigo mío, los fatuos son los únicos hombres que cuidan el aliño de su persona. Ahora bien, tener un cuidado excesivo de sí mismo, ¿no es como decir que uno cuida en sí mismo el bien ajeno? El hombre que las mujeres prefieren es precisamente el hombre que no se pertenece. El amor es esencialmente ladrón. No me refiero a ese exceso de aseo que las apasiona. ¿Encontrarás a una que se apasione por un adán, aunque se trate de un hombre notable? Si a veces esto ha sucedido, hay que atribuirlo a un capricho de embarazada, esas ideas locas que a todo el mundo le pasan por la cabeza. En cambio, he visto a hombres notabilísimos, plantados en seco a causa de su incuria. Un fatuo que se ocupe de su persona se ocupa de una necesidad, de bagatelas. ¿Y qué es una mujer? Una bagatela, un conjunto de necesidades. Bastan a veces dos palabras, lanzadas al aire, para hacerla trabajar durante cuatro horas. Está segura de que el fatuo se ocupará de ella, pues el fatuo no piensa en grandes cosas. No se verá nunca pospuesta en aras de la gloria, la ambición, la política, el arte, las grandes mujeres públicas, que son sus rivales. Además, los fatuos tienen el valor de cubrirse de ridículo para agradar a la mujer, y su corazón está lleno de recompensa para el hombre que se pone en ridículo por amor. Un fatuo, en fin, sólo puede ser fatuo cuando tenga razón para serlo. Son las mujeres quienes nos dan este grado. El fatuo es el coronel del amor, tiene buena fortuna y manda su regimiento de mujeres. Querido, en París todo se sabe, y un hombre no puede ser fatuo *gratis*. Tú que sólo tienes una mujer y que quizá tengas razón al no tener más que una, trata de hacer el fatuo... Ni siquiera llegarás a hacer el ridículo, pues antes habrás muerto. Te convertirás en un prejuicio ambulante, en uno de esos pobres diablos, condenados inevitablemente a hacer siempre una sola y única cosa. Tú significarás *necedad*, como La Fayette significa *América*; Talleyrand, *diplomacia*; Désaugier, *canción*, y M. de Ségur, *narración*. Cuando se salen de su especialidad, las gentes ya no creen en el valor de cuanto hacen. ¡He ahí cómo somos en Francia: siempre soberanamente injustos! Es posible que Talleyrand sea un gran financiero, La Fayette un tirano y Désaugiers un gran administrador. Aunque el año que viene tengas tú cuarenta mujeres, públicamente sólo te concederán una. Así, pues, la fatuidad, amigo Paul, es señal de un incontestable poder adquirido sobre el mundo femenino. Un hombre amado por muchas mujeres pasa por poseer cualidades superiores; y entonces el desgraciado es de quien lo consiga. ¿Pero crees que no es nada, también, tener el derecho de llegar a un salón, mirar a todo el mundo por encima de la corbata, o con los anteojos, y poder despreciar al hombre más superior si lleva un chaleco pasado de moda? ¡Laurent, me haces daño! Después de almorzar, Paul, iremos a las Tullerías

para ver a la adorable muchacha de los ojos de oro.

Cuando, después de un opíparo almuerzo, ambos jóvenes fueron a pasear por la terraza de los Feuillants y la gran alameda de las Tullerías, no encontraron, por parte alguna, a la sublime Paquita Valdés, a causa de la cual se encontraban allí reunidos cincuenta de los más elegantes petimetres de París, todos ellos almizclados, con corbata alta, calzando botas y espuelas, golpeándose las piernas con el látigo de montar, paseando, hablando, riendo y entregándose a todos los demonios.

—Misa seca —dijo Henri—. Acaba de ocurrírseme la idea más luminosa del mundo. Esa joven recibe cartas de Londres; hay que sobornar o emborrachar al cartero, despegar una carta, leerla, naturalmente, deslizar en su interior un billetito tierno y cerrarla de nuevo. El viejo tirano, *crudel tiranno*, sin duda debe de conocer la persona que escribe las cartas que vienen de Londres, y no desconfiará de ellas.

Al día siguiente De Marsay volvió a pasear al sol por la terraza de los Feuillants, vio a Paquita Valdés, más embellecida a sus ojos por la pasión. Se prendó perdidamente de aquellos ojos cuyos rayos parecían poseer la misma naturaleza que los que derrama el sol y cuyo ardor resumía el del aquel cuerpo perfecto, en que todo era voluptuosidad. De Marsay ardía al rozar las ropas de aquella seductora criatura cuando se encontraban durante el paseo; pero sus tentativas eran siempre vanas. En el momento en que se adelantó a la dueña y a Paquita, para poder encontrarse al lado de la muchacha de los ojos de oro al volverse. Paquita, no menos impaciente, se adelantó con presteza y De Marsay sintió que le oprimía la mano de una manera, a la vez tan rápida y tan apasionadamente significativa, que creyó haber recibido el choque de una chispa eléctrica. En un instante, todas las emociones de su juventud surgieron en su corazón. Cuando ambos enamorados se miraron, Paquita pareció avergonzarse; bajó los ojos para no ver los de Henri, pero su mirada descendió para mirar los pies y el talle de aquel que las mujeres llamaban, antes de la Revolución, *su vencedor*.

«Estoy decidido a tener a esta joven por amante», se dijo Henri.

Al seguirla hasta el borde de la terraza, por el lado de la plaza de Luis XV, distinguió al viejo marqués de San Real, que paseaba apoyado en el brazo de su ayuda de cámara, andando con toda la precaución de un gotoso y un enfermo de cacoquimia; doña Concha, que no se fiaba de Henri, hizo pasar a Paquita entre ella y el anciano.

«¡Ah, en cuanto a ti —se dijo De Marsay lanzando una mirada de desprecio a la dueña—, si no podemos hacerte capitular, te dormiremos con un poco de opio! Conocemos la mitología y la fábula de Argos».

Antes de subir al coche, la muchacha de los ojos de oro cambió con su enamorado unas miradas, cuya expresión no era dudosa y que causaron sumo deleite a Henri; pero la dueña sorprendió una de ellas y dijo vivamente unas palabras a Paquita, que se dejó caer en el interior del cupé con aire desesperado. Durante unos días, Paquita no volvió a las Tullerías. Laurent, que por orden de su amo fue a espiar por los alrededores del hotel, supo por los vecinos que ni las dos damas ni el viejo marqués

habían salido desde el día en que la dueña sorprendió una mirada entre la joven sometida a su custodia y Henri. El vínculo tan débil que unía a los dos enamorados acababa de romperse.

Pocos días después, sin que nadie supiese por qué medio, De Marsay había conseguido sus fines. Se procuró un sello y lacre absolutamente idéntico al sello y el lacre que servían para sellar las cartas remitidas desde Londres a *mademoiselle* Valdés, junto con papel idéntico al que utilizaba el remitente, amén de todos los utensilios y los hierros necesarios para imitar los matasellos de los correos inglés y francés. Escribió la misiva siguiente, a la que dio toda la apariencia de una carta enviada desde Londres:

Querida Paquita: No intentaré pintaros con palabras la pasión que me habéis inspirado. Sí, para mi dicha, vos la compartís. Sabed que he hallado los medios de escribirme con vos. Me llamo Adolphe de Gouges, y vivo en la rue de l'Université, número 544. Si os encontráis demasiado vigilada para escribirme, si no tenéis papel ni plumas, lo sabré por vuestro silencio. Así, pues, si mañana, desde las ocho de la mañana a las diez de la noche, no habéis tirado una carta por encima del muro de vuestro jardín al del barón de Nucingen, donde la esperará durante todo el día un hombre que me es completamente adicto, os pasará por encima del muro, al extremo de una cuerda, dos frascos, a las diez y media del día siguiente. Procurad hallaros paseando por el jardín en este momento. Uno de los dos frascos contendrá opio para dormir a vuestro Argos, bastará con que le deis seis gotas; el otro contendrá tinta. El frasco de la tinta es de cristal tallado; el otro es liso. Ambos son lo bastante planos para que podáis ocultarlos en vuestro corsé. Todo cuanto ya he hecho para poder escribirme con vos os hará comprender cuánto os amo. Si lo dudáis, os juro que, para obtener una entrevista de una hora, daría mi vida.

«¡Y pensar que las pobrecillas se creen esas cosas! —se dijo De Marsay—. Pero tienen razón. ¿Qué tendríamos que pensar de una mujer que no se dejase seducir por una carta de amor acompañada de circunstancias tan decisivas?».

La misiva fue entregada por maese Moinot, cartero, al día siguiente, alrededor de las ocho de la mañana, al portero de la mansión San Real.

Para estar más cerca del campo de batalla, De Marsay fue a almorzar a casa de Paul, que vivía en la rue de la Pépinière. A las dos, en el momento en que ambos amigos se contaban, riendo, las tribulaciones de un joven que quería llevar un tren de vida elegante, sin una fortuna desahogada, y trataban de adivinar cómo acabaría, el cochero de Henri llegó en busca de su amo y le presentó a un personaje misterioso, que deseaba absolutamente hablarle en persona. Dicho personaje era un mulato que hubiera inspirado a Taima para representar a Otelo, si lo hubiese conocido. Jamás

rostro africano alguno expresó mejor la grandeza de la venganza, la rapidez de la sospecha, la prontitud en la ejecución de un pensamiento, la fuerza del moro y su irreflexión de niño. Sus ojos negros tenían la fijeza de los ojos de un ave de rapiña y estaban engastados, como los del buitre, en una membrana azulada, desprovista de pestañas. Su frente, pequeña y baja, tenía algo de amenazador. Era evidente que aquel hombre se hallaba dominado por un solo pensamiento inalterable. Su brazo nervudo no le pertenecía. Venía seguido de un hombre que todas las imaginaciones, desde las que tiritan en Groenlandia hasta las que sudan en Nueva Inglaterra, se representarán gracias a esta frase: *Era un desgraciado*. Ante esta descripción, todo el mundo lo adivinará, se lo representará según las ideas particulares de cada país. ¿Pero quién será capaz de figurarse su cara blanca, arrugada, roja en sus extremidades, y su lengua barba? ¿Quién verá su amarillenta corbata que parecía una cuerda, el grasiento cuello de su camisa, su castigado sombrero, su verdosa levita, sus lastimosos pantalones, su arrugado chaleco, su aguja de corbata de oro falso, sus embarrados zapatos, cuyos cordones había arrastrado por el lodo? ¿Quién lo comprenderá en toda la inmensidad de su miseria pasada y presente? ¿Quién? Solamente el parisiense. El hombre desgraciado de París es el miserable completo, pues el conocimiento de su propia desgracia aún le produce alegría. El mulato parecía un verdugo de Luis XI, conduciendo su víctima al cadalso.

—¿Quién ha pescado este par de picaros? —dijo Henri.

—¡Cáspita! Uno de ellos me produce escalofríos —respondió Paul.

—¿Quién eres, tú que parece ser el más cristiano de los dos? —preguntó Henri mirando al desgraciado.

El mulato permaneció con la vista fija en los dos petimetres, como si no entendiese nada, pero esforzándose por adivinar algo por los gestos y el movimiento de los labios.

—Soy escribano público e intérprete. Vivo en el Palacio de Justicia y me llamo Poincet.

—Bien... ¿Y éste? —dijo Henri a Poincet, indicando al mulato.

—No lo sé; no habla más que una especie de dialecto español, y me ha traído aquí para poder entenderse con vos.

El mulato sacó del bolsillo la carta escrita a Paquita por Henri y se la entregó. Henri la tiró al fuego.

«Bien, la cosa empieza a dibujarse», dijo Henri para su coleteo.

—Paul, déjanos solos un momento.

—Le he traducido esta carta —prosiguió el intérprete cuando estuvieron solos—. Cuando la hube traducido, él se fue no sé a dónde. Después volvió a buscarme, para traerme aquí, prometiéndome dos luises.

—¿Qué tienes que decirme, chinito? —preguntó Henri.

—Yo no le he dicho *chinito* —dijo el intérprete esperando la respuesta del mulato—. Dice, señor —prosiguió el intérprete después de escuchar al desconocido—, que

mañana, sin falta, tenéis que encontraros, a las diez y media de la noche, en el bulevar Montmartre, junto al café. Pedís allí un coche, en el que subiréis diciendo a quien os abra la portezuela la palabra *cortejo*; término español que quiere decir *galán enamorado* —añadió Poincet, dirigiendo una mirada de felicitación a Henri.

—¡Bien!

El mulato quiso dar dos luses al truchiman, pero De Marsay no lo permitió y fue él quien le ofreció una espléndida propina. Mientras le pagaba, el mulato pronunció algunas palabras.

—¿Qué dice?

—Me advierte —respondió el hombre desgraciado— que si cometo una sola indiscreción, me estrangulará. Es amable, tiene cara de cumplir lo que dice.

—De ello estoy seguro —respondió Henri—. Lo haría tal como lo dice.

—Añade —prosiguió el intérprete— que la persona que lo envía os suplica, por vos y por ella, que tengáis la mayor prudencia en vuestras acciones, porque el puñal alzado sobre vuestras cabezas caería en vuestros corazones, sin que ningún poder humano pudiese impedirlo.

—¿Esto ha dicho? Tanto mejor: así será más divertido. ¡Ya puedes volver, Paul! —gritó a su amigo.

El mulato, que no había cesado de mirar al galán de Paquita Valdés con una atención magnética, se fue seguido del intérprete.

«En fin, ahí tenemos una aventura bien novelesca —se dijo Henri cuando volvió Paul—. A fuerza de participar en algunas, he terminado por encontrar en este París una intriga acompañada de circunstancias agravantes y peligros considerables. ¡Ah, diantre, de qué modo el peligro vuelve osada a la mujer! Importunar a una mujer, querer obligarla, ¿no es darle el derecho y el valor de franquear, en un momento, barreras que tardaría años en saltar? ¡Bah!, salta, gentil criatura. ¿Morir? ¡Pobre niña! ¿Puñales? ¡Imaginaciones femeninas! Todas ellas sienten necesidad de hacer valer su pequeño devaneo. De todos modos, pensaré en ellos, Paquita, pensaré en ellos, ¡hija mía de mi alma! Que me lleve el diablo: ahora que ya sé que esta linda criatura, esta obra de arte de la naturaleza, es mía, la aventura ha perdido su picante atractivo».

Pese a estas ligeras palabras, el joven había reaparecido en Henri. Para esperar hasta el día siguiente sin sufrir, recurrió a exorbitantes placeres: jugó, cenó y banqueteeó con sus amigos; bebió como un cosaco, comió como un alemán y ganó diez o doce mil francos. Salió del *Rocher de Cancale* a las dos de la madrugada, durmió como un angelito, para despertarse a la mañana siguiente fresco y sonrosado, y se vistió para ir a las Tullerías, proponiéndose montar a caballo después de haber visto a Paquita, para despertar el apetito y cenar mejor, y también para matar el tiempo.

A la hora convenida, Henri se presentó en el bulevar, abrió el coche y dio el santo y seña a un hombre que le pareció ser el mulato. Al oír aquella palabra, el hombre abrió la portezuela y bajó con presteza el estribo. El coche transportó rápidamente a

Henri por París. El joven se hallaba tan sumido en sus pensamientos, que no prestó atención a las calles que cruzaban y no supo dónde se detenía el carruaje. El mulato lo introdujo en una casa cuya escalera se encontraba cerca de la puerta cochera. La escalera estaba a oscuras, lo mismo que el rellano, en el que Henri tuvo que esperar mientras el mulato abría la puerta de un piso húmedo, nauseabundo, sin luz, y cuyas piezas, apenas iluminadas por la vela que su guía encontró en la antecámara, le parecieron vacías y mal amuebladas, como las de una casa cuyos moradores están de viaje. Experimentó la misma sensación que le producía la lectura de una de esas novelas de Ana Radcliffe, en las que el héroe atraviesa las salas frías, oscuras y deshabitadas de un lugar triste y desierto.

Por último el mulato abrió la puerta de un salón. El estado de los viejos muebles y de los cortinajes anticuados que adornaban aquel aposento le daban el aspecto del salón de una casa de mala nota. Tenía idénticas pretensiones de elegancia, y el mismo amontonamiento de objetos de mal gusto, de polvo y de mugre. En un canapé, tapizado de terciopelo rojo de Utrecht, al ángulo de una chimenea que humeaba y cuyo fuego estaba enterrado en ceniza, había una vieja bastante mal vestida, tocada con uno de esos turbantes que saben inventar las inglesas cuando llegan a cierta edad, y que tendrían un éxito extraordinario en China, donde el ideal de los artistas es la monstruosidad. Aquel salón, aquella vieja, aquel hogar apagado, todo hubiera helado el amor, si Paquita no hubiese estado allí, en un confidente, con un voluptuoso peinador, libre de dirigir a su antojo sus miradas de oro y llama, libre de mostrar su piececito curvado, libre de prodigar sus luminosos movimientos.

Aquella primera entrevista fue lo que son todas las primeras citas, que se dan los seres apasionados que franquean rápidamente las distancias, y que se desean con ardor, pese a no conocerse. Es imposible que, de momento, no surjan ciertas discordancias en situación semejante, violenta hasta el momento en que las almas se ponen al mismo tono. Si bien el deseo infunde atrevimiento al hombre y le predispone a no ahorrar nada, la amante, por extremado que sea su amor, y so pena de no ser mujer, se asusta de encontrarse llegada con tal prontitud al final, y cara a cara con la necesidad de entregarse, que para muchas mujeres equivale a la caída en un abismo, en el fondo del cual no saben lo que encontrarán. La frialdad involuntaria de la mujer contrasta entonces con su pasión declarada y reacciona necesariamente sobre el amante más perdidamente enamorado. Estas ideas, que a menudo flotan como vapores en torno a las almas, determinan en ellas una especie de enfermedad pasajera. En el dulce viaje que dos seres emprenden a través de los bellos países del amor, este momento es como un páramo que hay que atravesar, una estepa sin vegetación, alternativamente húmeda y calurosa, poblada de ardientes arenales, cruzada por ciénagas, y que conduce a los risueños boscajes, revestidos de rosas, donde se despliegan el amor y su cortejo de placeres, sobre alfombras de fino verdor. Con frecuencia el hombre agudo está dotado de una risa animal que le sirve de respuesta a todo; su espíritu se encuentra amodorrado bajo la glacial comprensión de sus deseos.

No sería imposible que dos seres igualmente bellos, espirituales y apasionados, empezasen por hablar de los lugares comunes, más vulgares, hasta que la casualidad, una palabra, el temblor de cierta mirada, la comunicación de una chispa, les hiciese encontrar la feliz transición que los conducirá al sendero florido, por el que no se anda, sino por el que los seres se deslizan sin descender.

Dicho estado de alma depende siempre de la violencia de los sentimientos. Dos seres que se aman débilmente no experimentarán nada parecido. El efecto de esta crisis puede compararse, también, al que produce el ardor de un cielo puro. A primera vista, la naturaleza parece cubierta de un velo de gasa, el azul del firmamento parece negro, la luz extremada se asemeja a las tinieblas. En Henri, como en la española, había una violencia igual: y esta ley de la estática, en virtud de la cual dos fuerzas idénticas se anulan al encontrarse, también podía ser cierta en el reino moral. Además, el embarazo de aquel momento quedó singularmente aumentado por la presencia de la vieja momia. El amor se asusta, o se alegra, de todo; para él todo tiene un sentido, todo le es un presagio feliz o funesto. Aquella mujer decrepita estaba allí como un posible desenlace, y representaba la horrible cola de pez con que los simbólicos genios de Grecia terminaban las quimeras y las sirenas, tan seductoras, tan engañosas por el corsé, como lo son todas las pasiones incipientes.

Aunque Henri no era un espíritu fuerte —esta expresión siempre resulta una burla—, sino un hombre de un poder extraordinario, un hombre tan grande como puede serlo un hombre sin creencias, el conjunto de todas aquellas circunstancias le impresionó. Además, los hombres más fuertes son naturalmente los más impresionables y, por ende, los más supersticiosos, si es que se puede llamar superstición al prejuicio del primer movimiento que, sin duda, es el resumen del resultado, que se encuentra en las causas, ocultas a otros ojos, pero perceptibles a los suyos.

La española aprovechó aquel momento de estupor para entregarse al éxtasis de aquella adoración infinita que se apodera del corazón de una mujer cuando ama de verdad y se encuentra en presencia de un ídolo vanamente esperado. Sus ojos eran todo alegría, todo felicidad y lanzaban destellos. Estaba bajo el hechizo y se embriagaba sin temor con una felicidad largo tiempo soñada. Pareció entonces tan maravillosamente bella a Henri, que toda aquella fantasmagoría de harapos, de vejez, de cortinajes rojos deshilachados, de ruedos verdes, para limpiarse los pies, ante las butacas, que las baldosas rojas mal fregadas, que todo aquel lujo ramplón y enfermizo desapareció en un abrir y cerrar de ojos. El salón se iluminó, sólo vio, a través de una nube, a la terrible arpía, fija, muda en su canapé rojo y cuyos ojos amarillentos revelaban los serviles sentimientos que inspira la desdicha o que causa un vicio que nos convierte en sus esclavos, como un tirano, que embrutece a sus víctimas bajo el látigo de su despotismo. Sus ojos tenían el brillo frío de los de un tigre enjaulado, que comprende su impotencia y se encuentra obligado a devorar sus ansias de destrucción.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó Henri a Paquita.

Mas Paquita no respondió. Indicó por una seña que no entendía el francés y preguntó a Henri si hablaba inglés. De Marsay repitió la pregunta en este idioma.

—Es la única mujer de quien puedo fiarme, aunque ya me haya vendido —dijo Paquita tranquilamente—. Mi querido Adolphe, es mi madre, una esclava comprada en Georgia a causa de su rara belleza, de la que hoy apenas queda nada. No habla más que su lengua materna.

La actitud de aquella mujer y su afán de adivinar, por los gestos de su hija y de Henri, lo que sucedía entre ambos, quedaron revelados de pronto al joven, que al oír esta explicación se tranquilizó.

—Paquita —le dijo—. ¿Así, no estaremos libres?

—¡Jamás! —dijo ella con aire triste—. Ni siquiera tenemos muchos días para vernos.

Ella bajó la mirada, se contempló la mano y se puso a contar con la mano derecha los dedos de la izquierda, exhibiendo así las más bellas manos que Henri había visto en su vida.

—Uno, dos, tres...

Así contó hasta doce.

—Sí —dijo—, tenemos doce días.

—¿Y después?

—Después —repuso, absorta como una mujer débil ante el hacha del verdugo, y muerta de antemano por un temor que la despojaba de aquella magnífica energía que la naturaleza sólo parecía haberle concedido para hacer mayores las voluptuosidades y para convertir en poema sin fin los placeres más groseros—, después... —repitió. Su mirada se volvió fija; parecía contemplar un objeto lejano y amenazador—. No lo sé.

«Esta joven está loca», se dijo Henri, sumiéndose también en extrañas reflexiones.

Paquita le pareció ocupada por algo que no era él, como si fuese una mujer apremiada igualmente por los remordimientos y la pasión. Tal vez tenía en el corazón otro amor que tan pronto olvidaba como recordaba. Henri se vio asaltado, en un momento, por mil pensamientos contradictorios. Aquella joven se convirtió en un misterio para él; pero, al contemplarla con la sabia atención del hombre hastiado de todo, hambriento de nuevas voluptuosidades, como aquel rey de Oriente que pidió que le creasen un placer, sed horrible que se apodera de las grandes almas, Henri reconoció en Paquita la más rica organización que a la naturaleza le plugo crear para el amor. El funcionamiento presumible de esta máquina, dejando aparte el alma, hubiera asustado a cualquier otro hombre que no fuese De Marsay; pero él quedó fascinado ante la rica cosecha de placeres prometida, por aquella constante variedad en la dicha, que es el sueño de todos los hombres y que todas las mujeres amantes también ambicionan. Se enloqueció ante el infinito hecho palpable y trasladado a los

goces más excesivos de aquella criatura. Vio todo aquello, en aquella joven, más claramente que nunca; pues ella se dejaba mirar con complacencia, dichosa de verse admirada. La admiración de De Marsay se convirtió en una rabia secreta, que desveló totalmente, lanzando una mirada que la española comprendió, como si estuviese acostumbrada a recibir miradas parecidas.

—¡Si no hubieses de ser solamente mía, te mataría! —exclamó.

Al oír estas palabras, Paquita se cubrió el rostro con las manos y exclamó ingenuamente:

—¡Virgen Santísima, dónde me he metido!

Se levantó, fue a tirarse sobre el canapé rojo, ocultó la cabeza en los andrajos que cubrían el pecho de su madre y lloró. La vieja recibió a su hija sin salir de su inmovilidad, sin demostrarle nada. La madre poseía en el más alto grado aquella gravedad de los pueblos salvajes, aquella impasibilidad de estatua sobre la que fracasa la observación. ¿Quería a su hija? ¿No la quería? Imposible saberlo. Bajo aquella máscara bullían todos los sentimientos humanos, buenos y malos, y todo podía esperarse de aquel ser. Su mirada iba lentamente de los hermosos cabellos de su hija, que la cubrían como una mantilla, al rostro de Henri, que observaba con una inexpresable curiosidad. Parecía preguntarse por qué sortilegio estaba allí, por qué capricho la naturaleza había hecho a un hombre tan seductor.

«Estas mujeres se burlan de mí», se dijo Henri.

En aquel momento, Paquita levantó la cabeza, le dirigió una de aquellas miradas que penetran hasta el alma y la queman. Le pareció tan bella que se juró a sí mismo que poseería aquel tesoro de belleza.

—¡Paquita, sé mía!

—¿Quieres matarme? —dijo ella temerosa, palpitante, inquieta, pero atraída a él por una fuerza inexplicable.

—¡Matarte, yo! —dijo sonriendo Henri.

Paquita lanzó un grito de espanto, dijo una palabra a la vieja que tomó con autoridad la mano de Henri y la de su hija, los miró largo rato, y luego las soltó, inclinando la cabeza de una manera horriblemente significativa.

—¡Sé mía esta noche, en este mismo instante, sé mía, no me dejes, quiero que así sea, Paquita! ¿Me amas? ¡Ven!

En un momento le dijo mil palabras insensatas, con la rapidez de un torrente que salta entre las rocas y repite el mismo sonido bajo mil formas diferentes.

—¡Es la misma voz! —dijo Paquita con melancolía, sin que De Marsay pudiese oírla—, y... el mismo señor —añadió—. Pues bien, sí —dijo con un abandono de pasión que nada podría explicar—. Sí, pero no esta noche. Esta noche, Adolphe, he dado muy poco opio a la Concha, podría despertarse y estaría perdida. En estos momentos, en casa, todos me creen dormida en mi habitación. Dentro de dos días, espera en el mismo sitio, da el mismo santo y seña al mismo hombre. Este hombre es mi padre nutricio. Cristemio me adora y moriría por mí en el tormento sin que nadie

le arrancara ni una palabra contra mí. Adiós —dijo, estrechando a Henri por el cuerpo y arrollándose a su alrededor como una serpiente.

Lo apretó por todos lados a la vez, puso la cabeza bajo la suya, le ofreció sus labios y recibió un beso que dio tales vértigos a ambos, que De Marsay creyó que la tierra se abría y que Paquita gritaba: «¡Vete!», con una voz que indicaba hasta qué punto no era dueña de sí misma. Pero ella lo conservó junto a su pecho, sin dejar de gritarle: «¡Vete!», mientras lo conducía lentamente a la escalera.

Una vez allí, el mulato, cuyos ojos blancos se iluminaron a la vista de Paquita, tomó la vela de manos de su ídolo y condujo a Henri hasta la calle. Dejó la vela bajo la bóveda, abrió la portezuela, volvió a colocar a Henri en el coche y lo dejó en el bulevar de los Italianos con una rapidez maravillosa. Los caballos parecían tener el demonio en el cuerpo.

Esta escena fue como un sueño para De Marsay, pero uno de esos sueños que, al desvanecerse, dejan en el alma un sentimiento de voluptuosidad sobrenatural, que un hombre persigue durante el resto de su vida. Un solo beso había bastado. Ninguna cita se desarrolló de manera más decente, más casta ni tal vez más fría, en un lugar más horrible por sus detalles, ante una divinidad más repugnante; pues aquella madre quedó en la imaginación de Henri como algo infernal, agazapado, cadavérico, vicioso, salvajemente feroz, que la fantasía de pintores y poetas aún no había adivinado. En efecto, jamás cita alguna había irritado más los sentidos, había revelado voluptuosidades más atrevidas, había hecho brotar mejor el amor desde su centro para difundirlo, como una atmósfera, alrededor de un hombre. Fue algo sombrío, misterioso, dulce, tierno, violento y expansivo, un acoplamiento de lo horrible y de lo celeste, del paraíso y, sin embargo, era lo bastante grande para poder resistir a la embriaguez del placer.

Para comprender bien su conducta en el desenlace de esta historia, será necesario explicar cómo se engrandeció su alma a la edad en que los jóvenes suelen empequeñecerse, alternando con las mujeres u ocupándose demasiado de ellas. Se engrandeció merced al concurso de una serie de circunstancias secretas, que lo investían de un inmenso poder desconocido. Aquel joven empuñaba un cetro más poderoso que el de los reyes modernos, casi todos ellos contruidos por las leyes en sus menores voluntades. De Marsay ejercía el poder autocrático del déspota oriental. Pero este poder, ejercido tan estúpidamente en el Asia por hombres embrutecidos, se hallaba decuplicado por la inteligencia europea, por el ingenio francés, que es el más vivo y acerado de todos los instrumentos intelectuales. Henri conseguía lo que deseaba para el logro de sus placeres y de sus vanidades. Esta acción invisible sobre el mundo social lo revistió de una majestad real, pero secreta, sin énfasis y replegada sobre sí mismo. No se formaba la opinión de sí mismo que Luis XIV podía tener de su persona, sino la que el más orgulloso de los califas, de los faraones o de los Jerjes, que se creían de estirpe divina, tenían de ellos mismos, cuando imitaban a Dios, ocultándose a sus súbditos, so pretexto de que sus miradas causaban la muerte. Así,

sin tener ningún remordimiento, por ser juez y parte, a la vez, De Marsay condenaba fríamente a muerte al hombre o a la mujer que le habían causado una grave ofensa. Aunque la sentencia se pronunciaba, a menudo, casi a la ligera, era siempre irrevocable. Un error era una desgracia semejante a la que causa el rayo al fulminar a una feliz parisién en un *fiacre*, en lugar de aplastar al viejo cochero que la conducía a una cita. Asimismo, la ironía, amarga y profunda, que distinguía la conversación de aquel joven, solía causar espanto; nadie sentía deseos de incurrir en sus iras. Las mujeres aman prodigiosamente a esos hombres que se dan el nombre de bajás, que parecen estar acompañados de leones, de verdugos y que marchan con gran aparato de terror. Esto origina, en semejantes individuos una seguridad de acción, una certidumbre de poder, un orgullo en la mirada, una conciencia leonina, que convierte en realidad, ante las mujeres, el tipo de fuerza en que todas sueñan.

Así era De Marsay.

Dichoso, en aquel momento, de su futuro, volvió a sentirse joven y flexible, y sólo pensaba en amar cuando fue a acostarse. Soñó con la muchacha de los ojos de oro, como sueñan los jóvenes apasionados. Fue un sueño poblado de imágenes monstruosas, de caprichos inaprehensibles, llenos de luz y que revelan mundos invisibles, pero de manera siempre incompleta, pues el velo que se interpone cambia las condiciones ópticas.

Al día siguiente y dos días después, Henri desapareció sin que nadie pudiera saber adonde había ido. Su poder sólo le pertenecía bajo ciertas condiciones y, afortunadamente para él, durante aquellos dos días fue un simple soldado al servicio del demonio que mantenía su talismánica existencia. Pero a la hora dicha, por la noche, en el bulevar, esperó el coche, que no se hizo esperar mucho. El mulato se acercó a Henri para decirle en francés una frase que parecía haberse aprendido de memoria:

—Si queréis venir, me ha dicho ella, debéis consentir en dejaros vender los ojos.

Y Cristemio le mostró un pañuelo de seda blanca.

—¡No! —dijo Henri, cuyo poder se rebeló al instante.

E intentó subir. El mulato hizo una seña y el coche partió.

—¡Sí! —gritó De Marsay, furioso de perder la dicha que se había prometido.

Además, veía la imposibilidad de capitular con un esclavo cuya obediencia era tan ciega como la de un verdugo. ¿Además, su cólera debía caer sobre aquel instrumento pasivo?

El mulato silbó y el coche regresó a ellos. Henri subió precipitadamente. Algunos curiosos ya se congregaban, bobalicones, en el bulevar. Henri era fuerte y quiso burlarse del mulato. Cuando el carruaje partió al trote, le agarró las manos para apoderarse de él y poder conservar, dominando a su custodio, el ejercicio de sus facultades, a fin de saber adónde iba. Tentativa inútil. Los ojos del mulato lanzaron destellos en la oscuridad. El hombre lanzó gritos que el furor hacía expirar en su garganta, se desasíó, rechazó a De Marsay con puño de hierro y lo clavó, por así

decir, en el fondo del coche; luego, con la mano libre sacó un puñal triangular, a tiempo que lanzaba un silbido. El cochero lo oyó y se detuvo. Henri estaba desarmado y se vio obligado a ceder; con la cabeza indicó el pañuelo. Este gesto de sumisión apaciguó a Cristemio, quien le vendió los ojos con un respeto y un cuidado que testimoniaba una especie de veneración por la persona del hombre amado por su ídolo. Pero, antes de adoptar esta precaución, se metió el puñal con gesto de reto en un bolsillo del pantalón, y se abrochó la levita hasta el cuello.

«Hubiera sido capaz de matarme este chino», se dijo De Marsay.

El coche volvió a correr rápidamente. Le quedaba un recurso a un joven que conocía tan bien París como lo conocía Henri. Para saber adónde iba le bastaba concentrarse y contar, por el número de arroyos franqueados, las calles que cruzarían por los bulevares, mientras el coche continuase en línea recta. Así podría reconocer por qué calle lateral el coche tomaría, ya fuese hacia el Sena o hacia las alturas de Montmartre, para adivinar el nombre o la posición de la calle en la que su guía le haría detener. Pero la emoción violenta que le causó su lucha, el furor que le hacía experimentar su dignidad comprometida, las ideas de venganza a las que se entregaba, las suposiciones que le sugerían los cuidados minuciosos que adoptaba aquella joven misteriosa para conducirlo hasta ella, todo le impidió prestar aquella atención de ciego, necesaria para la concentración de su inteligencia y la perfecta perspicacia del recuerdo. El trayecto duró una media hora. Cuando el coche se detuvo, ya no estaba sobre el adoquinado. El mulato y el cochero tomaron a Henri en volandas, lo pusieron sobre una especie de angarillas y lo transportaron a través de un jardín, pues percibió las flores y el olor particular de los árboles y la vegetación. El silencio que allí reinaba era tan profundo, que pudo distinguir el rumor causado por las gotas de agua al caer de las hojas húmedas. Los dos hombres lo subieron por una escalera, lo incorporaron, lo condujeron a una estancia de atmósfera perfumada y en donde sus pies se hundieron en una mullida alfombra. Una mano de mujer lo empujó hacia un diván y le desató el pañuelo. Henri vio a Paquita ante él, pero Paquita en su gloria de mujer voluptuosa.

La mitad del tocador en que se encontraba Henri describía una línea circular, suave y graciosa, opuesta a la otra parte, perfectamente cuadrada, y en cuyo centro brillaba una chimenea de mármol blanca y dorada. Él había entrado por una puerta lateral, oculta por un lujoso tapiz y situada frente a una ventana. El extremo en herradura de la habitación estaba adornado de un verdadero diván turco, es decir, un colchón puesto en el suelo, pero grande como una cama, un diván de cincuenta pies de contorno, de casimir blanco, realizado por lazos de seda negra y de color amapola dispuestos en rombos. El respaldo de aquel inmenso lecho se alzaba muchas pulgadas por encima de los numerosos cojines que aún lo hacían más lujoso por el buen gusto de sus ornamentos. Las paredes aparecían cubiertas por una tela roja, sobre la que había una muselina de las Indias, acanalada, igual que una columna corintia, por estrías alternativamente huecas y redondas, terminadas, por arriba y por abajo, por

una banda de tela color amapola, sobre la que estaban dibujados arabescos negros. Bajo la muselina, el amapola se hacía rosado, amoroso color que repetían los visillos de la ventana, de muselina de las Indias, forrada de tafetán rosa, y adornada con listas color amapola mezclado de negro. Seis candelabros de plata sobredorada, de diez bujías cada uno, estaban sujetos a la pared, a distancias iguales, para iluminar el diván. El techo, de cuyo centro pendía una araña de plata mate sobredorada, era de una blancura deslumbradora y la cornisa dorada.

La alfombra parecía un chal de Oriente, pues tenía sus mismos dibujos y recordaba las poesías de Persia, donde manos de esclava la habían tejido. Los muebles ofrecíanse cubiertos de casimir blanco, contrastando con los adornos de color negro y amapola. La única mesa que había, tenía un casimir por mantel. Unas elegantes jardineras contenían rosas de todas las especies, flores blancas o rojas. El menor detalle, en sí, parecía haber sido objeto de amoroso cuidado. Jamás la riqueza se había ocultado más coquetonamente para convertirse en elegancia; para expresar la gracia, para inspirar voluptuosidad. Allí todo infundía calor al ser más frío. El revestimiento tornasolado de las paredes, cuyo color cambiaba según desde donde se le mirase, haciéndose totalmente blanco o completamente rosado, hacía juego con los efectos de la luz, que se difundía en las diáfanas vueltas de la muselina, produciendo apariencias nebulosas. El alma siente extraña atracción por el blanco, el amor se complace en el rojo y el oro halaga las pasiones; tiene el poder de realizar sus fantasías. Así, todo cuanto un hombre tiene de vago y misterioso en sí mismo, todas sus afinidades inexplicadas se encontraban acariciadas en sus simpatías involuntarias. Había, en esta armonía perfecta, un concierto de colores, al que el alma respondía con ideas voluptuosas, indecisas, flotantes.

En medio de esta vaporosa atmósfera, cargada de exquisitos perfumes, Paquita, vestida con un peinador blanco, con los pies descalzos y flores de azahar en los cabellos, se apareció a Henri arrodillada ante él, adorándole como un dios de aquel templo al que se dignó venir. Aunque De Marsay tuviese la costumbre de ver el lujo parisién más refinado, se quedó sorprendido ante el aspecto de esta concha, semejante a aquella en que nació Venus. Ya fuese por efecto del contraste entre las tinieblas de las que salía y la luz que bañaba su alma, ya fuese por una comparación hecha rápidamente entre aquella escena y la de la primera entrevista, experimentó una de esas sensaciones delicadas que proporciona la verdadera poesía. Al distinguir, en el centro de aquel recinto, surgido por obra y gracia de la varita mágica de un hada, a la obra maestra de la creación, aquella joven cuya tez cálidamente coloreada, cuya piel suave, pero ligeramente dorada por los reflejos del rojo y por la difusión de un extraño vapor amoroso, rutilaba como si reflejase los rayos de las luces y los colores. Su cólera, sus deseos de venganza, su vanidad herida, todo desapareció. Como un águila que se abalanzase sobre su presa, la abrazó estrechamente, se la sentó sobre las rodillas y sintió, con una embriaguez indecible, la voluptuosa presión de aquella joven, cuyos encantos, tan espléndidamente desarrollados, lo envolvieron

dulcemente.

—¡Ven, Paquita! —le dijo en voz baja.

—¡Habla, habla sin temor! —le dijo ella—. Este retiro ha sido construido para el amor. Ningún sonido se escapa de él: con tal ambición deseo guardar los acentos y la música de la voz amada. Por fuertes que fueran los gritos, no podrían ser oídos fuera de este recinto. Aunque aquí se cometiese un asesinato, la víctima gritaría en vano, como si estuviese en medio de un gran desierto.

—¿Quién es, pues, quien ha comprendido tan bien los celos y sus necesidades?

—Esto no me lo preguntes jamás —respondió ella deshaciendo con un gesto increíblemente cariñoso la corbata del joven, sin duda para verle bien el cuello.

—¡Sí, éste es el cuello que quiero tanto!... —dijo—. ¿Quieres complacerme?

Esta interrogación, cuyo acento la hacía casi lasciva, arrancó a De Marsay del ensueño en que la había sumido la despótica respuesta por la que Paquita le prohibió cualquier averiguación sobre el ser desconocido que se cernía como una sombra sobre ellos.

—¿Y si quisiera saber quién reina aquí?

Paquita le miró temblando.

—¿Así, no soy yo? —dijo él, levantándose y desembarazándose de la joven, que cayó con la cabeza hacia atrás—. Quiero estar solo, allí donde esté.

—¡Es evidente es evidente! —dijo la pobre esclava, presa del terror.

—¿Por quién me tomas, pues?... ¿Quieres responderme?

Paquita se levantó dulcemente, con los ojos arrasados en llanto, fue a buscar un puñal en uno de los dos muebles de ébano y lo ofreció a Henri con un gesto de sumisión que habría enternecido a un tigre.

—Festéjame como festejan los hombres que aman —dijo—, y luego, mientras duerma, mátame, porque no sabría qué responderte. ¡Escucha! Estoy atada como un pobre animal a una estaca; me sorprende haber podido tender un puente sobre el abismo que nos separa. Embriágame y después mátame. ¡Oh, no, no —dijo, juntando las manos—, no me mates, amo la vida! ¡La vida es tan bella para mí! Si soy esclava, también soy reina. Podría engañarte con palabras, decirte que no quiero a nadie más que a ti, demostrártelo y aprovechar mi dominio momentáneo para decirte: «Tómame, como se saborea al pasar por el jardín de un rey, el perfume de una flor». Después, cuando hubiese desplegado la astuta elocuencia de la mujer y las alas del placer, cuando, hubiese aplacado mi sed, podría hacerte lanzar a un pozo en el que nadie te encontraría, construido para satisfacer la venganza sin haber de temer la de la justicia, un pozo lleno de cal viva que se encendería para consumirte, sin que quedase ni el más pequeño fragmento de tu ser. Tú permanecerás en mi corazón, mío para siempre.

Henri miró a la joven sin temblar, y aquella mirada sin miedo la colmó de alegría.

—¡No, no lo haré! Tú no has caído aquí en una trampa, sino en un corazón de mujer que te adora, y soy yo quien me tiraré al pozo.

—¡Todo esto me parece prodigiosamente raro! —dijo De Marsay, examinándola—. Pero me pareces una buena muchacha, una naturaleza extraña. Eres, a fe de hombre honrado, una viva perplejidad cuya palabra me parece muy difícil de encontrar.

Paquita no comprendió nada de lo que decía el joven; lo miró con dulzura abriendo unos ojos que nunca podrían ser estúpidos, hasta tal punto se pintaba en ellos la voluptuosidad.

—Oye, amor mío —dijo ella, volviendo a su primera idea—, ¿quieres complacerme?

—Haré todo lo que quieras e incluso lo que no quieras —respondió riendo De Marsay, quien volvió a encontrar su soltura de fatuo al adoptar la resolución de dejarse arrastrar por su buena suerte, sin mirar hacia atrás ni hacia delante. Además, quizá contaba con su poder y su destreza de hombre de buena suerte, para dominar, unas horas más tarde, a aquella joven, y enterarse de todos sus secretos.

—Pues bien —le dijo ella—, deja que te arregle a mi gusto.

—Si ése es tu deseo, ponme a tu gusto —dijo Henri.

Paquita, risueña, fue a buscar en uno de los dos muebles un vestido de terciopelo rojo, con el que vistió a De Marsay; después lo tocó con un sombrero de mujer y lo envolvió en un chal. Al entregarse a estas locuras, cometidas con una inocencia de niña, reía con una risa convulsiva y parecía un pájaro aleteando; pero no veía nada más allá.

Si bien resulta imposible pintar las delicias inauditas que experimentaron las dos bellas criaturas, hermosas cómo el cielo en un momento de alegría, tal vez será necesario traducir metafísicamente las impresiones extraordinarias y casi fantásticas del joven. Lo que las personas que se encuentran en la situación social en que estaba De Marsay y que viven como él vivía, saben reconocer mejor, es la inocencia de una joven. Mas, cosa extraña, si la muchacha de los ojos de oro era virgen, ciertamente, no era inocente. La extraña unión de lo misterioso y lo real, de la sombra y la luz, de lo horrible y lo bello, del placer y del peligro, del parisién y el infierno, que ya se había producido en esta aventura, se continuaba en el ser caprichoso y sublime del que se burlaba De Marsay. Todo cuanto la voluptuosidad más refinada tiene de más sabio, todo cuanto podía conocer Henri de aquella poesía de los sentidos que llamamos amor, fue sobrepasado por los tesoros que derramó aquella joven cuyos ojos resplandecientes cumplieron todas las promesas que hacían. Fue un poema oriental, en el que resplandecía el sol que Saadi y Hafiz pusieron en sus saltarinas estrofas. Con la sola diferencia de que ni el ritmo de Saadi ni el de Píndaro hubieran expresado el éxtasis lleno de confusión y el estupor que se apoderó de aquella deliciosa joven cuando cesó el terror en el que una mano de hierro la hacía vivir.

—¡Muerta —exclamó—, soy muerta! Adolphe, llévame contigo al confín de la tierra, a una isla donde nadie nos conozca. ¡Que nuestra fuga no deje trazas! Seríamos seguidos hasta el infierno... ¡Dios mío, ya es de día!... Huye.

¿Volveré a verte jamás? Sí, mañana quiero volver a verte, aunque para alcanzar esta dicha tuviese que dar muerte a todos cuantos me vigilan... Hasta mañana.

Lo estrechó entre sus brazos con una fuerza producida por el terror de la muerte. Después oprimió un resorte que debía accionar un timbre y suplicó a De Marsay que se dejase vendar los ojos.

—¿Y si no lo quisiera... si quisiera quedarme aquí?

—Causarías con más prontitud una muerte —dijo ella—, pues ahora ya estoy segura de que moriré por ti.

Henri se dejó vendar. El hombre que acaba de saciarse de placer muestra propensión al olvido, una extraña ingratitud, un deseo de libertad, una fantasía errabunda, una pizca de desdén, y quizá de disgusto, por su ídolo; experimenta, en fin, unos inexplicables sentimientos, que le hacen infame e innoce. La certidumbre de este afecto confuso, pero real, en las almas que no están iluminadas por aquella luz celeste, ni perfumadas por aquel bálsamo santo, que produce la pertinacia del sentimiento, dictó sin duda a Rousseau las aventuras de milord Eduardo, con las que termina el epistolario de la *Nueva Eloísa*.

Si Rousseau se inspiró, evidentemente, en la obra de Richardson, se aparta de ella por mil detalles, que confieren una magnífica originalidad a su monumento; lo recomendó a la posteridad por medio de grandes ideas que es difícil desmenuzar mediante el análisis, cuando, en la juventud, se lee esta obra con el deseo de encontrar en ella la cálida descripción del más físico de nuestros sentimientos, mientras que, los escritores serios y filosóficos, únicamente emplean sus imágenes como la consecuencia o la necesidad de un amplio pensamiento; y las aventuras de milord Eduardo son una de las ideas más europeas y delicadas de esta obra.

Henri se hallaba, pues, bajo el dominio de ese sentimiento confuso que no conoce el verdadero amor. Hacía falta, en cierto modo, la persuasiva sentencia de las comparaciones y el atractivo irresistible de los recuerdos para llevarlo hacia una mujer. El verdadero amor reina, sobre todo, por la memoria. La mujer que no se ha grabado en el alma, por un exceso de placer, ni por la fuerza del sentimiento, ¿puede ser amada alguna vez? Sin Henri saberlo, Paquita arraigó en su alma por estos dos medios. Pero, en aquel instante, dominado por la fatiga de la felicidad, por esa deliciosa melancolía del cuerpo, apenas podía analizarse el corazón, al saborear de nuevo, sobre sus labios, el gusto de las más ardientes voluptuosidades que jamás hubiera conocido.

Se encontró en el bulevar Montmartre al amanecer, miró estúpidamente el coche que se alejaba, sacó dos cigarros del bolsillo, encendió uno en la linterna de una buena mujer, que vendía aguardiente y café a los obreros, a los pilluelos y a los hortelanos; a toda esa población parisién que empieza a vivir antes de que amanezca; después se fue, fumando el cigarro y con las manos en los bolsillos del pantalón, con una indiferencia verdaderamente deshonrosa.

«¡Qué bueno es un cigarro! Esto sí que nunca cansará a los hombres», se dijo.

Aquella muchacha de los ojos de oro, que enloquecía a la sazón a toda la juventud elegante de París, apenas le merecía un pensamiento. La idea de la muerte, expresada entre placeres, y cuyo temor había oscurecido varias veces la frente de aquella bella criatura, emparentada con las huríes del Asia por su madre, con Europa por su educación, con los trópicos por su nacimiento, le parecía uno de aquellos engaños a que suelen apelar las mujeres para hacerse más interesantes.

—Es de La Habana, el país más español que existe en el Nuevo Mundo; por lo tanto, ha preferido fingir terror en vez de ponerme ante las narices el sufrimiento, la dificultad, la coquetería o el deber, como hacen las parisinas. ¡Por sus ojos de oro! Qué ganas tengo de dormir.

Vio un coche de punto estacionado en la esquina de Frascati, esperando a algún jugador, despertó al cochero, se hizo llevar a casa, se acostó y se durmió con el sueño de los malos que, hecho curioso del que aún no ha sacado partido ningún cancionista, es tan profundo como el de la inocencia. Tal vez sea el resultado del axioma proverbial según el cual *los extremos se tocan*.

III

LA FUERZA DE LA SANGRE

Alrededor del mediodía, De Marsay se desperezó al despertar y sintió las punzadas de una de esas hambres caninas que todos los viejos soldados recuerdan haber experimentado al día siguiente de la victoria. Así, vio con agrado a Paul de Manerville, pues nada es más agradable, en este caso, que comer en compañía.

—Bien —le dijo su amigo—, todos nos imaginábamos que te pasarías diez días encerrado con la muchacha de los ojos de oro.

—¡La muchacha de los ojos de oro! Ya no pienso más en ella. ¡Por mi fe, tengo cosas más importantes entre manos!

—¡Ah, te haces el discreto!

—¿Por qué no? —dijo riendo De Marsay—. Querido, la discreción es el más hábil de los cálculos. Escucha... Pero no, no te diré ni una palabra. Tú nunca me explicas nada y no estoy dispuesto a despilfarrar los tesoros de mi política. La vida es un río apto para comerciar. ¡Por todo lo que hay de más sagrado en la tierra, por los cigarros!, te diré que no soy un profesor de economía social puesto a disposición de los imbéciles. Almorcemos. Me resultará más barato darte una tortilla con atún que prodigarte los dones de mi cerebro.

—¿Tú cuentas con tus amigos?

—Querido —le dijo Henri, que raramente desaprovechaba una ironía—, como también podría suceder que, como cualquier hijo de vecino, tuvieses necesidad de discreción, y yo te quiero mucho... ¡Sí, te quiero! Palabra de honor; si por un billete de mil francos pudiese evitar que te levantases la tapa de los sesos, aquí lo encontrarías, pues aún no hemos hipotecado nada allá abajo, ¿eh, Paul? Si mañana te batieses, yo mediría la distancia y cargaría las pistolas, a fin de que te matasen en toda regla. En fin: si otra persona que no fuese yo tuviese la mala idea de hablar mal de ti en tu ausencia, tendría que medirse con el rudo gentilhomme oculto bajo mi piel. Esto es lo que yo llamo una amistad a toda prueba. Pues bien, cuando tengas necesidad de discreción, pequeño, entérate de que existen dos clases de discreciones: la discreción activa y la discreción negativa. La discreción negativa es la de los necios que apelan al silencio, a la negativa, al aire ceñudo, a la discreción de las puertas cerradas, signo de auténtica impotencia. La discreción activa procede por afirmación. Si esta noche, en el círculo, yo dijese: «A fe de hombre honrado, la muchacha de los ojos de oro no valía lo que me ha costado», todo el mundo, cuando yo hubiese vuelto la espalda, comentaría: «¿Habéis oído a ese fatuo de De Marsay, que quería hacernos creer que ya ha conquistado a la muchacha de los ojos de oro? ¡Así pretende librarse de sus rivales; no tiene un pelo de tonto!». Pero esta argucia es

vulgar y peligrosa. Por grande que sea el disparate que digamos, siempre habrá necios que se lo tragarán. La mejor discreción posible es la que utilizan las mujeres astutas cuando quieren burlar a sus maridos. Consiste en comprometer a una mujer que no nos importa o que no queremos, o que no hemos conquistado, para conservar el honor de aquella que queremos lo bastante para respetarla. Es lo que yo llamo la *mujer-pantalla*... ¡Ah, aquí está Laurent! ¿Qué nos traes?

—Ostras de Ostende, señor conde.

—Algún día sabrás, Paul, lo divertido que resulta burlarse del mundo ocultándole el secreto de nuestros afectos. Yo experimento un inmenso placer hurtándome a la estúpida jurisdicción de la masa, que no sabe nunca lo que quiere ni lo que le hacen querer, que confunde el medio con el resultado y que tan pronto adora como maldice, eleva o destruye. ¡Qué felicidad imponerle emociones sin recibirlas, domarla sin jamás obedecerla! Si de algo podemos enorgullecemos, ¿no será de un poder adquirido por nosotros mismos, cuya causa y cuyo efecto, cuyo principio y cuyo resultado somos al mismo tiempo? Pues bien, nadie sabe qué amo ni lo qué quiero. Quizá se sepa que he amado, a quién y lo que habré pretendido, tal como se saben los dramas ya realizados; ¿pero dejar ver mi juego?... ¡Debilidad, engaño! No conozco nada más despreciable que la fuerza burlada por la astucia. Me inicio, riendo, en el oficio de embajador, si la diplomacia es tan difícil como la vida. Lo dudo. ¿Tienes ambición? ¿Quieres llegar a ser algo?

—Pero, Henri, tú te burlas de mí... como si ya no fuese lo bastante mediocre para llegar a ser lo que me propongo.

—¡Bien, Paul! Si continúas burlándote de ti mismo, pronto podrás burlarte de todo el mundo.

Durante el almuerzo, y cuando llegó el momento de fumar los cigarros, De Marsay empezó a ver los acontecimientos de la noche bajo una luz singular. Como muchos espíritus agudos, no poseía una perspicacia espontánea ni penetraba de inmediato hasta el fondo de las cosas. Como en todas las naturalezas dotadas de la facultad de vivir mucho en el presente, de exprimirlo y de devorarlo, su clarividencia requería una especie de sueño para identificarse con las causas. El cardenal de Richelieu era así, lo que no excluía que poseyese el don de la clarividencia, necesario para concebir grandes empresas.

De Marsay reunía todas estas condiciones, pero, al principio, sólo utilizó sus armas en provecho de sus placeres, y únicamente se convirtió en uno de los hombres políticos más sagaces de la época actual cuando estuvo saturado de los placeres en que piensa primero un joven cuando posee oro y poder. Así se endurece el hombre: utiliza a la mujer, para que la mujer no pueda utilizarlo. En aquel momento, pues, De Marsay comprendió que la doncella de los ojos de oro se había burlado de él, al ver en su conjunto aquella noche, cuyos placeres brotaron poco a poco, para terminar fluyendo torrencialmente. Pudo leer entonces en aquella página de efecto tan brillante, adivinando su sentido oculto.

La inocencia puramente física de Paquita, el pasmo de su alegría, algunas palabras de momento oscuras y a la sazón claras, que se le escaparon en medio de su goce, todo le demostró que él había representado el papel de otra persona. Como ninguna de las corrupciones sociales le era desconocida y profesaba una perfecta indiferencia ante todos los caprichos, creyéndolos justificados por el hecho mismo de que podían satisfacerse, no se asustaba ante el vicio, pues lo conocía como si fuese un amigo, pero le hirió haberle servido de pasto. Si sus presunciones eran justas, había sido ultrajado en lo más vivo. Esta sola sospecha provocó su furor y lanzó el rugido de un tigre burlado por una gacela, el grito de un tigre que uniese a la fuerza de la bestia la inteligencia del diablo.

—¿Qué tienes? —le preguntó Paul.

—¡Nada!

—Yo no querría, cuando te preguntasen si tenías algo contra mí, que respondieses un *nada* semejante: esto requeriría que al día siguiente nos batiésemos.

—Yo ya no me bato —dijo De Marsay.

—Esto aún me parece más trágico. ¿Qué haces? ¿Asesinas, pues?

—Cambias el sentido de las palabras. Ejecuto.

—Mi querido amigo —dijo Paul—, tus bromas son muy lúgubres esta mañana.

—¡Qué quieres! La voluptuosidad conduce a la ferocidad. ¿Por qué? Lo ignoro en absoluto y no soy lo bastante curioso para tratar de averiguar la causa. Estos cigarros son excelentes. Sirve té a tu amigo. ¿Sabes, Paul, que vivo como una bestia? Ya sería hora de que me buscase un destino, de que emplease mis fuerzas en algo que valiese la pena. La vida es una comedia singular. Estoy asustado, y me río de la inconsecuencia de nuestro orden social. El gobierno hace cortar la cabeza a los pobres diablos que han matado a un hombre, y expide patente a unos seres que liquidan, hablando en términos médicos, a una docena de jóvenes cada invierno. La moral se encuentra sin fuerzas para luchar contra una docena de vicios que destruyen a la sociedad y que nadie puede castigar. ¡Otra taza! Palabra de honor: el hombre es un bufón que baila al borde de un precipicio.

Nos habla de la inmoralidad de las *Uniones peligrosas*. Y de no sé qué otro libro que tiene nombre de doncella de cámara; pero existe un libro horrible, sucio, espantoso, corruptor, siempre abierto, que no se cerrará nunca: el gran libro del mundo, sin contar otro libro mil veces más peligroso, compuesto de todo lo que se susurra al oído entre los hombres, o detrás del abanico entre las mujeres, por la noche, en el sarao.

—Henri, sin duda te ocurre algo extraordinario; esto salta a la vista, a pesar de tu discreción activa.

—¡Sí, claro! Tengo que matar el tiempo hasta esta noche. Vamos al juego... Quizá tendré la suerte de perder.

De Marsay se levantó, tomó un puñado de billetes de banco, los enrolló para meterlos en su cigarrera, se vistió y aprovechó el coche de Paul para ir al Salón de los

extranjeros, donde pasó el tiempo hasta la hora de la cena entregado a esas emocionantes alternativas de pérdidas y ganancias, que son el último recurso de los organismos fuertes, cuando se ven obligados a ejercer su fuerza en el vacío. Por la noche fue al punto de la cita y se dejó vendar los ojos con complacencia. Después, con aquella firme voluntad que sólo los hombres verdaderamente fuertes son capaces de concentrar, dirigió su atención y aplicó su inteligencia a la tarea de adivinar por qué calles pasaba el coche. Tuvo la casi certidumbre de que lo habían llevado a la rue Saint-Lazare, y que se detuvo ante la pequeña puerta del jardín de la mansión San Real. Cuando franqueó, como la primera vez, esta puerta, y lo pusieron sobre unas parihuelas transportadas, sin duda, por el mulato y por el cochero, comprendió, al oír crujir la arena bajo sus pies, por qué tomaban tan minuciosas precauciones. Si hubiese estado libre, o si hubiese andado, hubiera podido recoger la rama de un arbusto, estudiar la arena adherida a sus botas; mientras que, transportado por vía aérea, por decirlo así, a un hotel inaccesible, su buena fortuna debía de ser lo que había sido hasta entonces, un sueño. Mas, para desesperación del hombre, sólo se pueden hacer cosas imperfectas, tanto en bien como en mal. Todas sus obras intelectuales o físicas están señaladas por una marca de destrucción.

Había llovido ligeramente y la tierra estaba húmeda.

Durante la noche, algunos olores vegetales son mucho más fuertes que durante el día. Henri, pues, percibió los perfumes de la reseda, recorriendo la alameda por la que le llevaban. Esta indicación debía de iluminarlo en las búsquedas que se proponía hacer para reconocer la casa en que se encontraba el tocador de Paquita. Estudió incluso las vueltas y revueltas que sus portadores hicieron en el interior de la casa, y creyó poder recordarlas.

Se encontró, como la víspera, sobre la otomana y ante Paquita, que le desataba la venda, pero la vio pálida y cambiada. Había llorado. Arrodillada como un ángel en oración, pero como un ángel triste y profundamente melancólico, la pobre niña ya no parecía la criatura curiosa, impaciente y saltarina que tomó a De Marsay sobre sus alas para transportarlo al séptimo cielo del amor. Había algo de tan auténtico en aquella desesperación velada por el placer, que el terrible De Marsay no pudo reprimir una admiración ante aquella nueva obra maestra de la naturaleza, y olvidó momentáneamente el interés principal de aquella cita.

—¿Qué tienes, Paquita?

—Amigo mío —dijo ella—, ráptame esta misma noche. Llévame a cualquier parte donde no puedan decir al verme: «Ésta es Paquita», donde nadie responda: «Vino una joven de mirada de oro, que tiene largos cabellos». Allí te daré cuantos placeres quieras recibir de mí. Después, cuando ya no me ames, me dejarás, yo no me quejaré ni diré nada; y mi abandono no deberá causarte ningún remordimiento, pues un día pasado a tu lado, un solo día, durante el cual te haya podido mirar, me habrá valido por una vida. Pero si me quedo aquí, estoy perdida.

—No puedo abandonar París, mi pequeña —respondió Henri—. No me

pertenezco, estoy atado por un juramento de varias personas que son para mí lo que yo soy para ellas. Pero puedo hallarte en París un refugio al que no llegará ningún poder humano.

—No —dijo ella—, olvidas el poder femenino.

Jamás frase pronunciada por una voz humana expresó el terror de manera más completa.

—¿Quién podría llegar aquí, pues, si yo me interpongo entre tú y el mundo?

—¡El veneno! —dijo ella—. Doña Concha ya sospecha de ti... Y —repuso, vertiendo unas lágrimas que brillaron sobre sus mejillas— es muy fácil de ver que ya no soy la misma. Si tú me abandonas al furor del monstruo que me devorará, hágase tu santa voluntad. Pero ven, haz que en nuestro amor existan todas las voluptuosidades de la vida. Además, suplicaré, lloraré, gritaré, me defenderé, quizá me salvaré.

—¿Qué suplicarás, entonces? —preguntó él.

—¡Silencio! —dijo Paquita—. Si obtengo merced, será tal vez a causa de mi discreción.

—Dame mi vestido —dijo insidiosamente Henri.

—¡No, no! —respondió ella con vivacidad—. Continúa tal como eres: uno de esos ángeles que me habían enseñado a odiar y en los que yo no veía más que a monstruos, a pesar de que sois lo que hay de más hermoso bajo el cielo —dijo, acariciando los cabellos de Henri—. Tú desconoces hasta qué punto soy ignorante. No he aprendido nada. Desde la edad de doce años he vivido encerrada sin ver a nadie. No sé leer ni escribir y solamente hablo inglés y español.

—¿Y cómo es posible, pues, que recibas cartas de Londres?

—¿Mis cartas?... ¡Aquí las tienes! —dijo, yendo a sacar unos papeles de un gran jarrón japonés.

Acto seguido tendió a De Marsay unas cartas en que el joven vio con sorpresa unas extrañas figuras, parecidas a las de los jeroglíficos, trazadas con sangre y que expresaban frases llenas de pasión.

—Pero —exclamó al admirar aquellos jeroglíficos, fruto de hábiles celos—, ¿entonces, te encuentras bajo el poder de un genio infernal?

—Infernal —repitió ella.

—En tal caso, ¿cómo has podido salir?...

—¡Ah —exclamó ella—, de ahí viene mi ruina! He puesto a doña Concha entre el miedo de una muerte inmediata y una cólera futura. Sentía una curiosidad endemoniada, quería romper este cinturón de cobre que habían trazado entre la creación y yo, y quería ver lo que eran los jóvenes, pues no conozco a más hombres que al marqués y Cristemio.

Nuestro cochero y el ayuda de cámara, que nos acompañan, son viejos...

—Pero no estabas encerrada siempre, supongo. Tu voluntad requería que...

—Sí —repuso ella—, salíamos a pasear, pero de noche y por el campo, a orillas

del Sena, lejos del mundo.

—¿No te sientes orgullosa de verte amada así?

—¡En absoluto! Aunque muy llena, esta vida oculta no es más que oscuridad comparada con la luz.

—¿A qué llamas tú la luz?

—¡A ti, mi bello Adolphe! ¡A ti, por quien daría mi vida! ¡Todas las cosas apasionadas que me han dicho y que yo inspiraba, las experimento por ti! Por momentos no comprendía nada de la existencia, pero ahora ya sé cómo nos amamos y hasta el presente era sólo yo la persona amada; yo, que no amo. Lo dejaría todo por ti; llévame contigo. Si tú quieres tómame como un juguete, pero déjame cerca de ti hasta que decidas romperme.

—¿No tendrás que lamentarlo?

—¡No! —dijo ella dejando que leyese en sus ojos, cuyo tono dorado permaneció puro y claro.

«¿Seré yo el preferido? —se dijo Henri, que, entreviendo la verdad se encontraba entonces dispuesto a perdonar la ofensa en aras de un amor tan ingenuo—. Ya lo veré», pensó.

Si Paquita no le debía cuentas del pasado, el menor recuerdo se convertía en un crimen a sus ojos. Así, tuvo la triste fuerza de pensar en él, de juzgar a su amante, de estudiarla mientras se abandonaba a los placeres más arrebatadores que jamás Pêri, alguna descendida de los cielos, haya podido hallar para su bienamado. Paquita parecía haber sido creada para el amor, con un cuidado especial por parte de la naturaleza. De una noche a la siguiente, su genio de mujer realizó progresos rapidísimos. Fuesen cuales fuesen el poder de aquel joven y su despreocupación en lo tocante a los placeres, pese a la saciedad de la víspera, encontraba en la muchacha de los ojos de oro aquel desarrollo que sabe crear la mujer amante y a la que un hombre no renuncia jamás. Paquita respondía a aquella pasión que sienten todos los hombres verdaderamente grandes por el infinito, pasión misteriosa expresada de manera tan dramática en el *Fausto* y traducida tan poéticamente en el *Manfredo*, que impulsaba a Don Juan a registrar el corazón de las mujeres, esperando encontrar en él aquel pensamiento sin límites, a la búsqueda del cual parten tantos cazadores de espectros, que los sabios creen entrever en la ciencia y que los místicos encuentran solamente en Dios.

La esperanza de poseer finalmente el ser ideal por el que la lucha podría ser constante sin fatiga, embelesó a Henri, que por primera vez desde hacía mucho tiempo, abrió su corazón. Sus nervios se relajaron, su frialdad se fundió en la atmósfera de aquel alma ardiente, sus terminantes doctrinas se disiparon y la felicidad le coloreó la existencia, como aquel tocador blanco y rosado. Al notar el aguijón de una voluptuosidad superior, se vio arrastrado más allá de los límites en los que hasta entonces había encerrado la pasión. No quiso verse rebasado por aquella joven, que un amor en cierto modo artificial había adaptado de antemano a las necesidades de su

alma y entonces encontró, en aquella vanidad que impulsa al hombre a permanecer vencedor en todo, las fuerzas necesarias para tomar a la joven; pero lanzado también más allá de aquella línea en que el alma es dueña de sí misma, se perdió en esos limbos deliciosos que el vulgo llama, de manera tan necia, los *terrenos de la imaginación*. Fue tierno, bueno y comunicativo. Casi volvió loca a Paquita.

—¿Por qué no nos vamos a Sorrento, a Niza o a Chiavari, a pasar toda nuestra vida así? ¿No lo quieres? —decía a Paquita con voz penetrante.

—¿Es que tienes necesidad de decirme si quiero? —exclamó Paquita—. ¿Acaso tengo voluntad? No soy nada fuera de ti más que para ser un placer para ti. Si quieres escoger un retiro digno de nosotros, el Asia es el único país donde el amor puede desplegar sus alas...

—Tienes razón —repuso Henri—. Vamos a las Indias, donde la primavera es eterna, donde la tierra siempre tiene flores, donde el hombre puede desplegar la pompa de los soberanos sin que nadie lo critique, como en los estúpidos países en que se pretende realizar la vulgar quimera de la igualdad. Vamos al país en que la vida transcurre en medio de un pueblo de esclavos, en que el sol ilumina siempre un palacio blanco, donde se siembran perfumes en el aire, donde las aves cantan el amor y donde las gentes mueren cuando ya no pueden seguir amando...

—¡Y mueren juntas! —dijo Paquita—. Pero no partamos mañana, partamos al instante..., llevémonos a Cristemio.

—Por mi fe, el placer es el más bello desenlace de la vida. Vámonos al Asia; pero, para partir, criatura, hace falta mucho oro, y, para tener oro, hay que arreglar los asuntos.

Ella no comprendía en absoluto estas ideas.

—Oro lo hay aquí hasta esta altura —dijo, alzando la mano.

—Pero no es mío.

—¿Y eso qué importa? —repuso ella—. Si nos hace falta, tomémoslo.

—No te pertenece.

—¿Qué significa pertenecer? ¿No me has tomado tú? Cuando lo hayamos tomado nos pertenecerá.

Él se echó a reír.

—¡Pobre inocente! No sabes nada de las cosas de este mundo.

—¡No, pero mira lo que sé! —exclamó, atrayendo a Henri sobre ella.

En el mismo instante en que De Marsay lo olvidaba todo y concebía el deseo de apropiarse para siempre de aquella criatura, recibió en medio de su alegría como una puñalada que le atravesó el corazón de parte a parte y lo mortificó por primera vez. Paquita, que le había alzado vigorosamente en el aire, como para contemplarle, exclamó:

—¡Oh, Mariquita!

—¡Mariquita! —rugió el joven—. Ahora ya sé todo lo que aún no acababa de creer.

Se abalanzó hacia el mueble en el que estaba guardado el largo puñal. Afortunadamente para Paquita y para él, el armario estaba cerrado. Su rabia aumentó ante este obstáculo; pero recuperó su tranquilidad, fue en busca de su corbata y avanzó hacia ella con aire tan ferozmente significativo que, sin saber qué crimen le imputaba, Paquita comprendió que iba a morir. Entonces se lanzó de un solo brinco al fondo de la habitación para evitar el nudo fatal que De Marsay quería pasarle alrededor del cuello. Hubo un combate. Por ambas partes, la elasticidad, la agilidad y el vigor fueron iguales. Para terminar la lucha, Paquita tiró entre las piernas de su amante un cojín que lo hizo caer, y aprovechó el respiro que le dio esta ventaja para pulsar el resorte que hacía sonar un timbre. El mulato llegó al instante. En un abrir y cerrar de ojos, Cristemio saltó sobre De Marsay, lo derribó y le puso el pie sobre el pecho, con el talón vuelto hacia la garganta. De Marsay comprendió que si se debatía resultaría aplastado al instante, a la menor señal de Paquita.

—¿Por qué querías matarme, amor mío? —le preguntó ella.

De Marsay no respondió.

—¿En qué te he desagradado? Habla, explícame.

Henri guardó la actitud flemática del hombre fuerte que se sabe vencido: continente frío, silencioso, muy inglés, que revelaba la conciencia de su dignidad gracias a una momentánea resignación. Además, ya había pensado, pese a su arrebato de cólera, que era poco prudente comprometerse con la justicia matando a aquella joven de improviso y sin haber preparado su asesinato de manera que pudiera asegurarse la impunidad.

—Háblame, mi bienamado —prosiguió Paquita—. ¡No me dejes sin un adiós de amor! No querría conservar en mi corazón el espanto que acabas de depositar en él... ¿Hablarás? —dijo, pataleando con cólera.

Por toda respuesta, De Marsay le dirigió una mirada que significaba tan a las claras *morirás*, que Paquita se precipitó hacia él.

—Bien, ¿quieres matarme? ¡Si mi muerte puede causarte placer, mátame!

Hizo una seña a Cristemio, quien levantó el pie que tenía encima del joven y se fue sin dejar ver en el rostro si la acción de Paquita le merecía buena o mala opinión.

—¡Esto es un hombre! —dijo De Marsay, indicando al mulato con un gesto sombrío—. No hay más abnegación que la que obedece a la amistad sin juzgarla. Tú tienes en este hombre a un verdadero amigo.

—Te lo daré si quieres —respondió ella—. Te servirá con la misma abnegación que a mí, si yo se lo pido.

Esperó un palabra de respuesta y prosiguió, con un acento lleno de ternura:

—¡Adolphe, dime una palabra agradable!... Pronto amanecerá.

Henri no respondió. Aquel joven poseía una triste cualidad, pues se considera como una gran cosa todo cuanto se parece a la fuerza, y los hombres divinizan a menudo las extravagancias. Henri no sabía perdonar. El *volverse atrás*, que ciertamente es una de las gracias del alma, no tenía sentido para él. La ferocidad de

los hombres del Norte, de que la sangre inglesa se halla fuertemente impregnada, le había sido transmitida por su padre. Era inquebrantable en sus sentimientos, ya fuesen buenos o malos. La exclamación de Paquita fue tanto más horrible para él, cuanto que había sido destronado del más dulce triunfo que jamás aumentó su vanidad masculina. La esperanza, el amor y todos los sentimientos se habían exaltado en él, todo había llameado en su corazón y en su inteligencia; y después aquellas llamas, encendidas para iluminar su vida, fueron apagadas por un viento frío. Paquita, estupefacta, no tuvo, en su dolor, más que fuerzas para dar la señal de partida.

—Esto es inútil —dijo, tirando la venda—. Si no me ama, si me odia, todo ha terminado.

Esperó una mirada sin obtenerla y cayó medio muerta. El mulato dirigió a Henri una mirada tan espantosamente significativa, que hizo temblar por primera vez en su vida a aquel joven, a quien nadie negaba el don de una rara intrepidez. «¡Si no la amas como se merece, si le haces el menor daño, te mataré!». Éste era el sentido de aquella rápida mirada.

De Marsay fue conducido con cuidados casi serviles a lo largo de un corredor iluminado por días de sufrimiento, y a cuyo extremo desembocó, por una puerta secreta, en una escalera oculta que conducía al jardín del hotel San Real. El mulato le hizo avanzar con precaución por una avenida de tilos que terminaba ante una portezuela que daba a una calle desierta en aquella época. De Marsay lo observó bien todo. El coche le esperaba pero, esta vez, el mulato no le acompañó, y, en el momento en que Henri asomó la cabeza a la ventanilla para volver a ver los jardines y la mansión, se encontró con los ojos blancos de Cristemio, con el que cambió una mirada. Por ambas partes aquello fue una provocación, un desafío, el anuncio de una guerra de salvajes, de un duelo donde cesaban las leyes ordinarias, en que la traición y la perfidia eran medios admitidos. Cristemio sabía que Henri había jurado dar muerte a Paquita. Henri sabía que Cristemio quería matarlo antes de que diese muerte a Paquita. Ambos se entendieron a maravilla.

«La aventura se complica de una manera muy interesante», se dijo Henri.

—¿Adónde llevo al señor? —le preguntó el cochero.

De Marsay se hizo conducir a casa de Paul de Manerville.

Durante más de una semana, Henri permaneció ausente de su domicilio, sin que nadie pudiese saber lo que hizo durante este tiempo ni dónde habitó. Aquel retiro le salvó del furor del mulato y acarreó la pérdida de la pobre criatura que había puesto toda su esperanza en aquel que amaba, como jamás criatura alguna amó sobre esta tierra.

El último día de aquella semana, alrededor de las once de la noche, Henri se presentó, en coche, a la puerta del jardín de la mansión de San Real. Cuatro hombres le acompañaban. El cochero era sin duda uno de sus amigos, pues se levantó de su asiento, semejante a un atento centinela deseoso de percibir el menor ruido. Uno de los otros tres permaneció frente a la puerta, en la calle; el segundo permaneció de pie

en el jardín, apoyado en el muro; y el último, que llevaba un manojo de llaves en la mano, acompañó a De Marsay.

—Henri —le dijo su compañero—, nos han hecho traición.

—¿Quién, mi buen Ferragus?

—No duermen todos —respondió el jefe de los Devoradores—. Esto indica de manera inequívoca que alguno de la casa no ha bebido ni comido... ¿Ves esa luz?

—Tenemos el plano de la casa. ¿De dónde sale?

—No necesito el plano para saberlo —respondió Ferragus—. Proviene de la habitación de la marquesa.

—¡Ah! —exclamó De Marsay—. Sin duda hoy ha llegado de Londres. Esta mujer me arrebatará hasta mi venganza.

Pero si se me ha adelantado, mi buen Gratien, la entregaremos a la justicia.

—¡Escucha! El asunto está concluido —dijo Ferragus a Henri.

Ambos amigos prestaron oído y oyeron unos gritos debilitados que hubieran enternecido a un tigre.

—Tu marquesa no ha pensado que los sonidos saldrían por el tubo de la chimenea —dijo el jefe de los Devoradores, riendo como un crítico encantado de descubrir una falta en una bella obra.

—Solamente nosotros sabemos preverlo todo —dijo Henri—. Espérame. Quiero ver qué sucede allí arriba, para saber cómo resuelven sus querellas domésticas... ¡Por el nombre de Dios! Yo diría que la está asando a fuego lento.

De Marsay subió con presteza por la escalera que ya conocía y reconoció el camino del tocador. Cuando abrió la puerta, experimentó el involuntario estremecimiento que causa al hombre más decidido la vista de la sangre derramada. El espectáculo que se ofreció a sus miradas, además, tuvo para él más de un motivo de asombro. La marquesa era mujer: había calculado su venganza con aquella perfección en la perfidia que distingue a los animales débiles. Había disimulado su cólera para asegurarse del crimen antes de castigarlo.

—¡Demasiado tarde, mi bienamado! —dijo Paquita, moribunda, volviendo sus ojos pálidos hacia De Marsay.

La muchacha de los ojos de oro expiraba ahogada en sangre. Las luces, que estaban todas encendidas, el delicado perfume que flotaba en la atmósfera, cierto desorden en que la mirada de un hombre de buena fortuna podía reconocer las locuras comunes a todas las pasiones, revelaban que la marquesa había interrogado sabiamente a la culpable. Aquel blanco aposento, en el que la sangre se destacaba tanto, revelaba un largo combate. Las manos de Paquita estaban marcadas en los cojines. Por doquier se había agarrado a la vida, por doquier se había defendido y por doquier había sido golpeada. Sus manos ensangrentadas arrancaron jirones de la tela canalada que cubría la pared, prueba de que había luchado mucho tiempo. Paquita debió de intentar trepar al techo: sus pies desnudos estaban marcados a lo largo del respaldo del diván, sobre el que, sin duda, había corrido. Su cuerpo, destrozado a

puñaladas por su verdugo, decía con qué encarnizamiento había disputado una vida que Henri le hacía tan cara. Yacía por tierra y, al morir, había mordido los músculos del tobillo de *madame* de San Real, que aún esgrimía el puñal bañado en sangre. La marquesa tenía los cabellos arrancados, estaba cubierta de mordiscos, varios de los cuales sangraban, y sus ropas desgarradas la mostraban medio desnuda, con los senos arañados. Así, estaba sublime. Su cabeza, ávida y furiosa, respiraba el olor de la sangre. La boca jadeante estaba entreabierta y las aletas de la nariz dilatadas demostraban que se ahogaba. Algunos animales enfurecidos se abalanzan sobre su enemigo, lo matan y, tranquilos en su victoria, parecen haberlo olvidado todo. Hay otros que dan vueltas alrededor de su víctima, la observan temerosos de que se la arrebaten y, parecidos al Aquiles homérico, dan nueve veces la vuelta a Troya, arrastrando a su enemigo por los pies. Así estaba la marquesa. No vio a Henri. En primer lugar, se sabía en la más completa soledad para temer la presencia de testigos; luego estaba demasiado embriagada de sangre caliente, demasiado animada por la lucha, demasiado exaltada para percibir a París entero, si París hubiese formado un círculo a su alrededor. No hubiera ni siquiera sentido el rayo. Ni tan sólo oyó el último suspiro de Paquita y creía que la muerta aún podía oírla.

—¡Muere sin confesión! —la apostrofaba—. Vete al infierno, monstruo de ingratitud; no seas de nadie salvo del demonio. ¡Por la sangre que le has dado, me debes toda la tuya! ¡Muere, muere, sufre mil muertes! Yo he sido demasiado buena, sólo he tardado un momento en matarte y hubiera querido hacerte experimentar todos los dolores que tú me has legado. ¡Yo viviré, viviré desdichada y reducida a amar únicamente a Dios!

Y la contempló.

»¡Está muerta! —se dijo tras de una pausa, haciendo un violento examen de conciencia—, ¡Muerta, ah! ¡Moriré de dolor!

La marquesa quiso ir a tirarse sobre el diván, abrumada por una desesperación que le quitaba la voz, y aquel movimiento le permitió ver finalmente a Henri de Marsay.

—¿Quién eres? —le dijo, corriendo hacia él mientras blandía el puñal.

Henri le sujetó el brazo y de esta guisa ambos pudieron contemplarse cara a cara. Una sorpresa horrible les heló la sangre en las venas, y temblaron sobre sus piernas como corceles asustados. En efecto, los dos Menecmos no se hubieran parecido más.

Ambos pronunciaron las mismas palabras:

—Sin duda, lord Dudley es vuestro padre.

Ambos inclinaron la cabeza afirmativamente.

—Ha sido fiel a la sangre —dijo Henri, señalando a Paquita.

—Su culpa ha sido también insignificante —respondió Margarita-Eufemia Porraberil, que se lanzó sobre el cuerpo de Paquita lanzando un grito de desesperación—. ¡Pobre hija! ¡Oh, quisiera reanimarte! ¡Me equivoqué, perdóname, Paquita!... ¡Tú has muerto y yo vivo! Yo soy la más desgraciada de las dos.

En aquel instante apareció la horrible figura de la madre de Paquita.

—¡Vas a decirme que no me la vendiste para que la matase! —exclamó la marquesa—. Sé para qué sales de tu guarida. Te la pagaré dos veces. Cállate.

Fue a buscar una bolsa de oro en el mueble de ébano y la tiró desdeñosamente a los pies de la vieja. El tintineo del oro hizo que se dibujase una sonrisa en la inmóvil fisonomía de la georgiana.

—Llego a tiempo, hermana —dijo Henri—. La justicia va a reclamarte...

—Nada —respondió la marquesa—. Sólo había una persona que pudiese pedir cuentas de Paquita y era Cristemo. Pero Cristemo ha muerto.

—¿Y esta madre —dijo Henri indicando a la vieja—, no te sacará dinero constantemente?

—Es de un país en que las mujeres no son seres humanos, sino objetos con los que se puede hacer lo que se desee: comprarlos, venderlos, matarlos, utilizarlos para toda clase de caprichos, como aquí nos servimos de los muebles. Además, tiene una pasión que hace capitular a todas las otras y que hubiera aniquilado su amor maternal si hubiese amado a su hija; una pasión...

—¿Cuál? —preguntó vivamente Henri, interrumpiendo a su hermana.

—El juego. ¡Dios te guarde de él! —respondió la marquesa.

—¿Pero quién te ayudará —dijo Henri, indicando a la muchacha de los ojos de oro— a borrar las señales de estos horrores que la justicia no te perdonaría?

—Tengo a su madre —respondió la marquesa señalando a la vieja georgiana, a la que indicó que se quedase.

—Nos volveremos a ver —dijo Henri, que pensaba en la inquietud de sus amigos y sentía la necesidad de partir.

—No, hermano mío —dijo ella—, no volveremos a vernos jamás. Yo vuelvo a España para ingresar en el convento de los Dolores.

—Aún eres demasiado joven y hermosa —dijo Henri tomándola en sus brazos y dándole un beso.

—Adiós —dijo ella—; nada me consuela por haber perdido lo que nos pareció a ambos que era el infinito.

Ocho días después, Paul de Manerville encontró a De Marsay en las Tullerías, en la terraza de los Feuillants.

—Bien, ¿qué ha sido de nuestra hermosa muchacha de los ojos de oro, gran desalmado?

—Ha muerto.

—¿De qué?

—Del pecho.

París, marzo de 1834, abril de 1835.

NOTA DE LA PRIMERA EDICIÓN DE LA MUCHACHA DE LOS OJOS DE ORO Tercera parte de la Historia de los Trece

Desde el día en que se publicó el primer episodio de la *Historia de los Trece* hasta hoy, en que ve la luz el último, muchas personas han interrogado al autor para saber si esta historia era cierta, pero él se ha guardado muy bien de satisfacer su curiosidad. Esta concesión podría perjudicar la fe debida a los narradores. Sin embargo, no puede terminar sin declarar aquí que el episodio de *La muchacha de los ojos de oro* es verídico en la mayoría de sus detalles y que, la circunstancia más poética, que constituye el nudo de la acción, o sea: el parecido de los dos principales personajes, es exacta. El héroe de la aventura, que fue a contársela rogándole que la publicase, quedará sin duda satisfecho al ver cumplido su deseo, aunque de momento el autor considerase tal empresa imposible; lo que sobre todo parecía difícil de hacer creer era aquella belleza maravillosa, medio femenina, que distinguía al protagonista cuando tenía diecisiete años, y cuyas trazas el autor reconoció en el joven de veintiséis años. Quienquiera que se interese por *La muchacha de los ojos de oro* podrá volver a verla después de caer el telón, al final de la obra, como esas actrices que, para recibir sus efímeras coronas, se levantan tan campantes después de haber sido públicamente apuñaladas. Nada se resuelve poéticamente en la naturaleza. En la actualidad, *La muchacha de los ojos de oro* tiene treinta años y está bastante ajada.

La marquesa de San Real, con quien alternan durante el invierno en el teatro o en la ópera algunas de las honorables personas que acaban de leer este episodio, tiene exactamente la edad que las mujeres ya no manifiestan, pero que revelan esos espantosos peinados con que algunas extranjeras se permiten molestar en los palcos, con gran disgusto y contrariedad de los jóvenes situados detrás de ellas. Esta marquesa se educó en las islas, cuyas costumbres confieren un carácter tan legítimo a las muchachas de los ojos de oro, que allí son casi una institución.

En cuanto a los otros dos episodios, son bastantes las personas en París que han conocido a sus actores para que el autor quede dispensado de manifestar aquí que los escritores nunca inventan nada, declaración que hizo humildemente el gran Walter Scott en el prefacio en el que rasgó el velo con el que se había envuelto durante tanto tiempo. Los detalles pertenecen raramente al escritor, que sólo es copista más o menos feliz. La única cosa que proviene de él, la combinación de los sucesos, su disposición literaria, es casi siempre el lado débil que la crítica se apresura a atacar. La crítica se equivoca. La sociedad moderna, al nivelar todas las condiciones, al iluminarlo todo, ha suprimido lo cómico y lo trágico; el historiador de las costumbres se ve obligado, como en este caso, a ir a buscar donde estén los hechos engendrados por la misma pasión, pero sucedidos a varios sujetos, para coserlos juntos: a fin de

obtener un drama completo. Así, el desenlace de *La muchacha de los ojos de oro*, en el que se detiene la historia real, que el autor ha contado en toda su verdad, este desenlace es un suceso periódico en París, cuya triste gravedad sólo conocen los cirujanos de los hospitales, pues la medicina y la cirugía son los confidentes de los excesos a que conducen las pasiones, como los leguleyos son testigos de los que producen los conflictos de intereses. Todos los aspectos dramáticos y cómicos de nuestra época se encuentran en el hospital o en los bufetes de los abogados.

Si bien cada uno de los Trece hubiese podido dar tema a más de un episodio, el autor ha pensado que era conveniente y tal vez poético dejar sus aventuras en la sombra, pues en la sombra se mantuvo constantemente su extraña asociación.

Meudon, 6 de abril de 1835.

Este tercer episodio de la *Historia de los Trece* apareció por vez primera en 1834, bajo el título de *La mujer de los ojos rojos*. Más tarde pasó a formar parte del tomo IX de la *Comedia Humana*.

NUEVO CUADRO DE PARIS EN EL SIGLO XIX

PREFACIO DE 1834

Después de algunas obras análogas, este nuevo cuadro de París en el siglo XIX es algo nuevo aún, si no en el pensamiento, sí al menos en su ejecución.

Nos han prometido muchas veces el París actual, el París auténtico; este París, ¿dónde está? ¿Quién puede jactarse de haber trazado siquiera su esbozo? ¿Dónde está esta Babel de masas confusas, de detalles imposibles de captar? ¿Dónde está la ciudad del movimiento y del bullicio; la ciudad en que todas las fuerzas humanas han alcanzado el grado más elevado de poder, en la que reinan tan pronto los brazos de la multitud como la inteligencia de la minoría, la revuelta brutal o la fecunda civilización?

¿Quién ha interrogado las entrañas de la gran ciudad, ha sondeado las llagas de su cuerpo, como el médico, las heridas de su alma, como el confesor? ¿Quién ha contado su vida, ha manifestado sus pensamientos, ha sincerado sus sueños de oro y de barro? ¿Quién nos la ha presentado radiante de luz, o negra de ignorancia, balanceándose con su gracia de *dandy* peinado, enguantado, perfumado, o acodándose en un mojón con rostro tatuado y callosas manos? ¿Quién nos la ha pintado asfixiada en sus malolientes callejuelas, y, más allá, respirando en las ventiladas riberas de su río, demoliendo sus costumbres, sus monumentos, sin reedificar más aquéllas que éstos; cretinizada a fuerza de egoísmo; aislada pese a codearse con la muchedumbre; misántropa y buscando el gentío; atormentada por impotentes exaltaciones; escéptica, ávida de creencias, viviendo sin culto, casi sin dios y creando todos los días un dios nuevo; gran señora y enamorada de la igualdad; niveladora y envidiosa de las categorías; mundo de pasiones, de crímenes, de talentos, de placeres, de gastronomía y de suntuosos pasatiempos; de goces, de arte y de inteligencia? Que nos respondan si este París moral ha sido jamás pintado. Esta vida de mil facetas, este múltiple aspecto, ¿han sido tomados a lo vivo, puestos en el molde literario y lanzados al público con tal sello de semejanza que el público ha podido decir: ¡sí, esto es!?

No, esta obra aún está por hacer y nosotros intentaremos realizarla: circunscritos a nuestro objetivo, reproduciremos los mil y un rasgos de esta gran fisonomía, proseguiremos esta labor como una idea única, sin dejar vagar la imaginación fuera del círculo trazado.

Para realizar este plan hemos llamado en nuestra ayuda a todas las imaginaciones contemporáneas, de toques tan variados, tan diversos de colores: a cada especial capacidad hemos confiado las cosas que competen a su especialidad: a unos los cuadros alegres, a otros las pinturas tristes; a éstos la vida de los salones, a aquéllos

las alegrías populares. Así, todo será contraste en este libro, pero ¿sería posible describir de otro modo la ciudad de los perpetuos contrastes?

Gracias al cielo, el maravilloso París, de natural acomodaticio y bonachón, no está de humor, según nos parece, para rasgar un retrato en el que reviven sus singulares rasgos. Además, la hora es favorable para hacerlo posar: ha vuelto a sentarse después de una inmensa sacudida, está tranquilo; ¿quién sabe si lo estará mañana?



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con seudónimo e incluso una tragedia en verso, *Cromwell*, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda su vida. En 1830 publica seis relatos bajo el título común de *Escenas de la vida privada*, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de *Novelas y cuentos filosóficos*: en estos volúmenes se encuentra el germen de *La comedia humana*, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.

Notas

[1] En el antiguo sistema feudal los obispos eran, con frecuencia, señores temporales del territorio de sus obispados. Los *vidames* eran unos personajes laicos que los representaban en sus funciones y mandaban sus ejércitos o mesnadas. (*Nota del Editor*). <<

[2] Dichos relatos se titularon después: *La duquesa de Langeais* y *La muchacha de los ojos de oro*. <<